
LILLY LUCAS
NUEVOS
Comienzos
Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

AGRADECIMIENTOS

Créditos

NUEVOS COMIENZOS

Serie Green Valley 1

Lilly Lucas

Traducción de María José Díez Pérez

Planeta

Para Kyra

1

Flores, globos, un cartel de bienvenida. Había tenido casi seis meses y un vuelo intercontinental para imaginar cómo empezaría mi nueva vida en Estados Unidos. Para lo que no estaba preparada era para verme completamente sola —sin flores, sin globos y sin cartel de bienvenida— en el vestíbulo de llegadas del Aeropuerto Internacional de Denver, ni para mantener una furiosa conversación con mi iPhone, que se hacía el muerto desde que habíamos aterrizado. Era casi como si quisiera decirme: «Sé que los dos queríamos hacer esto, pero no puedo».

Por lo que me pareció la centésima vez mis ojos escudriñaron el concurrido vestíbulo de llegadas, por el que carritos de equipaje pasaban por delante de los viajeros haciendo sonar la bocina y voces desconocidas hablaban a voz en cuello por los altavoces, pero de Jack, Amy y el pequeño Liam no había ni rastro. Aunque solo conocía a la familia Cooper de hablar por Skype y de unas cuantas fotografías, estaba segura de que sus rostros no me habrían pasado inadvertidos. Además, en la hora que había transcurrido no había visto a nadie que a todas luces estuviese buscando a su *au-pair*. Mi nerviosismo inicial había dado paso a una gran tensión. ¿Se habrían olvidado de mí los Cooper? ¿Se les habría olvidado el día con el que yo llevaba soñando más de medio año? ¿Que me había imaginado con toda clase de colores y matices? Recordé nuestras videollamadas —la simpática risa de Jack, la cariñosa voz de Amy y los ojazos de Liam— e intenté reprimir el malestar que sentía.

Entre nosotros había habido tanta química desde el principio que había conseguido incluso que pasara por alto que Colorado no era California. Y eso que en realidad quería pasar mi año de *au-pair* en una metrópoli estadounidense, rodeada de rascacielos, Starbucks y centros comerciales. Había fantaseado con tocar las estrellas de Hollywood Boulevard, con volverme loca comprando en Macy's y con presenciar rodajes en Miami Beach. Tenía en mente los Estados Unidos de mis series preferidas cuando me había apuntado en la agencia, y no se desarrollaban en Green Valley, Colorado, o sea, el culo del mundo. Pero, para regocijo de mis padres, mi currículo solo le había gustado a una familia de granjeros de siete miembros de Oklahoma, a un matrimonio con trillizos de Idaho y a los Cooper, de Colorado.

—Dos de esos estados ni siquiera estaba seguro de que existieran —se pitorreó mi padre.

A mi madre, por su parte, no se le ocurrió nada mejor que consolarme diciendo que al menos en Colorado también se desarrollaba una famosa serie de televisión.

—Sabes que *Dinastía* se rodó antes de que ella naciera, ¿no? —repuso mi padre.

Con su risa burlona en la cabeza, eché una tensa ojeada a la pantalla del reloj digital luminoso que había sobre la tienda del Dunkin' Donuts y me puse a hacer cálculos. Mi avión había aterrizado hacía más de noventa minutos, así que explicaciones del tipo «hemos pillado mucho tráfico», «no encontrábamos aparcamiento» o «hemos salido tarde de casa» ya no entraban dentro de lo posible. Tal vez una avería. Sí, quizá los Cooper hubiesen sufrido una avería en el coche de camino al aeropuerto y ahora estuviesen intentando localizarme desesperadamente. Me saqué el iPhone del bolsillo y probé suerte de nuevo, pero la pantalla

seguía negra. ¡Por qué tenía que dejarme tirada precisamente ahora aquel puñetero chisme!

Barajé mentalmente las opciones que tenía: volver a casa (¡demasiado dramática!), creer en la avería del coche y esperar (¡demasiado ingenua!), no creer en la avería y esperar (¡demasiado orgullosa!), ir por mi propia cuenta a Green Valley (¡muy independiente!). Cogí con resolución mi maleta y fui al mostrador de información, tras el que se encontraba una rubia con sonrisa de anuncio de dentífrico que, según su acreditación, se llamaba Christie. Así que le expuse mi dilema a Christie, que se compadeció de mí con un montón de vehementes «ohs» y «noes» antes de aconsejarme que tomara el Mountain Express hacia Vail. Eran dos horas escasas de trayecto, me explicó, y, por una propinilla, el conductor del autobús me dejaría en Green Valley, un lugar que era *«incredibly beautiful»*. Así pues, me compré un billete de autobús que me costó casi cuarenta dólares —*«incredibly beautiful»* probablemente también significara *«incredibly expensive»*— y me dirigí hacia la parada.

Al salir, me recibió un tibio aire de septiembre. Debíamos de estar por lo menos a veinte grados y con mis botas Ugg forradas y mi plumífero rojo con el cuello de pelo, que me había comprado expresamente para las montañas, no cabía duda de que iba demasiado abrigada. Pero en las Montañas Rocosas seguro que haría más frío que aquí, en Denver; a fin de cuentas allí podía nevar incluso en aquella época del año. Montañas y nieve, suspiré para mis adentros. Todavía no me podía creer que precisamente yo hubiese acabado en aquel sitio. Yo, la chica de ciudad que no se podía dormir sin oír el traqueteo del cercanías. Que para recorrer doscientos metros se subía al tranvía y tenía en Favoritos el número del servicio de taxis. A la que le hacía mucha más gracia un *skyline*

resplandeciente que un paisaje montañoso nevado. Solo cabía esperar que todo aquello no resultara ser una grandísima metedura de pata.

2

Después de haber dormido casi todo el trayecto, me bajé algo hecha polvo del bus, que exhibía por doquier imágenes de montañas como recubiertas de azúcar con un indudable potencial para servir de salvapantallas. Puesto que, aparte de un grupo de franceses, yo era la única pasajera, el conductor, un hombre de pelo canoso llamado Ted, me dejó justo delante de la casa de los Cooper. Por suerte, recordé a tiempo que el nombre de la calle era el de un pájaro.

«Eagle Road», dijo, casi aburrido, Ted, que con su gorra de béisbol y sus zapatillas de deporte de Nike respondía a la imagen que uno suele tener del típico estadounidense.

Así que ahora me encontraba en Eagle Road, delante de una casa enorme, aislada, que era igual que en las fotografías que me habían enviado por correo electrónico Jack y Amy. Un camino de baldosas de piedra natural llevaba hasta una vivienda de madera de dos plantas con un porche delantero y una puerta pintada de rojo. La chimenea, de piedra, expulsaba humo al despejado cielo, que era de un azul radiante, y se extendía sobre pintorescas cumbres y abetos de un verde intenso. Esbocé una sonrisilla, ya que no daba crédito. Aquellas vistas habrían podido servir para postales... o para publicaciones de Instagram, #sinfiltro. Era una pena que mi iPhone hubiese dejado de funcionar.

Cooper. El nombre del timbre cuadraba, constaté con alivio. Quizá todo saliera bien, al fin y al cabo. Sintiéndome optimista, me metí detrás de las orejas la melena rubia, que tras el largo viaje me

notaba despeinada y lacia. Antes de aterrizar me había disimulado un poco las ojeras con maquillaje, si bien no podía ocultar que me habrían contratado de figurante sin problemas para *The Walking Dead*. Inspiré hondo y toqué el timbre mientras el pulso se me aceleraba. La última vez que me había sentido así había sido antes de hacer una entrevista para unas prácticas en una empresa emergente en Kreuzberg (para al final verme frente a un tío que era poco mayor que yo y llevaba una camiseta con una caca sonriente).

Al no obtener respuesta, llamé por segunda vez y agucé el oído, expectante. Nada. Moviendo una pierna con nerviosismo, llamé con los nudillos a la puerta de madera roja, primero tímidamente, después con más fuerza. Silencio. Mi humor cambió de repente. En cuestión de pocos segundos mi inquietud se tornó enfado. Llevaba en pie casi veinte horas, había cruzado medio mundo en avión, me había cansado de esperar en el aeropuerto y me había subido a un autobús durante dos horas para ir hasta el quinto pino. Estaba cansada, sudada y hambrienta. Y ahora ¿nadie me abría la puerta? ¡¿Nadie?! Furiosa, pegué el dedo índice al timbre y dejé que sonara unos segundos. Entonces, por fin, oí unos pasos cansinos que se acercaban por el otro lado de la puerta. Durante un instante el corazón se me paró. Una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió. Lo primero que vi fue el pecho de un hombre. El pecho desnudo de un hombre. Sorprendida, tardé unos segundos en mirar hacia arriba, recorriendo unos hombros anchos, una barba de tres días oscura, una boca que bostezaba y unos ojos que me observaban adormilados. ¿Se acababa de levantar de la cama? ¿A la —me miré el reloj de reojo— una de la tarde? ¿No era hoy lunes?

—No. No. Y no —gruñó, e hizo ademán de cerrar la puerta.

Por acto reflejo metí el pie en medio y clavé la vista en él. Tenía más o menos mi edad, quizá me sacara un par de años.

—Que no, que no quiero comprar nada, ni me interesa suscribirme a nada; y no, no sé cómo se va a Alaska. —De nuevo fue a cerrar la puerta, pero yo estaba demasiado perpleja para mover el pie aunque solo fuese un centímetro. Para colmo, a mi trasnochado cerebro le costaba seguir su rapidísimo inglés.

—¿A... laska?

—Tienes pinta de querer ir allí —comentó con sorna mientras sus ojos repasaban mis botas Ugg, el plumífero y el cuello de pelo.

Las mejillas se me encendieron cuando fui consciente de que se estaba riendo de mí. Vale, era verdad que iba un poco ridícula, teniendo en cuenta que allí, en las Montañas Rocosas, todavía hacía el calor propio de finales del verano. Me había echado por encima el plumífero deprisa y corriendo cuando me había bajado del autobús. Ahora aquella prenda y aquel chico medio desnudo que tenía delante hicieron que rompiera a sudar. Se estiró mientras bostezaba con ganas y durante uno o dos segundos no supe adónde mirar. Había demasiada piel desnuda en mi campo visual. Demasiado pecho, demasiado vientre, demasiado hueso de la cadera, demasiado... «¡Basta!», me ordené para mis adentros. Quería ver a Jack y Amy Cooper, un agradable matrimonio de treintañeros que tenía un hijo de cinco años. ¿Había sobreestimado Ted, el conductor del autobús, sus dotes de explorador? ¿Había acabado yo en Eagle Street cuando en realidad tendría que estar en Falcon Street? ¿En Hawk Road?

—Creo que me he equivocado de casa.

—Sí, eso mismo pienso yo cada mañana —farfulló, y se pasó la mano por aquel mentón que, a mi juicio, necesitaba urgentemente un afeitado. El chico apoyó la cadera con desenfado en el marco de la puerta y cruzó los brazos como si se le hubiese olvidado (o le diera completamente lo mismo) que solo llevaba puesto un pantalón

de chándal. Por otra parte... con semejante torso, bien podía ser ese el caso. Terso, definido y...—. ¿No quieres sacar el móvil? ¿Para hacernos un selfi? —dijo, arrancándome del trance en el que me encontraba.

Sorprendida, desvié la mirada y noté que mi cara se convertía en una bombilla viva.

—Pues... esto... Yo lo que quería, quiero, es ir a casa de Jack y Amy..., los... Cooper.

¿Por qué de pronto el inglés me salía a trompicones? Miré nerviosamente el letrero del timbre, como si quisiera asegurarme de que seguía estando ahí, o de que alguna vez lo había estado.

—¿Los Cooper? Pero si se mudaron hace años.

Me quedé boquiabierta.

—¡¿Qué?!

Bajo mis pies el suelo empezó a tambalearse. Durante un momento tuve la sensación de que iba a vomitar. Entonces el chico soltó una risotada. Con una voz grave, gutural. Su expresión me resultó desconcertante. Hacía dos segundos parecía que había tragado vinagre.

—Era broma. ¿Qué quieres de los Cooper?

Se me cruzaron los cables.

—Pues no ha tenido gracia —le espeté.

Su risa se volvió más descarada aún, lo que avivó el fuego que me ardía por dentro.

—Ya lo creo que sí, tendrías que haber visto la cara que has puesto. —Me escudriñó abiertamente—. A ver: ¿quién eres y qué quieres de los Cooper?

—Soy Lena... Lena.

«Lena Lena.» Ni yo misma podía explicarme por qué había dicho mi nombre primero en alemán y después en inglés, y lo mismo me

sucedía con aquella situación tan absurda. ¿Quién quería cachondearse de mí? La monótona vibración de un móvil me hizo aguzar los oídos. Era imposible que fuese el mío, que seguía más muerto que vivo en mi mochila. Su mano se deslizó en el bolsillo del pantalón de chándal dado de sí y sacó un iPhone, el mismo modelo que el mío. «¡Suertudo!»

—¿Sí? —gruñó al cogerlo, y se apoyó de nuevo en el marco de la puerta, que dejó escapar un leve crujido—. Porque me he quedado sobado. —Puso los ojos en blanco—. Se me ha olvidado, pero se las ha arreglado ella solita. —Me miró—. Deja de protestar, Jack. Al fin y al cabo está aquí. Sí... sí... un momento.

Me pasó el teléfono. De mi boca salió un torpe «¿Hola?».

—Hola, Lena. Soy Jack. Jack Cooper.

En mi cabeza sonó el *Aleluya* de Händel.

—Lena, no sabes cuánto sentimos no haber podido ir a buscarte. Espero que te llegara el mensaje que te mandamos. Tenías el móvil apagado y no hemos logrado localizarte. —Aunque su voz sonaba agitada, su inglés era claro y fácil de entender.

—Por desgracia no. El iPhone no me va desde que aterricé.

—Vaya... Pues entonces no ha podido salir todo peor. —Se oyó un profundo suspiro—. El padre de Amy ha tenido un accidente de coche. Nos vinimos a Kansas por la mañana temprano, por eso te dejé un mensaje en el buzón de voz.

Me pregunté a cuánta distancia estaría Kansas de Colorado. Ambos estados se hallaban en el Medio Oeste, si mis conocimientos de geografía no me engañaban.

—Todavía estamos esperando a que le hagan un reconocimiento médico, pero, en principio, estaremos de vuelta en Green Valley por la tarde —continuó—. Espero que no suponga mucho problema.

En cada una de sus frases se notaba que le remordía la conciencia, y la frustración que yo había sentido durante las últimas horas pasó un poco a un segundo plano.

—No, no, ningún problema —le aseguré.

—Hoy nada ha salido según lo previsto, la verdad. Ayer por la tarde Amy te hizo brownies y Liam pintó un cartel.

El corazón me dio un vuelco, y tuve que hacer un esfuerzo para no soltar un suspiro de alivio. No me había equivocado con los Cooper, y había una explicación lógica para todo aquel lío.

—Ah, Lena, otra cosa. —Se hizo una pausa funesta—. Sé que es mucho de golpe, y te lo explicaremos tranquilamente, pero el chico que hoy no ha ido a recogerte al aeropuerto es Ryan. Mi hermano pequeño.

«Ryan. Hermano.» Levanté la vista sorprendida y nuestras miradas se cruzaron. Ojos verdes. Tenía los ojos verdes. Y debía de ser por lo menos diez años menor que Jack.

—Ryan va a quedarse unas... semanas con nosotros.

«Semanas.» Tragué saliva y la sonrisa que tenía en el rostro se desvaneció.

—De verdad que... no entraba dentro de nuestros planes. Pero no te preocupes, que en lo que a ti respecta no cambiará nada. En casa hay bastante sitio y no... en fin, no lo verás mucho. —Parecía cohibido, y no pude evitar que mis ojos volviesen al chico medio desnudo que estaba apoyado en el marco de la puerta, del que, a decir verdad, ya había visto demasiado.

—Vale —dije con voz ronca, y me obligué a sonreír como si el que tuviese frente a mí en ese momento fuera el propio Jack.

—Pásamelo un momento, por favor.

Le di el teléfono a Ryan sin decir palabra.

—Sí —gruñó—. Ya... ya... ya. —Me miró de soslayo un instante—. Desde luego que no.

Lo dijo con tal vehemencia que casi oí el subrayado, y decidí que no quería saber qué se estaban diciendo.

—Sí, hasta luego —dijo al teléfono—. Y, Jack... —de pronto su voz pareció suavizarse—, dale un abrazo a Amy.

Colgó, se volvió a meter el iPhone en el bolsillo del pantalón y me miró un instante sin saber qué hacer. Después esbozó una sonrisa falsa.

—Bueno, Lena Lena. Pues bienvenida a Colorado.

3

—La cocina, el salón, el cuarto de baño, la habitación del niño... —iba soltando Ryan mientras hacía imprecisos movimientos de mano a derecha e izquierda y yo intentaba asimilar la cantidad de impresiones que me asaltaban por todas partes.

No disimuló que hubiera preferido limpiar ventanas a enseñarme la casa de su hermano, que, con sus paredes revestidas de madera, las vigas vistas y la chimenea de piedra, desprendía un encanto rústico pero acogedor. Miré atentamente la espaciosa cocina, en cuyo centro había una gran mesa de madera con seis sólidas sillas. Allí desayunaría mi muesli durante el próximo año. A partir de ahora una de esas sillas sería mía, pensé, y el estómago me dio un vuelco. Durante un segundo me vino a la memoria la última vez que había desayunado con mi familia antes de irme. Me entristecí. ¿Qué estarían haciendo ahora mis padres? ¿Estarían esperando a que me pusiera en contacto con ellos?

—Tu habitación está arriba. —La voz de Ryan me arrancó de mis pensamientos.

La seguí hasta el salón, donde él se había tirado en el gastado sofá de piel y estaba viendo un partido de fútbol en la tele. Se había puesto una camiseta azul marino en la que solo se distinguían los restos de unas letras. Mis ojos pasaron de él a una lata aplastada de Dr. Pepper que había en la mesa de centro y una caja de cartón con lo que quedaba de una pizza que, aunque parecía ligeramente chuchurría, hizo que el estómago me rugiese. Me paré a pensar

cuándo había sido la última vez que había comido algo y recordé de mala gana el sándwich de pollo pastoso del avión. Me quedé en el umbral un rato, sin saber qué hacer. ¿Qué esperaba aquel chico de mí? ¿Que me pusiera a buscar por mi cuenta mi habitación? ¿En aquella casa enorme? Carraspeé para hacérselo ver. De su boca salió un fuerte suspiro.

—Está bien. Sígueme.

Subí tras él en silencio; los peldaños crujían bajo mis pies. En mi casa, en Berlín, no teníamos escalera. Mi familia vivía en una vivienda de una planta en el barrio de Grunewald, en cuya terraza solo había sitio para los muebles del jardín y una parrilla. Probablemente toda ella fuese más pequeña que la planta de arriba de los Cooper, en la que de un amplio pasillo salían tres puertas a cada lado. Retratos de familia y fotos de Liam de pequeño decoraban las paredes pintadas de color crema, y en una ancha cómoda de madera vi unas toallas pulcramente dobladas.

—Tu habitación, mi habitación —indicó Ryan mientras señalaba primero la puerta izquierda y después la derecha.

Conque nuestras habitaciones estaban frente a frente... Adiós a lo de «no lo verás mucho».

—Supongo que vamos a tener que compartir el baño. —Indicó una puerta que se abría al final del pasillo y no se molestó en ocultar su descontento—. Así que, por favor, que no se te ocurra pasarte horas alisándote el pelo por la mañana.

—No me he traído la —me paré a buscar la palabra en inglés— plancha —repuse con obstinación, y sentí la necesidad imperiosa de sacar la plancha del pelo de la maleta (que desde luego me había traído) y darle con ella.

—No sé por qué ibas a hacer tal cosa. Con eso se plancha la ropa.

Uy. Conque no se decía *iron*. Decidí buscar después en Google la palabra correcta.

Como si ya hubiese hablado bastante conmigo, Ryan se dio media vuelta, echó a andar hacia la escalera y me dejó allí plantada, atónita. Lo seguí con la mirada, resoplando, antes de bajar el picaporte y entrar, conteniendo la respiración, en el cuarto en el que me despertaría y me acostaría durante el próximo año. Una sonrisa extasiada se dibujó en mi rostro. Mi habitación era una auténtica joya y me resarció de golpe de todo lo que había ido mal durante las últimas horas. Era casi el doble de grande que mi cuarto de cuando era pequeña, donde me había quedado los últimos meses, y sus amplias ventanas me ofrecían unas vistas espectaculares de bosques verde oscuro y cimas de montañas nevadas. Contemplé asombrada mi alrededor: un enorme armario de madera, una cómoda con espejo, una confortable butaca de piel y probablemente la cama más bonita que había visto en mi vida. Era de gruesos, vetustos troncos y tenía un cubrecama rojo acolchado y un par de cojines a juego con las cortinas. Justo delante, sobre el suelo de madera oscura, una alfombra tejida con flecos.

Profiriendo un suspiro de satisfacción, me dejé caer en el mullido colchón, aspiré el aroma de la ropa limpia y cerré un instante los ojos. La fatiga de las últimas horas hizo entonces aparición, y se apoderó de mí un cansancio plúmbeo. Me moría de ganas de darme una ducha caliente y al mismo tiempo estaba demasiado exhausta para mover las piernas. «Descansa un poco —musitó una reconfortante voz en mi cabeza—. Una cabezadita. Solo un ratito...»

Cuando volví a abrir los ojos, tuve que entrecerrarlos, adormilada, debido al sol que entraba por la ventana y me daba de lleno. Tardé unos segundos en saber dónde me encontraba, hasta que recordé por qué en el techo en lugar de la lámpara de Ikea a la que estaba

acostumbrada había un ventilador. Bostezando, consulté el reloj y constaté que había dormido casi dos horas. Me estaba desperezando, ya incorporada, cuando de repente me acordé de que, con los nervios, se me había olvidado escribir a mis padres. Les había prometido que les mandaría un mensaje en cuanto llegara a Green Valley: a petición suya, mi hermano había abierto un grupo familiar con el creativo nombre de «Lena EE. UU.». Como mi iPhone seguía sumido en el letargo, tendría que enviarles un correo electrónico. Para ello necesitaba la contraseña del wifi y mi ordenador portátil, que seguía en la maleta. La había dejado en la entrada, y pesaba demasiado para poder subirla yo sola. Mal que me pesara, tendría que pedirle ayuda a Ryan.

La puerta del salón se hallaba abierta de par en par, pero el televisor se encontraba apagado y en el sofá no había nadie. La caja de pizza seguía en el mismo sitio y, como si hubiese recibido una orden, mi estómago empezó a rugir. ¿Pasaría algo si cogía una porción? Estaba muerta de hambre, y de todas formas la pizza no parecía reciente. Sin decidirme, miré a mi alrededor y agucé el oído. A excepción del zumbido de la nevera, en la casa reinaba el silencio. Ryan debía de haber salido, lo cual me parecía perfecto. No tenía ninguna gana de volver a coincidir con aquel idiota malhumorado. De todas formas, probablemente no se diera ni cuenta de que le faltaba un trozo de aquella pizza de salami cutre. Con una porción seca en la mano, crucé el salón y abrí la puerta de la terraza, que daba a un porche pintado de blanco. El sol me golpeó de plano cuando salí fuera. El aire era claro y fresco y olía a hierba y agujas de abeto. ¿Sería aquel el famoso aire alpino del que todo el mundo hablaba maravillas? Miré a lo lejos. Seguro que eran aquellos famosos espacios abiertos, ya que no veía una sola casa en leguas a

la redonda. Tan solo árboles, montañas y un pequeño arroyo cuyo suave murmullo me llegaba a los oídos.

Me asaltó una sensación de inquietud. Estaba acostumbrada a ver el tranvía cuando miraba por la ventana, cafés, bares, veinticuatro horas, bicicletas y personas de todos los países posibles de este mundo. Barullo, gentío, luces. Vida. Quité un trocito de salami del queso con aire pensativo.

—¿Por qué no me has dicho que no te gusta el salami? De haberlo sabido, me habría pedido otra pizza, por supuesto.

Asustada, me volví en redondo para encontrarme con unos ojos verdes que me dirigían una mirada burlona. A menos de dos metros detrás de mí, Ryan estaba apoyado en la pared con la pierna doblada, a lo James Dean, y bebía sorbos de una lata de Dr. Pepper recubierta de condensación. Seguía llevando el mismo pantalón de chándal gris y la camiseta con las letras medio borradas. Si no me engañaba, antes ponía «Denver Broncos». ¿Podía ser? ¿Sería algún club? ¿De baloncesto? ¿Béisbol? ¿Fútbol? ¿Hockey sobre hielo? ¿A qué se jugaba allí?

—Pues... —Miré cohibida la pizza que tenía en la mano, que ahora más bien me parecía un trozo de carbón incandescente.

—Olvídalo —masculló. Luego bebió un poco del refresco y miró con cara inexpresiva el idílico paisaje verde que se extendía ante nosotros.

Cuando me había abierto la puerta, había pensado que estaba resacoso. Amodorrado y agotado. Pero cuanto más lo miraba, tanto más me daba la impresión de que pasaba demasiado tiempo en la cama. Tenía la piel muy pálida para la época del año, además de ojeras. Llevaba el pelo un poco largo de más, apuntando en todas direcciones, como si se negara a mantenerse en su sitio, y ya hacía días que le tocaba afeitarse. ¿Estaría enfermo? ¿O en paro? Al

menos irradiaba una cosa con todas las fibras de su ser: que no estaba a gusto.

—¿Te importaría subirme la maleta? —me atreví a preguntarle al fin—. Pesa un montón y...

—Me importaría, sí.

Ni siquiera se molestó en mirarme y, pese a mis buenos propósitos, empecé a rebelarme.

—¿Sí?

Como no consideró que fuese necesario contestarme, exploté:

—¿Te he hecho algo?

Con aquello logré que me mirara.

—No te estoy pidiendo que me pintes las uñas o que me hagas la cama, únicamente que me subas la maleta porque pesa demasiado para mí. ¿Qué clase de capullo hay que ser para que...?

—Un capullo que tiene un brazo roto —contestó con sobriedad, sin dejar de mirarme.

Tragué saliva mientras sentía que la sangre se me agolpaba en las mejillas.

—No... no lo he visto —mascullé.

—Para eso tendrías que ser Clark Kent.

Lo miré desconcertada.

—¿Visión de rayos X...?

Se señaló los ojos con dos dedos y yo conseguí asentir.

—Me quitaron la escayola hace algún tiempo —contó, mientras le daba vueltas a la lata en la mano.

Ninguno de los dos dijo nada durante lo que me pareció una eternidad.

—¿Qué se hace aquí... por la noche? —pregunté al rato, para romper el extraño silencio que se había instalado entre nosotros.

Me miró como si fuese marciana.

—¿Que qué se hace aquí por la noche?

Su mueca burlona me cabreó. Claro que era consciente de que no estaba en Nueva York o Miami y que no podía esperar bares en azoteas o clubes de moda, pero las Montañas Rocosas eran uno de los lugares más importantes de Estados Unidos: atraían a millones de turistas todos los años. Y seguro que esos turistas no se pasaban las noches en el vestíbulo del hotel, jugando a las cartas.

—Sí, ¿hay algún bar? ¿O... cafés? No sé, ¿un cine?

—Estás en Green Valley —contestó con un suspiro—. Después de las ocho aquí ya nadie sale de casa.

Mis labios formaron un «oh» mudo. Conque se jugaba a las cartas.

—Bueno, Lena Lena, te lo digo encantado por segunda vez: bienvenida a Colorado.

4

Poco después, cuando me di la ducha de la que tantas ganas tenía, deseé que el agua caliente se llevara no solo el sudor de las últimas veinticuatro horas, sino también las dudas que sentía. Y es que no era capaz de sacudirme la sensación de que todo el viaje no podía estar yendo peor, y ello no se debía únicamente al hecho de que ahora tuviese un compañero de piso inesperado que me rechazaba a mí o que rechazaba al mundo entero. Más bien me daba que pensar la certeza de que había acabado en Ninguna Parte, una Ninguna Parte que parecía cumplir todos los clichés de Ninguna Parte. «Después de las ocho aquí ya nadie sale de casa.» De pronto sentí que echaba infinitamente de menos Berlín. A Lara, mi mejor amiga, y la cocina del piso que compartía, donde cocinábamos juntas cada domingo; un *chai latte* en nuestro café preferido de Friedrichshain; el puesto de falafel de Ali y el mercadillo de Boxhagener Platz; un Moscow Mule en ese barecito de Kreuzberg y las tiendecitas *vintage* de Kastanienallee. «¿Por qué he renunciado a todo aquello? —pensé en un arrebato de pura desesperación—. ¿Por qué he cambiado la vida que tenía en la mejor ciudad del mundo por esto?» «Te puedes ir a casa cuando quieras», me recordé para infundirme valor mientras en el rincón más apartado de mi cabeza resonaba la voz de mi padre: «Es tu última oportunidad, señorita. Como también dejes esto, te pones a estudiar para ser corredora de seguros». Negué con la cabeza. No, de volver a casa ni hablar, si no quería acabar en la

correduría de seguros de mi familia, que, aunque solo fuera por un tema de cromosomas, no encajaba conmigo: Lenz & Hijos.

Mientras estaba delante del espejo, peinándome el pelo mojado, me sentí un poco mejor. Quizá Colorado y yo solo hubiésemos empezado con mal pie. Quizá tuviera que darle una segunda oportunidad y hacerme una idea por mí misma del que sería mi nuevo hogar. Lo cierto es que en internet Green Valley era muy bonito, y seguro que podía comprar en alguna parte un *muffin* de arándanos, un *frappuccino* o un batido que me animase un poco aquel desastroso primer día.

Poco después, con renovada confianza, salí de la casa de los Cooper, si bien no tardé en darme cuenta de que no tenía ni idea de hacía dónde ir. Estaba acostumbrada a que mi iPhone tomase esas decisiones por mí. Me mordí el labio inferior con inseguridad e intenté recordar por dónde había llegado el autobús. Fui intuitivamente hacia la izquierda... y, menos de cinco minutos después, constaté que mi intuición no había acertado mucho. La carretera había dado paso a una especie de camino vecinal, y en leguas a la redonda no se veían más que praderas y bosques interminables ante el majestuoso telón de fondo de las Montañas Rocosas. Desanimada, busqué a mi alrededor alguna señal o algún poste indicador.

—Pareces algo perdida.

Como salida de la nada se me había acercado una chica en una bicicleta de montaña que me observaba con abierta curiosidad. Tenía más o menos mi edad y, con sus grandes ojos azules y las rastas rubias que le llegaban por la cadera, parecía una versión ecologista de Elsa, la reina de las nieves de *Frozen*.

—Quiero ir a la ciudad, pero creo que me he perdido.

—¿A qué ciudad?

Sonrió y apoyó ambos pies en el suelo. Tenía las morenas piernas enfundadas en un pantalón corto de deporte y zapatillas de Nike.

—¿Green Valley? —En mi respuesta se coló un inequívoco tono de interrogación.

—Pues entonces vas justo en dirección contraria. Es por ahí. —Señaló la dirección por la que yo había venido, y suspiré—. Soy Isobel, pero todo el mundo me llama Izzy. —Apoyó las manos en el manillar y la camiseta dejó a la vista unos brazos tonificados.

—Lena —repuse risueña.

—¿Eres la *au-pair* de los Fraser? ¿De Suecia?

—No, soy alemana.

—Ah... Entonces vives con los Cooper.

Conque Ninguna Parte también reunía todos los clichés de una ciudad pequeña. Asentí.

—¿Hay más *au-pairs* aquí?

—Un par. Es una zona pija. —Izzy se encogió de hombros—. Pero has tenido mucha suerte con los Cooper. Jack y Amy son muy majos y el niño es muy mono.

—Todavía no los he visto. Vuelven esta tarde de Kansas.

—Ah, es verdad. He oído lo que le ha pasado al padre de Amy. Entonces ¿estás tú sola en el casoplón?

—Pues no..., está Ryan.

Ella arqueó las cejas.

—¿Ryan está en la casa?

—Sí —afirmé con voz queda, ya que no se me había escapado la expresión de sorpresa de sus ojos—. ¿Lo conoces?

—¿Que si conozco a Ryan Cooper? —Sonrió, pero el gesto me pareció forzado. Antes de que yo pudiera insistir, Izzy se señaló el pequeño reloj negro, que era como un monitor de actividad—. Será

mejor que des media vuelta. Pronto anochecerá, y al final, en lugar de a Jack y a Amy, conocerás a un par de simpáticos osos negros.

—¿Osos? —Abrí mucho los ojos, asustada, y al mismo tiempo pensé que no podía ser más ingenua. Pues claro que había leído que en las Rocosas había osos..., pero no había sido consciente de que pudiera toparme con ellos mientras daba un inocente paseo hasta Green Valley.

Izzy se iba a montar de nuevo en su bicicleta cuando se apiadó de mí.

—Ahora te he metido miedo, ¿no? Venga, te acompaño un poco. —Me guiñó un ojo y sentí cierto alivio—. ¿De dónde eres exactamente?

—De Berlín.

—Es la capital, ¿no?

Hice un gesto afirmativo.

—Yo estuve una vez en Europa. En el Campeonato del Mundo de Freestyle, en Austria, hace dos años. Kitzbühel. —Le costó pronunciar la palabra y se rio con ironía de sí misma. Al parecer vio que su respuesta no me decía nada—. Snowboard.

—Ah.

—Soy profesora de snow. En Vail. Es una gran estación de esquí, a una media hora de aquí.

La observé de lado y constaté que, con sus rastas, me la imaginaba perfectamente subida a una tabla.

—¿Y qué haces cuando no hay nieve?

—¿Como ahora, por ejemplo? —inquirió con un guiño—. Fuera de la temporada trabajo para Rocky Outdoor Adventures. —Se señaló el logo de la pechera, en el que yo aún no había reparado—. Organizamos rutas en piragua y de rafting para turistas, excursiones a los parques nacionales y cosas por el estilo. Y de vez en cuando

me pongo detrás de la barra en Olly's. Es el único bar de Green Valley, que casualmente es de mi hermano Oliver.

—¿Hay un bar en Green Valley? —la pregunta me salió con demasiada euforia, e Izzy se rio con ganas.

—Sí, aunque será mejor que no te hagas muchas ilusiones. Es un sitio más bien... local.

La decepción se reflejó en mi rostro.

—Pero pásate cuando te apetezca. Es imposible no ver el Olly's; o a mi hermano. —Me sonrió.

Asentí con la cabeza, aunque estaba casi segura de que, con los veinte años que tenía, no podría entrar sin más en un bar estadounidense. Allí las leyes eran mucho más estrictas que en Berlín, así que probablemente tuviera que esperar hasta mi cumpleaños.

—Ya sabes cómo llegar a casa, ¿no?

Para entonces ya se veía de nuevo la residencia de los Cooper, y afirmé aliviada mientras la palabra *casa* resonaba en mi cabeza. En aquel momento aquella casa se me antojaba muy lejos. Volví a sentir un pellizco en el corazón.

—Sí, gracias otra vez.

—De nada. Quizá nos veamos en Olly's. O en invierno en la pista. —Me guiñó nuevamente un ojo.

—Uy, es que no sé esquiar.

—Me refería a haciendo snow.

—Eso tampoco —confesé.

—Vives con los Cooper, así que estarás en la pista antes de pronunciar la palabra *nieve*.

Izzy me dirigió un último guiño y se subió a su bicicleta de montaña. Después se alejó, despidiéndose con la mano.

En mí asomó una chispa de esperanza de que en Ninguna Parte quizá no estuviese tan sola.

5

Oí las voces cuando crucé la carretera y enfilé el camino de entrada de los Cooper. En la penumbra, la enorme casa que tenía delante se recortaba como una silueta.

—Sé que estás pasando por un mal momento, pero ¿acaso es mucho pedir que no te portes como un patán un santo día?

—Jack, por favor, cálmate —pidió una suave voz de mujer.

—Estamos fuera menos de veinticuatro horas y nos espanta a la *au-pair*.

Abrí los ojos como platos y apreté el paso.

—¡No la he espantado! —objetó una voz con la que para entonces ya estaba familiarizada.

—¡Se ha marchado, Ryan!

—Bueno, eso no lo sabemos —terció la mujer.

—Dentro de poco anochecerá, Amy, y no conoce este sitio. ¿Y si se ha perdido o si...?

Se oyó un bufido desdeñoso.

—A los osos no les van las barras de labios.

¿Las barras de labios? Aquel tío era tonto. Si solo me había puesto un poco de brillo para no tener muy mal aspecto después del largo vuelo.

—¿Quieres decirme qué significa eso?

—Que habríais hecho mejor trayendo a una asistenta que no parezca...

—¡Es nuestra *au-pair*, no una asistenta!

—Para el caso es lo mismo.

—No, Ryan, no es...

La objeción quedó a medias cuando entré en el salón y atraje tres pares de ojos como si fuesen imanes.

—¡Lena!

A Amy solo la conocía de las charlas por Skype, y me sorprendió lo delgada que era pese a estar embarazada. A fin de cuentas el niño nacería a finales de noviembre. Vino hacia mí visiblemente aliviada y me dio un cariñoso abrazo. Percibí un aroma floral.

—Menos mal que estás bien. Jack ya te veía en la barriga de un oso.

—Hola, Lena —me saludó también su marido, que estaba a su lado, y avanzó hacia mí—. Me alegro mucho de verte.

Jack era exactamente igual que lo recordaba, pero solo ahora que estaba junto a Ryan reparé en el parecido entre ambos hermanos. Tenían los mismos ojos verdes y el mismo mentón marcado. Sin embargo, con sus gafas y el jersey de lana gruesa, Jack más bien me recordaba a mi profesor de biología del colegio.

—Solo he salido a dar un paseo.

Tampoco tenía por qué saber nadie que me había perdido cuando pretendía ir a Green Valley. Al fin y al cabo no quería que ya el primer día quedase claro que era una urbanita de campeonato.

—Empezábamos a pensar que habías salido huyendo de este oso de aquí.

Amy señaló con un guiño a Ryan, que estaba apoyado en la barandilla de la escalera con los brazos cruzados.

—No, solo quería ver un poco cómo era esto.

—¿Significa eso que no se ha portado como un neandertal? —inquirió Jack con un suspiro.

—No, ha sido... —«voluble, maleducado, arrogante, borde, presuntuoso»— majo —respondí, haciendo ojitos falsamente en dirección a Ryan, pero su boca solo era una apretada línea recta.

—En fin... Por desgracia Liam está ya en la cama —comentó Amy —. Se ha quedado dormido en el coche, pero os conoceréis mañana por la mañana. Si no tienes mucho jet lag, podemos tomar una copa de vino para conocernos un poco mejor. O... cola. No sé qué bebes.

Sonrió y yo sentí un poco de alivio. Tal vez hubiese acabado en Ninguna Parte, pero al menos no en uno de esos hogares estadounidenses típicos en los que palabras como «alcohol» o «sexo» formaban parte del diccionario del diablo.

—Claro.

Sus ojos miraron a Ryan con expresión expectante.

—Bebeos la cola sin mí. Tengo que acostarme pronto, porque mañana tengo... Un momento... —Hizo como que se paraba a pensar—. Nada.

Jack le lanzó una mirada de advertencia, pero su hermano ya había empezado a subir.

—Esto no... no tiene nada que ver contigo —se disculpó por él, frotándose la nariz con aire cansado.

—Cariño, ¿por qué no le subes primero la maleta a Lena? —Amy interrumpió así el agobiante silencio.

Después de deshacer la maleta y meter mis cosas en el armario y en la cómoda, puse en la mesita de noche una foto enmarcada de mi familia y el regalo de despedida que me había hecho Lara: una bola de nieve con una fotografía de las dos. Éramos amigas desde primero de primaria, y desde entonces nada ni nadie podía separarnos. Estaba firmemente convencida de que el año que yo iba a pasar en Colorado tampoco podría con nosotras. Además, me había prometido venir a verme en vacaciones. Sin embargo, dudaba

de que Lara fuese a aguantar mucho en aquel sitio. Era berlinesa hasta la médula y necesitaba el barullo de la gran ciudad como el aire para respirar.

Me fui al cuarto de baño con mi neceser bajo el brazo. Para mi sorpresa, el armario con espejo que había sobre el lavabo estaba completamente vacío. Solo un gel de ducha azul marino en la repisa de la ventana me recordó que tenía que compartir la estancia con Ryan. Así que no era posible que llevara viviendo allí mucho tiempo.

Justo cuando estaba sacando la plancha del pelo del neceser, la puerta se abrió con brío. Ryan no parecía cohibido en modo alguno por no haber llamado. Sus ojos se clavaron en el aparato que yo sostenía en la mano y sus cejas se enarcaron.

—Dijiste «por la mañana», no por la tarde —me adelanté, al tiempo que echaba hacia atrás los hombros.

Él entornó los ojos, escudriñándome. Después dio un paso hacia mí y se me acercó al oído.

—Y tú dijiste que no habías traído plancha.

Su aliento tibio me rozó el cuello, haciendo que me recorriera un escalofrío.

—De la ropa, y no he traído —repliqué, lo más imperturbable posible.

6

—Puede que sea algo tarde para comer dulce, pero si tienes hambre, sírvete, por favor.

Amy puso una tarta de manzana en la mesa de la cocina y la partió en pequeñas porciones.

—Mi madre se refugia en la repostería siempre que necesita no pensar. Esta vez han sido dos tartas de manzana, toneladas de *muffins* de arándanos y una bandeja de brownies.

—¿Cómo está tu padre? —le pregunté mientras cogía un pedazo de tarta, que desprendía un intenso olor a canela. Aparte del sándwich del avión y de la porción de pizza fría, aquel día todavía no había comido nada, y me costó lo mío no suspirar con ganas cuando me llevé el primer trozo a la boca. La tarta me supo a gloria.

—Como cabía esperar, dadas las circunstancias —respondió mientras se peleaba con el corcho de una botella de vino tinto—. Pero tendrá que pasarse las próximas semanas en el hospital, algo que no es fácil para un granjero del Medio Oeste.

—¿Quieres que pruebe yo?

Me pasó la botella y no tardé ni tres segundos en abrirla.

—Veo que no nos hemos equivocado contigo. —Jack estaba en umbral de la puerta, sonriendo. Se había puesto un pantalón vaquero y una sudadera de Nike cómodos y ahora se parecía todavía más a Ryan—. Si además se te dan bien los biberones, eres un diez.

—¿Vino o Coca-Cola? —me preguntó Amy.

Por solidaridad con ella y porque cada vez me notaba más pesados los párpados, me decidí por el refresco. Durante la hora que siguió, Jack y Amy quisieron saberlo todo sobre mi vuelo y cómo había llegado a Green Valley. Les hablé de Berlín, de mi familia, de mis amigos y de cómo era vivir en una gran ciudad alemana, y sentí alivio al comprobar que nuestra conversación era tan natural como en las numerosas videollamadas que habíamos mantenido antes.

—Cuando terminé la universidad, yo también quería vivir en una gran metrópoli —confesó Amy con un dejo de melancolía en la voz —. Y mira dónde he acabado. —Se encogió de hombros con ironía—. Después de casarnos, vivimos unos años en Boulder, una ciudad agradable con una gran universidad, a unas dos horas de aquí. Jack es catedrático de Geología.

—¿Vas y vienes?

Negó con la cabeza.

—La universidad me pone una habitación en el campus. Durante la semana suelo dormir allí.

—Ese fue uno de los motivos por el que nos decidimos a tener una *au-pair* —me explicó Amy—. Paso mucho tiempo sola con Liam, y cuando nazca este pequeñín —se acarició el abultado vientre— será mejor tener a alguien en casa.

Se me pasó por la cabeza un instante la imagen de Ryan, pero la aparté.

—¿Por qué no os quedasteis en Boulder?

—Yo crecí aquí —respondió Jack, y bebió un sorbo de vino—. Cuando mis padres fallecieron, nos dejaron la casa y el Golden Leaf.

—El Golden Leaf es nuestro Bed and Breakfast —aclaró Amy—. Está a las afueras de Green Valley, en el bosque.

—¿Tenéis un Bed and Breakfast?

No recordaba que me lo hubieran dicho, y me sorprendió el contenido gesto de asentimiento que me dedicó ella.

—No es grande —apuntó al tiempo que movía la mano como para restarle importancia—. Solo tiene cuatro habitaciones.

—Y ¿te ocupas tú de los huéspedes?

—¿Huéspedes? ¿Qué huéspedes? —repitió Jack, con un evidente humor negro.

—Ahora mismo el Leaf no va muy bien —admitió Amy—. Durante el verano casi no hemos tenido reservas.

—¿Porque no hay turistas? —pregunté con tino.

—Qué va. La región está experimentando un auge. Colorado tiene algunas de las estaciones de esquí más bonitas del mundo, y durante los meses de verano vienen muchas familias a hacer senderismo y montar a caballo. Pero al Leaf se le notan bastante los años. No podemos competir con los alojamientos de lujo de Vail, Breckenridge y Aspen. Tendríamos que reformarlo entero, pero no tenemos tiempo ni —se señaló la barriga— mano de obra. Si quieres, podemos ir mañana para que lo veas. De todas formas, te quería enseñar un poco la zona. La guardería de Liam, los parques infantiles, el centro comercial más cercano y demás.

—Sería estupendo —contesté, y me costó lo mío reprimir un bostezo.

—Debes de estar agotada —observó Amy, apiadándose de mí—. Vete a la cama y descansa. Tendremos ocasiones de sobra para charlar tranquilamente.

Tenía muchas preguntas que hacerles a ambos, pero tendrían que esperar, si no quería que la cabeza se me cayera en la tarta de manzana. Con una sonrisa de agradecimiento, me levanté y de pronto sentí cada kilómetro que había volado en todo mi cuerpo.

—Nos alegramos mucho de que estés aquí, Lena —afirmó Jack, y sus palabras me llegaron al alma.

7

Una risita me despertó la mañana siguiente. Al abrir los ojos, adormilada, me dio en la cara el sol, que trazaba un confuso dibujo en mi colcha. Molesta, iba a cerrar los párpados de nuevo cuando un rostro infantil con gafas de natación apareció en mi campo visual.

—Hola —musité, y me apoyé de lado en un brazo.

El pequeño ladeó la cabeza, observándome con curiosidad. Tenía el cabello castaño de su madre y unos ojos marrones bonitos y grandes con espesas pestañas.

—Soy Lena.

—Tengo cinco años.

Para demostrarlo me enseñó la manita extendida, pero yo no podía dejar de mirar sus graciosas gafas.

—¿Liam? —La voz de Amy resonó en el pasillo.

Riéndose, el niño se tapó la cara con las manos, como si así pudiera hacerse invisible.

—Liam, ¿dónde estás? —Los rizos de Amy se asomaron por la abertura de la puerta—. Mira que te he dicho que la dejaras dormir. —Se disculpó entre risas—. Tenía muchas ganas de verte, estaba muerto de curiosidad. Lo siento.

—No importa —aseguré mientras bostezaba y buscaba mi reloj de pulsera. Solo eran las siete y poco, y me sentía como un ordenador que se negaba a arrancar. Aunque había caído muerta en la cama, no había dormido bien y no había parado de dar vueltas. Tardaría un

poco en acostumbrarme a lo silenciosas que eran las noches en aquel sitio.

—Hoy llevaré yo a Liam a la guardería y después iré al ginecólogo, que está en Vail, así que puede que tarde algo. Te pasaré a buscar sobre las nueve, ¿te parece?

Asentí y me incorporé en la cama.

—Desayuna tranquilamente. Queda tarta y en el armario que hay encima de la nevera tienes cereales y pan de molde para tostar. Coge lo que quieras.

—Pero los Froot Loops son del tío Ryan —advirtió Liam con infantil seriedad, dejando a la vista una simpática mella.

Amy le alborotó cariñosamente el pelo.

—Es verdad, pero seguro que le dará unos pocos a Lena si se lo pide amablemente.

Recordé nuestro encontronazo del día anterior y tuve claro que Ryan no haría tal cosa.

—Andando, hombrecito —dijo Amy, y dio unas palmadas.

—Quiero ir a ver al tito.

—El tito todavía está durmiendo.

Liam resopló y los cristales de las gafas se le empañaron.

—El tito siempre está durmiendo.

—Anda, vamos. Dile adiós a Lena.

—Adiós —repitió Liam, y me dijo adiós con su manita antes de salir de la habitación detrás de su madre.

—¿Por qué te has vuelto a poner esas gafas? —alcancé a oír a Amy.

Las voces se volvieron más quedas hasta que se apagaron. Volví a apoyar la cabeza en la almohada y cerré los ojos, pero ya no podía dormirme, así que me levanté y fui hacia la puerta. Salí demasiado deprisa y choqué contra algo duro.

—La derecha tiene preferencia —rezongó Ryan, con voz adormilada.

—Solo quería ir al cuarto de baño.

—Yo también, si quieres podemos ir juntos —observó con tono burlón, mientras se frotaba los ojos.

Llevaba una sencilla camiseta de algodón blanca y unos bóxeres oscuros, y me llamó la atención lo musculosas que tenía las piernas. Tim, mi exnovio, solía ir a *crossfit* y, aun así, sus muslos no estaban ni la mitad de definidos.

—Ve tú primero, si quieres.

No tenía ninguna intención de ponerme a discutir quién entraría primero, algo en lo que ya tenía práctica, ya que donde vivía había un único cuarto de baño para cuatro personas.

—No, no quiero ser el culpable de que cojas frío.

Su voz destilaba sarcasmo puro, y de pronto me di cuenta de que no me había vestido para salir de la habitación. Sin sujetador, no parecía precisamente pudorosa con mi camiseta de tirantes rosa. Crucé los brazos a toda prisa y me dirigí al cuarto de baño.

Me di una ducha caliente, me cepillé los dientes con un agua que sabía a piscina y contravine la regla número uno alisándome mi pelo rubio claro hasta que me cayó por los hombros liso como el cebollino. Lo tenía ligeramente ondulado, pero me gustaba más así. Envuelta en una toalla enorme, salí del cuarto de baño y en ese mismo instante se abrió la puerta de Ryan. Su suspicaz mirada hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—¿Para eso te has tirado media hora en mi cuarto de baño?

Negó con la cabeza y pasó por delante de mí sin decir nada más mientras yo me refugiaba en mi habitación resoplando y llegaba a oír que Ryan se quejaba: «Huele que apesta». ¿Qué demonios le

pasaba a aquel tío? Empezaba a pensar que por sus venas corría mal humor.

Me enfundé unos vaqueros pitillo, una camiseta *oversize* color salmón y mi cazadora vaquera y me miré en el espejo. A diferencia de mi hermano, que era larguirucho como papá, yo me parecía a mi madre, con lo cual, además de unas piernas largas, también había heredado un pecho más bien generoso. Cuando era adolescente me molestaba que no me valieran, como a mis amigas, los sujetadores de Snoopy de talla 75A, pero con los años me había acostumbrado a mi escote.

La mesa ya estaba puesta cuando entré en la cocina... para dos. ¿Acaso esperaba Amy que Ryan y yo desayunáramos juntos? La sola idea hizo que me riese para mis adentros. Me serví una taza de café y cogí una pequeña porción de tarta de manzana. Estaba mordiéndola con fruición justo cuando Ryan entró y fue directo a la nevera sin mediar palabra. Todavía tenía húmedo el oscuro pelo, y con él entró en la cocina un agradable olor a limpio, lo cual era asombroso, puesto que llevaba puestos el pantalón de chándal y la camiseta del día anterior. Vi con el rabillo del ojo que se echaba leche en un cuenco y sacaba del armario un paquete XXL de Froot Loops. Froot Loops. La última vez que los había comido tenía un póster del grupo One Direction en mi habitación.

Ryan iba a marcharse cuando le llamó la atención la mesa: dos platos, dos tazas, dos cuchillos. Me preparé para recibir un comentario sarcástico, que, sin embargo, no llegó. Poco después se encendió el televisor del salón.

8

Fuimos en el Landrover de Amy al centro de Green Valley, enmarcado por cimas de montañas y cuya calle principal era la cuidada Main Street, en la que se sucedían adorables tiendecitas cuyos escaparates estaban decorados con hojas otoñales y calabazas. Claro, Halloween estaba a la vuelta de la esquina. Tenía muchas ganas de vivir aquel espectáculo que conocía por las películas y las series, y quería comprarme a toda costa un disfraz para ir de casa en casa con Liam.

Al pasar, descubrí una pequeña peluquería, la librería Green Valley Bookstore, Moe's Diner y una tiendecita de alimentación de la que la gente salía con bolsas de papel llenas hasta arriba. Un establecimiento de material deportivo ofrecía cañas de pescar y botas de senderismo, y un restaurante invitaba a comer truchas recién capturadas y filetes de ternera. Detrás de un edificio de ladrillo que parecía el ayuntamiento descollaba la torre de una iglesia. Lo cierto era que el sitio no parecía tan pequeño como me imaginaba.

—Aquí encuentra uno prácticamente todo lo que necesita —me explicó Amy, como si me hubiese leído el pensamiento—. A lo largo de los últimos años se han instalado muchas familias jóvenes en la zona. Ahora hay el doble de habitantes.

En internet había leído que Green Valley tenía unos novecientos vecinos. ¿Sería la cifra actual?

Aparcamos delante de una casa pintada de amarillo sobre cuya puerta, en un artístico letrero tallado en madera, ponía FLORISTERÍA GREEN VALLEY.

—Ven, que te quiero presentar a Molly. Tiene las flores más bonitas de todo Colorado. Y, si tienes suerte, también pastel de calabaza recién hecho.

Nos recibió un olor increíble cuando entramos en el establecimiento, precedidas del sonido de una campanita. Olía a rosas y crisantemos, a violetas, lavanda y tierra húmeda. Estaba aspirando los olores, embelesada, cuando una mujer menuda y regordeta con un mandil verde de florista y botas de goma de color lila vino hacia nosotras. Debía de tener por lo menos sesenta años y llevaba el cabello entrecano recogido en un moño flojo. Todo en ella me recordaba al Hada Madrina de Cenicienta.

—¿Es ella? —preguntó un poco eufórica de más.

Su voz tenía algo cálido, afectuoso, y en mi cabeza una voz canturreó: «Bibidi babidi bu».

—Molly, esta es Lena, nuestra *au-pair*, de Alemania. Está con nosotros desde ayer, y le estoy enseñando un poco la zona.

Cuando me quise dar cuenta, estaba entre los carnosos brazos de la mujer. Olía, como no podía ser de otra manera, a flores y tierra, y despertó en mí recuerdos de mi difunta abuela.

—Me alegro de conocerte, querida —me dijo y musitó en dirección a Amy lo encantadora que yo era. Nadie me había llamado encantadora en toda mi vida, pero aquello era Estados Unidos, donde las frases en las que no hubiese un *awesome* y un *incredible* parecían incompletas.

Molly me bombardeó con las preguntas habituales —¿de dónde eres?, ¿qué tal el vuelo?, ¿qué te ha parecido Green Valley hasta

ahora?—, antes de darle a Amy una caja de cartón con una corona otoñal.

—He oído que Ryan está viviendo con vosotros —añadió por lo bajini mientras Amy sacaba dinero de la cartera. Puesto que éramos los únicos clientes, el gesto me pareció bastante innecesario—. Me lo ha contado esta mañana Rhonda.

—Sí, desde la semana pasada —le confirmó Amy con reserva—. Solo es algo temporal.

Su voz queda hizo que yo aguzara el oído.

—Pobre muchacho —comentó Molly con un suspiro, y negó con la cabeza con aire pesaroso—. He pensado mucho en él desde que...

Dejó la frase a medias, y a mí me asaltó la desagradable sensación de que me faltaba información esencial sobre el «pobre muchacho».

—Dile que le mando recuerdos. Le tendré reservada una porción de pastel de calabaza para cuando se quiera pasar.

—De tu parte, Molly —repuso Amy con una sonrisa triste, y le puso una mano en el antebrazo en señal de agradecimiento.

Mientras nos dirigíamos al Golden Leaf, la curiosidad me picaba. ¿Y si le preguntaba a Amy qué pasaba? ¿Por qué Molly parecía tan preocupada por Ryan? ¿Por qué estaba viviendo él con los Cooper, aunque era evidente que preferiría estar en otra parte?

Al Golden Leaf se llegaba por un estrecho camino de acceso y un bosque que permitía intuir por qué el B&B había recibido aquel nombre. Las hojas relucían con toda clase de tonos amarillos y dorados en las poderosas copas de los árboles, y junto al camino la brisa otoñal hacía bailar el follaje. Amy aparcó el coche delante de una casa de madera azul clara parecida a una cabaña de troncos que coronaba una elevación y en la que, a primera vista, los elementos habían hecho mella. Ante una puerta blanca, en un

letrero de madera clavado en el suelo con una hoja de arce tallada, se leía con letra sinuosa GOLDEN LEAF. La pintura de las ventanas con palillería estaba descascarillada en algunas partes y a la madera no le habría ido mal una nueva mano de pintura, pero, aparte de estas señales del tiempo, se veía que la casa era una auténtica joya.

—Bueno, pues ya hemos llegado.

Cuando me bajé del coche, durante un momento no oí nada más que el susurro de las hojas y el murmullo de un arroyo. Un viento suave me trajo un aroma a madera y agujas de pino. En aquel instante fui incapaz de imaginar un lugar más apacible en el mundo entero. Tanto más peculiar era el hecho de que en las plazas de aparcamiento de delante de la casa reinaba el más absoluto vacío.

—En fin, como te dije, ahora mismo la cosa está complicada —observó Amy, como si me leyera de nuevo el pensamiento—. Puede que entren reservas cuando empiece la temporada de esquí.

Aunque se esforzó por parecer optimista, vi el escepticismo reflejado en sus ojos y, cuando abrió la puerta, entendí por qué. En el Golden Leaf el tiempo se había detenido... hacía por lo menos treinta años, según mis cálculos. La amplia entrada la presidía un mostrador de madera maciza donde no había nadie y tras el cual se veía un tablero con cuatro anticuadas llaves de latón. Unos asientos de gastada piel marrón se agrupaban alrededor de una chimenea de piedra sobre la que destacaba una cabeza de búfalo disecada. Una mitad de las paredes estaba revestida de madera; la otra, pintada de ocre y sobrecargada de fotografías, óleos, cornamentas de ciervos, banderas de Estados Unidos y escopetas de perdigones. Alfombras estampadas recubrían el vetusto suelo de madera y una ancha escalera con la barandilla torneada llevaba a la planta superior. Me sentí un poco como si estuviese en un plató de cine. O en un museo.

—Sí, aquí habría que hacer algo urgentemente —se excusó Amy mientras mis ojos recorrían las paredes con fascinación, descubriendo más y más detalles nuevos.

Esquís de madera con fijaciones de cuero, cuernos para beber y viejas alforjas, pinturas indias, instantáneas de naturaleza y fotografías familiares. Vistos uno por uno los objetos no podían ser más interesantes, pero en conjunto todo resultaba excesivamente recargado.

—Esos son Jack y Ryan.

Observé la instantánea con más atención. En ella se veía a un adolescente con un mono de esquí verde fosforito que hacía un muñeco de nieve con un niño pequeño.

—Alice, mi suegra, tenía cuarenta y cinco años cuando nació Ryan. Jack le saca casi catorce. Por eso a veces se le olvida que es su hermano y no su padre. —Hizo una mueca—. Las habitaciones están arriba. Si quieres, puedes ir a echar un vistazo mientras yo pongo la corona en la puerta.

Subí escalón tras escalón por la crujiente escalera. En la planta de arriba, de un ancho pasillo con una alfombra pasillera de grandes flores salían dos puertas a cada lado con sendos números de latón. Copas doradas y plateadas brillaban en una vitrina, y las paredes, revestidas de madera, se hallaban llenas de fotografías y artículos de periódico enmarcados.

«Cooper gana la Whistler Cup» destacaba en gruesas letras sobre una fotografía que me llamó la atención de inmediato. En ella se veía a un adolescente con mono de esquí y casco que alzaba las manos en el aire con aire triunfal. Me figuré que era Ryan, y la leyenda me lo confirmó. ¿Qué años tendría? ¿Catorce o quince? Leí por encima más titulares: «Cooper hace su nueva mejor marca», «Cooper acumula puntos en Val d'Isère», «Cooper se sitúa por

delante de Ligety», «Cooper cada vez más cerca de las olimpiadas». ¿Las olimpiadas? Abrí los ojos con cara de asombro y observé al esquiador de la imagen, que tomaba una curva con una inclinación extrema y tocaba la nieve con la mano. ¿Se suponía que aquel era Ryan? ¿Ryan el adicto a la tele? ¿Ryan el del pantalón de chándal?

—Vaya, has encontrado el muro de la fama.

No había oído llegar a Amy porque seguía intentando asimilar lo que tenía delante en letra impresa.

—Mis suegros coleccionaban cada artículo de periódico en el que se hablaba de él —contó con una sonrisa melancólica—. Y al menos una vez a la semana sacaban brillo a todas las copas. —Señaló la vitrina—. Hay noventa y cuatro. Las he contado.

Al parecer había visto que me había quedado atónita.

—Sí, de eso queríamos hablar contigo ayer —continuó, con cara de preocupación—. Pero después de un viaje tan largo y de tanta agitación pensamos que era mejor dejar que primero descansaras bien. —Buscó mis ojos, y me puse un poco nerviosa—. Como ya sabes, Ryan se quedará con nosotros durante un tiempo.

Asentí con aire vacilante.

—Tuvo... un accidente.

En mi garganta se formó un nudo.

—Fue durante un descenso en St. Moritz. La última Copa del Mundo de Descenso de la temporada. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Sufrió una caída grave y estuvo casi dos semanas en cuidados intensivos.

Mis ojos se abrieron con expresión de susto.

—Tuvo mucha suerte. Su cabeza no ha sufrido lesiones permanentes, y las fracturas le han soldado bien. Pero la rodilla no se ha recuperado del todo y en el brazo le han quedado nervios dañados. —Suspiró con suavidad—. Tuvo que poner fin a su carrera.

Para entonces el nudo que tenía en la garganta era tan grande que ya no me sentía capaz de tragármelo.

—Está completamente destrozado. —Contempló, afligida, al radiante adolescente de la pared, que miraba esperanzado el futuro que tenía por delante—. Por eso y... por la ruptura con Madison. —Agucé los oídos—. Llevaban tres años juntos.

Caí en la cuenta de que todavía no me había parado a pensar si Ryan tendría novia.

—Maddie compite en el equipo femenino. Entrenaban juntos en Salt Lake City. —Solo fui capaz de asentir maquinalmente—. Un par de semanas después de que Ryan sufriera el accidente, Maddie cortó con él. No me malinterpretes, no se lo echo en cara —me aclaró con énfasis—. Lo intentó de verdad, pero Ryan... se puso difícil. Ha cambiado.

—No me extraña —musité, y no pude evitar ver la cara de Tim, lo que me infligió una dolorosa punzada en el corazón. Que lo dejaran a uno era una sensación que no se podía comparar con ninguna otra en el mundo. Para Ryan había tenido que ser sumamente difícil, después de que ya hubiese perdido su carrera.

—Ahora solo necesita tiempo para averiguar qué hará en adelante, y hasta entonces quiero que Jack esté a su lado.

—Claro —dije afectada, y me propuse firmemente darle otra oportunidad.

9

Antes de ir a buscar a Liam a la guardería, fuimos al hipermercado más cercano, que estaba a unos quince kilómetros de Green Valley. A los cinco minutos tuve la sensación de que habíamos dejado muy atrás la civilización. Conducíamos por una carretera apenas transitada que describía curvas que parecían interminables mientras serpenteaba por escarpadas formaciones rocosas, lo que nos permitía ver continuamente profundos desfiladeros y densos bosques de abetos. En los flancos de la montaña asomaba entre los árboles alguna que otra cabaña de troncos y una cascada de un turquesa luminoso se precipitaba por una pendiente.

—Tenemos suerte de que todavía no haya nieve. En invierno esta carretera se encuentra cerrada a menudo y para ir al supermercado más cercano tenemos que ir a Vail... o contentarnos con lo que haya en Green Valley.

Lo que a Amy le parecía completamente normal, para mí era sencillamente inimaginable. En Berlín estaba acostumbrada a conseguir todo lo que quisiera a cualquier hora, ya fuera sushi a las dos de la mañana o una sandía en diciembre. Aquí, en las montañas, por lo visto uno quedaba despiadadamente a merced del capricho de las estaciones del año.

—Mete en el carrito lo que quieras —me dijo Amy mientras recorríamos el hipermercado Target.

Estaba acostumbrada a disponer de una gran selección, pero lo que tenía delante daba un nuevo significado a la palabra. Las

estanterías estaban repletas hasta el techo de alimentos, y en unas cantidades que en Alemania serían directamente impensables. Había leche y zumo de naranja en garrafas de 3,8 litros, latas de refresco de cola en packs de 35 y M&M's en bolsas de 1,5 kilos. Mientras mis ojos casi no podían creer lo que veían, Amy iba metiendo en el carrito de la compra sin vacilar un paquete XXL tras otro. Aunque se esforzaba por parecer alegre de nuevo y me animaba constantemente guiñándome un ojo a que cogiera lo que quisiera, se le notaba que seguía pensando en la conversación que habíamos mantenido sobre Ryan. También yo le daba vueltas a toda la información nueva que tenía. Me seguía costando asociar al aletargado joven al que había conocido con el dinámico esquiador de los periódicos. Aquel talento excepcional, la persona en la que se habían depositado tantas esperanzas...

—No me digas que Ryan se sigue atiborrando de esas cosas de colores.

Amy y yo nos volvimos casi al mismo tiempo para encontrarnos con la mirada risueña de Izzy. Las rastas le asomaban bajo un gorro de punto rojo. Llevaba una sobrecamisa abierta encima de una camiseta de tirantes blanca y parecía que fuera a salir disparada en cualquier momento en su tabla de skate.

—Creo que eso nunca cambiará —repuso, suspirando, Amy mientras miraba los paquetes tamaño familiar de Froot Loops que teníamos en el carro—. Si no tienen por lo menos ocho colores y contienen un noventa por ciento de aditivos no se les permite acceder al estómago de Ryan Cooper.

—Debe de ser un lugar espantoso —observó la chica, fingiendo estar horrorizada.

Las dos se rieron.

—Por cierto, Lena, está es Izzy Walsh. También vive en Green Valley.

—Nos conocimos ayer —repuso ella, y me miró con una sonrisa socarrona.

—Sí, cuando salí a... pasear —añadí, y entrecomillé la palabra con los dedos.

—No me lo recuerdes. Jack estuvo a punto de enviar a una patrulla de búsqueda y de cortarle la cabeza a Ryan —bromeó Amy.

A los ojos de Izzy asomó algo cuando oyó el nombre del joven.

—¿Qué tal se encuentra? He oído que está viviendo con vosotros.

—Bueno... Tiene días malos y... días muy malos —repuso Amy con humor negro antes de recuperar la seriedad—. Ahora mismo la cosa no es fácil.

—Ya me lo imagino —musitó Izzy—. Le he mandado un par de mensajes, pero no me ha contestado.

—No te lo tomes como algo personal. Hoy por hoy no deja que nadie se acerque a él.

Izzy asintió instintivamente.

—Dale saludos de mi parte. Y si le apetece... dile que esta noche estaremos en el Olly’s.

—Eres muy amable, Izzy, pero no te hagas muchas ilusiones. Yo me doy con un canto en los dientes cuando sale de casa para ir a por el correo.

—¿Y tú? ¿Qué me dices? —me preguntó—. Pásate esta noche y te presento a unos amigos. Yo tengo que trabajar, pero mi hermano no pone muchas pegas, y de todas formas siempre hago descansos.

Miré a Amy con expresión inquisitiva. Todavía no habíamos hablado de si había alguna norma a la que tuviese que atenerme entre semana. Al fin y al cabo allí, en Estados Unidos, oficialmente ni

siquiera me estaba permitido beber alcohol a mi edad. Sin embargo, la propuesta pareció entusiasmarle.

—Es una idea estupenda. No quiero que te sientas sola aquí.

La perspectiva de ir a un bar por la noche me levantó el ánimo en el acto. Aunque todavía tenía un poco de jet lag y me acordaba de que Izzy había dicho que Olly's era «más bien local», me alegraba de que me hubiese invitado. Ya echaba mucho de menos a Lara y no me iría mal tener una amiga en Green Valley.

De vuelta en Eagle Street, dejé que Liam me enseñara su habitación mientras Amy preparaba una crema de calabaza. Constaté —lo cual me tranquilizó— que el niño no tenía ningún miedo al contacto, y me contó alegremente lo que había hecho en la guardería. Cuando me enseñó su impresionante colección de Minions entendí por qué le gustaba tanto llevar las gafas de natación.

—Platanoplatanoplatano —pidió Liam cuando bajamos a la cocina y nos sentamos a la mesa.

—Primero tendrás que contentarte con la crema —repuso Amy, que probó una cucharada y asintió satisfecha—. Lena, ¿te importa avisar a Ryan de que vamos a comer? Puede... que tenga hambre. —No lo dijo con mucho optimismo.

Cuando llegué arriba, oí unos duros sonidos metálicos. Llamé dos veces con fuerza a su puerta y esperé.

—¿Ryan? —No contestó nadie, pero no me sorprendió. Llamé de nuevo—. ¿Ryan? Vamos a comer.

Nada. Tan solo un bajo atronador y aullidos de guitarras. Puse los ojos en blanco, enervada, y bajé el picaporte. A primera vista, su habitación era como la mía, con la pequeña diferencia de que estaba bastante más desordenada. Tirados por el suelo de madera había

calcetines y camisetas que convivían con bolsas de patatas fritas abiertas, cajas de pizzas y latas vacías. ¡Menuda pocilga! Y en medio del desastre descubrí a Ryan, que estaba tumbado bocabajo en la cama.

—¿Ryan? —grité para hacerme oír por encima de aquel ruido ensordecedor, pero el cuerpo que había en la cama no se movió ni un centímetro. ¡Era imposible que pudiera dormir con aquel jaleo! Me asaltó un mal presentimiento—. ¿Ryan?

Sin vacilar más, me acerqué a la cama y le toqué con cuidado un brazo. Nada. Me incliné sobre él para poder verle la cara, y en ese momento se volvió, tan deprisa que perdí el equilibrio y me caí encima de él. Durante uno o dos segundos permanecimos en esa posición; solo sentía piel caliente y músculos de acero bajo mi cuerpo. Un aleteo nervioso se extendió en mi estómago. Hacía tiempo que no estaba tan cerca de un hombre, y mi cuerpo reaccionó de inmediato a aquella cercanía.

—Por muy halagador que me parezca el ofrecimiento, todavía no nos conocemos tanto —observó Ryan con las cejas arqueadas.

En menos de un segundo yo ya estaba completamente recta delante de su cama, lanzándole una mirada asesina.

—¿El ofrecimiento? ¿Tú con qué sueñas?

—Con esta situación... con otra mujer.

El calor me subió a las mejillas.

—No sé si esto es normal en Alemania, pero aquí uno no entra sin más en la habitación de otra persona.

Mis ojos se tornaron dos rendijas.

—Te he llamado. Varias veces.

—Entonces es que probablemente estuviera bien —respondió con una sonrisa pícara, y se incorporó. Una vez más, tenía el torso desnudo. Durante un segundo me quedé mirando su musculoso

cuerpo, los definidos hombros, el vientre plano, la marcada uve. ¿Cómo estaría cuando entrenaba a tope?

—También he llamado a la puerta, pero no has contestado —añadí con un carraspeo.

—Porque estaba durmiendo.

—¿Con este ruido?

—Este ruido ha ganado un Grammy.

Resoplé.

—Es hora de almorzar.

Miró malhumorado el reloj.

—Eso fue hace más de dos horas.

—Ya, y hace catorce era medianoche —refunfuñé, poniéndome en jarras.

Durante un instante las comisuras de su boca se elevaron mínimamente.

—Amy me ha pedido que te venga a buscar para que bajes a comer —dije intentando sonar lo más calmada posible.

—Claro, y entonces tú has pensado: ¿por qué no me echo encima de él?

Lancé un suspiro crispado.

—Me has asustado.

—Mira quién habla.

Se desperezó bostezando. En aquel momento reparé en la cicatriz rosada que, del grosor de una brizna de paja, le recorría la cara interna del brazo y me recordó, como si fuese un monumento conmemorativo, todo lo que había sufrido esos últimos meses. Quizá lo suyo fuese tener un poco más de tacto con él.

—¿Vienes? —pregunté en tono conciliador.

Se señaló con los dos pulgares el torso desnudo.

—Dame dos minutos, Heidi.

—¿Heidi? ¿Por qué Heidi?

Me miró con cara de aburrimiento.

—¿No es evidente?

—Por Heidi... ¿Klum? —probé. ¿Sería un cumplido? A mi boca asomó una sonrisa.

Ryan puso los ojos en blanco.

—Antes de que te vengas arriba: hablas como ella. Y ahí acaba todo el parecido.

Sus ojos se posaron brevemente en mi escote y durante un instante me entraron ganas de tirarme encima de él por segunda vez: con los codos por delante, clavándoselos en sus partes.

—¿Qué pasa? —me preguntó Amy cuando me senté junto a Liam con la cara roja.

Antes de que pudiera contestar, Ryan entró en la cocina. Llevaba de nuevo la camiseta de los Broncos.

—Qué gafas más guais, Stuart —comentó mientras le guiñaba un ojo a Liam.

—Soy Dave —protestó el niño.

Su tío ladeó la cabeza.

—Uy, es verdad, ahora lo veo.

No pude evitar sonreír, y me pregunté cómo era posible que el humor de Ryan cambiara tan deprisa.

—Tito, hoy he metido dos goles —le contó Liam, entusiasmado—. Y Simon Hartman solo uno.

—Liam juega al hockey sobre hielo —me aclaró Amy.

—Alero derecho —precisó el niño, como si su madre se hubiese guardado un dato esencial.

Amy fue sirviendo la crema en los platos mientras Ryan abría una lata de Dr. Pepper.

—Yo también quiero Dr. Pepper —pidió Liam.

—Los refrescos engordan —apuntó Amy.

—Pero el tito no está gordo.

—Razón no le falta —farfulló Ryan, que se encogió de hombros y le pasó la lata a su sobrino.

—El tito dice que la crema de calabaza parece vómito —dijo Liam entre risitas, y le dio la vuelta a la cuchara, de forma que el líquido anaranjado volvió salpicando al plato.

—Chsst —le dijo Ryan, tapándose la boca con la mano.

Amy le lanzó una mirada de advertencia.

—Hoy he ido con Lena al Golden Leaf —comentó ella finalmente, y se llevó una cucharada de crema a la boca.

—El tito dice que Lena...

—No le des tanta importancia a lo que digo —lo cortó Ryan, tapándole la boca con la mano mientras Amy y yo lo fulminábamos con la mirada.

—Luego hemos visto a Izzy en el súper —le informó su cuñada—. Izzy Walsh.

—Sé perfectamente cómo se apellida Izzy.

A propósito de cambios de humor...

—Su hermano Oliver ha abierto un bar deportivo. En la antigua casa Abbott, en Columbine Street. Ha quedado bonito. Deberías pasarte a verlo. —Amy buscó su mirada, pero Ryan tenía los ojos clavados en el plato—. Lena va a ir esta noche.

Él me miró de reojo un instante.

—Que te diviertas, Lena. —Sus palabras rezumaban burla.

—Seguro que Izzy se alegraría si tú también fueras.

Arrugó la frente.

—Hoy quiero ver el partido.

—También lo pondrán allí. Es un bar deportivo.

—Pero quiero verlo tranquilamente.

Amy hizo un leve gesto de asentimiento y se dio por vencida.

—¿Yo también puedo ver el partido? —preguntó Liam, abriendo mucho los ojos.

—Pero si ni siquiera sabes quiénes juegan —contestó, risueña, su madre.

—Sí que lo sé: los Broncos contra los Raiders.

Enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Puedo?

—Solo tienes cinco años, cuando empiece el partido ya estarás en la cama.

Liam hizo un gesto de obstinación.

—Simon Hartman es dos meses más pequeño que yo y a él siempre le dejan ver los partidos con su hermano.

—Por desgracia, tú no tienes ningún hermano —contestó Amy, fingiendo pesar—. Y de todas formas con esas gafas no verías nada.

10

No sé si se debía a lo que había dicho Izzy, pero me había imaginado Olly's como un pub de provincias con olor a cerrado en el que hombres entrados en años con sombrero de vaquero se apoyaban en la barra y escuchaban canciones de una gramola desvencijada. En lugar de eso, me encontré en un bar lleno, con mesas redondas, asientos cómodos y una larga barra de madera con taburetes. En las paredes de ladrillo había pantallas planas en las que se podía ver un par de partidos de hockey sobre hielo y fútbol, así como letreros de chapa y carteles publicitarios de cerveza y aguardiente. Olía a hamburguesas crepitantes, patatas fritas y cerveza, y por los altavoces salía un sonido de guitarra relajado, que se mezclaba con el tintineo de vasos y el entrechocar de las bolas de billar. Naturalmente, no tenía nada que ver con mis bares preferidos de Berlín, y seguro que en la carta no encontraría un Moscow Mule, pero Olly's era mejor de lo que esperaba y, a diferencia de lo que sucedía en mi ciudad, allí incluso tenía servicio de traslado privado. «Llama cuando quieras que venga a buscarte», me había dicho Jack después de dejarme en la puerta. Habíamos quedado en que debía estar de vuelta en casa a eso de medianoche, lo cual me parecía perfecto, puesto que al día siguiente sería mi primer día de verdad como *au-pair* de Liam.

—Lena —oí que me llamaba alguien, y descubrí detrás de la barra a Izzy, que me saludaba con un paño de cocina.

Me abrí paso entre la numerosa clientela, que tenía la vista clavada en los televisores con una cerveza en la mano o conversaba gesticulando profusamente.

—Vaya, conque has venido.

Dos hombres me miraron un instante, pero siguieron hablando en el acto, lo cual me tranquilizó. Había estado casi una hora pensando en qué ponerme y dándole vueltas a si pintarme los labios de rojo sería demasiado.

—Hola —saludé a Izzy, que llevaba las rastas recogidas en una trenza floja.

—Olly, esta es Lena —dijo, y miró al suelo a su lado, hasta que un gigante con el pelo rubio rojizo y barba cerrada apareció junto a ella y me saludó con un informal movimiento de mano. Llevaba una camiseta negra en la que ponía *«Save water. Drink beer»* y que se le tensaba en el abultado vientre. Con el paño de cocina al hombro, parecía el típico camarero irlandés—. Es la *au-pair* de los Cooper.

—Ah, la sueca.

—No, alemana. La sueca es la de los Fraser —lo corrigió su hermana.

Él respondió con un escueto gesto de asentimiento.

—¿Qué quieres tomar? ¿Cerveza? —Su voz grave pegaba con su aspecto amable.

—Pues... es que... solo tengo veinte años —respondí con una sonrisa tímida pero encantadora.

Para mi sorpresa, Olly desechó mi objeción con un fugaz movimiento de mano.

—Veinte... veintiuno... Aquí, en las Rocosas, eso no le importa a nadie. Y nuestro *sheriff* hace la vista gorda.

Sheriff. Esbocé una sonrisilla. Aunque sabía que era así como llamaban a la policía, la palabra me parecía como de otra época.

Imaginé a vaqueros e indios cabalgando por las praderas mientras un hombre con una estrella dorada en la solapa salía de una taberna.

—Voy a hacer un descanso dentro de un momento. Mientras tanto, te puedes sentar en la barra —me propuso Izzy.

Me instalé en un taburete de espaldas a la barra para ver el partido de fútbol, que no me interesaba lo más mínimo porque ni me gustaban los deportes ni conocía las reglas. Pero al menos ahora sabía quiénes eran los Broncos. ¿Estaría viendo Ryan aquel partido en aquel mismo momento? Su imagen apareció ante mis ojos un instante, pero la aparté de mi mente sacudiendo la cabeza. Cuando palpé la barra sin mirar para coger mi cerveza, me topé con otra mano.

—Creo que esta es la mía —dijo una voz de hombre grave.

Miré hacia un lado y vi unos ojos marrón chocolate que me escudriñaban risueños. «Ups», cantó una eufórica voz en mi cabeza. Era bastante más alto que yo y estaba apoyado en la barra con los brazos cruzados.

—*Tut mir leid* —me disculpé deprisa, y me di cuenta demasiado tarde de que lo había dicho en alemán—. Lo siento —añadí con una sonrisa.

Me miró ladeando la cabeza.

—¿Qué idioma era ese?

—Alemán.

—Ah —farfulló, y asintió.

Contaba con que se centrase de nuevo en el partido, pero en vez de eso, cogió su botellín y lo levantó para brindar conmigo.

—Will.

Se oyó un tintineo de cristal contra cristal.

—Lena.

Esta vez pronuncié mi nombre en alemán conscientemente.

—Lena —repitió despacio, casi con fruición—. ¿Y qué haces en Green Valley, Lena?

—Soy *au-pair*.

El hombre entornó los ojos.

—En ese caso, será mejor que no te pille el *sheriff* —me advirtió mientras señalaba con una sonrisa pícara el botellín de cerveza que yo tenía en la mano.

Le dediqué una sonrisa inocente.

—Me han dicho que hace un poco la vista gorda.

Will soltó una risotada y repuso, mirándome:

—Pues quizá no debiera hacerlo.

¿Tenía su contestación el doble sentido que yo había creído entender? En aquel momento el bar estalló en eufóricos gritos de júbilo y miré deprisa hacia una de las pantallas de la pared. Hombres con gruesas protecciones corrían a toda velocidad y otros los tiraban al suelo. Will me preguntó algo, pero no lo entendí y puse cara de desconcierto.

—Que si te gusta el fútbol —me dijo al oído, y de pronto estaba tan cerca que noté la esencia de su *aftershave*. El vello del brazo se me erizó. Will no solo era bastante guapo, sino que además olía de maravilla.

—Will Albright. —Izzy puso fin a mis anhelos—. Estás por lo menos cinco centímetros demasiado cerca de mi nueva *au-pair* preferida. —Le dio en la cadera con la suya sin miramiento.

—A diferencia de lo que me pasa contigo, con ella no tengo que preocuparme de que me vaya a saltar alguna pulga. —Le tiró de las rastas de broma—. Además —me miró de reojo—, como *sheriff* de esta ciudad —hizo una pausa— debería ver de cerca... las caras nuevas que aparecen en mi bar preferido.

«Por favor...» Me puse completamente roja.

—*Sorry* —formé la palabra con los labios mirando a Izzy mientras señalaba mi botellín de cerveza. ¿Se metería Olly en un lío por haberme servido alcohol?

—No te preocupes —respondió ella sin bajar la voz—. Que me arreste, si quiere. Pero para ello primero tendrá que ir a casa a quitar las esposas de su cama.

Will se rio e hizo como que se rendía. Que los dos hablaran con aquella familiaridad me dejó claro que eran amigos y que ni Olly ni yo tendríamos problemas.

—Bueno, Lena, puesto que ya conoces al bueno de Will, ya no hay nada más de lo que deba advertirte.

El *sheriff* se llevó la cerveza a los labios con expresión risueña.

—¿No tienes ningún vaso que fregar ahí detrás, Izzy?

—Y ¿no hay ninguna turista por ahí que sea más tu tipo? —Señaló un grupo de mujeres jóvenes que bridaban ruidosamente con chupitos.

Will sonrió mientras sopesaba la pregunta y capituló.

—Hasta pronto, Lena —se despidió, dirigiéndome una sonrisa cautivadora antes de darse la vuelta e ir directo hacia las mujeres.

Me quedé mirándolo sin darme cuenta hasta que Izzy me tiró del jersey.

—Ya basta.

Le resté importancia con un gesto, pero no pude evitar ruborizarme un poco.

—Si quieres que te partan el corazón en pedacitos, Will Albright es tu hombre.

—No, de eso ya he tenido bastante —farfullé.

Desde que Tim había cortado conmigo habían pasado meses, pero me seguía doliendo. No porque todavía lo quisiera —eso había

terminado, sin duda—, sino porque había salido de mi vida cuando más lo necesitaba. El que debería haber sido mi refugio, mi puerto seguro en la tormenta. Y lo cierto es que había estallado una tormenta poderosa cuando también había colgado la segunda carrera que había empezado. Pero, en lugar de apoyarme cuando me enfrenté a mis padres, me había dado una puñalada trapera con sus mismas frases trilladas: «Eres muy poco constante, Lena. La vida no es un paseo en bicicleta, Lena. Tienes que ser responsable de una vez, Lena». Unas semanas después cortó conmigo.

—En ese caso, será mejor que te mantengas alejada de nuestro pistolero.

—Veo que no te cae muy bien —constaté, dejando a un lado mis heridos sentimientos.

—Al revés: es mi mejor amigo. —Bebió un buen trago de cerveza y se apoyó en la barra—. Lo conozco desde que aún tenía un arma de plástico y la otra dentro del pantalón.

No pude evitar reírme.

—Para Will las mujeres son un bonito pasatiempo, nada más. Cuando todavía era profesor de esquí, tenía que ir detrás de él recogiendo los corazones rotos por la calle. Eso es algo que deja huella.

—¿Profesor de esquí? —inquirí sorprendida.

—Sí —oí que contestaba él. Volví la cabeza y me encontré nuevamente con los ojos oscuros del *sheriff*, que me observaban sin ningún disimulo. Algo comenzó a aletear en mi estómago—. Y a diferencia de Izzy, yo no enseñaba a mis alumnos que era mejor quedarse sentado en la pista y mirar a las musarañas.

—¿Es que te han dado calabazas? —le tomó el pelo su amiga—. Al menos una de ellas tendría que haber picado con tus malas frases para ligar.

Miré a las mujeres, que ahora bailaban abrazadas entre sí.

—¿Una? Todas. Si no, ¿dónde está la gracia? —Fingiendo aburrirse, Will miró una de las pantallas de la pared e interceptó un cachete de Izzy—. Y dime, Lena, ¿qué tal te va por ahora con los Fraser? ¿Ya te ha convencido Lucinda de que cantes con ella en el coro de la iglesia?

—No, yo estoy con los Cooper.

A sus ojos asomó una mirada de sorpresa.

—La *au-pair* de los Fraser es sueca —corrigió Izzy por enésima vez aquella semana.

—El *diner* antes era una fuente de información más fiable —comentó Will, subiendo exageradamente la voz en dirección a un hombre calvo de piel oscura que a continuación hizo un gesto desdeñoso con la mano y le contestó algo que no entendí.

—Ese es Moe —me susurró, risueña, Izzy—. El propietario del *diner* de Main Street. Tienes que probar sí o sí sus tortitas de arándano.

Cerró los ojos con expresión extasiada.

—¿Salimos a que nos dé el aire? —me preguntó mientras Will y Moe seguían intercambiando unos golpes que provocaban grandes carcajadas a nuestro alrededor.

Cuando salí fuera con ella, la música enmudeció y una ráfaga de aire frío me entró en los pulmones. El cielo estaba completamente negro, repleto de estrellas relucientes que, con su luz, dibujaban la silueta de las montañas. Levanté la vista, asombrada, y dejé que aquella vastedad infinita surtiera efecto en mí. Qué insignificante y pequeña se sentía una aquí abajo.

—Guay, ¿eh?

Asentí, absorta. Izzy profirió un gemido y se sentó en el banco de madera que había junto a la puerta. Mientras que yo me alegraba de

llevar puesto un jersey de manga larga, a ella no parecía afectarle tener solo una fina camiseta.

—Oye, lo de ser *au-pair* —empezó—. ¿Por qué lo haces?

Durante un instante me desconcertó que fuese tan directa.

—Bueno, pues es que... quería vivir experiencias. En... el extranjero. Y mejorar el idioma.

«Sumergirme en otra cultura. Superarme a mí misma.» Madre mía, era como si citase *10 motivos por los que deberías ser au-pair*. Pero ¿qué otra cosa habría podido decir? ¿Que aquel año en Estados Unidos era una especie de huida del futuro? ¿Que quería ganar tiempo? ¿Averiguar si en el mundo había algo que me divirtiese? ¿Que se me diera bien?

—Will es joven para ser *sheriff*, ¿no? —Cambié rápidamente de tema. Si no me equivocaba, solo era unos años mayor que yo. Quizá tuviese veinticinco.

—Acabó ahí más o menos sin querer. El *sheriff* Hendricks murió el año pasado de forma totalmente inesperada, y Will era su único ayudante. Ha crecido aquí y se conoce la zona como la palma de su mano. Además, nadie se presentó para ocupar el cargo. Muy pocos policías quieren ir voluntariamente a las Rocosas. Aquí no hay mucha acción. La mayoría de los robos los cometen osos negros hambrientos. —Se encogió de hombros con una sonrisa—. Lo digo en serio.

—Y ¿qué hace Will durante todo el día?

—En verano va a pescar y en invierno esquía.

La miré sin dar crédito y ella se echó a reír.

—Es que es una ciudad muy tranquila, de verdad —enfatizó—. Pero no te dejes engañar: aquí hay un flujo de información que ya querría la NSA.

Me reí.

—Pese a ello, todavía no se ha corrido la voz de que no soy la *au-pair* de los Fraser.

—Cierto. Pero mientras nuestro —entrecomilló las dos palabras siguientes en el aire— héroe caído esté en la ciudad, tú solo ocuparás el segundo puesto dentro de los temas de conversación preferidos.

—Amy me lo ha contado hoy.

Izzy pegó las rodillas al cuerpo.

—Sí, fue una auténtica conmoción. Aquí Ryan es algo así como una leyenda viva. El año pasado por estas fechas todavía colgaba un letrero en el que ponía HOGAR DE RYAN COOPER en la entrada de la ciudad. —Dejó escapar una risa amarga y se abrazó más las rodillas —. Cuando lo vi en el suelo, pensé que había muerto. —Su voz se había vuelto quebradiza; durante un instante cerró los ojos.

Era la segunda vez aquel día que me asaltaba una sensación de desmayo.

—Antes Ryan, Will y yo estábamos muy unidos. Hace tiempo. Nuestros padres eran amigos y crecimos juntos, estábamos en el mismo club de esquí, fuimos al mismo instituto.

La melancolía que destilaba su voz me hizo suponer que ahora ya no era así, pero no tuve ocasión de preguntarle, porque en aquel momento un rostro barbado asomó por la puerta.

—Tu hermano te necesita, Izzy.

—Dile que voy ahora mismo.

Se levantó apoyando las manos.

—¿Vienes?

Miré el reloj y negué con la cabeza.

—Mañana es mi primer día de verdad con Liam. Creo que prefiero irme pronto a la cama.

Izzy me dio su número, que guardé en el viejo iPhone que me había prestado Amy.

—¿Sabes cómo llegar a casa?

—Va a venir a buscarme Jack.

Nos despedimos con un abrazo rápido y me saqué el móvil del bolsillo del pantalón para marcar su número. Sonó unas cuantas veces y después saltó el buzón de voz. Mierda. Probé de nuevo; quizá no hubiese llegado a tiempo para cogerlo. Otra vez el buzón. Me quedé mirando la pantalla sin saber qué hacer. Probablemente en aquel sitio no hubiera taxis. Probé por última vez a llamar a Jack. Si no lo cogía, no me quedaría más remedio que preguntar a Izzy. Tras sonar un cuarto toque, alguien dijo algo incomprensible.

—¿Jack? —pregunté titubeante.

—No.

Ryan.

—¿Me puedes pasar a Jack?

—Para eso tendría que entrar en su habitación y despertarlo.

—¿Qué? —El pánico asomó a mi voz—. Pero si iba a venir a buscarme.

—Se ha quedado frito mientras veía el partido.

Me mordí el labio inferior con nerviosismo.

—Esto... ¿está despierta Amy?

—Se quedó sobada antes de que empezara el partido.

Exhalé un pesado suspiro.

—¿Y tú podrías... puedes venir a buscarme? —pregunté, apretando los ojos.

—¿Qué saco yo de esto?

—¿Cómo que qué...? Eh... ¿nada?

—Bueno, pues entonces no. No puedo ir a buscarte.

Se me ocurrió un montón de insultos desagradables, pero antes de que me diera cuenta, él había colgado. El pulso se me aceleró. Durante un instante no fui capaz de decidir si quería ponerme a patalear como una niña pequeña o romper a llorar. ¡Menudo capullo! Pero ¿qué se había creído? Tanto si había sufrido un accidente como si no, uno no se comportaba como... El teléfono me vibró y me sobresalté.

—Sal a la calle. Tardo cinco minutos.

Volvió a colgar, y me quedé mirando la pantalla perpleja. ¿Ahora qué se suponía que era aquello? Confusa, me acerqué a la carretera y miré para ver si se acercaba el Landrover de los Cooper. Poco después unos faros destellaron en la oscuridad, pero eran de un Ford Explorer oscuro que se detuvo justo delante de mí.

—Sube, Heidi —dijo Ryan después de abrir la puerta de mi lado enérgicamente. Llevaba una gorra de béisbol y una sudadera oscura. Miré dentro con curiosidad.

—¿Y este coche?

—Es el mío.

Fruncí la frente y me miró con impaciencia. Antes incluso de que hubiese cerrado la puerta, él ya había arrancado.

—¿Cuánto hace que lo tienes? —pregunté mientras miraba el salpicadero reflectante. El coche olía a nuevo, a piel y abrillantador.

—Unos dos años —contestó sin apartar los ojos de la carretera.

¿Dos años? Aquel coche más bien parecía de hacía dos días.

—¿Por qué tienes un coche tan grande?

—¿Por qué tienes las orejas tan grandes?

—No tengo las orejas grandes —protesté.

—Mmm, y por lo visto tampoco has leído muchos cuentos.

Arrugué el ceño y me hundí más en mi asiento.

—¿Qué tal estaban los aros de cebolla?

—¿Qué aros de cebolla?

—Esos a los que ahora huele mi coche —observó, y acto seguido entró en el camino de acceso de la casa de los Cooper.

Me olí discretamente el cuello de mi cazadora vaquera, que apestaba a bar y fritura. ¡Ups!

—Gracias —dije, apocada, mientras Ryan metía el coche en el garaje.

Él me miró un instante y asintió, lo cual en su idioma probablemente fuese algo como «de nada». Cuando entrábamos por la puerta, Jack estaba dando vueltas por el salón con un pijama de rayas azules y blancas. Miró a Ryan con perplejidad.

—¿Tú de dónde vienes?

—Fui a buscar a tu *au-pair*.

—Me puse el despertador, pero me dejé el móvil en el salón.

—Mmm, ya me di cuenta —farfulló Ryan, que se dejó caer en el sofá y echó mano del paquete de galletas Oreo que descansaba en la mesa.

En la televisión estaban dando un resumen del partido, y me di cuenta de que ni siquiera sabía si habían ganado los Broncos.

—Lo siento, Lena —se disculpó conmigo Jack, pasándose la mano por el desgreñado pelo, abochornado.

—¿Qué tal un «lo siento, Ryan»? —terció su hermano con la boca llena.

¿Cómo podía engullir aquel tío tanta basura y tener un cuerpo así de atlético?

—No pasa nada, ha venido a buscarme Ryan.

Los ojos de Jack miraron a su hermano con aire pensativo.

—Ya, Ryan —masculló con incredulidad.

11

—A ver, que resuma. Vives con un tío que está cañón, que casualmente es famoso, y hay un *sheriff* cachondo al que le va el sexo sin ataduras. Así que dime, ¿de qué demonios te quejas?

Lara se rio alegremente y metió la mano en la bolsa de patatas fritas que tenía en el regazo.

—Ryan no está cañón ni es famoso. Y *sheriff* cachondo suena a algo salido del guion de *Granjero busca esposa* —repliqué.

—Los deportistas de élite son famosos —objetó mi amiga.

—Ahora no me digas que conoces el nombre de un solo esquiador alemán.

Lara se paró a pensar.

—Neuberger.

—Te lo acabas de inventar.

—Que no, que existe de verdad. ¿Te apuestas algo? Es el hijo de esos dos esquiadores que siempre participan en concursos de televisión.

No entendí nada, y puse los ojos en blanco.

—Sabes que te puedo ver, ¿no? —se quejó mientras comía ruidosamente.

Como si quisiera recordármelo, la pantalla parpadeó un momento y el rostro de Lara empezó a desdibujarse.

—Perdona, ahora mismo la conexión no es muy buena.

—¿Se han agotado los datos del pueblo? —me tomó el pelo.

—Ja, ja, ja. Además, Green Valley no es un pueblo, sino una ciudad.

—En mi opinión, algo que no tiene metro no es una ciudad. Oye, ¿te importa si me pinto las uñas mientras hablamos? He quedado con Lea y Jule en el Klärwerk.

—¡¿Dónde?!

—En Klärwerk, un club nuevo en Kreuzberg. Abrió la semana pasada. La prima de Jule pincha allí y nos ha puesto en la lista.

Sus palabras me hicieron sentir una punzada de dolor. Solo llevaba dos días con los Cooper y ya no sabía de qué hablaba mi mejor amiga. Que algo así acabaría pasando era evidente, pero ¿a los dos días?

—¿Tú qué vas a hacer?

—Ducharme. El pelo me huele como si trabajase en un Burger King —contesté, y arrugué la nariz.

—Y ¿aparte de eso?

—Pero si es más de medianoche.

—Uy, siempre se me olvida que estás en el otro extremo del mundo. —Se rio y metió la mano de nuevo en la bolsa de patatas.

—¿Desde cuándo comes patatas fritas por la mañana?

De todas las personas a las que conocía, mi amiga era, con diferencia, una de las que más contaban las calorías, y cuando quería hacer una auténtica locura se permitía un paquete de tortitas de arroz.

—Desde que me metí en la cama a las cinco de la mañana y tengo la resaca del siglo —me confesó, y profirió un suspiro.

—Pobre fiestera.

—Pero nos hemos desviado del tema. Volvamos a esos tíos buenos tuyos.

—¡No son mis tíos buenos!

—Venga. —Apoyó los pies descalzos en la mesa, los cruzó y se repanchingó en la silla como si fuese a empezar un taquillazo de un momento a otro—. Cuéntamelo todo.

—Ya te lo he contado todo. Ryan es... difícil y Will es... majo.

—Majo —se burló Lara, y se rio.

—No he venido aquí a ligar.

—Estás en el culo del mundo, que al menos ese culo sea sexi. —Apoyó la mano izquierda en la rodilla y se pintó el dedo gordo de rojo cereza—. Hablando de culos. Ayer me crucé con Tim. Estaba en la fiesta de los de primero en Onyx.

—¿Con los pijos de Empresariales? —me mofé.

Indignada, Lara lanzó unas patatas contra la pantalla. Ella también estudiaba Empresariales, incluso estaba en el mismo semestre que él. Y, al igual que mi ex, también era un cliché andante. Los polos y los náuticos de él eran, en el caso de Lara, blusas de gasa transparente y bolsos de Michael Kors. Que no se soportaran siempre había sido un misterio para mí. Posiblemente fuesen demasiado parecidos.

—Me preguntó por ti.

—No me interesa —rezongué.

Mi amiga levantó la vista un instante y dijo:

—Voy a hacer como si te creyera.

Y se centró de nuevo en sus uñas.

Me conocía lo suficiente para saber que a ese respecto me interesaba todo: cuáles habían sido sus palabras exactas, en qué tono las había pronunciado, si le había aparecido el tic en el ojo, de qué color era la camisa que llevaba y si estaba allí con alguien. A aquellas alturas debería serme indiferente, pero no era así.

—Estaba horroroso, lleno de granos. Y olía que apestaba. Y había engordado. Por lo menos diez quilos.

—Mientes —le espeté.

Por desgracia, Tim tenía la suerte de contar con una cara que hacía que fuese casi imposible que estuviese horroroso. A eso había que añadir un cuerpo trabajado, resultado de un riguroso programa de *crossfit*. E incluso en aquel momento era como si oliese el maravilloso aroma de su *aftershave*.

Cerré un momento los ojos y me abandoné a los recuerdos. Lara me sacó del trance con un chasquido de dedos y una mirada de amonestación.

—¿Te animaría si te dijese que ha cateado Estadística?

Abrí mucho los ojos.

—No es coña —aseguró, alegrándose visiblemente.

Tim nunca había suspendido un examen. Aquello tenía que haberlo descolocado de mala manera, como todo lo que no entraba dentro de su plan decenal. Era ambicioso, meticuloso y organizado; siempre sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Quizá por eso me sintiera atraída por él, porque dotaba de estructura mi caótica vida, que muy a pesar de mis padres siempre había estado llena de desvíos y cruces.

—Al menos podrías alegrarte —señaló Lara mientras se soplaba las uñas para secárselas.

—Por dentro estoy dando gritos de júbilo.

—Ay, amor, tienes que desengancharte de ese idiota de una vez por todas.

Proferí un «mmm» poco convincente.

—Vosotros dos sois como Justin y Selena. —Se encogió de hombros—. Hacéis buena pareja, pero no pegáis. —Lara sonrió y yo reprimí un bostezo.

—Creo que tengo que irme a la cama.

—Déjate de cuentos. Mañana duermes un poco más y punto. O pones al enano delante de la tele.

Tragué saliva. Me ofendía que Lara pensase que mi trabajo de *au-pair* eran unas vacaciones.

—Oye, que no lo decía en plan mal —añadió, y puso cara de disculpa.

—No pasa nada —contesté, bostezando—. Pero de verdad que tengo que dormir.

—Lástima —suspiró—. Porque tenía muchas ganas de que me contaras más cosas de Ryan el buenorro.

—¡Lara!

—Ryan el chulazo.

—¡Eh!

—Ryan el encantador.

—Buenas nooocheeees —canté, le dije adiós con la mano y cerré Skype.

«Ryan el encantador», pensé con una sonrisa mientras me metía en la cama y apagaba la luz. Madre mía, mi amiga no tenía ni idea.

12

A lo largo de las dos semanas siguientes el veranillo de San Miguel se despidió y octubre bañó los alrededores de Green Valley en un mar de colores luminosos. Bosques de álamos temblones con hojas de un amarillo vivo hacían que las laderas de las Montañas Rocosas brillaran casi como el oro, e imponentes arces se recortaban contra el cielo en intensos tonos rojos y naranjas.

Por fin me podía poner mis botas Ugg y el plumífero sin hacer el ridículo, y en la chimenea de los Cooper ardía cada vez más a menudo un agradable fuego.

Poco a poco la rutina se iba instalando en mi vida cotidiana. Por la mañana le preparaba el desayuno a Liam y lo ayudaba a vestirse antes de llevarlo a la guardería, de donde lo recogía a primera hora de la tarde. Cuando no tenía entrenamiento de hockey o quedaba con su mejor amigo, Nathan, para jugar, íbamos a la piscina, al parque infantil o a Moe's Diner, donde servían unos batidos superespesos y tortitas empapadas en sirope.

Aunque Ryan y yo vivíamos en la misma casa, rara vez lo veía, lo cual se debía, sobre todo, a que se pasaba la mayor parte del tiempo metido en su habitación y escuchando música a todo volumen. Cuando coincidíamos en el pasillo, nuestras conversaciones se reducían a frases como «tengo que entrar primero en el cuarto de baño» y en las cenas o solo estaba presente físicamente o se lucía soltando algún que otro comentario mordaz.

En mi primer fin de semana fui con los Cooper a Boulder, donde Jack me enseñó el campus en el que trabajaba. Para los estándares estadounidenses, Boulder era una ciudad de lo más atípica al pie de las Montañas Rocosas. La zona peatonal, festoneada de bonitas casas de ladrillo, estaba llena de cafés, galerías y tiendas, y en cada esquina había carteles que anunciaban festivales y obras de teatro. Alrededor de la ciudad había un montón de senderos, rutas de escalada y caminos para bicicletas de montaña, y los ciclistas y mochileros parecían ser una parte integrante de la imagen de la población. Pasar de aquella animada ciudad universitaria al tranquilo Green Valley debía de haber supuesto un gran cambio para los Cooper.

Con Izzy hice una excursión de un día a Denver. La capital de Colorado, con sus construcciones victorianas y sus numerosos oasis verdes llenos de personas haciendo footing, montando en bicicleta o patinando en línea, me recordó más bien a una metrópoli europea. De no ser porque nos cruzábamos cada dos por tres con sombreros de vaquero y botas de cuero, no habría creído que de verdad me encontraba en Estados Unidos. Después de que Izzy me enseñara rápidamente los principales monumentos, paseamos por la concurrida 16th Street Mall, más de un generoso kilómetro y medio de calle peatonal en el corazón de la ciudad repleto de tiendas, restaurantes, terrazas y multitud de pianos públicos en los que músicos aficionados podían demostrar lo que sabían hacer. Invertí una pequeña fortuna en una crema de Bath & Body Works que olía divina y me abastecí de ropa interior en Victoria's Secret. En una tienda de deportes me hice con unas Timberland color arena a un precio de ganga y dejé que Izzy me endosara un chubasquero amarillo chillón. En una tienda de artículos del Oeste nos hicimos unos divertidos selfis con sombreros de vaquero, comimos burritos

grasientos en un local de comida rápida y rematamos la tarde con un *frappuccino* enorme en Starbucks, lo cual me acercó un poco al *«american way of life»*.

El siguiente finde Amy y yo teníamos previsto hacer una excursión a Green Valley Falls, una pequeña cascada a la que se podía acceder fácilmente a pie. Sin embargo, durante la cena de la noche anterior supe que no sería posible.

—Al final, Jack, Liam y yo nos vamos a Kansas el fin de semana, a ver a mi padre. Le dan el alta mañana.

—Me alegro mucho.

—¿De que le den el alta o de que ellos se larguen? —apuntó Ryan, lo que le granjeó una mirada de advertencia de su hermano. Jack había vuelto de Boulder más tarde que de costumbre y parecía agotado.

—Sé que te prometí ir a dar un paseo a Green Valley Falls, pero, por desgracia, tendremos que aplazarlo —se disculpó Amy, con genuino pesar.

Jack levantó la vista del plato.

—¿Por qué? Ryan puede ir con ella.

Miró a su hermano, que en aquel momento se iba a meter en la boca un trozo de filete y se quedó petrificado.

—¡¿Yo?!

—Sí, tú.

—El fin de semana no puedo.

Jack arqueó las cejas.

—¿Por qué no? ¿Ponen algo interesante en la tele? —preguntó con cierta acritud.

—Pues sí: a las nueve reponen *Stranger Things*, a las diez reponen *Juego de Tronos*, a las once...

—¡Ryan! —El semblante de su hermano se ensombreció.

—Esa cascada es un coñazo —se quejó él—. Además, puede ir ella sola perfectamente. Casi está a la vuelta de la esquina.

—Creo que a ti también te sentaría de maravilla un poco de aire fresco. Te has pasado las últimas semanas delante del televisor.

—Quizá porque tengo quince tornillos en la pierna. —Se metió el tenedor en la boca con cara de pocos amigos.

—Si lo prefieres, puedes venir con nosotros a Kansas.

La mirada de Ryan se endureció, su expresión se tornó incrédula.

—¿Es una amenaza?

Jack sacudió la cabeza con despreocupación.

—No, una proposición.

—Ya, como la de vivir aquí, ¿no? —se burló él.

Su hermano cogió aire con fuerza.

—¿Quieres irte? —Se encogió de hombros—. Pues entonces vete.

—Jack —musitó Amy mientras yo bajaba la vista, turbada.

—Vete y vuelve a ponerte ciego. Pégate hasta que llegue la policía... —Resopló—. Vete, si tan insoportable te resulta esto.

Se levantó de golpe y se fue de la cocina. Amy abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo. El ambiente había decaído por completo.

—Ahora mismo está muy estresado —adujo en voz baja mientras nosotros clavábamos la vista en el plato en silencio.

13

—Es coña, ¿no? —preguntó Ryan mientras sus ojos repasaban abiertamente mi chaqueta de lana gris claro y mis vaqueros ceñidos.

Me miré, desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque vamos a hacer senderismo, no de compras.

—Creía que íbamos a ir a la cascada esa.

Torció el gesto.

—Estás en las Rocosas, y en ellas se hace senderismo.

Tragué saliva. Una cosa era que Ryan de repente —y por primera vez— llamara a mi puerta, pero que ahora tuviese intención de ir a hacer senderismo conmigo me hacía dudar seriamente de mi sentido común. Porque recordaba perfectamente los quince tornillos que había mencionado. Y porque aún resonaba en mí la pelea entre su hermano y él. Nunca había visto al siempre circunspecto Jack tan irritado y tan furioso como la noche anterior.

—No tengo otra cosa —le confesé mientras me señalaba a modo de demostración la parte de arriba.

—¿Y qué es lo que te pones cuando sales a hacer senderismo?

—No hago senderismo —repuse con obstinación, y crucé los brazos. Solo entonces fui consciente de que era la primera vez que lo veía sin el pantalón de chándal. Ahora llevaba uno de color caqui que parecía bastante cómodo y una sudadera gris que resaltaba sus anchos hombros.

—Pues ponte algo de Amy —propuso, y exhaló un suspiro de impaciencia.

—No entro ni de coña.

Aunque yo estaba más o menos delgada, en comparación incluso con la Amy embarazada era una morsa. Y tenía bastante más pecho. Él resopló enervado.

—Ven.

Lo seguí sin protestar a su habitación, en cuyo suelo seguía habiendo cajas de cartón y latas vacías. Abrió el armario, metió la mano en la parte de arriba y me dio unas mallas negras y un forro polar color vino de manga larga.

—Esto debería valerte.

—¿De quién es?

—Tú pruébatelo —gruñó, y salió de la habitación antes de que yo pudiera protestar.

Me cambié el vaquero por el pantalón elástico negro, que era cómodo y más o menos me valía, aunque no fuese precisamente favorecedor. El forro se me tensaba un poco en el pecho, pero lo cierto es que era muy bonito. Sobre todo me gustaba el color. ¿Sería la ropa de su exnovia? ¿De la tal Madison? Me miré en el espejo e hice un gesto afirmativo. Sí, serviría.

—Pareces una *pin-up* —observó Ryan. Y cuando me iba a dar la vuelta en la escalera añadió—: Ni se te ocurra, quédate así. En cualquier caso, es una pequeña mejora con respecto a lo de antes.

«Una *pin-up.* A este tío se le ha ido la olla.» Entre los pies tenía una mochila negra, en la que ahora estaba metiendo dos grandes botellas de agua, barritas de muesli y plátanos.

—¿También llevas sartenes y una tienda de campaña?

—Si nos perdemos, me darás las gracias.

—Si nos perdemos, ten por seguro que las gracias será lo último que te dé.

Él resopló.

—¿No es agotador ser así?

—¿No es eso lo que te preguntas cada mañana al mirarte en el espejo? —le espeté.

A su boca asomó una sonrisa de mala gana, y yo celebré para mis adentros el triunfo que suponía tener la última palabra.

—Por ahí. Ahora. —Señaló la puerta con la mandíbula tensa.

—Creía que íbamos a hacer senderismo —comenté con cierta rebeldía cuando abrió la puerta automática del garaje y la puerta del acompañante de su SUV, que a la luz del día parecía más monstruoso aún.

—Si quieres, puedes ir andando junto al coche.

Dejamos atrás la casa de los Cooper en silencio y fuimos por la interestatal en dirección a Vail. ¿Me acostumbraría alguna vez a que cada vez que miraba por la ventanilla descubría una imagen que podría servir como salvapantallas? Observaba atentamente las montañas como recubiertas de azúcar, que descollaban ante nosotros como gigantes. Sin apartar los ojos de la carretera, Ryan pulsó un par de botones hasta que de los altavoces salieron relajados sonidos *country*. Tampoco es que fuese mi música preferida, pero era mejor que los chillidos premiados con un Grammy que solían sonar en su habitación. Y en cierto modo aquella musiquilla de vaqueros pegaba estupendamente con el paisaje.

—Ya hemos llegado —musitó él, casi hablando solo, cuando diez minutos después dejó el coche en un aparcamiento desierto en medio de abetos y píceas gigantescos.

Me bajé del coche y guiñé los ojos ante el radiante cielo azul. El aire era puro y claro y el sol me producía un agradable cosquilleo en

la nariz.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Ryan, que miraba hacia arriba con expresión sombría. En la frente tenía tres profundas arrugas.

—Parece que va a haber tormenta.

—¡¿Tormenta?! —Reí con incredulidad—. Pero si esto parece un folleto de viajes.

—Por detrás se acercan nubes. —Señaló unas con forma de velo a lo lejos, y no pude contener un resoplido. ¿Quería tomarme el pelo? Sabía que no le apetecía lo más mínimo hacer aquella excursión, pero poner como pretexto tres nubes algodonosas sin duda era ridículo—. Deberíamos ir deprisa si no queremos que nos pille la lluvia.

—Claro —repuse en voz baja, y fui hacia un gran mapa con puntos de colores y líneas discontinuas.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Ryan mientras se ponía la mochila.

—¿No hace falta que...?

Señaló los letreros de madera con rótulos que indicaban distintos senderos.

—He crecido aquí —resopló con desdén.

—Sí, entre lobos, diría yo —mascullé mientras se alejaba de mí a paso ligero.

Pasmada, eché a andar detrás de él y dos minutos después ya me costaba seguirle el ritmo. Desde luego a mí aquello no me parecía una rodilla destrozada.

—¿Podríamos... te importa... si vamos... un poco más despacio? —le pedí, jadeando, y me sequé el sudor de la frente.

—Como vayamos más despacio, iremos hacia atrás.

Continuó avanzando sin inmutarse. El camino no tardó en volverse más empinado y el aire más escaso, lo cual hacía que me costara

aún más encontrar un ritmo. Para colmo, tropezaba constantemente con piedras y raíces o daba traspiés porque la suela de mis Nike más bien estaba hecha para el asfalto berlinés. ¿Por qué no me había puesto al menos las Timberland, con aquella suela robusta? Tras el primer kilómetro ya jadeaba cual jubilada que fumase como un carretero. Quizá debía plantearme apuntarme al gimnasio de Lara. Cuando llevábamos una media hora, Ryan sacó una botella de agua de la mochila y me la ofreció.

—Bebe.

Su tono autoritario me ponía de los nervios. Si conseguíamos llegar arriba, tenía claro que lo empujaría. Me bebí media botella con avidez e intenté controlar mi jadeo mientras Ryan me observaba completamente relajado. En su sudadera gris no se veía ni una mancha de sudor y el color de su cara no había cambiado lo más mínimo.

—Necesito hacer un descanso. Y una barrita de muesli —me quejé, y me aparté de la cara unos mechones de pelo húmedos.

Agotada, me dejé caer en una piedra, pero él no tuvo ninguna piedad.

—No llevamos ni una tercera parte del camino. Y esto es solo la ida.

Suspiré, enterrando la cabeza entre las rodillas.

—Ya estoy completamente empapada en sudor.

—Mmm, ya lo veo —musitó—. ¿Podemos seguir?

Caminamos y caminamos, acompañados del animado gorjeo de las aves y del sol, que nos calentaba la cabeza. Anda que decir que iba a haber tormenta... Cuando cada músculo del cuerpo me ardía y el forro polar se me pegaba al cuerpo como una segunda piel, por fin salieron de la boca de Ryan las palabras liberadoras:

—Ya casi estamos.

Y, para mi sorpresa, «casi» de verdad fue casi. Alrededor de medio minuto después no estaba sin aliento debido al agotamiento, sino de la impresión. Vi copas de árboles, bosques que parecían no tener fin, un lago de color menta y peñas gigantescas que se reflejaban en su superficie. Allí solo había silencio y calma. Sobrecogida, me senté en el suelo y contemplé absorta el panorama que tenía delante. Para mi sorpresa, Ryan se sentó a mi lado y apoyó los codos en las rodillas.

—Se me había olvidado por completo lo bonito que es esto.

Lo dijo con un inusitado tono de humildad.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí?

—¿Hace dos, tres años? No me acuerdo bien. Antes solía hacer senderismo con mis padres por esta zona.

Parecía pensativo, casi sumido en sus pensamientos.

—Creo que nunca había visto algo tan bonito —musité, empapándome de las vistas.

Tampoco era que no hubiese visto nada de mundo aún. Con mi familia solía ir de vacaciones a España y al sur de Francia, y Lara y yo habíamos ido a Londres, París y Barcelona a lo largo de los últimos años, pero aquello sin duda merecía una categoría propia. Permanecimos un rato contemplando en silencio el impresionante paisaje que se extendía ante nuestros ojos. Un vientecillo me refrescó las acaloradas mejillas.

—En realidad quería ir a Nueva York cuando me apunté en la agencia. O a Miami o Los Ángeles.

—Por qué será que no me sorprende —musitó él, en un tono apenas audible.

—Pero viendo esto, creo que no hay ningún *rooftop bar* en el mundo que pueda competir con estas vistas.

Mientras hacía deprisa una fotografía con el móvil y la mandaba al grupo de WhatsApp de mi familia, Ryan tiró de la mochila, que tenía

entre las piernas, y me ofreció una barrita de muesli.

—Toma, te la has ganado.

Le di la mitad y engullí el resto.

—¿Tiene cacahuetes? —pregunté con la boca llena.

La pequeña sonrisa que tenía en el rostro se desvaneció.

—Como me digas ahora que eres alérgica, tendré que decirte, por desgracia, que vas a morir, porque aquí arriba no hay cobertura y no conseguiría bajar lo bastante deprisa para poder subir corriendo a tiempo con un antialérgico. Y de todas formas no podría subir corriendo, porque tengo quince tornillos en la pierna.

Aunque lo dijo con tono de suficiencia, no se me escapó su mirada de alarma. Solté una carcajada.

—No te preocupes, es solo que los cacahuetes me dan un poco de asco. —Su expresión de cabreo me hizo reír más aún—. Tendrías que ver la cara que has puesto —le tomé el pelo, y ello me granjeó una mirada que helaría unas aguas termales.

—Asco —masculló cabeceando—. ¿La mantequilla de cacahuete también?

—Que está hecha con cacahuetes... sí.

—¿Has probado alguna vez la de aquí? No la mierda esa importada que tenéis vosotros.

Negué con la cabeza.

—Como pruebes mi sándwich especial de mantequilla de cacahuete con mermelada cambiarás de opinión, te lo prometo.

—Lo dudo mucho.

Enarcó una ceja.

—¿Nos apostamos algo?

Me dirigió una mirada desafiante que, por algún motivo, hizo que el pulso se me acelerase. ¿Qué estaba pasando ahora? ¿Desde

cuándo manteníamos Ryan Cooper y yo conversaciones de más de dos frases?

—Vas a perder —le aseguré, y me aclaré la garganta.

—*Challenge accepted*.

Parpadeé confusa.

—Si te convierto en la mayor fan de todos los tiempos de los sándwiches de mantequilla de cacahuete con mermelada... —me miró con expresión expectante— me llevarás el desayuno a la cama todos los días durante una semana. Y con esa cosa rosa de nada con la que duermes.

—Pobre... —solté mientras la sangre se me subía a la cabeza—. Puesto que la llevas clara, acepto. Pero si gano yo, me invitarás a una hamburguesa de pollo con aros de cebolla en Olly's.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Las apuestas no funcionan así. Lo que apuesta cada uno no se cuestiona.

Se levantó sin decir palabra.

—Deberíamos volver. Dentro de como mucho dos horas va a estallar una tormenta de campeonato, y no querrás que te pille aquí.

Miré con incredulidad el cielo, que seguía siendo de un azul radiante. Así no se anunciaba una tormenta.

—¡Eh! —le llamé, pues ya estaba a por lo menos diez metros de mí y no hacía ningún ademán de esperarme. Salí corriendo sin ver una raíz que asomaba en el suelo. Tropecé y caí de bruces—. ¡Ay! —exclamé cuando sentí un dolor lacerante en un tobillo. Justo cuando iba a levantarme, dos manos fuertes me agarraron por la parte superior de los brazos.

—Para, para, para —musitó Ryan—. Deja que eche un vistazo.

Se arrodilló delante de mí, me levantó un poco la malla y me miró el tobillo. Cuando me tocó con la yema de los dedos, un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Por qué últimamente reaccionaba de un modo tan virginal cuando los hombres me tocaban?

—Como mucho un pequeño esguince.

—Vaya, ¿es que ahora tienes visión de rayos X? —rezongué, y apreté los dientes. Me dolía mucho.

—No, pero llevo toda la vida viendo lesiones deportivas. ¿Te puedes levantar?

Le cogí la mano y dejé que tirase de mí. Puse un pie delante del otro, pero volví a sentir el dolor en el tobillo.

—¡Ay!

—Joder. —Miró ceñudo mis zapatillas de deporte—. Con ese calzado no se hace senderismo.

Resoplé.

—Esto no habría pasado si no hubieses sido tan aguafiestas y me hubieses dejado atrás —le espeté, enfadada.

—¿Aguafiestas?

—Sí, aguafiestas —repetí—. La apuesta ha sido idea tuya, no mía. Querías venderme ese estúpido sándwich tuyo de cacahuete con... gelatina...

—Mermelada —me corrigió risueño.

—Da lo mismo. —Me di la vuelta bufando y crucé los brazos.

—Eso es lo que hace Liam cuando está mosqueado. Y tiene cinco años —me provocó.

Me volví hacia él hecha una furia.

—Eres un grandísimo capullo, Ryan Cooper.

Las comisuras de su boca se elevaron en un gesto delator, y de pronto prorrumpió en una sonora carcajada.

—¿Se puede saber qué tiene tanta gracia?

—Tú... ahí plantada y... —se rio— ahuecando las plumas como...

—¡Más vale que no lo digas!

—Como sigas así, el color de tu cara y el del forro polar van a terminar confundiéndose.

Clavé la vista en mis pies con obstinación.

—Tenemos dos opciones: te bajo como buenamente pueda, si es necesario subida a mi espalda o... te dejo aquí a merced de los osos.

—¿Osos? —repetí con cierto pánico.

—Qué interesante que te quedes con esa parte.

—Si vamos despacio, puedo yo sola —refunfuñé.

—¿Seguro?

Asentí y empecé a andar con cuidado. Me dolía, pero era soportable. Iniciamos la vuelta al valle a paso de tortuga.

—¿Tal malo sería invitarme a una hamburguesa?

—No es la hamburguesa —respondió, con sorprendente sinceridad —. Más bien la gente a la que no me apetece ver.

—Pero ¿no es tremendamente aburrido pasarte todas las tardes sentado delante de la tele tú solo? Eso atonta a lo bestia.

Arqueó las cejas y apretó el paso.

—Eh, que tan deprisa no puedo.

—Ojalá se pudiera decir lo mismo de tu verborrea.

Cada vez se alejaba más de mí, y estallé.

—Joder, Ryan, ¿por qué lo pones tan difícil? —le solté—. El mundo no gira únicamente a tu alrededor.

Frenó en seco y se volvió hacia mí con una mirada asesina.

—No tienes ni puñetera idea —dijo furioso.

De repente sentí una gota en la nariz. Y otra. Miré perpleja al cielo, que de pronto estaba lleno de nubarrones, como si se le acabara de ocurrir en ese momento adaptarse a nuestro humor. Otra gota. Ryan rio con amargura, y segundos después nos cayó un

auténtico aguacero. Andaba como una niña pequeña, quitándome el agua de los ojos, cuando un poderoso rayo iluminó el cielo.

—Tenemos que ir más deprisa.

El pánico se apoderó de mí.

—Pero yo no puedo ir más deprisa.

Ryan parpadeó contra la lluvia.

—¿Te acuerdas de la cabaña que hemos dejado atrás al subir? ¿Con un columpio en el porche?

Hice memoria.

—No.

—Podríamos ponernos a cubierto allí. No está muy lejos.

Asentí y fui tras él, pero a los pocos pasos el dolor en el tobillo era tan intenso que tuve que parar. Ryan resopló, se arrodilló delante de mí y me cogió a caballito antes de que yo lograra protestar.

—Bájame —le ordené, pataleando.

—Como sigamos a tu ritmo, tendremos que llegar nadando al valle.

Otro rayo iluminó el cielo y me agarré con fuerza a él.

—Como me estrangules, tendrás que nadar tú sola.

Lo solté, cohibida. Cuando sus manos me cogieron por los muslos, me estremecí, aunque sabía que solo quería sujetarme. Noté lo tenso que tenía el cuerpo bajo mi carga, y sentí que pesaba como un saco de harina. Para mi sorpresa, Ryan no hizo ningún comentario al respecto. En lugar de eso, continuó avanzando con determinación mientras bajo nuestros pies el suelo estaba cada vez más embarrado y resbalaba más.

—¡Ahí delante!

La cabaña de la que había hablado más bien era una construcción destartalada que derribaría una ráfaga de viento, pero al menos había una especie de porche cubierto. Ryan me sentó en la escalera

y se agachó, jadeando. Conque también podía sentir algo parecido al esfuerzo... Cuando levantó la cabeza, se quedó mirando un segundo de más mi empapado forro polar, que sin duda revelaba demasiado las curvas de mi cuerpo. Crucé deprisa los brazos.

—Espero que tu espalda no sufra daños permanentes por esto —comenté, tratando de disimular el embarazoso momento.

Su pecho subía y bajaba de manera irregular.

—He cargado con mochilas menos pesadas.

Se frotó la rodilla con expresión tensa.

—¿Te encuentras bien? —pregunté tímidamente, y me mordí el labio inferior.

Él hizo un gesto de asentimiento apenas perceptible y se sentó a mi lado en el escalón de arriba de la escalera del porche, que crujió.

—La cabaña es de un profesor de esquí que tuve, pero creo que ya no la utiliza. O al menos parece que hace tiempo que no viene nadie por aquí.

Durante un rato nos quedamos mirando la lluvia en silencio, escuchando el incesante golpeteo. Después Ryan abrió la mochila y sacó los plátanos, que no solo estaban marrones, sino también abiertos y completamente espachurrados.

—Por lo visto no han sobrevivido a ti —observó antes de lanzarlos a un arbusto. Bebió un poco de agua y me pasó la botella—. Por cierto, ¿cómo es que hablas inglés tan bien?

No quería que se me notase que una parte importante de mí se había sentido tremendamente halagada, pero las comisuras de mi boca se elevaron en un gesto delator.

—Cuando estaba en secundaria me pasé seis meses en Mánchester, de intercambio. Desde entonces lo llevo muy bien. Además, estudié inglés en la universidad durante dos semestres.

Ryan se limitó a asentir, y agradecí que no insistiera. Durante un momento reinó el silencio. Después dijo de pronto:

—Jamás hubiera pensado que Oliver Walsh abriría un bar deportivo. —Como yo no dije nada, levantó la cabeza—. Era el único de nosotros al que nunca le interesó el deporte. Creo que ni siquiera sabe esquiar, lo cual casi resulta exótico en esta zona.

—A ver, tampoco hace falta que le vaya el deporte para servir cerveza, ¿no?

Ryan se mostró de acuerdo conmigo sin decir nada.

—Deberías ir a verlo. Está muy bien, la verdad. Y es mejor que pasarse el día entero delante de la tele.

Me miró de reojo.

—Ahora mismo no estoy haciendo eso, ¿no te parece?

—Y ¿tan malo es?

Cogió aire.

—Veamos... Nos ha pillado una tormenta, te has torcido un tobillo, la rodilla me duele como un demonio y no podemos movernos de esta choza. Así que yo diría que sí, es malo.

—No tendrías que haberme traído a cuestas —afirmé apocada mientras le señalaba la pierna.

—De todas formas ya estaba hecha polvo —repuso con resignación—. Además, según mis fisioterapeutas, incluso debería volver a sobrecargarla más.

Metí la mano en la mochila en busca de una barrita de muesli y vi con el rabillo del ojo que me estaba observando.

—¿Qué?

—Tienes el pelo rizado.

Me cogió un mechón aún húmedo y se quedó mirándolo.

—No es verdad —dije con voz ronca mientras las mejillas me ardían.

Me miré un instante los mechones que se me habían salido de la trenza y me caían ondulados por las mejillas.

—Sí que lo es —alegó—. ¿Por eso te alisas el pelo por la mañana?

—¿Quién dice que me aliso el pelo? —contesté, un tanto respondona.

Él arqueó una ceja.

—El que tiene que aguantar todos los días esa peste a quemado en el cuarto de baño.

Me encogí de hombros.

—Solo se me ondula un poco con la lluvia.

Su intensa mirada hizo que me ruborizara.

—No te gustan tus rizos. —Su voz tenía un tonillo guasón, y resoplé, porque se me había visto el plumero. Si había algo de mí que no me gustaba, era mi pelo rizado.

—Que no son rizos.

Se echó hacia atrás y cruzó los brazos con una sonrisa en la boca.

—Creo que a partir de ahora te llamaré Curly.

—Ni se te ocurra —refunfuñé.

Él sonrió.

—¿Nos apostamos algo, Curly?

14

Cuando dejó de llover y los primeros rayos de sol atravesaron las nubes, reanudamos nuestra bajada al valle. El aire olía a fresco y a limpio, y lo aspiré con fuerza.

—Petricor —comentó Ryan.

—¿Eh?

—Este olor, cuando llueve sobre tierra seca, se llama «petricor».

—Petricor —repetí, ensimismada.

Nunca había oído esa palabra. Quizá en alemán no existiera, pero confiaba en que también nosotros tuviésemos un término para expresar aquel olor único, aromático, a tierra removida, hojas húmedas, piedra fría y madera mojada. Merecía tener un nombre.

Por fin llegamos al aparcamiento, calados hasta los huesos y con los dientes castañeteando, y regresamos a Green Valley con la calefacción a tope. Ya en casa, me di una ducha caliente y colgué la ropa mojada para que se secase. Me puse un jersey suavecito y me senté en mi cama envuelta en una manta para escribirle un email a mi familia. Probablemente se quedaran atónitos cuando leyeran que su hija había estado haciendo senderismo y hablaba maravillas de la naturaleza. Sonreí y me sorprendí bostezando. La caminata y la lluvia me habían dejado agotada y mis ganas de ver a Izzy y a Will, con los que había quedado dentro de dos horas, eran casi nulas. Justo cuando iba a cerrar el portátil me acordé de algo que quería hacer desde hacía días. Introduje sin más ni más en Google «Ryan Cooper» y me quedé de una pieza cuando aparecieron casi

cuatrocientos mil resultados, entre ellos un artículo en Wikipedia, su Facebook, su Twitter y la página web de la Federación de Esquí de Estados Unidos. Fui haciendo clic en las fotografías, escudriñando su rostro un centenar de veces. Resultaba extraño ver fotos en la prensa de alguien a quien se conocía personalmente, aunque el Ryan de aquellas imágenes fuese una persona completamente distinta. Ello podía deberse, por una parte, a los monos, las chaquetas y los gorros de esquí que llevaba, pero, sobre todo, a esa sonrisa relajada y cautivadora. Miraba a las cámaras con una sonrisa radiante, y no cabía duda de que era envidiablemente fotogénico.

Cuando seguí bajando, descubrí una instantánea de Ryan y una mujer joven en una gala deportiva en Los Ángeles. Posaban juntos delante de una pared de patrocinadores vivamente iluminada. «Ryan Cooper y Madison Goldman», ponía debajo. Madison Goldman. Conque era ella. La mujer que le había roto el corazón. La vecina de al lado, una chica con media melena, ojos castaños rojizos y un rostro que resultaba perfecto sin una gota de maquillaje. Era delgada pero atlética y llevaba un sencillo maxivestido. Así que ese era el tipo de mujer que le gustaba a Ryan Cooper... No me extrañaba que se hubiese reído de mi brillo de labios. Observé detenidamente la foto. Él salía increíblemente guapo. El traje negro le quedaba como un guante y acentuaba su ancha espalda. Constaté que entonces llevaba el pelo más corto. Tenía el mentón afeitado y su rostro lucía un atractivo bronceado. Con su sonrisa radiante y su segura pose probablemente hubiese pasado por un actor.

Hice clic en la fotografía y se abrió la página web de una revista de deportes online. Pero en lugar de un artículo sobre la gala de Los Ángeles, lo que vi fue el titular «Dramático accidente de Cooper en una prueba de descenso», y debajo un vídeo de YouTube. Durante unos segundos me quedé mirando la pantalla mientras mi cabeza se

debatía entre la curiosidad y la moral. «Hacer clic. Dejarlo estar. Hacer clic. Dejarlo estar.» Me mordía el labio inferior, incapaz de decidirme. El vídeo era público. Lo había subido a la red un canal de deportes. Pese a ello, me asaltó una extraña sensación. Me puse a tamborilear con los dedos sobre el panel táctil de mi portátil con aire pensativo. Y la curiosidad venció. El vídeo duraba casi tres minutos y tenía más de doscientas mil visualizaciones. Un hombre con un mono ajustado se situaba en la casilla de salida roja y se colocaba en posición con sus bastones. «Ryan Cooper», sobreimprimía el canal, además del número 22, la bandera de Estados Unidos y el cronometraje. La cámara enfocó a la multitud que daba gritos de júbilo en la línea de meta y que, provista de trompetillas y banderas, creaba ambiente mientras el comentarista hablaba de las difíciles condiciones meteorológicas y del hielo que había en la pista. Se oyó un pistoletazo de salida, por el altavoz salieron voces y los gritos de júbilo fueron en aumento cuando Ryan empezó a descender a toda velocidad por la pendiente. Yo nunca me había puesto unos esquís y no tenía ni idea de lo que contaba en ese deporte, pero resultaban sumamente fascinantes la velocidad y la elegancia con las que sorteó las primeras puertas con banderas rojas y azules y cómo inclinaba el cuerpo. El comentarista casi soltaba gallos del entusiasmo, utilizando un superlativo tras otro mientras el tiempo pasaba volando. Gritos y aplausos, música y trompetillas lo acompañaban durante su bajada al valle. Después, de repente, se quedó enganchado en una puerta con el esquí derecho y dio un traspié. El comentarista profirió un grito de horror cuando Ryan cayó. Rodó. Se deslizó pendiente abajo. Rodó de nuevo. Se quedó parado inmóvil. Silencio. Afectada, me tapé la boca con la mano cuando un movimiento en el umbral me asustó.

—Voy a pedir una pizza. ¿Quieres...?

Ryan miró la pantalla y en su rostro se reflejó un sinfín de emociones. La sorpresa dio paso a la decepción; la decepción, al dolor; y el dolor, a la ira. Cerré el portátil con un movimiento nervioso y no supe qué decir. Busqué algo que pudiera salvar la situación.

—En el minuto 2.03 mi cabeza se estrella contra el hielo a cámara lenta. Por si quieres rebobinarlo.

En su voz había tanta frialdad que quise arrebujarme más aún en la manta.

—No...

Miré atormentada la puerta por la que él ya había desaparecido. «Ahora sí que la has cagado, Lena.»

15

Por la tarde había quedado con Izzy y Will en Olly's. Mientras esperaba a Izzy, que se había ofrecido a pasar a buscarme, Ryan estaba sentado en el sofá del salón con una pizza en el regazo, viendo una comedia con Owen Wilson. Que me castigase con su indiferencia era culpa mía; era consciente de ello. Tras un breve respiro, el «Ryan de siempre» había vuelto: yo misma lo había invocado. Con lo que me había alegrado de que durante la caminata hubiésemos conseguido intercambiar unas cuantas frases normales. Y que me hubiese llevado a caballito hasta la cabaña también había sido... un detalle. Volvió a remorderme la conciencia.

—Me voy —le informé cuando los faros de Izzy se encendieron ante la casa.

Nada. Mientras íbamos en el coche luché no solo contra el cansancio que sentía, sino también contra mi mal humor. Me costaba quitarme de la cabeza la expresión ofendida de Ryan.

—¿Qué pasa? —me preguntó Izzy mientras aparcaba delante de Olly's.

Exhalé un hondo suspiro.

—¿Ryan?

La miré con cara de sorpresa y ella esbozó una sonrisilla.

—Conozco a Coop de toda la vida. Y créeme, sé la cara que ponen las mujeres que se desesperan con él.

Me puse roja, alegre de que la oscuridad acudiese en mi ayuda.

—No es eso. Es que... Bueno, que la he cagado sin querer.

Le hice un resumen de la caminata y del desastre que había causado el vídeo que estaba viendo en mi habitación. Para mi sorpresa, ella se limitó a encogerse de hombros, impasible.

—Es completamente normal que hayas querido verlo. Yo lo he visto por lo menos diez veces. No debería ponerse así.

Pese a ello, el nudo que tenía en el estómago no empequeñeció.

—Anda, vamos dentro a beber algo.

Aunque solo era mi segundo día en el Olly's, ya reconocía algunas caras. Olly me dijo hola con la mano desde la barra y Moe, el propietario del *diner*, me saludó amablemente desde una de las mesas del fondo.

—Ahí está Will.

Izzy señaló un reservado y nos abrimos paso entre el gentío. Ese día el bar también estaba muy concurrido.

—*Sheriff* —lo saludó con cierta mofa mientras se llevaba dos dedos a un sombrero imaginario.

Con el brazo colgando informalmente por el respaldo, nos sonrió. ¿Por qué aquel tipo siempre daba la impresión de acabar de salir de un anuncio de colonia? Me obligué a dejar de mirar el rasurado mentón y el proporcionado torso, que aquella tarde llevaba enfundado en una camisa de manga larga ceñida.

—No me digas que has conseguido estar diez minutos sentado a esta mesa sin que una tía se te siente en el regazo —le tomó el pelo Izzy.

—Oh, estaba aquí hace un momento —replicó Will, y miró a su alrededor como si buscara a alguien—. Pero os ha dejado unos aros de cebolla. —Señaló guiñando un ojo un plato con aros de cebolla fritos, y durante un instante me acordé de Ryan—. Por cierto, ¿desde cuándo lleva tu hermano esas camisetas? —inquirió después de pedirnos con la mano cerveza y cola.

Mis ojos fueron hasta el hombre del pelo rubio rojizo que estaba detrás de la barra, que en aquel momento tenía una botella de Jack Daniel's en la mano. Llevaba una camiseta negra lisa y un paño de cocina de cuadros al hombro.

—Es una camiseta normal y corriente —observé desconcertada, y Will e Izzy se echaron a reír.

—Por eso.

Los miré a ambos sin entender nada.

—Mi hermano tiene un armario lleno de camisetas con frases absurdas. Eso —señaló la barra— es sospechoso.

—Sí, está claro que por medio hay una mujer —convino Will—. ¿Será la pelirroja del *diner*?

Izzy se paró a pensar.

—¿Amanda Price? Qué dices, si solo tiene diecisiete años.

—Sus piernas tienen por lo menos veintiuno.

Will soltó una risotada pícara e Izzy le tiró un aro de cebolla, que él se metió en la boca a continuación. Mientras los observaba a los dos, sentí una punzada de celos. La familiaridad con que se trataban hizo que fuese perfectamente consciente de que en aquel sitio yo no tenía a nadie tan cercano. De pronto eché mucho de menos a Lara.

—Puede que sea Claire Evans. La vi aquí la semana pasada.

—¿Claire Evans? Qué va, no es su tipo.

—Como si tú supieras cuál es el tipo de tu hermano.

—Pues claro que lo sé. En ese sentido los tíos sois bastante simples.

—¿Sí? —La miró con aire desafiante—. Muy bien, pues entonces dime cuál es mi tipo.

—¿Tu tipo? Fácil: que sea mujer.

Will puso los ojos en blanco.

—Creo que Olly se ha olvidado de nosotros —musitó Izzy, y dejó nuestra mesa para ir a la barra.

El *sheriff* untó un aro de cebolla en crema agria y me escudriñó.

—He oído que te has hecho daño durante una caminata. ¿Te duele mucho?

Negué con la cabeza.

—Me he torcido un tobillo. Al menos según la visión de rayos X de Ryan.

—¿Has estado haciendo senderismo con Coop? —Sonrió—. ¿Y aún te puedes sentar recta?

—Mmm —repuse con poco entusiasmo, estirando las piernas bajo la mesa. Me notaba los gemelos cargados.

—La última vez que hice senderismo con él me pasé dos días cojeando. Me estuvo metiendo prisa durante horas y racionaba el agua que llevábamos, dando órdenes como si fuera un general.

—Más bien como un dictador —contesté entre risas—. ¿Cuándo fue eso?

No tuvo que pararse a pensar mucho.

—Tendríamos unos dieciséis años. Fuimos a pasar el fin de semana a la cabaña de mis padres. En realidad Izzy y yo solo queríamos vaguear un poco y saquear el mueble bar de mi padre, pero Coop nos tuvo todo el tiempo subiendo y bajando montañas.

Izzy volvió con dos botellines en la mano y contó en un inglés acelerado lo que había oído en la barra. Con el ruido que había a nuestro alrededor no lo entendí del todo, solo que tenía algo que ver con un profesor de esquí al que habían despedido.

—Por cierto, ¿tú sabes esquiar? —quiso saber Will.

Negué con la cabeza.

—La montaña más alta de Berlín tiene ciento veinte metros.

—Los metros no me dicen nada —admitió con una sonrisilla.

Sabía que los estadounidenses utilizaban las pulgadas, pero desconocía la equivalencia.

—Más o menos igual de alta que vuestros árboles —aclaré, y añadí un guiño.

—Si quieres, te enseño. A esquiar.

Me dirigió una mirada desafiante y sentí un cosquilleo en el estómago.

—Alto, alto, alto. ¿Quién dice que quiere aprender a esquiar? —terció Izzy, que inició el habitual intercambio de golpes con Will.

—Quisiera o no, quedaría bastante mal. Los deportes no se me dan nada bien. Lo acabo de demostrar otra vez hoy.

Moví bajo la mesa el tobillo, que todavía me dolía ligeramente.

—Eso depende por completo del profesor —comentó el *sheriff*, y se retrepó en su asiento satisfecho consigo mismo, con lo que la camisa se le tensó en el pecho. Me sorprendí clavando la vista en su cuerpo y constaté que se me ocurrían por lo menos diez motivos por los que nunca aprendería a esquiar con él.

El resto de la tarde hablamos con naturalidad y relajadamente de todo lo que se nos pasó por la cabeza. Will e Izzy me pusieron al tanto de los grandes secretos de Green Valley, que —como en cualquier ciudad pequeña— en su mayoría eran aventuras e hijos ilegítimos, y yo les hablé de cómo era mi vida en Berlín. Poco antes de medianoche Olly se unió a nosotros con otro plato de aros de cebolla y tuvo que aguantar las conjeturas de su amigo sobre la misteriosa desconocida. Él se desquitó con algunas alusiones inequívocas a las historias de faldas de Will, y yo seguí encantada la animada cháchara. Acabamos volviendo al tema de esquiar, y el *sheriff* me habló de la cabaña que tenían sus padres en Beaver Creek, una de las estaciones de esquí más importantes de Colorado, y, como yo sabía por Amy, una de las más caras, pero él omitió

elegantemente aquel dato. Si los Albright podían permitirse una cabaña allí, debían de ser bastante ricos. Cuando Izzy me dijo al oído que incluso había un jacuzzi, vi confirmado lo que suponía.

Cuando los tres salimos de Olly's, la luna, llena y redonda, iluminaba el oscuro cielo nocturno. Había refrescado y crucé los brazos, temblando de frío.

—Puedo llevar yo a Lena a casa —se ofreció Will mientras Izzy sacaba sus llaves del bolso—. Me pilla de camino.

Ella enarcó las cejas.

—¿De qué camino? ¿El que va a California?

A mi rostro asomó una sonrisa y en mi cabeza se oyó de pronto una voz: «Te quiere llevar a casaaaa, te quiere llevar a casaaaa...».

—¿Te parece bien? —me preguntó Izzy.

—Claro.

Me dio un abrazo y las buenas noches.

—¿Quieres que ponga la luz azul? —me preguntó Will mientras íbamos hacia su coche.

Lo miré ceñuda.

—Era una broma. La cara que has puesto... —Se rio.

Me tranquilizó ver que más adelante se encendía un Jeep blanco. A diferencia del coche de Ryan, dentro no olía a nuevo, sino a un *aftershave* intenso. Además, la bolsa de deporte del asiento trasero y una lata de cola vacía en el soporte para bebidas hacían que el vehículo no pareciese tan aséptico ni de lejos.

Cuando Will encendió la radio, por los altavoces sonó una canción de The Strumbellas. *«When all good's gone wrong, I'm not the sheriff, I'm not the sheriff here, I'm not the sheriff, I'm not the sheriff.»* Nos miramos y nos reímos a carcajadas.

—Estaba todo planeado —afirmó él sonriendo, y arrancó el coche.

Cuando entramos en el camino de acceso de los Cooper, le di las gracias.

—Te puedo acompañar hasta la puerta —me ofreció con una sonrisa descarada.

Arqueé una ceja.

—No está ni a tres metros de aquí.

—Los metros no me dicen nada —repitió con cara inocente.

—Buenas noches, Will —me despedí risueña.

16

Después de que Ryan me castigara con su indiferencia también el sábado por la mañana y prefiriese desayunar —sus Froot Loops de siempre— delante del televisor en lugar de conmigo a la mesa de la cocina, me harté de tanto teatro. Armada con mantequilla de cacahuete y mermelada, entré en el salón y me planté directamente delante de la tele, donde estaban poniendo un episodio de hacía tiempo de *The Big Bang Theory*.

—Estás en medio —se quejó.

—Y tú... tienes una apuesta que ganar. —Sus cejas se arquearon ligeramente y le di ambos tarros—. Venga.

Ryan entornó los ojos.

—Esta no es la mermelada.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Soy virgen en esto.

Durante una décima de segundo las comisuras de su boca se elevaron.

—¿Y bien?

Lo miré con expresión desafiante; durante un segundo o dos no dijo nada. Después se levantó despacio del sofá y fue hacia la cocina. Tenía la camiseta completamente arrugada en la espalda, como si hubiese dormido con ella unas cuantas noches.

—Si gano —le dije—, te vendrás otra vez de excursión conmigo.

Él se volvió.

—Porque aún me debes una cascada. —Le hice ojitos.

A lo largo de los minutos que siguieron, fui testigo de una demostración de cómo se prepara un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada. Observé en silencio cómo cortaba con un molde redondo dos rebanadas de pan de molde —algo que solo había visto en series estadounidenses—, las untaba generosamente primero con mantequilla de cacahuete y después con una gruesa capa de mermelada de fresa, a continuación espolvoreaba por encima cacahuetes picados y, para terminar, unía ambas rebanadas. Que se pudiese celebrar la preparación de un sándwich pastoso y altamente calórico como la creación de un menú de tres platos era una novedad para mí, pero seguí el proceso con creciente regocijo.

—Toma.

Convencido de sí mismo y de su obra, me pasó el plato. Cogí el sándwich con escepticismo y le di un mordisco. La primera impresión fue que tenía que hacerme a él. Sabía dulce y salado a la vez. Los cacahuetes no predominaban tanto y la mermelada no era tan artificial como me esperaba.

—Bien —comencé con aire teatral—. Malo... no está. Pero...

—¡¿Malo no está?!

—Pero —repetí, alzando la voz— no está lo bastante bueno para convertirme en discípula de la mantequilla de cacahuete con mermelada. Has perdido la apuesta. Nada de llevarte el desayuno a la cama. Toma, cómetelo si quieres.

Le puse el sándwich en la mano y me tiré en el sofá.

—¿A qué viene esto? —Arrugó la frente.

—Quiero ver la tele. Es sábado y me aburro.

—Tienes tele en tu habitación.

—Tú también.

Ryan suspiró, sentándose a mi lado.

—No vamos a ver series de médicos.

Me encogí de hombros y señalé la pantalla.

—Esto está bien.

Rezongó algo incomprensible y me abracé las rodillas, satisfecha.

—¿Cómo puedes sentarte así? —Me observaba con el ceño fruncido—. Es como si hicieses yoga.

—Como si tú supieses cómo se hace yoga.

—Lo creas o no, una vez di una hora.

Lo miré sin dar crédito y me costó no soltar una risotada. Ver a Ryan, que mediría perfectamente un metro noventa, haciendo el saludo al sol debía de ser algo inolvidable.

—No es coña. Pero no lo hice por propia voluntad. Me condenó a ello mi entrenador. Para que —hizo una mueca— aprendiera a conectar mejor con mi cuerpo.

—¿Te sirvió de algo?

—Sí, acabé con agujetas en sitios muy inoportunos. —Esbozó una sonrisa ambigua. Durante unos minutos permanecimos sentados sin más, viendo la tele.

—Por cierto, lo siento —me disculpé al cabo de un rato—. El haber visto el vídeo. Solo sentía...

—¿Curiosidad?

—Sí —repuse con sinceridad y constaté con alivio que en su rostro no había nada de rencor.

—Yo lo veo constantemente.

Me quedé perpleja.

—¿Por qué... te haces eso?

Las imágenes de la caída de Ryan todavía me perseguían, aunque solo había visto el vídeo una vez.

—Para creérmelo. —Lo dijo en voz baja, casi en un susurro—. A veces me despierto por la mañana y durante un instante se me olvida que mi vida se ha ido a la mierda.

—Tu vida no se ha ido a la mierda —aseguré, consternada.

—¿No? —Profirió un suspiro burlón—. Y ¿cómo llamarías tú a esto? Tengo veintitrés años y nada salvo una rodilla destrozada y una carrera que ha terminado antes de empezar. No tengo trabajo, ni casa, ni novia. —Soltó un bufido—. Ah, sí, y vivo con mi hermano, que se comporta como si fuera mi padre, en una puñetera ciudad enana en la que todo el mundo me pone verde.

Conmocionada con aquella franqueza tan brutal, clavé la vista en él.

—Nadie te pone verde, Ryan. La gente está preocupada. Lo siente por ti.

Una sonrisa indolente afloró a su boca.

—¿Qué sabrás tú, Curly? —Se levantó con dificultad del sofá y fue hacia la puerta.

—¿Por qué siempre te cierras en banda? —le espeté, frustrada.

Resoplando con socarronería, se detuvo en el umbral.

—¿Por qué debería abrirme? No somos lo que se dice amigos.

—Bueno, pero ya que tienes tantas cosas en la cabeza...

—Ah, eso te convierte a ti en ¡¿qué?! ¿Mi única opción?

Me levanté del sofá de un salto.

—Madre mía, Ryan, eres un capullo de campeonato.

—Y tú muy repetitiva. —Suspiró—. ¿Por qué no me dejáis todos en paz de una puñetera vez?

—Porque es difícil no verte —le solté, y solo unos segundos después fui consciente de lo que había dicho. Bajé la cabeza y me mordí el labio. ¿Por qué siempre me cabreaba tan deprisa con él? Cogí aire con fuerza—. ¿Tú crees que a Jack y a Amy les resulta fácil verte así? Frustrado, amargado, negativo y...

—No tienes ni idea de lo que se siente cuando se pierde todo —musitó impasible, y apoyó la frente en el marco de la puerta. Su

postura irradiaba algo que iba más allá de la falta de fuerzas, y durante un instante sentí el profundo deseo de ponerle la mano en el hombro y decirle algo tranquilizador al oído.

—No lo has perdido todo, Ryan —afirmé con suavidad, aunque intuí lo huecas que debían de sonar aquellas palabras—. Tan solo te has caído y no te has vuelto a levantar.

—Por qué no sé cómo hacerlo —susurró.

—Déjate ayudar. Jack y Amy están haciendo todo lo posible para que estés bien de alguna manera. Eres tú el que no da nada.

—¿Y qué quieres que dé?

Resoplé.

—Podrías involucrarte un poco más en la familia. Ocuparte de Liam...

De su boca salió un bufido burlón.

—A ver, ¿quién es la *au-pair* aquí?

—... o ayudar a Amy con el B&B.

—Qué quieres, que haga camas ¿o qué?

Suspiré.

—¿Has estado por allí últimamente? Es una auténtica ruina.

—Ahora mismo mis padres se están revolviendo en su tumba, ¿sabes?

—Lo harían si pudieran leer las valoraciones de TripAdvisor.

—¿Las valoraciones de TripAdvisor?

Después de estar en el Golden Leaf con Amy había entrado en la página web, que no podía estar más anticuada, y leído las valoraciones de las plataformas de reservas: eran horribles. «Necesita una reforma» y «Se notan los años» resultaban, con diferencia, las descripciones más amables del estado en el que se encontraba el Bed and Breakfast. Aunque los huéspedes hablaban

maravillas de la ubicación y del idílico entorno, ponían por los suelos el equipamiento y las habitaciones.

—Dime, ¿cuándo fue la última vez que estuviste allí, Ryan?

Arrugó la frente.

—¿Hace unos años? Ni idea.

Cogí aire con fuerza.

—Pues quizá debieras ir a echar un vistazo.

17

El domingo los Cooper volvieron de Kansas y, además de una fragrante tarta de manzana, trajeron de nuevo vida a la casa.

—Lena, Lena, el abuelo le ha puesto mi nombre a un potro —me anunció alegremente Liam nada más entrar por la puerta—. ¡Tienes que adivinar cómo se llama!

—Pues... quizá...

Pero el niño ya estaba subiendo ruidosamente la escalera, llamando a voz en cuello a Ryan.

—Ha venido así todo el tiempo en el coche —contó Amy con un suspiro mientras llevaba la tarta a la cocina.

—¿Qué tal tu fin de semana, Lena? —me preguntó Jack mientras metía en casa con gran esfuerzo una maleta—. ¿Se ha comportado mi hermano?

Me asaltaron en el acto recuerdos de nuestra excursión. El trayecto en el coche, la trabajosa subida, las impresionantes vistas, la lluvia, el tobillo torcido, Ryan llevándome a caballito. Durante unas horas fuimos por buen camino.

—Sí, hicimos senderismo juntos —contesté, y aparté las imágenes de mi mente.

—¿Fue a hacer senderismo contigo? —Parecía sorprendido, como si no contase con que su hermano de verdad hubiese cumplido el acuerdo al que más o menos lo había obligado—. Mmm —musitó con aire pensativo—. ¿Está arriba?

—Ni idea. Hoy todavía no lo he visto.

Yo me había pasado la mañana en la cama con el portátil, viendo la segunda temporada de *Riverdale*, y solo había salido un instante para prepararme un sándwich de queso fundido.

—¿Está el tito en su habitación? —preguntó Jack cuando Liam bajó.

El pequeño negó con la cabeza.

—¿Ryan? —lo llamó Jack.

Nada.

—Quizá haya salido a tomar el aire —aventuró Amy.

—Sería la primera vez. Que haya hecho senderismo con Lena ya roza el milagro —repuso él con una sonrisa que distaba mucho de ser alegre, y se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta.

Su mujer y yo nos quedamos mirándolo con expresión expectante.

—No lo coge.

Arrugó la frente. Con el teléfono pegado a la oreja, salió de casa y regresó poco después con semblante serio.

—Su coche tampoco está.

Sin querer, en el estómago se me hizo un nudo. Tal vez se me había contagiado la intranquilidad de Jack, pero quizá también se debiera al hecho de que el día anterior le había dicho a Ryan un par de cosas desagradables.

—Bueno, voy a buscarlo.

Jack cogió las llaves de su coche y corrió hacia la puerta, donde se chocó con la raíz de toda su preocupación.

—¡Ryan! —exclamó aliviado, y abrazó a su hermano.

—Eh...

—Gracias a Dios —dijo Amy, exhalando a su vez un suspiro, y se unió a ambos.

—Pero qué... —balbució él, visiblemente agobiado, y torció el gesto—. ¿Se puede saber qué os pasa?

Me miró como pidiendo ayuda, pero yo también sentía un profundo alivio.

—¿Dónde estabas? —Jack cogió a su hermano por los hombros.

—¿En el... Leaf?

Su respuesta más bien pareció una pregunta.

—¿En el Leaf? —repitió, sorprendida, Amy—. Pero ¿para qué?

—Hacía... mucho que no iba. —Se encogió de hombros, como si no entendiese a qué venía tanta agitación—. ¿Se puede saber qué está pasando aquí? ¿Por qué estáis todos tan nerviosos? —Sus ojos fueron de Amy a Jack.

—No sabíamos dónde estabas y teníamos miedo de que...

Su cuñada no terminó la frase.

—¿De que me tirara desde algún peñasco? De ser así os habría dejado una carta.

—No tiene gracia —rezongó su hermano.

—¿Y por qué has querido ir ahora al Leaf? —insistió Amy.

—Para hacerme una idea de cómo está —respondió él de camino a la cocina.

Jack y Amy se miraron mientras Ryan sacaba en silencio de la nevera una lata de Dr. Pepper, que chisporroteó al abrirla.

—Porque la mitad del Leaf es mía, ¿no? —Los dos asintieron al unísono—. He pensado que, mientras esté aquí, voy a involucrarme más. —Se apoyó con desenfado en la nevera y bebió un poco mientras Amy abría la boca y la volvía a cerrar—. La puerta principal y las ventanas necesitan una mano de pintura urgentemente. Habría que acuchillar y encerar el suelo. Y el —torció el gesto— amarillo de las paredes es horroroso. Además, deberíamos plantearnos renovar las habitaciones. Quizá unas cortinas más claras o...

Seguimos mudos el aluvión de palabras de Ryan. El dinamismo que manifestaba casi daba miedo.

—Pero ¿cuánto tiempo has estado allí? —quiso saber Amy.

—No podía dormir, así que me fui a las cuatro de la mañana o así.

—A las cuatro de la mañana o así —repitió sin dar crédito Jack.

—Sí. Antes eché un vistazo a las valoraciones de TripAdvisor, pero eran tan malas que...

—Las valoraciones de TripAdvisor —dijo, perplejo, su hermano.

Durante un segundo Ryan me miró.

—Sí. La media que tenemos es solo de dos a tres estrellas. Es un auténtico desastre. No me extraña que ya no vaya nadie. —Se quedó pensativo un segundo—. Si nos ponemos las pilas mañana mismo y nos volcamos de lleno, podríamos terminar antes de Acción de Gracias y volver a abrir. Así no nos perderíamos la temporada alta.

—No sé si lo estoy entendiendo bien —admitió Amy, y la cara de Jack también era de interrogación.

—Tenemos que reformar el Leaf si no queremos cerrar.

—¿Reformar? —El matrimonio se miró.

—Sí, no queda otra.

—Pero ¿cómo? O sea, ¿quién se supone que lo va a hacer? Amy está de seis meses y la mayoría del tiempo yo solo estoy aquí los fines de semana.

—Con tan poca antelación tampoco conseguiremos obreros, que, dicho sea de paso, cuestan un dineral —objetó ella.

—Me encargaré yo —anunció Ryan con determinación, y tres pares de ojos lo miraron.

—¿Tú? —inquirió Amy, sorprendida a más no poder.

Él asintió.

—Antes siempre ayudaba a papá cuando hacía algo en casa. Y seguro que en YouTube hay tutoriales de sobra.

—¿Quieres reformar el Leaf con... tutoriales de YouTube?

Amy lo miró con incredulidad, pero dio la impresión de que Jack se lo pensaba.

—Ahora mismo tengo mucho tiempo —afirmó Ryan con un dejo de resignación—. Y no me puedo pasar el día entero atontándome delante de la tele. —Me miró de soslayo.

Bajé la vista con una sonrisilla.

—No sé qué te ha pasado de repente —empezó Jack, escudriñando a su hermano con escepticismo—, pero... es la mejor idea que has tenido en mucho tiempo. —Soltó una risotada ronca y el semblante de Ryan se iluminó durante un segundo—. Sin embargo, me pregunto si no será demasiado para ti. —Frunció el ceño como si lo sopesara—. Al fin y al cabo será un trabajo sobre todo físico, y tú no puedes hacer excesos con el brazo.

—Podría ayudarlo yo —afirmé, como si mi boca se hubiese independizado.

Seis ojos me miraron.

—Por la mañana, cuando Liam esté en la guardería —añadí.

Silencio.

—Pintar se me da bien.

Ryan enarcó una ceja, pero al parecer Jack se estaba pensando seriamente mi ofrecimiento.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó a Amy—. Al fin y al cabo, si Lena está aquí es sobre todo para echarte a ti una mano.

—Creo que podríamos probar a ver. Mientras el niño no haya nacido y el Leaf siga cerrado, puedo prescindir de ella. —Me guiñó un ojo—. Y, de todas formas, para el año que viene habríamos tenido que pensar en algo.

Su marido asintió.

—¿De verdad quieres reformar el Leaf? —le preguntó a su hermano, como si necesitara cerciorarse de que había entendido

bien.

—De verdad quiero reformar el Leaf.

18

—¿Qué te parece un tono lila?

—A ver, que el Leaf no es un castillo de Disney.

Ryan ladeó la cabeza mientras contemplaba las paredes amarillas de la entrada.

—¿Baya? ¿O terracota?

—En tu vocabulario no hay rojo, verde, amarillo, azul, ¿no? —inquirió, lanzando un suspiro—. De todas formas, primero tenemos que pintar de blanco.

Anoté «pintura blanca» en mi bloc.

—Y antes hay que quitar todos estos trastos de las paredes y proteger las puertas, las ventanas y el revestimiento de madera.

Añadí el punto «plástico protector».

—¿Se puede saber qué escribes todo el tiempo?

Se asomó por encima de mi hombro.

—Es una lista de lo que hay que hacer. Para que sepamos lo que tenemos que comprar.

Frunció el ceño.

—¿Estamos de acuerdo en que la hagas en un idioma que yo entienda?

Sin darme cuenta, lo había apuntado todo en alemán.

—Necesito un descanso —me quejé, sentándome en el escalón inferior de la escalera.

Desde hacía más de una hora íbamos por el B&B discutiendo sobre colores, muebles, equipamiento, decoración y herramientas,

con el resultado de que prácticamente no coincidíamos en nada.

—¿De qué? ¿De escribir? —Ryan se apoyó en el mostrador de recepción y cruzó los brazos.

—¡La lista ya va por página y media!

—No me extraña. ¿Quién es la que no para de añadir marcos de cuadros, velas y saquitos perfumados?

—Son artículos de decoración importantes —me defendí—. Añaden estilo y encanto. Al fin y al cabo, la idea es que vuestros huéspedes se sientan a gusto.

Él resopló.

—Prefiero no saber cómo es tu casa.

—He pasado los últimos meses en mi habitación de cuando era pequeña. Además de velas y marcos, encontrarás sobre todo papel pintado de flores y pósteres de grupos de chicos.

Arqueó las cejas con aire inquisitivo.

—¡Sorpresa! No eres el único cuya vida es ligeramente distinta de como pensaba que sería.

«Ya basta, Lena —resonó la inflexible voz de mi padre en mi cabeza—. Aclárate de una vez y piensa qué quieres hacer en la vida, en lugar de averiguar constantemente lo que no quieres.» Recordé cómo me miraba mientras lo decía. Perplejo. Enfadado. Pero, sobre todo, decepcionado, porque yo había vuelto a dejar los estudios. Y eso que estaba completamente segura de que Gestión de la Información y Contenidos Digitales me encajaría mejor que la docencia. Que no me aburriría, que no me dormiría tanto. Aquel mismo día dejé mi adorada habitación en el piso que compartía en Friedrichshain y de la noche a la mañana me vi de asistente de mi padre, un puesto que hasta entonces ni siquiera existía. Pero a él le pareció buena idea tenerme clasificando expedientes y preparando café hasta que supiese qué camino profesional quería seguir. Sin

duda, con la intención oculta de que ese camino terminara en su correduría de seguros. Pero Lenz & Hijos no era precisamente lo que yo quería en la vida. Con un padre de jefe, mi hermano de compañero y mi madre de contable.

—¿Lena?

Con un chascar de dedos Ryan me devolvió al Leaf.

—Que cuándo tienes que estar de vuelta.

—Eh... a eso de las dos.

—Vale, entonces lo mejor será que nos pongamos en marcha.

Lo miré con cara de interrogación.

—El almacén de bricolaje que nos pilla más a mano está cerca de Vail. A una media hora en coche de aquí.

Media hora de ida y media de vuelta. Una hora de coche con Ryan. Aparte de la excursión, nunca habíamos estado tanto tiempo solos. Y menos en un espacio tan reducido. Iba a ser, por fuerza, un desastre.

—Olvídalo —me espetó cuando arrancamos y sintonicé la emisora que nos gustaba escuchar a Amy y a mí.

—Pero ¡si es Rihanna!

—Es lo peor.

—Pero...

—Mi coche, mi música. Si quieres, mañana vamos en el tuyo. Uy, perdona, que no tienes.

Puse los ojos en blanco. Esto no iba a ser un desastre: ya lo era. Apoyé la cabeza en la ventanilla, rindiéndome, y dejé que el paisaje se deslizara ante mí. El cielo era del mismo azul radiante que el día anterior, y el valle verde oscuro por el que íbamos marcaba un bonito contraste con la árida cordillera. Como la cosa siguiera así, acabaría siendo una amante de la naturaleza; me reí para mis

adentros mientras escuchaba los relajados sonidos de guitarra que salían de los altavoces.

—¿Qué es esto?

—Bon Iver —me contestó sin apartar la vista de la carretera, que era tan solitaria como el paisaje. Solo muy de vez en cuando nos cruzábamos con un coche, y en lugar de casas dejábamos atrás buzones pintados de vivos colores junto a caminos que conducían a granjas apartadas.

—Suena bien.

Ryan enarcó las cejas; de sorpresa o curiosidad.

—Maddie siempre decía que parecía un perro al que le hubiesen pegado un tiro.

Era la primera vez que mencionaba su nombre en mi presencia, pero no pareció sorprenderle que yo supiese de quién hablaba.

—Siempre escuchaba a Rihanna. Antes de cada prueba, *Only Girl (in the World)* en bucle. Probablemente por eso ya no soporte escuchar más esa voz.

Sonreí.

—¿Y tú? ¿También tenías una canción?

Ryan negó con la cabeza.

—Eso era cosa de Maddie. Yo comía Froot Loops antes de cada descenso.

—Pero si comes Froot Loops todas las mañanas.

Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa pícara. Le sentaba bien. Me di cuenta de que aquel día parecía mucho más relajado. El rictus de amargura había desaparecido, al igual que su negatividad. Como si se hubiese deshecho un nudo.

—¿Y a ti? ¿Te espera en casa un estudiante de Derecho comedor de *spätzle*?

No supe si reírme al ver que casi se atragantó con la palabra o enfadarme porque me viese saliendo precisamente con un estudiante de Derecho.

—Lo primero —empecé—, en Berlín no comemos *spätzle*. —Lo miré con cara de sabihonda—. Y, lo segundo, ¿por qué crees que estoy con un estudiante de Derecho?

—Conque sí —dijo con aire de triunfo.

—¡No!

—Pero ¿sales con alguien?

—No —musité, bajando la voz considerablemente y con mayor humildad—. Ya no.

Durante un instante ninguno de los dos dijo nada.

—Pero estudiaba Derecho, ¿verdad? —empezó Ryan de nuevo, y sonrió, lo que hizo que le diera una inofensiva palmada en el hombro.

—Tim estudia Empresariales.

—Tim —repitió con cierto tono de burla.

Resultaba extraño oír ese nombre pronunciado por él. Tan extraño como pensar que en aquel momento Tim estaba a más de diez mil kilómetros de mí.

—Cortamos este año. Él cortó conmigo —corregí, y volví a sentir el familiar dolor en el pecho.

—¿Porque vas a estar un año aquí, en Colorado?

—No. En realidad... no pegábamos juntos —repuse, una evasiva. Sin embargo, por algún motivo no quise dejarlo ahí—: Tim es sumamente ambicioso y perseverante. Sabe exactamente lo que quiere.

—¿Y tú no? —Ryan me miró de reojo.

—He dejado dos veces los estudios y no sé a qué quiero dedicarme. Eso lo dice todo, ¿no?

—En realidad eso solo dice que todavía no has encontrado algo que te guste de verdad.

Lo miré sorprendida.

—Me extraña que lo veas así. Un deportista de élite como tú tiene que ser tremendamente disciplinado y tenaz.

—Sí, pero no sé si habría tenido la misma disciplina si hubiera estudiado —se paró a pensar— Historia del Arte, por ejemplo. Me refiero a que hice lo que me gusta. Algo que me apasiona. Y justo por eso uno lo da todo.

Tragué saliva. Nadie se había mostrado nunca tan comprensivo cuando le había hablado de las carreras fallidas que había empezado. Y que fuese precisamente Ryan Cooper hacía que todo resultara más desconcertante aún.

—¿Y si nunca lo averiguo? Lo que me gusta, lo que me apasiona. ¿Y si ese tren salió hace ya tiempo?

Durante un instante me sorprendí a mí misma. Nunca había expresado aquel miedo en voz alta.

—Pues sales en su busca. O... —me miró de reojo de nuevo y esbozó una sonrisilla— te subes a otro.

Sus palabras me confundieron todavía más. Agobiada, me puse a mirar por la ventanilla, donde en el acto me llamó la atención un letrero en el que ponía BIENVENIDO A VAIL. Miré con curiosidad la cantidad de cafés, restaurantes, *boutiques* y tiendas de deportes que había, entre los cuales se alzaban lujosos hoteles con amplios balcones de madera y piscinas. Sin duda allí había mucho más movimiento que en Green Valley.

—Sí, si te aburres demasiado en nuestro pueblucho o quieres pescar a un multimillonario, deberías probar suerte aquí —comentó Ryan, leyéndome el pensamiento.

—Lo dices como si te horrorizara.

Se encogió de hombros.

—Es la meca del turismo. Antes trabajaba en esta zona de profesor de esquí.

—Como Will —se me escapó.

—Sí —repuso, sorprendido—. ¿De qué conoces a Will?

—Por Izzy. Hemos coincidido un par de veces en el Olly's.

Asintió sin decir nada.

—Antes de que me marchara a Utah entrenaba aquí, en el Club de Esquí. Vail es uno de los centros de entrenamiento más importantes de Estados Unidos —me explicó.

—Entonces, ¿por qué te fuiste, si lo tenías todo al lado?

Tardó un momento en contestar.

—Cuando murieron mis padres necesitaba un cambio. —Su voz parecía extrañamente ronca, y en la garganta se me formó un nudo —. Mi padre me enseñó a esquiar aquí —continuó en voz queda—. Estas pistas eran como nuestra segunda casa.

Solo me miró una décima de segundo, pero me bastó para entrever su dolor. Unos ojos verdes rebosantes de pesar. El corazón se me paró un instante. Conocía al Ryan voluble, al Ryan amargado; conocía al Ryan malhumorado, al Ryan desesperanzado. Pero al Ryan que se dejó ver aquella décima de segundo no lo conocía. Vulnerable, afligido. Abrumada, volví a mirar por la ventanilla.

A un kilómetro más o menos a las afueras de Vail, aparcamos delante de un edificio similar a una nave con un gran letrero naranja en el tejado. Sobre la entrada ponía ALMACÉN DE MEJORAS PARA EL HOGAR, y delante descansaban muebles de jardín, barbacoas y carritos de la compra. A mí todo ello me parecía una variante estadounidense de Obi o Hornbach.

—Como te vuelvas a torcer el tobillo, te meto aquí dentro —me advirtió Ryan mientras señalaba el carrito que empujaba.

El alivio hizo que las comisuras de mi boca se elevaran. Habíamos pasado los últimos diez minutos en silencio.

—Bueno, pues allá vamos —musitó mientras yo recorría con la mirada las estanterías, que llegaban hasta el techo. Sin duda aquello no era solo una variante estadounidense de Obi y Hornbach, sino la variante XXL—. Aquí no hay velas. —Me tiró de la manga—. A ver, ¿dónde está tu lista secreta cuando hace falta?

Poniendo los ojos en blanco, me metí la mano en el bolsillo y saqué un papel arrugado.

—¿Ryan? —dijo entonces una voz grave de hombre justo detrás de nosotros.

Nos volvimos casi a la vez y vimos un rostro arrugado con el cabello cano y las cejas muy pobladas.

—Earl —repuso Ryan, y fue como si hubiera visto un fantasma. Acto seguido en su rostro se extendió una sonrisa tímida.

—Muchacho, cuánto me alegro de verte.

El hombre dio un paso hacia él y lo abrazó afectuosamente. Era más bajo y delgado y casi se perdió entre sus brazos. Calculé que tendría por lo menos setenta años, quizá incluso más.

—¿Qué tal estás? He oído que ahora vives en Valley. Con tu hermano, según dicen.

—Solo temporalmente.

Earl lo escudriñó.

—Lo de... —Bajó la vista—. Lo siento. Confiaba en que... Muchacho, lo que has tenido que sufrir. —Le dio unas palmaditas en la espalda con empatía antes de que reparase en mí—. Pero ya veo que...

—Soy Lena —me adelanté, y le estreché cordialmente la huesuda mano que me tendió.

—Earl.

Le dirigió una elocuente mirada a Ryan.

—Solo es... la *au-pair* de Jack.

Le salió un poco deprisa de más, y Earl me miró como con cara de disculpa.

—Este Bigfoot nunca ha sabido tratar a las damas. «Solo es la *au-pair* de Jack.» Vergüenza debería darte, muchacho. —Soltó una risotada gutural e hizo como si le diera una bofetada—. ¿Siempre es así contigo, querida?

—Casi siempre —respondí risueña.

—Te diré algo que puedes utilizar contra él. Cuando era pequeño, le daba miedo el telesilla. Siempre tenía que acompañarle alguien. Una vez incluso se lo hizo en los pantalones.

—Earl —terció Ryan mientras yo me partía de risa.

—Bueno, en su defensa he de decir que solo tenía cuatro años.

—Earl fue mi primer entrenador.

El anciano asintió con orgullo.

—Ya entonces vi que harías algo grande.

Miré de reojo a Ryan, que exhaló un suspiro ahogado. Earl lo miró con seriedad.

—Deja de infravalorarte, muchacho. Has llegado muy alto; tu caída no le resta importancia a eso.

Él asintió maquinalmente, como si no tuviera ganas ni energía para enzarzarse en una discusión que sin duda ya había mantenido mil veces.

—Y, decidme, ¿qué hacen aquí dos jóvenes guapos como vosotros?

Agradeciendo el cambio de tema, le conté que queríamos comprar pintura y herramientas para reformar el Golden Leaf.

—¿Vais a reformar el Leaf? —inquirió con curiosidad mientras, a mi lado, Ryan lanzaba un suspiro apenas perceptible.

—Sí, queremos...

—... hacer unos arreglos de nada —me interrumpió—. No vale la pena hablar de ello.

Sorprendida, lo miré de reojo.

—Bueno, pues entonces no os entretengo más —repuso Earl mientras movía a un lado y a otro el pequeño cubo de barniz que sostenía en la mano—. Me alegro de verte, Ryan.

—Que te vaya bien, Earl —contestó Ryan, y le dio unas palmaditas en la espalda al anciano con cordialidad.

—Lo mismo digo, muchacho. Hasta otra.

Cuando Earl ya estaba lejos, Ryan agarró el carrito con expresión sombría y me dejó donde estaba sin decir palabra.

—¡Oye! —lo llamé—. ¿Se puede saber qué te pasa ahora?

—Gracias a ti, dentro de una hora como mucho todo Green Valley sabrá que vamos a reformar el Leaf —refunfuñó mientras yo caminaba a su lado callada como una niña pequeña.

—¿Eh? No entiendo...

—Exacto, no entiendes cómo funciona una ciudad pequeña. Earl se lo dice a Mona, Mona se lo dice a Moe, Moe se lo dice a...

—Ya, ¿y? —lo interrumpí mientras me encogía de hombros—. ¿Cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? —Suspiró, frustrado—. El problema es que mañana como muy tarde tendremos a la puerta a los primeros con sus herramientas. O con bizcochos.

Me escupió la palabra *bizcochos* con tanto asco que solté una carcajada.

—¿Qué? —preguntó.

—No conozco a nadie que se enfade porque le lleven bizcochos. Sería un bonito detalle. A mí nunca me ha llevado nadie un bizcocho. Ni siquiera sé cómo se llama la gente que vive en nuestra calle.

Me reí y Ryan resopló.

—Eres una urbanita, Curly. Te daré un consejo: baja una pista con hielo y rómpete todos los huesos. Así te llevarán todos los bizcochos habidos y por haber.

—Deberías alegrarte de que la gente quiera ayudarnos.

—A esa gente lo que le importa es otra cosa. Quieren algo nuevo sobre lo que poder cotillear.

Me puse en jarras.

—Me importa una mierda. Si eso es lo que quieren, se lo daremos.

—¿Se lo daremos...?

Daba la impresión de que tenía que aguantarse la risa. Me acaloré cuando fui consciente del doble sentido de mis palabras.

—Con... lo de... la reforma, vamos. —Carraspeé—. Además, puede que Earl no diga nada.

—Lo llaman Earl el Cotilla.

Lo miré con escepticismo.

—¿En serio?

—Yo, por lo menos, sí. —Se echó a reír.

Tardamos casi una hora en tachar todos los puntos de la lista y llenar el maletero del coche con cubos de pintura, rodillos, cinta de carrocero, herramientas y artículos de decoración.

—Ahí delante hay un Starbucks —me informó Ryan cuando regresábamos por Vail.

—¿Y?

—Pues que tienes pinta de ser alguien a quien le gusta ir a esa clase de sitios —contestó, y se encogió de hombros.

—¿Qué pinta tiene alguien así? —inquirí, sin lograr reprimir un tonillo burlón.

Volvió a encogerse de hombros.

—Pues como tú.

—Ya.

—Madre mía, solo quería tener un detalle.

—¿Eso es tener un detalle para ti?

—Sí, yo diría que ofrecerle un café a una mujer es un detalle.

Me reí con malicia.

—Es que no me has ofrecido un café, has dicho que tengo pinta de ser alguien a quien le gusta ir al Starbucks. Y eso es... un insulto.

—Seguro que Starbucks no opinaría lo mismo.

—Lo que en realidad querías expresar con eso —continué— es que para ti soy una de esas urbanitas esnobs de cuyo estilo de vida forma parte perder el tiempo en cafés.

Enarcó las cejas risueño y me miró de reojo.

—Eso te lo ha dicho alguien alguna vez, ¿no?

—No.

Era mentira; en efecto, había alguien que me había soltado algo parecido: Tim. Cuando cateé el primer examen en la facultad, me aconsejó que en el futuro tomara menos café y estudiara más. Después nos enzarzamos en una pelea tan monumental que estuvimos sin hablar una semana, durante la cual no fui ni una sola vez al Starbucks.

19

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido el día? —nos preguntó Amy durante la cena.

—Lena quiere pintar las paredes de rosa y espantar a nuestros huéspedes con velas apestosas.

Ryan se sirvió una enorme porción de patatas salteadas.

—Tono baya —lo corregí—. Y son velas aromáticas.

—Las velas aromáticas son geniales —aseguró Amy, y me guiñó un ojo.

—Sí, tanto como los violinistas de las terrazas de los restaurantes —se burló él.

—¿Qué es un violinista de restaurante? —preguntó Liam comiendo ruidosamente mientras miraba a través de los cristales de sus empañadas gafas de natación.

—Primero traga.

—Alguien que molesta cuando uno come —le susurró Ryan—. Por cierto, nos encontramos a Earl el Cotilla. Y Lena no tardó ni un minuto en contarle que vamos a reformar el Leaf.

Los labios de Amy formaron un «Oh».

—Mañana nos traerán otra vez bizcochos.

—¿Se puede saber qué tenéis todos en contra de los bizcochos? —pregunté, con un suspiro.

Ella se echó a reír.

—Bueno... es que durante estos últimos meses... hemos recibido unos cuantos.

—Por el tito —añadió Liam con la boca llena, y se atragantó, lo que le valió otra advertencia de su madre—. Mamá, ¿le has preguntado al tito?

—Luego, Liam.

—Preguntar ¿qué? —quiso saber Ryan.

—No es importante.

—Sí que lo es —protestó el niño con infantil enojo—. Quiero que talles conmigo una calabaza. Para el Pumpkin Festival.

Amy se aclaró la garganta.

—Liam, ahora mismo el tito tiene mucho que hacer. Te puede ayudar Lena.

Liam arrugó la nariz.

—Lena es una chica.

—¿Acaso las chicas no pueden tallar calabazas?

Su madre arqueó las cejas, y Ryan acudió en ayuda de su sobrino.

—Claro que pueden, pero Liam no querrá corazoncitos en la suya.

Resoplé.

—Entonces, ¿vas a ayudarme? —El niño lo miró esperanzado.

—Ryan, no tienes por qué hacerlo. Sé que...

—Claro, colega. A fin de cuentas está en juego el honor de la familia.

Amy pareció sorprendida; yo tenía mil signos de interrogación en los ojos.

—El Pumpkin Festival se celebra todos los años el fin de semana anterior a Halloween. Es...

—... un coñazo —afirmó, masticando, Ryan.

—Es una fiesta muy bonita en una gran pradera a las afueras de Green Valley, con puestos de venta, comida, música y el concurso de calabazas. Se premia la calabaza mejor tallada.

—Oh, y ¿cuál es el premio?

—Míster Pumpkin —exclamó alegremente Liam.

—El premio es el título —me susurró Amy.

—El tito ha sido Míster Pumpkin cuatro veces.

—Cinco —le corrigió Ryan con una tosecilla.

—Míster Pumpkin —repetí, exagerando lo impresionada que me hallaba.

—Ese título va a volver a ser nuestro, peque.

Los dos chocaron los cinco, y Amy dibujó con la boca un «gracias» a Ryan.

Esa noche, cuando estaba sentada en mi cama escribiéndoles un correo electrónico a mis padres, muerta de cansancio, el móvil me vibró en la mesita de noche. Era un mensaje de Izzy: «¿Es verdad que vais a reformar el Leaf?».

Clavé la vista en la pantalla, desconcertada. En efecto, la noticia no había tardado ni medio día en circular, y eso sin Twitter & Co. A todas luces, Green Valley tenía un flujo de información que habría impresionado a cualquier servicio secreto. Tardaría un poco en acostumbrarme a haber acabado en un sitio en el que todo el mundo se conocía.

20

Después de los primeros días en el Golden Leaf tuve que admitir que me había engañado por completo a mí misma con la reforma. No me explicaba cómo había podido pensar que tendría bastante energía para arrastrarme por el suelo por la mañana y perseguir a Liam por la tarde. El castigo por mi desmedida presunción llegó en forma de agujetas, dolor de espalda y un cansancio atroz que hacía que noche tras noche cayera derrotada en la cama como muy tarde a las nueve. Incluso cancelé una cita con Izzy, que había quedado con unos amigos del club de snowboard para ir al cine. Pero de aquel embrollo ya no saldría, si no quería dejar colgados a los Cooper. Me lo decía no solo mi mala conciencia, sino también mi orgullo. Si queríamos terminar antes de Acción de Gracias, disponíamos de unas seis semanas. Seis semanas durante las que queríamos pintar paredes, puertas y contraventanas, arreglar el suelo y remodelar las habitaciones de los huéspedes. Amy ya había pedido colchones nuevos y había encargado a una amiga cortinas. Todavía teníamos que pensar cómo decoraríamos las paredes, pero —en eso coincidíamos todos— las cabezas disecadas irían al desván.

—¿Lo he entendido bien? ¿Primero vas a hacer senderismo con él y ahora estás reformando su casa?

Mi completamente desconcertada amiga me miraba desde el portátil. Llevaba puesto el albornoz y el pelo envuelto en una vistosa toalla.

—No estamos reformando su casa, sino la de su familia. Y suena mucho más espectacular de lo que en realidad es.

—No suena espectacular. Suena como si lo hubiera escrito J. K. Rowling. ¿Qué han hecho ahí contigo? Senderismo, reforma... —Seguí risueña las exasperadas palabras de Lara—. Si no te conociera mejor, diría que estás loca por ese tío.

—Menuda bobada. No quiero nada de Ryan. Además, ya te he dicho que iré con Will al Pumpkin Festival ese.

Will nos había visto a Liam y a mí cuando volvíamos a casa en un momento en el que llovía a mares y nos había llevado en el coche patrulla. Desde entonces el niño tenía un recuerdo para toda la vida... y yo una cita. Y eso que no sabía si en realidad lo era. En el fondo, el *sheriff* solo me había preguntado si tenía intención de ir al festival y me había propuesto que fuésemos juntos.

—Es verdad. Y después te has pasado diez minutos hablando de Ryan.

—Solo porque es con quien más tiempo estoy.

—Ya, porque te gusta.

Cogí aire un instante.

—No me gusta. Además, yo no soy su tipo.

—¡Ajá! Con esa segunda frase te acabas de delatar.

—No sabía que esto era un interrogatorio.

—Y yo no sabía que te gustara ese tipo de hombres. —Me guiñó un ojo.

—Pero ¡si ni siquiera lo has visto!

—Vaya que sí. En Google hay montones de cosas sobre él.

—¡¿Lo has gugleado?!

—Claro. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo tengo que saber cómo es el tío que te va a echar un polvo dentro de nada.

—¡Lara!

Me volví hacia la puerta con cara de susto.

—Pero si allí nadie nos entiende —observó sin inmutarse.

—No me va a... No quiero que...

Exhalé un suspiro.

—Pues si fuera tú querría, y ya mismo. Ese tío se parece a Liam Hemsworth.

—Siempre he querido salir con Thor —repuse, poniendo los ojos en blanco.

—Ese es el Hemsworth mayor. Tú tienes al de Miley Cyrus, que está mucho más bueno.

Resoplé.

—Te has puesto rooojaaa —cantó alegremente.

—Es la tarjeta gráfica.

Lara soltó una carcajada.

—En serio. Tu Ryan no puede estar más bueno y tú no estás saliendo con nadie. ¿A qué estás esperando?

—No es mi Ryan. Y te lo repito, para que tomes nota: no le intereso lo más mínimo. Además, ahora mismo tiene otras cosas en la cabeza. Su vida es un auténtico caos.

—Y seguro que a ti se te da genial poner orden.

—¡Lara! —me quejé de nuevo.

—Hablamos dentro de cuatro semanas. Cuando te haya echado un polvo —se rio.

—Eso no pasará. Nunca. —La sola idea hizo que la cara me ardiese—. Además, soy la *au-pair* de su hermano. ¡Se liaría una buena!

Mi amiga se encogió de hombros.

—Pues entonces deja que te eche el polvo el *sheriff*. Por desgracia, no lo puedo guglear ahora, pero tu gusto es de fiar casi siempre... si exceptuamos un pequeño error llamado Tim.

Enterré el rostro en las manos.

—¿Por qué llevamos cinco minutos hablando de quién me va a echar un polvo y cuándo?

—Pues porque desde que lo dejaste con Tim tu vida es casta como un cumpleaños infantil. Bibi y Tina tienen más sexo que tú.

—He venido aquí a trabajar —me defendí con poco entusiasmo—. Por la mañana estoy liada con la reforma y por la tarde con Liam. No me queda mucho tiempo para otras cosas.

—Salvo... que unas lo uno con lo otro —propuso Lara entre risas.

—¿Tú no tienes que empezar a arreglarte para ir a clase?

—Buen intento. No es hasta las seis, así que tenemos un montón de tiempo para hablar del fogoso Will y el buenorro de Ryan.

Me reí y reprimí un bostezo.

—Ya lo ves: de todas formas estaría demasiado cansada para tener sexo.

Llamaron con suavidad a mi puerta y me sobresalté.

—Hola, quería... —La cabeza de Ryan asomó por la puerta, haciendo que me pusiera roja como un tomate. Si supiera de qué llevábamos dos minutos hablando...—. Perdona, no quería molestar. —Picado por la curiosidad, echó un vistazo a mi ordenador portátil, donde seguía estando Lara en albornoz. Enarcó las cejas—. Me... paso más tarde.

Antes de que pudiera contestar, ya había desaparecido.

—Por-fa-vor —se oyó alegremente en el portátil.

—¿Qué? —repuse, enervada.

—Ese tío te gusta, Lena, lo que pasa es que todavía no lo sabes.

21

Después de que retirásemos de las paredes los cuadros, las cornamentas de ciervo y las cabezas de animales y de que desmontáramos todas las lámparas y los interruptores, pudimos empezar a pintar. Habíamos salido temprano, e incluso había logrado convencer a Ryan de que parase en Moe's Diner para comprar unos *bagels* con queso de untar, a los que últimamente era adicta. Sin embargo, se vio con claridad lo aliviado que se sintió cuando dos minutos después salí de la cafetería con una bolsa de papel bien llena y dos cafés y pudimos seguir nuestro camino.

—¿Se puede saber de qué tienes miedo? ¿De que te digan «Buenos días»?

Se limitó a gruñir algo ininteligible y permaneció callado el corto trayecto hasta el B&B. Amy me había prestado unos vaqueros con remiendos y una camisa descolorida de Jack para pintar, y yo me había hecho una larga trenza en el pelo. Ryan se había divertido a base de bien cuando me había subido al coche con aquella pinta, aunque, con su pantalón de chándal y su camiseta de Jack Daniel's agujereada, tampoco es que él estuviese mucho mejor.

Mientras de una radio destartalada salían canciones *country*, yo avanzaba de rodillas por el suelo para protegerlo, algo que daba mucho trabajo, ya que el plástico se soltaba a cada poco o se me quedaba enganchado en los zapatos.

—¿Qué fue lo que dijiste? ¿Pintar se me da bien? —me imitó Ryan, que iba mucho más deprisa que yo.

—Pintar, no proteger el suelo —rezongué mientras me subía a la desvencijada escalera de tijera para tapar con cinta de carrocero el marco de las puertas. Observé con escepticismo los oxidados peldaños, que chirriaban cada vez que los pisaba.

—No te preocupes, ha soportado el peso de generaciones de varones Cooper.

—No sé si eso me tranquiliza —me lamenté mientras tenía que ponerme de puntillas, con lo que el pantalón se me escurría por la cadera.

—¿Esa es la ropa interior que te pones para pintar? —oí que decía él detrás de mí, risueño.

Me volví despavorida y me tambaleé al intentar subirme los vaqueros. Pretendía apoyarme en la pared, pero solo encontré el vacío y me caí hacia atrás. Apreté los ojos, contando con darme un duro y doloroso golpe, pero en lugar de eso caí en unos brazos fuertes, que me rodearon con firmeza y calor.

—Te tengo —musitó Ryan.

Me quedé helada. Lo único que percibía en aquel momento era sus manos en mi cuerpo. Durante uno o dos segundos me quedé como fuera de combate, perdida en el verde de sus ojos. Y qué verdes eran. Algo se me encogió en el pecho y al mismo tiempo un agradable calor se extendió en mí.

—Eh... ¿molesto?

La voz de Amy me sacó de mi ensimismamiento. Agitándome como un pez, salté de los brazos de Ryan y me alisé la camisa con nerviosismo.

—Se ha caído de la escalera.

—Porque me has asustado —dije, y me salió un poco más picajoso de lo que pretendía mientras, presa del pánico, intentaba obviar el

caos que tenía en la cabeza. ¿Qué acababa de pasar? ¿Por qué sentía la piel como si estuviese ardiendo?

—Si te pones a hacer el indio delante de mí con esa ropa interior sexi...

—No es... —Bufé—. Lo que pasa es que el pantalón me queda grande.

Sonrió.

—A diferencia del resto de tus pantalones.

Cogí aire y di un paso hacia él.

—A ver, a ver —nos interrumpió Amy, colocándose entre nosotros como un árbitro en un cuadrilátero—. Sois como críos de tres años. —Negó con la cabeza—. Solo he pasado a decirte que hoy no tienes que recoger a Liam. Te has dejado el móvil en casa. —Me dio el iPhone—. Pero quizá debiera quedarme.

Nos escrutó con escepticismo.

—¿Qué pasa con Liam? —pregunté para romper el incómodo silencio.

—Va a ir por la tarde con Nathan y su madre a la piscina. Así que te puedes quedar aquí. Si quieres.

Arqueó las cejas y nos miró de nuevo a ambos.

—Quiere. —Ryan guiñó un ojo con chulería.

Yo iba a soltar una impertinencia cuando de repente Amy abrió mucho los ojos, impresionada, al recaer en las desnudas paredes.

—Vaya, esto ya es otra cosa.

—Arriba lo hemos protegido ya casi todo. Si nos damos prisa, esta tarde las paredes serán blancas.

«Nos damos. Plural.» Conque al parecer me tenía en cuenta. Durante un instante no supe si enfadarme o alegrarme por ello.

—Vale, pues entonces no quiero seguir estorbando. —Nos observó de nuevo—. ¿Os puedo dejar solos?

Asentimos como dos niños razonables.

—Tengo hambre —musité cuando Amy se hubo ido. Pisé con cuidado el plástico transparente del suelo para coger la bolsa del *diner*—. Este es para ti. —Le di un sándwich envuelto en papel film.

—¿Es...?

—¿De mantequilla de cacahuete con mermelada? Sí.

Me miró perplejo.

—¿Desde cuándo hay esto en Moe's?

—No lo hay, pero le pedí que me lo hiciera.

Entornó los ojos.

—Que has hecho... ¿qué?

—Le pedí a Moe que te hiciera un sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada —respondí, con la mayor naturalidad posible, y le di un mordisco a mi *bagel*.

Ryan me miró sin dar crédito antes de que un humilde «gracias» saliera de su boca. Comió con placer apoyado en la pared, en la que habían quedado inmortalizadas las oscuras marcas de los cuadros. Le pasé un vaso de café.

—¿Por qué lo haces? —Me miraba con insistencia.

—Pues porque te gusta ese sándwich.

—No me refiero a eso. ¿Por qué me ayudas?

Me encogí de hombros.

—Liam se va con Nathan...

—Podrías hacer mil cosas. —Me contemplaba con expresión expectante—. ¿Tanto te aburres aquí?

Sentí el peso de su atención.

—Pues...

No llegué a decir más, ya que en ese preciso instante la puerta se abrió con brío.

—Madre mía, esto parece la escena de un crimen. —La voz de Izzy resonó en la entrada.

Vi con el rabillo del ojo que la mandíbula de Ryan se tensaba, y durante un momento contuve la respiración. Después su mirada se suavizó, casi dulcificándose.

—Isobel Walsh, ¿no te han enseñado a llamar antes de entrar?

Una ancha sonrisa se extendió en su rostro.

—¡Ryan Cooper! ¿No te han enseñado que no se habla con la boca llena?

Dejó el sándwich y fue hacia ella.

—Me alegro de verte —musitó Izzy, y le rodeó la cintura con los brazos.

Durante un segundo dio la impresión de que él no iba a devolverle el abrazo, pero después toda tensión desapareció de su cuerpo y la estrechó con fuerza. La escena que se estaba desarrollando ante mis ojos me resultó tan emotiva, tan íntima, que sentí la necesidad de bajar la mirada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó después de que Izzy se zafara con suavidad del abrazo.

—Oí que estabais reformando el Leaf y le pregunté a Lena si necesitabais ayuda.

Ryan me miró y durante un segundo creí ver en sus ojos algo parecido al enfado, pero dio paso a una alegría cansada.

—Mi madre os ha hecho galletas —dijo al tiempo que se sacaba una lata de la mochila—. Con pepitas de chocolate. Y esto —apareció una segunda lata— es de parte de Molly McAbott.

Al rostro de Ryan asomó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Es...?

—Pastel de calabaza, sí. Según Molly, es tu preferido. —Dio unas palmadas para indicar que la cháchara se había acabado—. Bien,

¿por dónde empezamos?

Ryan arrugó la frente.

—No te librarás de mí, Coop. Tengo toda la mañana libre.

Los observé a ambos en silencio, hasta que él capituló.

—Vale, lo estamos protegiendo todo para después empezar a pintar.

—Pintar se me da bien.

—¿A ti también? Por lo visto atraigo a mujeres que poseen ese talento. —Me miró de reojo con aire burlón.

Con ayuda de Izzy protegí las ventanas y puertas que aún quedaban abajo mientras Ryan abría cubetas de pintura y colocaba escurridores. Como solo teníamos dos rodillos, Izzy decidió ir a casa de sus padres a por un tercero. Mientras tanto, nosotros empezamos con la entrada; el olor a pintura fresca me subió por la nariz. Normalmente ese olor me encantaba, pero esta vez me recordó mi pequeña habitación en el piso que solía compartir en Berlín, el cual echaba dolorosamente de menos. Con cierta melancolía me puse a pintar franjas blancas en la pared mientras Ryan se encargaba del techo, cuando de repente comenzó a canturrear algo.

—*«Yes, I'll admit that I'm a fool for you. Because you're mine, I walk the line.»*

Volví la cabeza hacia él, risueña, pero siguió cantando sin turbarse la canción que salía de la vieja radio.

—*«For you I know I'd even try to turn the tide. Because you're mine, I walk the line.»*

Observé con una sonrisa en la boca cómo iba moviendo a un lado y a otro el palo telescópico. Al ver que lo miraba, se encogió de hombros.

—Mi madre era la mayor fan del mundo de Johnny Cash. No escuchaba otra cosa en todo el día.

—Creo que no conozco prácticamente nada de él.

—No puedo permitir que eso siga así —repuso, fingiendo escandalizarse, y se puso a cantar la canción más alto, con una voz teatralmente grave—: *«I keep the ends out for the tie that binds. Because you're mine, I walk the line».*

Solté una carcajada, y, por si la escena no fuese ya lo bastante cómica, a Ryan le cayó en la cabeza un chorreón de pintura del rodillo. Partiéndome de risa, le señalé el pelo blanco mientras Johnny Cash acometía las últimas líneas. Él hizo una mueca atormentada y se pasó la mano por el pelo. Se miró la pintura blanca que tenía en la mano mientras yo era incapaz de dejar de reírme.

—Vaya, Blancanieves... —empecé, pero eso fue todo cuanto dije, porque, con un movimiento ágil, me plantó la mano en la cara.

Grité del susto y Ryan soltó una carcajada. Era una risa alegre, relajada, que me pilló completamente desprevenida.

Me pasé la manga por la cara con asco, pero al parecer con eso lo empeoré más, al menos a juzgar por su risotada. Aproveché su ataque de risa para correr hasta el cubo de pintura y meter dentro ambas manos. Antes de que se diera cuenta, me abalancé sobre él, plantándole los dedos en el cuello hasta que casi dejó de verse la piel.

—Te vas a enterar —me amenazó, y me rodeó la cintura con los brazos.

Una vez más, aquel calor desconcertante me recorrió el cuerpo. Justo cuando pretendía cargarme al hombro, Izzy apareció en el umbral y nos miró con una mezcla de regocijo y espanto.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado aquí?

—Nada —repuse yo, sin aliento—. Solo estábamos... —miré de reojo a Ryan—, estábamos...

—... esperándote —exclamó él con gesto belicoso, y se plantó de un salto donde estaba Izzy, que, aunque intentó dar media vuelta, no logró esquivar su mano blanca.

—Ryan Cooper —lo regañó risueña, y corrió hacia la escalera—. ¡Tú qué te has creído! —Agarró el palo telescópico y lo blandió hacia él como si fuera una espada, lo que hizo que Ryan, al querer ponerse a cubierto, metiera un pie en el cubo de pintura.

Minutos después estábamos riéndonos y embadurnados de pintura en la escalera, comiendo encantados las galletas de Izzy, que desprendían un estupendo olor a chocolate.

—Dios, echaba esto de menos. Tu madre hace las mejores galletas del mundo —aseguró Ryan con la boca llena mientras apuraba las últimas migas.

—Podrías haberlas tenido cuando quisieras —le respondió ella sin molestarse en disimular el doble sentido que encerraban sus palabras.

—No... he estado mucho aquí estos últimos dos años.

—Ya, lo sé. Pese a todo, habría estado bien saber de ti de vez en cuando, Ryan.

Lo dijo con tono de reproche, pero, sobre todo, de decepción.

—Podrías haber llamado. O escrito. Algo. —A ello siguió un silencio duro.

A media tarde la entrada y la escalera irradiaban una luz nueva. Izzy se despidió porque tenía que ir a ayudar a su hermano en el bar, y Ryan y yo lavamos brochas, rodillos y cubos. Agotados, nos sentamos juntos en la escalera y nos comimos los desmenuzados restos del pastel de calabaza de Molly. Me notaba los brazos tan

pesados que apenas podía levantarlos, y no veía el momento de coger la cama.

—Me voy a dar una ducha —dijo Ryan, y agarró su mochila, que tenía alguna que otra salpicadura de pintura—. Me meto en la primera habitación de la derecha, la uno.

Lo miré con cara de interrogación.

—¿Para ducharte? Yo no he traído nada.

—¿Ni siquiera algo para cambiarte?

No parecía una pregunta, y mi silencio lo dijo todo. Enarcó las cejas.

—¿Pretendes subirte así a mi coche?

Sus ojos miraron sin dar crédito mi camisa, que estaba llena de manchas de pintura reciente.

—Pues...

—Si entras así, ya puedo tirar los asientos.

Probablemente tuviera razón. ¿Por qué no se me había ocurrido traerme una muda?

—¿Y qué hago?

Resopló, abrió la mochila y sacó una camiseta blanca y unos bóxeres oscuros.

—Más no te puedo ofrecer.

Miré con escepticismo los bóxeres.

—Están limpios.

—Más bien me estaba preguntando qué te vas a poner tú.

—No te preocupes, Curly, no pienso sentarme desnudo al volante.

Para regocijo suyo, me puse roja en el acto. ¿En qué momento me había vuelto vergonzosa como una niña de doce años?

—En el armario hay toallas —me dijo, y fue arriba.

22

Me decidí por la habitación del fondo, pero llamé por si acaso, para evitarme un encontronazo embarazoso con Ryan bajo la ducha. Percibí un ligero olor a cerrado cuando abrí la puerta de la habitación número cuatro. Al parecer, hacía tiempo que no recibía huéspedes. En ella había una enorme cama de madera, un armario y una butaca de piel que tenía los bordes algo gastados. Las cortinas de flores parecían tan pasadas de moda como la ropa de cama y el tapetito de la mesita de noche. Eché un vistazo al cuarto de baño, que era tan pequeño que ni siquiera podía desnudarme en él sin darme con la rodilla o el codo contra algo. Así que me quité la ropa que me había puesto para pintar, con cuidado para no dejar manchas en el crujiente suelo de madera, y me metí en el baño. Costaba cerrar la puerta; la vieja llave de latón gimió en la cerradura. Cogí el champú de la estrecha balda y me metí en la ducha. Disfruté de la sensación de notar el agua caliente sobre mi piel. Cerré los ojos, relajada, dejando que las gotas cayeran sobre mis cansados músculos. Con una buena cantidad de champú me quité la pintura de las manos y vi cómo el agua lechosa desaparecía por el sumidero. Justo cuando me estaba lavando el pelo, oí un chasquido... y todo se volvió negro. Asustada, contuve la respiración.

—¿Hola? —pregunté en aquella oscuridad absoluta.

Solo obtuve silencio.

Busqué a tientas con ambas manos el regulador para cerrar el grifo. El agua dejó de correr; en la habitación se hizo el silencio. Con

idea de dar con el interruptor de la luz, salí a ciegas de la ducha y me golpeé el dedo gordo contra el marco. Un dolor lacerante hizo que lanzara un fuerte quejido. Dolorida, avance a la pata coja y apreté los ojos. Encontré el interruptor, pero no pasó nada. Mierda. Aquello no pintaba bien.

—¿Ryan? —llamé con la oreja pegada a la puerta—. ¡Ryan!

Como no me contestaba, seguí bajando a tientas hasta la llave, intranquila, pero esta no se movió ni un milímetro.

—*Shit* —solté, e intenté hacerla girar con todas mis fuerzas mientras el pulso se me disparaba. Aquello no podía ser verdad—. Tranquila —susurré en la oscuridad, y probé a abrir de nuevo. Por fin algo se movió en la cerradura. Estaba a punto de lanzar un grito de júbilo cuando un desagradable sonido en el suelo me hizo ser consciente de los hechos: la llave se había partido—. Mierda —espeté, y me puse a aporrear la puerta.

De pronto oí ruidos al otro lado. Por la rendija se coló una luz tenue.

—¿Lena? ¿Estás ahí dentro?

Nunca me había alegrado tanto de oír la voz de Ryan.

—Sí, estoy aquí. La luz se ha ido de repente y la llave se ha partido —le expliqué.

—Ha habido un apagón. ¿Tienes el móvil?

Parecía tranquilo. Demasiado tranquilo. ¿Es que no me había entendido?

—Claro que no. De lo contrario vería algo —contesté, un tanto insolente.

—¿La llave sigue dentro de la cerradura?

Pasé los dedos por el trozo de metal que tenía en la mano.

—La mitad, creo. Quería abrir y...

—¿Me quieres decir por qué has cerrado con llave?

—Porque es lo que hago siempre que me meto desnuda a ducharme —repliqué, irritada.

Aunque no lo veía, supe que en aquel momento estaba poniendo en blanco los ojos.

—Vale, voy a llamar a Joe —dijo. Y lo oí suspirar.

—¡¿Joe?! —inquirí alarmada.

—El cerrajero. ¿O quieres pasar la noche ahí?

—Pero... —balbucí— no tengo... nada... de ropa.

Me mordí el labio inferior y noté el calor en las mejillas.

—Pues envuélvete en la toalla.

Tragué saliva.

—Está en el armario.

Cerré los ojos, atormentada. Durante unos segundos, él no dijo nada.

—Bueno, pues me imagino que será lo mejor que haya pasado en la semana de Joe. Y en la mía, ya puestos.

Su tono jocoso me enfureció. Ya era bastante desagradable estar a oscuras completamente empapada: la idea de que un desconocido me sacara de aquel cuarto de baño en cueros me horrorizaba a más no poder. Y solo de pensar que Ryan estaría junto a él casi hacía que me pusiera mala.

Mientras yo estaba apoyada con la espalda en la puerta, suspirando, oí que Ryan llamaba por teléfono. Hablaba de forma distinta de como lo hacía conmigo: más deprisa y con mayor informalidad. Solo entendí retazos.

—Bueno, he hablado con la mujer de Joe —empezó tras colgar, y su tono me dijo que el resto no iba a gustarme—. Ha salido a hacer footing hace unos minutos.

Solté un ay, no daba crédito.

—¿No se supone que un cerrajero debería estar disponible para sus clientes?

—En realidad Joe solo lo hace por afición.

—¡¿Por afición?!

—Estamos en medio de las Rocosas. ¿Qué esperabas?

Resoplé.

—Pero habrá alguien más que sepa forzar una puerta.

—*Forzar* la puerta también podría hacerlo yo, pero preferiría que la *abriese* alguien. Con una *llave*. Y para eso el único es Joe. Así que vas a tener que ser paciente.

Que fuese paciente. Era fácil decirlo.

—Tendrías que verte tú desnudo en un cuarto de baño frío y a oscuras —refunfuñé, y me aparté el pelo mojado de la frente.

—Una vez pasé cuatro horas en una telecabina. En los Alpes suizos, a más de dos mil metros de altitud.

—¿Desnudo?

—No.

—¿Solo?

—No.

—Pues entonces no cuenta —rezongué, y me deslicé hasta el suelo. Las baldosas estaban húmedas.

—Pero hacía mucho frío —probó de nuevo Ryan—. La telecabina no estaba calefactada.

—Es igual, no cuenta.

—Después Maddie sufrió hipotermia.

—¿Estabas con tu novia en la telecabina? Pobrecito.

—Entonces todavía no estábamos saliendo —precisó, y añadió—: pero después sí.

—Basta. No quiero saber más.

Ryan se rio.

—No te imagines nada muy romántico.

—Sinceramente, ahora mismo estoy intentando no imaginarme nada.

Me abracé las rodillas.

—Era la víspera de nuestro primer Campeonato del Mundo de Descenso. Los dos éramos nuevos en el equipo y queríamos hacer una última vuelta de entrenamiento. Se produjo un fallo técnico y nos quedamos allí atascados.

Un sonido sordo al otro lado de la puerta me hizo suponer que él también se había sentado. Durante un segundo sonreí. Algo en mí agradecía que estuviese allí, distrayéndome para que no pensara en que estaba encerrada.

—Cuatro horas —suspiró—. Y con una sola barrita de proteínas.

—Que, por supuesto, le cediste a ella.

—Ya sabes lo generoso que soy con mis barritas.

Me reí.

—Al día siguiente la pifié de mala manera en el descenso.

—¿Y Maddie?

—Ganó. Fue su primera gran victoria. Después se plantó en mi habitación del hotel con una barrita de proteínas.

Iba a soltar una barbaridad cuando Ryan cambió de tema de repente.

—Por cierto, todavía no te he dado las gracias.

Agucé los oídos, sorprendida.

—Por invitar a Izzy.

—No la invité como tal.

—Pero no rechazaste su ayuda, como probablemente hubiera hecho yo.

—Sí, se ve que es algo que te gusta hacer.

—Me ha alegrado volver a verla —dijo, pasando por alto mi observación—. Antes éramos muy amigos. No sé por qué las cosas han acabado así —comentó con cierto abatimiento—. Así que... gracias.

—De nada.

—¿Sabes qué, Curly? En realidad eres bastante maja. Exceptuando tu mediocre talento para la pintura... tu constante parloteo... las apestosas cremas corporales... la espantosa plancha del pelo...

Di un golpe en la puerta por toda respuesta y Ryan empezó a reírse.

—¿Se puede saber qué problema tienes con la plancha?

—No tienes por qué alisarte el pelo —repuso con la mayor naturalidad del mundo.

Contuve la respiración.

—Los rizos te quedan mucho mejor.

¿De verdad había dicho eso? ¿Que los rizos me quedaban mejor?

—No opino lo mismo —repliqué, esforzándome por parecer segura de mí misma, y me senté sobre las rodillas. Para entonces tenía los muslos congelados y se me había puesto la piel de gallina en todo el cuerpo. Me levanté y me froté las manos, pero me notaba los dedos entumecidos.

—¿Todo bien por ahí?

—Sí, solo tengo mucho frío.

—Te aconsejaría que te dieras una ducha caliente, pero a estas alturas seguro que ya solo hay agua fría.

Tirité de pensarlo.

—Esta habitación es la única que no tiene tele —contó de pronto Ryan—. Cuando era pequeño, me pasaba casi todos los días en el Leaf, ayudando a mi madre con las habitaciones, sacando a pasear a

los perros de los huéspedes o jugando a las cartas con quien hubiera. Era mi segunda casa. Cuando no estaba lleno, a veces me dejaban quedarme a dormir en esta habitación. Es la única individual. Para mí era un auténtico paraíso. Una habitación con su propia tele.

Se rio y yo esbocé una sonrisa.

—Una noche vi *El silencio de los corderos* y me hice pis en la cama. Lloré tanto que desperté a todo el mundo.

—Por lo visto, el gran Ryan Cooper se lo hace encima a menudo —le tomé el pelo.

—Mi madre se pilló un buen cabreo y me castigó sin salir de casa, y mi padre sacó el televisor de la habitación y no lo volvió a poner.

Su voz tenía ahora un dejo melancólico. Como la vez que fuimos a Vail.

—¿Qué les pasó? —pregunté con tino—. ¿A tus padres?

—Un accidente de coche —me contestó en voz baja desde el otro lado de la puerta—. Ya hace casi cuatro años. Volvían a casa de Canadá. Yo había empezado a competir en Lake Louise y ellos habían ido allí expresamente para verme. —Su voz se tornó quebradiza, e hizo una pausa larga—. Había nevado mucho, en las carreteras había hielo. El coche se salió de la calzada y... los dos murieron en el acto.

—Lo siento.

¿Por qué esa frase siempre sonaba tan hueca?

—A veces me alegro de que no hayan vivido para verlo. Que no vieran... la caída. —Sus palabras parecían amargas—. Les habría partido el corazón verme... fracasar. Renunciaron a tantas cosas por mí, invirtieron tanto tiempo y tanto dinero en mi futuro...

Temblaba, y no tenía nada que ver con la temperatura del cuarto de baño. Su voz rebosaba tanta pena y tanto dolor que quise alargar

la mano para tocarlo, pero entre medias estaba aquella puerta que nos separaba.

—No has fracasado, Ryan. Te caíste.

—En el esquí es lo mismo.

Un silencio plúmbeo se extendió entre ambos. El móvil le sonó y pegué un respingo.

—Hola, Joe —oí que decía, y me puse recta como un soldado—. Mierda, no fastidies. Claro, eso tiene prioridad. Hasta luego.

Cerré los ojos, atormentada.

—No, no, nos las apañamos.

—A ver si lo adivino: el coche no le arranca.

—No exactamente. Joe también está con los bomberos y...

—Ya —repuse con cinismo—. Por afición.

—Y —continuó Ryan— la culpa del apagón la tiene una línea que ha sufrido daños porque unos árboles se han caído. Así que primero tienen que ir hasta allí a repararla.

Tragué saliva.

—Lo que probablemente signifique que pasaré la noche aquí y mañana tendré pulmonía.

Durante un instante no dijo nada. Después oí que se levantaba de un salto.

—No, de eso nada. Te voy a sacar de ahí ahora mismo.

—¡¿Qué?!

—La puerta es supervieja y no muy gruesa. La verdad es que no quería cargármela, pero visto lo visto...

—Eh... no quiero ofenderte, pero no puedes tirar una puerta a patadas sin más. Esta no es una peli de acción mala.

—Sí que puedo, ya verás.

—Vas a partirte algo o...

—Tengo el cuerpo destrozado, a estas alturas ya deberías saberlo.

—Y... y... ¿qué pasa con Jack? Quizá debieras...

—Jack me ha dicho hace media hora que echara la puerta abajo —me confesó.

—¿Y se puede saber por qué no lo has hecho hace media hora?

—No sé, me estaba haciendo mucha gracia.

—¿Mucha gracia? —bufé—. ¿Qué parte de «estoy a oscuras y muerta de frío» no has pillado, Ryan Cooper?

—Sé sincera: nunca habíamos hablado tanto sin saltarnos al cuello.

Al parecer la situación le divertía de verdad. Negué con la cabeza sin dar crédito.

—Será mejor que te metas en la ducha. Ciérrala, por si acaso. No debería pasar nada, pero...

—No debería —farfullé mientras extendía los brazos y echaba a andar despacio. Esta vez no me golpearía ningún dedo del pie, eso seguro—. Vale, ya estoy dentro.

—De acuerdo. Pues vamos allá.

Unos segundos después oí que un cuerpo pesado se estrellaba contra la puerta. La madera se astilló, pero seguía reinando la oscuridad. Profiriendo un gemido, Ryan se lanzó por segunda vez. Una vez más la madera crujió, pero eso fue todo.

—Bueno, Dwayne-Johnson-La-Roca, tanto hacerte el machito... Ya me estoy viendo con pulmonía.

—De... eso... nada —gruñó, y en ese mismo instante la puerta golpeó con toda su fuerza los azulejos.

Me estremecí, asustada, y me deslicé al suelo por acto reflejo. Un aire limpio y frío entró en el cuarto de baño e inundó mis pulmones. Todavía estaba a oscuras, pero gracias al móvil de Ryan distinguí con claridad su silueta en el umbral y exhalé un suspiro de alivio.

—Toma —indicó con inusitada suavidad, y me lanzó algo.

Me envolví deprisa en la toalla y salí de la ducha. De repente me temblaba todo el cuerpo. Fui hacia él con flojera en las piernas y le eché los brazos a la cintura. Su cuerpo se tensó, pero yo me pegué más a él. Apoyé la cabeza en su pecho, sintiendo los latidos de su corazón. Al cabo de unos segundos, Ryan me rodeó con sus brazos y descansó su mentón en mi cabeza delicadamente.

—Ya pasó —musitó.

En ese momento ni me planteé que estaba medio desnuda contra él, que sentía cada centímetro de su cuerpo contra el mío. También me dio lo mismo que los ojos se me humedecieran, a punto de echarme a llorar. Solo quería sentir su calor, su protección, su abrazo.

—Estás helada —me susurró al oído, y un hormigueo me recorrió la piel.

Me pasó el pulgar por el hombro desnudo; sentí un escalofrío en la columna. Durante unos segundos fue como si el mundo se parase, y me sorprendí cerrando los ojos felizmente y aspirando su olor. Olía tan bien... a jabón, chicle y suavizante. «Ese tío te gusta —resonó de pronto la voz de Lara en mi cabeza—. Lo que pasa es que todavía no lo sabes.» Me separé de él en el acto. Si hubiese tenido un mínimo de calor, se me habría subido a las mejillas. Mi respiración se volvió entrecortada. ¿O era la suya?

—Ponte esto —dijo cohibido, y se quitó la sudadera. Durante un momento temí que se quedara frente a mí con el torso desnudo, pero debajo llevaba una camiseta—. También tengo un plumífero, y a diferencia de ti, ahora tengo bastante calor.

¿Era una indirecta? Tragué saliva.

—Y también tienen que estar en alguna parte los bóxeres que te...

—En la cama —conseguí responder, precipitada y entrecortadamente.

—Vale. Pues te espero fuera.

—Deja la puerta abierta.

Con manos temblorosas me puse los bóxeres y la sudadera y me froté los fríos brazos mientras un fuego ardía en mi interior. ¿Cómo podía ser?

—¿Estás vestida? —me preguntó él desde el pasillo.

—Sí.

Su silueta apareció en el umbral.

—También he encontrado esto.

Me ofreció algo que con la débil luz parecía una manta. La lana era basta y áspera al tacto, pero me dio lo mismo. Me la envolví en la cadera y disfruté del calor que se extendió en mis frías piernas.

—Anda, vámonos a casa, Curly —musitó.

Cuando casi dos horas y una ducha caliente después estaba en la cama con la sudadera de Ryan puesta, el móvil me vibró en la mesita de noche. Miré la pantalla, perpleja.

Joe acaba de escribirme. Ya está libre.

Me reí sin querer contra la almohada.

¿Cómo es que tienes
mi número?

El móvil que usas era de Amy.

Me paré un momento a pensar en lo que debía escribir. En si debía escribir algo.

¿Qué le has dicho a Joe?

Que en el futuro deje de hacer footing.

Esbocé una sonrisilla.

Y que se ha perdido algo.

Tu actuación tampoco
ha sido para tanto, eh.

No me refería a eso ;)

Fruncí el ceño y me quedé mirando la pantalla.

Buenas noches, Curly.

23

A partir de entonces Izzy a menudo nos echaba una mano en el Golden Leaf. Entre los tres avanzábamos mucho, por lo que pocos días después ya habíamos pintado de blanco las dos plantas. Ahora la entrada principal también tenía otra luz y parecía cuidada y tentadora. Por las tardes Amy se pasaba con Liam y nos llevaba hamburguesas con patatas fritas del *diner*, y la madre de Izzy siguió mimándonos a diario con galletas recién hechas. También teníamos a la puerta bizcochos y pastas cada vez con más frecuencia. Earl el Cotilla ciertamente había hecho honor a su fama.

Cuando no estaba con Liam subido a sus hombros dándoselas de jefe de obra y delegando alegremente en nosotras, Ryan se encontraba con el pequeño en el jardín que se extendía detrás del Golden Leaf, tallando una calabaza gigantesca para el concurso. Ambos habían declarado prohibida la zona, razón por la cual solo podíamos seguir el nacimiento de la obra de arte por la ventana. Me percaté de que a Amy se le humedecían los ojos cada vez que los veía a los dos tallando la calabaza, y yo tampoco podía negar que verlos juntos era una estampa increíblemente bonita.

—¿Vamos todos juntos el sábado al festival? —nos preguntó Izzy cuando estábamos sentados en la escalera, dando buena cuenta de los aperitivos del *diner*. Liam se peleaba con su hamburguesa y tenía la cara llena de kétchup.

—Buena idea. Jack se apunta —repuso Amy—. Queremos ver cómo gana Liam, claro.

—Y el tito —añadió el niño, sin levantar los ojos de la hamburguesa.

Amy miró de reojo a Ryan, que hasta el momento no había dicho nada.

—Creo que podrás sostener el trofeo sin mí, colega —dijo, y le dio unas palmaditas en la espalda a su sobrino—. De todas formas, solo puede haber un Míster Pumpkin.

No pude negar que su reacción me decepcionó.

—¿Y tú? —me preguntó Amy.

—Pues... Will me preguntó si íbamos juntos. —Tres pares de ojos se clavaron en mí. Liam fue el único que parecía encontrar más emocionante su hamburguesa—. Pero también... se puede... unir a nosotros después —añadí con cierta premura, y me ruboricé.

—No creo que fuera eso lo que tenía en mente Will —comentó Amy con una sonrisa elocuente.

—¿Qué tenía en mente Will? —preguntó Liam con infantil inocencia, levantando la vista de la hamburguesa mientras masticaba.

Su madre enarcó las cejas con expresión risueña y me miró expectante.

—Me quiere... enseñar el festival.

—Puede que te deje montar —repuso el niño, y Ryan se atragantó con la Coca-Cola que estaba bebiendo.

—Los Albright tienen un rancho de caballos —me aclaró Amy, mirando con severidad a su hijo—. Durante el festival la gente puede montar en sus ponis.

Asentí con la cara como un tomate.

—Ve tranquilamente con Will. De todas formas nos veremos allí —zanjó diplomáticamente el tema, lo cual no le pude agradecer más —. ¿Tu madre repite con el puesto?

Izzy parecía ligeramente ausente.

—Eh... sí, ella y Lucinda Fraser venderán galletas para la parroquia. Y Olly's tendrá un puesto de cerveza artesanal.

—Pero entonces ¿tendrás que trabajar? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Solo el domingo por la tarde. No pienso perderme el Pumpkin Dance.

—¿El Pumpkin Dance?

—El sábado por la noche. Es el verdadero punto fuerte del festival. Bueno, al menos para los adultos. —Dirigió a Liam una mirada conciliadora—. Tocan distintos grupos y hay mucho... alcohol. —La última palabra la dijo entre susurros, discretamente.

Sonreí. Grupos y alcohol. Sonaba a mucha diversión.

—Si quieres, podemos ir juntas. Salvo que ya hayas quedado con Will. —¿Lo dijo con un tono raro o solo eran imaginaciones mías?

—No, voy contigo. ¿Tú qué dices?

Miré de soslayo a Ryan. Durante los últimos cinco minutos casi no había abierto la boca. Ahora se limitó a negar con la cabeza.

—Vamos, anda. Seguro que hace siglos que no vas —probó Izzy.

—Sí, y apuesto a que ha cambiado un huevo a lo largo de los últimos años. A ver si lo adivino: ahora tu madre vende galletas con chocolate en lugar de con nueces de macadamia y los perritos calientes del señor Gilberts valen dos dólares en lugar de uno con ochenta.

—Dos con veinte —corrigió ella, fingiendo enfadarse.

Las comisuras de la boca de Ryan se elevaron un tanto.

—No puedo obligarte a venir, pero después ten por seguro que no te contaré quién se fue a casa con quién y quién echó los hígados en la pista de baile.

—Puaj —exclamó Liam.

—Le preguntaré a Earl el Cotilla y listo.

Izzy dejó de mirarlo a él para mirarme a mí y sus ojos se iluminaron un instante.

—Bueno, pues confío en que quieras escuchar lo que te cuente.

24

—Te pareces a Bob Esponja —observó Ryan mientras yo buscaba mi bolso en el salón. Will iba a pasar a buscarme de un momento a otro para ir al Pumpkin Festival y yo todavía no estaba lista.

—Y tú te pareces a... —Le miré con desdén el pantalón de chándal —. Estás como siempre.

Aunque su comentario me había herido, no estaba dispuesta a permitir que me generase inseguridad. El impermeable amarillo chillón que me había comprado en Denver me encantaba. Y puesto que había estado lloviznando toda la mañana, era la prenda perfecta para ir a una fiesta popular que se celebraría en una pradera.

—¿Has visto mi bolso?

—¿Dentro está Calamardo?

Me puse en jarras.

—¿Te importaría mirar?

Se levantó exageradamente despacio y echó un vistazo por la habitación antes de volverse hacia mí con la palma de las manos hacia arriba.

—Aquí no está.

Fui con paso firme hasta el sofá, bufando.

—Pero si te he dicho que aquí no está.

—Y tu educación tampoco.

Se rio burlón.

—Perdona, ¡¿qué?!

—Olvídalo, no tengo tiempo para estas niñerías —mascullé enervada, y consulté el reloj.

—¿Te está esperando en el coche tu *sheriff*?

Su voz rezumaba sorna. Me dirigí hacia la puerta sin decir nada, aunque la sangre empezaba a hervirme.

—No te preocupes, si usa la luz azul podréis llegar a tiempo.

En ese momento estallé. Me volví en redondo y le espeté, cabreada:

—¿Se puede saber cuál es tu problema, Ryan?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Ninguno.

Su serenidad avivó más aún el fuego que ardía en mi interior.

—Pues entonces cierra el pico y ponte a ver tu puñetero partido de fútbol.

—Béisbol, Curly. Es béisbol.

—Béisbol, fútbol... Me da lo mismo.

Sonrió: se estaba divirtiendo.

—A mí no.

—Lo sé. De lo contrario no estarías ahora tirado en el sofá, sino animando a tu sobrino.

—¿Animándolo? El concurso de calabazas no es una carrera.

—Sabes de sobra lo que quiero decir —solté—. Significaría mucho para Liam que ganaras ese premio con él.

Ryan entornó los ojos.

—Ni siquiera sabes si va a ganar.

—Pues mejor me lo pones, porque, si no gana, con más razón te necesitará a su lado. Pero prefieres comportarte como la persona más egoísta del mundo.

—¿Egoísta? ¿Yo soy egoísta? —Me miró hecho una furia—. ¡¿Aquí quién es la que le tira los tejos a Will Albright?!

Abrí los ojos como platos.

—¿Will? ¿Qué demonios tiene que ver Will con esto?

—Pues que sales con don Uniforme y al mismo tiempo te conviertes en la mejor amiga de Izzy —me escupió—. A eso es a lo que yo llamo egoísmo.

Lo miré desconcertada. No entendía nada en absoluto.

—¿Se puede saber qué tiene que ver una cosa con la otra?

Ryan se rio sin dar crédito.

—No lo dirás en serio.

Tragué saliva.

—¿Qué?

Me dirigió una mirada exageradamente compasiva.

—Izzy está colada por Will. Desde —agitó las manos— siempre.

La mandíbula le temblaba, y durante un instante me quedé de piedra. «Izzy está colada por Will.» Sus palabras resonaron en mi cabeza.

—Menuda chorrada —repliqué—. Izzy no... —Dejé la frase en puntos suspensivos. De ser así me lo habría dicho, ¿no?—. Es su mejor amigo.

—Del que está locamente enamorada. A menos que durante estos últimos años la Tierra haya vuelto a ser plana.

Me había quedado completamente desconcertada. ¿Sería verdad? ¿Acaso no había visto las señales que indicaban que Izzy estaba enamorada? ¿O sencillamente no las había?

—Will... ¿lo sabe?

Ryan rio amargamente.

—Me extrañaría. Will es ciego como un topo en lo que respecta a Izzy. No eres la primera a la que le restriega por las narices. —Negó con la cabeza y añadió—: Y seguro que no serás la última.

Eso volvió a sacarme de quicio.

—¿Tan tonta crees que soy? —le espeté—. No tengo intención de casarme con Will solo porque vaya con él a esa mierda de festival. Pero es majo. Y me pidió que fuera con él. No como...

Me callé y me mordí el labio inferior. Entre nosotros se hizo un silencio opresivo. Entonces un fuerte bocinazo hizo que me sobresaltara.

—Ha llegado la caballería —se mofó Ryan.

25

—Vaya, estás...

—... igual que Bob Esponja, lo sé —rezongué mientras me subía al coche de Will. Olía a *aftershave* y menta, y por la radio sonaba una *feel good song* de un grupo de chicos.

—Eh... no. Lo que iba a decir es que estás estupenda. Ese color es genial. —Arqueó una ceja—. ¿Te encuentras bien?

Lo miré y no pude evitar reírme. Will era una *feel good song* en persona.

—Sí, ahora sí.

Fuimos en dirección al Golden Leaf, pero antes de llegar nos metimos por un camino vecinal que desembocaba en una gran pradera que hacía las veces de aparcamiento y estaba llena de coches. Cuando me bajé, me llegó un olor a algodón de azúcar mezclado con cebolla frita.

—Me encanta esto —afirmó con un suspiro Will, y cerró los ojos relajadamente.

Estaba guapo con aquella cazadora de cuero marrón y aquel pantalón claro. Muy guapo, para ser exacta. Cabeceé como si así pudiera apartar la idea. «Izzy está enamorada de Will. Izzy está enamorada de Will.»

—¿Qué pasa?

Sintiendo que me había pillado, lo miré.

—Nada. Solo que estoy muerta de hambre.

«Y que me remuerde la conciencia porque estoy aquí con el hombre por el que está colada la única amiga que tengo en este sitio.»

—¿Vamos?

Señaló con la cabeza la pradera y me guiñó un ojo. El Pumpkin Festival era exactamente como me imaginaba una fiesta popular estadounidense. Allá donde miraba veía casetas, puestos y carpas que ofrecían perritos calientes, palomitas, mazorcas de maíz, dónuts y helado. Los niños llevaban coloridos globos de helio y animales de peluche y hombres adultos se batían a duelo tratando de derribar pirámides de latas. Banderines y banderas rojas, azules y blancas ondeaban al viento, y en camionetas herrumbrosas se amontonaba un sinfín de calabazas de todas las formas y colores. Una alegre musiquilla de tiovivo, disparos de escopetas de aire comprimido y animados sonidos *country* inundaban el aire. Asombrada, me abría paso entre el gentío con Will, y eso que parecía que teníamos que pararnos cada dos metros porque alguien quería saludar al *sheriff*.

—No sabía que venía con la estrella de Green Valley —le tomé el pelo, metiendo la mano en la bolsa de palomitas que había comprado.

Cabeceó risueño.

—Eso es porque no has venido nunca con Coop.

El rostro de Ryan apareció en mi cabeza, recordándome la desagradable discusión que habíamos mantenido.

—¿No te importa que aquí pasen tan pocas cosas? —le pregunté para cambiar de tema—. O sea, ¿no quiere un policía perseguir delincuentes y esclarecer asesinatos?

Se rio y se metió un puñado de palomitas en la boca.

—Ahora mismo están pasando bastantes cosas. No hace mucho una mujer desnuda se quedó encerrada en un cuarto de baño.

Mi cabeza se volvió hacia él como un resorte; casi se atragantó de la risa.

—¿Cómo es que...?

—Esto es una ciudad pequeña.

Se encogió de hombros y yo me tapé la cara con las manos, muerta de la vergüenza.

—¡Qué corte!

—No, qué rabia. Me refiero a que si Ryan me hubiese llamado a mí en lugar de a Joe...

Su sonrisa pícara le valió un cachete. Will estaba flirteando, de eso no cabía la menor duda. Solo que yo no sabía si me gustaba. Si me podía permitir que me gustara.

—¿Nunca has querido ir a otro sitio?

—¿Lejos de —hizo una pausa teatral— Green Valley, Colorado?

Sonreí.

—Esto me gusta. —Se encogió de hombros—. Aquí todo el mundo se conoce, se ayuda. No hace falta cerrar el coche ni instalar sistemas de alarma y además tenemos esto delante de la puerta. —Señaló las montañas circundantes, cuyas cimas recubiertas de azúcar se alzaban hacia el cielo—. Hay gente que paga mucho dinero por esto.

Recorrimos un poco más el festival, comimos perritos calientes y hablamos de la reforma del Golden Leaf, sobre la que Will estaba muy bien informado. Sin embargo, no reveló si la información venía de Izzy o del *diner*.

—¿Son esos vuestros caballos? —le pregunté mientras apuntaba a unos niños que, con cara de alegría, daban vueltas en un espacio circular a lomos de ponis perfectamente almohazados—. Liam me ha dicho que tenéis una granja.

—Un rancho —me corrigió, guiñándome un ojo—. El Wildfire Ranch. Está a unas diez millas de aquí.

—Entonces ¿tus padres son granjeros... esto, rancheros?

—No, qué va. —Rio—. ¡Mi madre, ranchera!

Lo miré con cara de interrogación.

—Mi madre es de Chicago. Urbanita por los cuatro costados. Mis padres se conocieron cuando mi madre vino con su familia a esquiar.

Sorprendida, agucé los oídos.

—Nuestro rancho lleva más de cien años en manos de mi familia. Estaba claro que mi padre no podía irse con ella a Chicago, así que ella se vino aquí por él. Pero a mi madre no le van... los caballos. —Sonrió—. Es la directora de Sebastian, un resort de esquí de cinco estrellas en Vail.

Arqueé las cejas, desconcertada.

—Ya, lo sé. Resulta insólito. Pero es la mejor solución para todos. Mi padre tiene sus caballos y mi madre su hotel. Así que puedes estar segura de que los hombres Albright sabemos hacer felices a las chicas de ciudad —añadió con un guiño que me puso ligeramente nerviosa. Por favor, rezumaba encanto por todos los poros.

—Mira, ahí está Lizzy.

Se encontraba a menos de cinco metros, en un puesto, y estaba charlando con un señor entrado en años y con un sombrero de vaquero que le ofrecía un helado. Como si hubiese notado que la mirábamos, volvió la cabeza hacia nosotros y sonrió. Una sonrisa que, si mi instinto no me engañaba, parecía un poco forzada. ¿O eran imaginaciones mías? Sin vacilar y sin esperar a que Will reaccionara, eché a andar hacia ella.

—Olvídalo —dijo, extendiendo la mano en un gesto de rechazo.

Tragué saliva y en el estómago se me formó un nudo. Solo cuando oí la risa de Will supe a qué se refería.

—Pero si solo quiero...

—... darle una chupada y, sin querer, comerte el helado entero. —Sin dejar de sonreír, le dio a entender con un gesto que a ella no la engañaba—. Cómprate tú uno, Will Albright.

—Tome, *sheriff* —ofreció una voz grave justo detrás de nosotros. El anciano con el sombrero de vaquero le ofreció a Will un cucurucho con dos enormes bolas de helado de chocolate.

—Gracias, señor Miller, pero si lo acepto, esta guapa señorita pensará que soy corrupto.

El vaquero del helado se rio a carcajadas.

—Si me das la mitad, es posible que haga la vista gorda.

Will soltó una sonora risotada.

—Pensaba esperar hasta más tarde para pedirte que te casaras conmigo, pero ahora...

Echó mano del helado e Izzy lanzó un suspiro.

—Esa gracia ya era mala cuando tenías trece años.

—¿Con quién quería casarse entonces? —inquirí, procurando parecer relajada.

—Uy, mejor pregunta con quién no se quería casar.

—Señoritas —terció él con fingida indignación—. Un poco de respeto al *sheriff*, por favor.

—¿*Sheriff*? —Izzy me miró con expresión inquisitiva—. ¿Tú ves aquí a algún *sheriff*? —Se volvió—. Yo solo veo a un hombre medianamente atractivo con un pedazo de... helado.

Nos partimos de risa.

—¿Medianamente atractivo? —se extrañó él mientras se señalaba con el dedo índice.

—Es que sin el uniforme... —Ella se encogió de hombros con aire inocente—. Al fin y al cabo el noventa por ciento de tus conquistas solo se quieren meter en la cama si lo llevas puesto.

Will sacudió la cabeza entre risas y le tiró de las rastas a Izzy, que a continuación le dio con el pie suavemente en un costado. No sé si era por lo que me había dicho Ryan, pero de pronto lo veía todo de manera distinta. Aquel brillo en los ojos de mi amiga cuando lo miraba, esa sonrisa permanente en su presencia...

—Eh, ahí están los Cooper. —La voz de Izzy me arrancó de mis pensamientos.

Seguí su dedo índice hasta Amy y Liam, que avanzaban entre la multitud junto a una calabaza gigante. Una calabaza tras la que solo se vislumbraba la cabeza de Jack.

—Hala, ¡qué guay! —exclamó cuando distinguimos bien la talla del coloso anaranjado—. Pero ¡si es un Minion!

—Sí, un Minion que pesa un montón —añadió, jadeando, Jack, que inclinó la cabeza hacia un lado para saludar.

—¿La has hecho tú, Liam? —le preguntó Will mientras se colocaba a su altura.

—Sí, con el tito. —Sus ojos brillaban con orgullo.

—Con el tito —repitió él, asintiendo—. Y ¿dónde lo has dejado?

—En casa —refunfuñó el niño, poniendo morros—. No ha querido venir.

Amy le acarició la cabeza.

—Pero ha venido papá. Y Lena. E Izzy. Y Will. ¿Te acuerdas de que hace poco fuiste en el coche patrulla con Will?

Liam hizo un gesto afirmativo y la sonrisa radiante volvió.

—Será mejor que nos vayamos —observó Jack, cuyo rostro había desaparecido de nuevo detrás de la calabaza—. El concurso empieza a las cuatro. Y este monstruo pesa no sabéis cómo.

—Se llama Dave, papá —regañó Liam a su padre.

—Pues eso.

Con el rabillo del ojo vi que el niño se inclinaba hacia Will y le decía algo al oído, tras lo cual este se carcajeó, muerto de la risa. Nos quedamos mirando a los dos con cara de interrogación.

—Cosas de hombres —dijo el *sheriff*, y chocó los cinco con el pequeño.

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

—Nada —aseguró, risueño, Will—. Es solo que Liam ha dicho —me miró de reojo con cara de guasa— que tú también pareces un Minion.

26

Tuve claro que Liam se alzaría con el primer puesto solo con echar una ojeada a la competencia. En el provisional escenario que teníamos delante había unas quince calabazas de distintas formas y colores, y la mayoría tenía los clásicos rasgos grotescos de Halloween, con ojos triangulares y dientes afilados. Pocos se habían dejado seducir por un motivo más exigente o por un lema, con lo cual el Minion de Liam captó toda la atención del jurado, que estaba compuesto por el alcalde de Green Valley, el presidente del comité del festival y Molly McAbott, la florista. Mientras los tres iban examinando calabaza tras calabaza, ante el escenario se había congregado un gran número de personas. Por lo visto, para muchos el concurso ciertamente era uno de los puntos fuertes del evento.

—Antes los Cooper ganaban todos los años —me susurró Izzy—. El padre de Ryan era famoso por sus creativas creaciones. Pero estos últimos años siempre ha ganado Archie Dunhill. —Señaló con la cabeza a un hombre regordete con un sombrero de vaquero blanco que se comía con fruición una hamburguesa—. Es el propietario del *steakhouse* que hay al final de Main Street.

Asentí. Todos los días pasábamos por delante de ese restaurante cuando íbamos al Golden Leaf.

—El jurado ha tomado una decisión —anunció Molly exageradamente despacio por el micrófono, poniendo cara de misterio. Llevaba un sombrero de paja grande como un plato con flores violetas y botas de agua de ese mismo color. En comparación

con ella yo, con mi chubasquero amarillo, parecía de lo más discreta —. El ganador del quincuagésimo séptimo Pumpkin Contest... —se oyó una fanfarria— es el número... siete: ¡Liam Cooper!

El «enhorabuena» de Molly se perdió entre los eufóricos aplausos y los entusiasmados gritos de júbilo. Si Amy y Jack batían palmas alegremente, Liam parecía directamente sorprendido. Miraba con los ojos muy abiertos a Molly, que le pedía que subiera al escenario.

—No quiero subir —dijo, intimidado.

—¿Quieres que te acompañe?

Hizo un gesto afirmativo y se cogió de mi mano. Cuando sus calientes deditos envolvieron los míos, me invadió una sensación de calidez instantánea. Con una sonrisa en el rostro, dejé que el niño me llevara hasta el escenario.

—Demos un cordial saludo a nuestro... Míster Pumpkin de este año —celebró Molly, que estrujó un poco de más a Liam mientras sonaba el aplauso.

Yo me mantuve en segundo plano mientras el alcalde le tendía una copa dorada con forma de calabaza. Aunque escasos minutos antes estaba asustado, ahora Liam respondía a las preguntas que le formulaba la florista como si hiciera aquello todos los días, sin atascarse ni una sola vez.

—Y ¿por qué os decidisteis por este... hombrecito?

—¡Es un Minion! —exclamó él con un ligero tono de reproche, lo que le granjeó las risas del público.

Molly asintió deprisa, aunque se veía que no tenía ni la menor idea de a qué se refería el niño. Mientras tanto, yo miré a los asistentes: Amy y Jack escuchaban con orgullo a su hijo, Will e Izzy cuchicheaban mientras miraban a Archie Dunhill, que se estaba comiendo otra hamburguesa. Conocía a algunas caras del Olly's y del *diner* y en las últimas filas descubrí a Earl, del almacén de bricolaje.

Y un tanto tapado por él... Entorné los ojos. ¿Era posible? El tipo alto con la gorra de béisbol gris. ¿No era...? Sí: ¡era Ryan! Me quedé mirándolo pasmada.

—Demos un aplauso a nuestro Misteeeer Puuuuumpkin de este año. —La estridente voz de Molly me devolvió a la realidad.

Bajamos los dos del escenario acompañados de gritos de júbilo, y Jack, Amy, Izzy y Will nos abrazaron y nos felicitaron.

—El premio al Minion más cañón te lo llevas tú —me dijo al oído el *sheriff*, que sonrió descaradamente cuando me puse roja—. ¿Y bien? ¿No piensa invitar el actual Míster Pumpkin a una ronda de refrescos?

—Creo que de eso se encargará el padre del actual Míster Pumpkin —repuso Jack, que señaló con el índice una camioneta de Coca-Cola—. Ahí.

—Voy... ahora mismo. Id vosotros delante.

Will fue a decir algo, pero yo ya había desaparecido entre la multitud. Por algún motivo, tenía que cerciorarme de si de verdad era Ryan la persona a la que había visto. De ser así, ¿por qué no se había unido a nosotros? ¿Por qué se había escondido en la última fila? Frunciendo el ceño, me puse a buscarlo, sometiendo a todos los hombres a un breve escrutinio. Quizá me hubiese equivocado. O ya se hubiera ido al aparcamiento. Eché a correr hacia la salida cuando distinguí entre las cabezas una gorra de béisbol gris.

—¿Ryan? —lo llamé sin aliento antes de que pudiera desaparecer detrás de una camioneta repleta de calabazas. La cabeza de la gorra se volvió y yo vi unos ojos verdes. Salvé rápidamente la distancia que nos separaba. Mi pecho subía y bajaba agitado cuando por fin quedamos frente a frente.

—Pero qué poco en forma estás, Curly —afirmó, y profirió un suspiro.

—Y tú... —pugnaba por respirar— eres un grandísimo capullo, Ryan Cooper.

Se caló más la gorra sobre la frente.

—¿Otra vez con lo mismo?

—¿Por qué no has venido con nosotros? Liam se habría alegrado un montón de verte. Por no hablar de...

—¿Will? ¿Izzy? ¿Jack? ¿Amy?

«De mí.»

—Pero ¡si ibas a quedarte en casa!

Se encogió de hombros.

—Quería —entrecomilló la siguiente palabra con los dedos— animar a Liam.

—Y ahora te largas —le eché en cara.

—¿Quieres que me quede? —Enarcó una ceja. Durante un instante nos miramos en silencio.

—Conque aquí estás. Nos preguntábamos...

Una mano se apoyó en mi hombro y me volví. Izzy y Will se encontraban justo detrás de mí, observándonos con curiosidad.

—¿Cuánto hace que estás aquí, Coop?

—Ya me iba —farfulló él, y se enderezó la gorra.

Durante un instante clavé la vista en su mano, en la piel áspera, agrietada, las huellas del trabajo que estábamos realizando en el Leaf. La mano que me había tocado. Que me había acariciado el hombro. Tragué saliva.

—Vamos a celebrar la victoria de Liam, que al fin y al cabo también es la tuya. De alguna manera —parloteé—. Ven con nosotros, anda. Aunque solo sea un ratito.

Mi pecho seguía subiendo y bajando con agitación, pero ya no podía deberse al esprint.

—He venido en coche.

Para mi sorpresa, terció precisamente Will:

—Y brindamos con un refresco.

Ambos hombres estaban frente a frente como sopesando la situación mientras Izzy y yo nos mirábamos. Al cabo de un rato, un amago de sonrisa se extendió en el rostro de Ryan.

—Vale, pero solo uno.

Las comisuras de la boca de Will se elevaron e Izzy abrió mucho los ojos de la alegría.

27

Liam no tardó ni un minuto en acomodarse en los hombros de su tío para contarle su victoria con todo lujo de detalles. Mientras tanto, los demás estábamos ocupados asimilando la presencia de Ryan. Brindamos con un vaso de Coca-Cola y después nos comimos unas galletas en el puesto de la madre de Izzy, que le echó los brazos al cuello a Ryan con lágrimas en los ojos. Era evidente que a él le incomodaba llamar la atención, pero aguantó el tipo valientemente y dirigió unas palabras de elogio a la señora Walsh por la mano que tenía para la pastelería. Will y Ryan evitaron hablar casi todo el tiempo, lo que hizo que Izzy se viese obligada a tender puentes todo el rato para salvar la conversación, unos puentes que ninguno parecía querer cruzar. Al verlos juntos, dejando que Liam les hiciese un truco de magia, me sorprendí comparándolos. Los dos eran altos y estaban cachas, con espaldas que permitían intuir que practicaban deporte con regularidad. Ambos estaban como un tren. Si eso ya me había llamado la atención en el caso de Will nada más conocernos, solo ahora me atrevía a admitir que Ryan también me parecía sumamente atractivo. «Como Liam Hemsworth», resonó la voz de Lara en mi cabeza. Puse los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? —me preguntó Izzy, enarcando una ceja.

—Nada. ¿Por qué?

—Porque has puesto los ojos en blanco. Y has suspirado.

—No he suspirado —dije entre dientes, lanzándole una mirada de advertencia que hizo que esbozase una sonrisilla.

—Sí que lo has hecho.

Izzy escudriñó a los dos hombres que teníamos delante, que seguían prestando atención a Liam, y me atreví a intuir lo que se le estaría pasando por la cabeza: posiblemente la esperanza de que yo suspirase únicamente por uno de los dos.

Cuando empezó a oscurecer, Amy, Jack y Liam se despidieron. El pequeño casi se había quedado dormido a hombros de Ryan; tenía que irse a la cama ya. En el escenario que antes había acogido el concurso, ahora un grupo colocaba sus instrumentos, y en los puestos y las casetas se habían encendido coloridas guirnaldas de luces y farolillos con forma de calabaza. ¿No había mencionado Izzy una fiesta por la noche?

—¿Hoy no tienes que trabajar? —le preguntó ella a Will, que bebía sorbos de su segunda cerveza.

—No, lo he dejado en manos de mis dos ayudantes.

—¿Dos? ¿Ya tienes dos ayudantes? —inquirió Ryan con cierto sarcasmo.

Tragué saliva y miré al *sheriff* con expresión expectante.

—Claro, tío, no tienes ni idea de la que se está liando desde que Ryan Cooper ha vuelto a la ciudad.

El susodicho entornó los ojos e Izzy apretó los labios. Después una sonora carcajada resonó en la noche. Tardé un segundo en comprender que había salido al unísono de las bocas de ambos hombres.

—Esa ha sido buena —comentó Ryan con sequedad, y brindó con Will.

Fue lo que por fin rompió el hielo esa noche, que pasó volando. Un grupo de *country* de Denver se encargó de que reinase un buen ambiente y la pista de baile se llenara, y en el bar corrían la cerveza y el alcohol de alta graduación. Izzy y yo nos unimos a los que

bailaban, mientras que Ryan y Will se acomodaron junto a la pista con una botella de whisky en una paca de paja. Después de bailar durante más de una hora, empapadas en sudor, buscamos con la vista a los chicos y descubrimos que alrededor de ellos se había arracimado un grupo de mujeres jóvenes: unas estaban sentadas en la paja; otras, en sus regazos, y se hacían selfis, eso si no se reían con afectación.

—Venga ya. Hay cosas que no cambian —refunfuñó mi amiga mientras yo era incapaz de despegar los ojos de Ryan, que le estaba escribiendo algo en una mano a una chica rubia. ¿Su número de teléfono? Resoplé, e Izzy se volvió deprisa hacia mí—. Van a ver lo que es bueno —farfulló echando chispas, y tiró de mí—. Hombre, conque estáis aquí —los saludó con una voz demasiado aguda, y apartó con las manos sin miramiento a unas cuantas mujeres para llegar hasta ellos—. Os hemos estado buscando por todas partes. —Sin vacilar, y para sorpresa de Will, se sentó en su regazo y le echó los brazos al cuello—. *Baby*, te echaba de menos —le susurró mientras a mí casi se me salían los ojos de las órbitas—. Ryan, no deberías dejar sola a tu novia tanto tiempo —lo regañó, y después me guiñó un ojo con actitud desafiante.

Me quedé de piedra y la miré fijamente. ¿Acaso esperaba que yo...? No. No haría tal cosa. Pese a todo, las chicas que nos rodeaban se fueron marchando, no sin antes expresar entre dientes su decepción.

—Nos has fastidiado el plan —refunfuñó Will, al que la lengua se le trababa, y se zafó de los brazos de Izzy. Reparé en la botella de whisky medio vacía que tenía entre las piernas y después mis ojos se dirigieron automáticamente a Ryan, cuya mirada también estaba velada—. Coop es como Bambi —balbució—. Todo el mundo quiere acariciarlo y consolarlo...

Para mi sorpresa, Ryan empezó a reírse a carcajadas. Izzy y yo nos miramos. ¿Cuánto habían bebido aquellos dos?

—Pero ¡si solo os hemos dejado solos una hora!

—Una hora yyyyy... —Will levantó el vidrio— media botella.

Ambos soltaron una risotada.

—¿Adónde se han ido todas? —inquirió el *sheriff*, arrastrando la voz—. Pero si hace un momento estaban aquí. Annie y...

—Jessica.

—Y... Annie... y...

—Mia. No... Lia.

—¡Lia! Y... ¡Jessica!

Izzy puso los ojos en blanco y, con un movimiento brusco, se levantó del regazo de Will.

—Anda, vámonos al bar —refunfuñó, y me dejé arrastrar por ella por segunda vez.

Nos tomamos demasiado deprisa dos tequilas con rodajas de limón y hablamos con tres neoyorquinos a los que Izzy conocía de Olly's. Los tres rondaban la treintena y habían venido a pasar una semana de vacaciones pescando por la región. Me acabé yendo a bailar con uno de ellos, Chris. Tenía el cabello oscuro y un deje latinoamericano, y olía a perfume caro. Estábamos muy pegados y nos movíamos al ritmo de la música, y de pronto sentí un increíble deseo de cercanía y caricias. Hacía siglos que no bailaba así con un hombre, que un hombre no me miraba así.

—Eh, *baby*, conque estás aquí. Te estaba buscando —dijo una voz a mi oído. Ladeé la cabeza deprisa y me encontré con los ojos verdes de Ryan, que me sonreían de un modo empalagoso—. Lo siento, tío, pero me gustaría bailar con mi chica —dijo, y se metió entre los dos sin miramiento.

Con el rabillo del ojo vi que Chris se llevaba dos dedos a la frente a modo de saludo y acto seguido, cabeceando, desaparecía entre los que bailaban.

—Uno a uno —me susurró Ryan, y un escalofrío me recorrió la piel.

Le lancé una mirada asesina e iba a dar media vuelta cuando, con un movimiento ágil, me estrechó contra él. Durante un segundo me quedé sin respiración. Era incapaz de moverme, y lo miraba con perplejidad.

—Al fin y al cabo querías bailar, Curly.

Tragué saliva. ¿Qué significaba aquello? ¿De verdad quería bailar conmigo? Y ¿dónde estaba Izzy? Ryan me cogió por la barbilla y me obligó a volver la cabeza, de modo que no tuve más remedio que mirarlo directamente a los ojos. A aquellos insondables ojos verdes que resultaban tan desconcertantes. De repente me sentí como si fuese de mantequilla entre sus manos. Dejé que su brazo me rodeara la cintura y mi mano subió hasta su hombro. Nos mecíamos al ritmo de la música. Cuando se acercó lentamente a mi oreja, contuve el aliento de nuevo por un instante.

—Te sigues pareciendo a Bob Esponja —musitó, y no pude evitar reírme.

—Más bien a un Minion.

En su rostro se extendió una sonrisa mientras sus caderas seguían la música, rozando las mías continuamente. Debía de estar como una cuba si no le importaba. Y yo debía de haber perdido la cabeza por disfrutar de aquel roce como lo estaba haciendo.

—Creo que Annie y... Jessica y... Mia ahora mismo están tramando un asesinato —le dije entrecortadamente mientras señalaba el bar.

—Lia —me corrigió sin apartar los ojos de mí.

Su mirada era tan intensa que mi cuerpo reaccionó con un escalofrío. Me quitó la mano del hombro con una sonrisa exagerada, me hizo girar sobre mí misma y pegó su torso a mi espalda. Tanto que noté sus músculos a través de la ropa. Cada uno de sus músculos. El deseo me corrió por las venas, y el corazón se me aceleró aún más cuando me tocó la cintura.

—Pero, a diferencia de Will, ellas no tienen armas —me susurró, y enganchó los pulgares en las trabillas de mi pantalón vaquero.

28

No sé cuánto tiempo estuvimos así en la pista de baile, si fueron quince minutos o cincuenta, solo sé que los movimientos de Ryan al final se volvieron más lentos y, por último, cesaron. Lo miré con expresión inquisitiva y un poco de ensoñación.

—El grupo ha dejado de tocar.

Miré un instante a mi alrededor y constaté espantada que éramos de las últimas parejas que quedaban en la pista. *Parejas*. La palabra tuvo en mí el mismo efecto que si me lanzaran un cubo de agua helada. Me separé de golpe de él y me distancié unos pasos. Ryan me miró un tanto perplejo.

—¿Dónde está Will?

Con el baile me había olvidado de la persona con la que en realidad había venido. Él se encogió de hombros y, sorprendida, yo me miré el reloj.

—Esto termina a las doce. Para no molestar a nadie y tal —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento.

Eché un vistazo en derredor con escepticismo.

—¿A quién se va a molestar aquí? ¿A las vacas?

—Bueno, eso puedes hablarlo con Will —observó Ryan con considerable retintín. En ese último minuto algo había cambiado entre nosotros. ¿Por haber preguntado por él?—. Ahí está tu *sheriff*.

Will e Izzy venían hacia nosotros con sendas hamburguesas gigantes en la mano.

—Hombre, conque aquí estáis. Os hemos buscado por todas partes —nos saludó ella con la boca llena. El kétchup se le escurría por el dedo índice y caía al suelo.

—Sí, claro —comentó Ryan con la frente fruncida.

—Como ninguno de nosotros puede conducir todavía, creo que tendré que volver a casa andando —se quejó Izzy, torciendo el gesto.

—Solo son tres millas —le tomó el pelo Will, y le dio un mordisco a la hamburguesa.

—Cuatro.

—Te invitaría a que te quedaras a dormir en mi casa, pero también está a tres millas como poco —repuso él—. Y la de los Cooper más o menos.

Ryan asintió. Yo crucé los brazos y miré el cielo nocturno. Había refrescado a lo largo de las últimas horas y la idea de pasarme no sé cuánto tiempo andando para volver a casa me hizo tiritar.

—¿Por qué no dormimos todos en el Leaf? —propuso de repente Will.

—¿En el Leaf? —Ryan parecía todo menos entusiasmado—. Ahora mismo está patas arriba.

—Pero prácticamente a la vuelta de la esquina. Y hay cuatro habitaciones con cuatro camas grandes.

En ese momento, la idea de una cama cómoda me resultaba de lo más atractiva.

—Como queráis.

—Todo lo que esté a menos de tres millas... —añadió Izzy, asintiendo.

Tardamos unos quince minutos a pie en llegar al bosque. Gracias al camino de montaña y a la botella de whisky que nos dio Will, yo

había vuelto a entrar en calor deprisa. Aunque aquella noche había bebido bastante, me sentía genial. Ligera, libre e ingrávida.

—¿Todavía tenéis ese jacuzzi en el que cuando era pequeña Izzy...?

—No, ya no está —se apresuró a contestar ella.

—Lástima —farfulló Will.

—Pero si a ti siempre te pareció demasiado pequeño.

—Porque estoy acostumbrado al nuestro.

¿Debía mencionar que yo nunca me había bañado en un jacuzzi? De hecho, ¿se bañaba uno en ellos? Ryan abrió la puerta y el Leaf nos recibió con su característico olor a madera y pintura fresca. Había cubos, brochas y herramientas tirados por el suelo, y el *sheriff* estuvo a punto de tropezar con una escalera.

—Conque así es como pasáis las tardes. —Se llevó la botella a los labios—. Y ¿en el cuarto de baño de qué habitación te encerraste desnuda, Lena?

—No me encerré. La llave se partió.

—En la número cuatro —respondió por mí Ryan—. La última de la derecha.

—Vale, pues yo en esa no entro. Buenas noches, chicos. Estoy reventada. —Izzy bostezó y empezó a subir la escalera.

—¿Cómo, que ya os queréis ir a la cama? —balbució Will, extendiendo las manos—. Podríamos ir un rato al jacuzzi.

—Que ya no hay, idiota —se rio Ryan.

En comparación con Will casi parecía sobrio.

—Pues entonces voy a llamar a Jessica. Puede que ella tenga jacuzzi. O... Mia.

—Lia —lo corregimos al unísono Ryan y yo. Nuestras miradas coincidieron.

—Vete a la cama, *sheriff* —le aconsejó Ryan, dándole unas palmaditas en la espalda.

Contra todo pronóstico, Will se mostró razonable y asintió.

—¿Te vienes, Lena? —me preguntó, guiñándome un ojo.

Yo puse los ojos en blanco, risueña.

—Sigue soñando, Will. Sigue soñando.

Ryan me escudriñó con una mirada insondable.

—Te dejaré la puerta abierta. —Subió silbando.

Lo seguí con la mirada cabeceando hasta que oí que una puerta se cerraba y volvió a reinar la calma. Ryan y yo nos quedamos frente a frente sin saber qué hacer, en silencio.

—Bueno, pues yo también me voy a la cama —musité cuando el silencio se tornó incómodo.

Con una sonrisa nerviosa, me giré, pero cuando di un paso hacia la escalera, su mano me agarró la muñeca. El roce me hizo estremecer, catapultándome en el acto a la pista de baile. De pronto volvía a estar aquella chispa en sus ojos, aquella mirada intensa. Su pulgar me acarició la cara interna de la muñeca con movimientos circulares, y el pulso se me aceleró de golpe y porrazo. Tuvo que notar, tuvo que sentir el efecto que tenía en mí. Incapaz de moverme, clavé la vista en él. Un deseo vehemente se extendió en mi estómago. De él, de sus caricias, de algo más. Di un paso indeciso y lo miré fijamente. Su boca estaba tan cerca de la mía que sentía su aliento en mi piel, y de pronto dejé de pensar con claridad por completo. La presión en mi muñeca se intensificó, su mirada cobró más intensidad. La respiración se me aceleró y, una vez más, me sumergí en el abismo de sus ojos. Hasta que, de pronto, algo se iluminó en ellos. ¿Un titubeo? De su boca salió un suspiro suave cuando retrocedió.

—Buenas noches, Curly.

Me soltó la muñeca, dejándome muda. Sin decir nada más, pasó por delante de mí y enfiló la escalera.

29

Aquella noche dormí mal, lo cual se debió, sobre todo, a que no era capaz de desconectar. Veía continuamente el rostro de Ryan, a los dos en aquella pista de baile; sentía su aliento en mi cuello, sus manos en mis caderas. Recordaba esas miradas que me abrasaban, esas caricias que habían dejado en mi piel una estela de fuego, y me preguntaba una y otra vez cómo era posible que lo hubiera malinterpretado todo como lo había hecho. Nunca me habían hecho un desplante tan bochornoso, y ni siquiera estaba segura de qué era lo que más me preocupaba de ello: que yo quisiera besarlo o que él no quisiera. Pero entonces ¿por qué había bailado así conmigo? ¿Por qué me había acariciado la muñeca? ¿Por qué había dudado en el último segundo? Enervada, acabé lanzando un suspiro contra la almohada. Tenía que dejar de comportarme así. Dejar de hacerlo ya. Entre Ryan y yo no habría nada. No podía haber nada. Porque yo era la *au-pair* de su hermano. Porque dentro de diez meses volvería a casa. Porque en su vida había demasiadas cosas que estaban patas arriba. Porque yo no quería ser una más de aquellas cosas. Con este propósito en mente me quedé dormida, y no me desperté hasta que mi móvil vibró en la mesita de noche a las siete en punto. Aunque se me había ocurrido echar las cortinas, me había olvidado por completo del despertador, que me despertaba mañana tras mañana a la misma hora. Profiriendo un gemido, me dejé caer de nuevo en la almohada y luché contra el amargor que tenía en la boca, que me trajo a la memoria vasos de plástico rojo llenos de tequila. Muchos

vasos de plástico rojo. De repente, me asaltó una sed que parecía insaciable. Mi deshidratado cuerpo necesitaba urgentemente algo de beber. Si no me equivocaba, abajo aún había un par de botellas de agua en la repisa de la chimenea. Me levanté de mala gana y fui pesadamente hasta la puerta. Notaba el suelo de madera frío bajo mis pies, y crujía. Abrí procurando no hacer ruido y salí al pasillo. Reinaba un silencio absoluto. Bajé frotándome los brazos, tiritaba. A lo largo de la noche la casa se había enfriado por completo. En la repisa de la chimenea encontré un par de Snickers y, como esperaba, una botella de agua. Me bebí con avidez la mitad, consiguiendo tragarme el mal sabor, cuando un movimiento detrás de mí hizo que pegara un respingo.

—Perdona, no quería asustarte.

Ryan estaba sentado con las rodillas dobladas en la ancha repisa de la ventana. Tenía la mirada cansada e inexpresiva, y el pelo completamente revuelto. Parecía tan trasnochado que me pregunté si habría dormido algo.

—Tenía sed —musité, aunque era innecesario.

Apoyó los codos en las rodillas y se pasó las manos por el pelo.

—Lo de ayer no fue buena idea —observó con voz áspera y rasposa. Tragué saliva. ¿El qué no había sido buena idea? ¿Que bailáramos juntos? ¿Que tonteáramos? ¿Que me insinuara estúpidamente? El rostro se me acaloró—. El whisky —añadió con un hilo de voz, sin levantar la vista.

Asentí maquinalmente mientras él apoyaba la cabeza en el cristal de la ventana y miraba hacia fuera. Entre nosotros se instaló el silencio y, de lo incómoda que me sentía, empecé a jugar con la etiqueta de la botella de agua.

—Bueno... pues... me voy a tumbar otro rato —musité.

Ryan no dijo nada, tan solo se limitó a seguir mirando por la ventana. Poco a poco mi desconcierto fue dando paso al cabreo. Vale, estaba resacoso. Y quizá no le apeteciese darme conversación. Y sí, yo había querido besarlo y él a mí no. Pero después de aquella noche me merecía algo más que aquel puñetero silencio. «Buenas noches, Curly.» Me puse roja otra vez cuando las imágenes de hacía pocas horas desfilaron en mi cabeza. Quería dar media vuelta para irme a mi habitación, pero antes eché un vistazo por la ventana. Y de pronto entendí por qué había esa claridad, por qué él estaba tan fascinado. Por la noche un grueso manto blanco había cubierto el paisaje.

30

La absolutamente sorprendente —al menos para mí— llegada del invierno regaló a Green Valley casi noventa centímetros de nieve los días previos a Halloween. Aparte de la interestatal, todas las carreteras circundantes y los puertos de montaña cerraron. Durante dos días la ciudad incluso se quedó completamente aislada del mundo exterior, lo cual no pareció intranquilizar a nadie salvo a mí. En las Montañas Rocosas había que contar en cualquier estación del año con tormentas de nieve y ventiscas, motivo por el cual las despensas siempre estaban bien llenas, como me aseguró Jack. Debido al mal tiempo aquella semana no había ido a Boulder y estaba trabajando desde casa, ocasión que Amy celebró con toda una serie de festivas comidas familiares.

Tuvimos que dejar de trabajar en el Golden Leaf, porque el camino de acceso estaba nevado y todos los vehículos quitanieves se hallaban ocupados retirando las masas blancas de las carreteras. Yo me pasaba los días paseando en trineo, haciendo muñecos de nieve y librando peleas de bolas, además de confeccionando con Liam nuestros disfraces de Halloween.

A Ryan no lo veía mucho. Se encerraba la mayoría del tiempo en su habitación, y a mí me daba la impresión de que desde el Pumpkin Festival directamente me evitaba. Por la noche, cuando se sentaba a cenar con nosotros, parecía ausente y apenas hablaba, y nuestras conversaciones se reducían al mínimo que requería la educación. Yo tenía la sensación de que habíamos vuelto al día uno, y no podía

negar que su comportamiento no solo me hería, sino que también me desconcertaba. Quizá lo que había estado a punto de ser un beso no hubiese sido precisamente la mejor idea, pero no había sido únicamente mía, y Ryan no tenía ningún derecho a castigarme por ello, a rechazarme así. Me concentré, pues, en la fiesta de Halloween que se celebraría en Olly's, creyéndola el mejor remedio para mi frustración.

—Tampoco te veo yo con mucha pinta de querer ahuyentar hoy a los espíritus —comentó Lara con escepticismo mientras yo estaba sentada delante del ordenador portátil con mi camiseta de manga larga amarillo chillón y el peto azul—. Más bien tienes cara cara de ser alguien que necesita que le den una piruleta y le acaricien la cabeza.

Me miré un momento y me encogí de hombros.

—Ha sido idea de Liam: él es Dave y yo Stuart.

Ya le había contado a Lara que a media tarde iría con el pequeño a recorrer el vecindario preguntando el clásico truco o trato y por la noche a una fiesta.

—Al menos para por la noche podrías ponerte algo con escote. A lo Wonder Woman o algo así.

—Wonder Woman —me burlé mientras durante un segundo me imaginaba con un corpiño rojo y una minifalda azul—. Aquí hay casi un metro de nieve. Se me quedaría el culo pelado de frío.

—Bueno, por lo menos la gente vería que tienes culo.

Ciertamente mi disfraz de Minion no era de lo más favorecedor. El peto que me había conseguido Amy me quedaba por lo menos dos tallas grandes, y la camiseta de manga larga amarilla se me ceñía un poco en el pecho. Pero a quién le importaba: lo único que quería era pasar una buena noche de chicas con Izzy.

—¿Tú tienes planes para hoy?

—Lea y Jule quieren ir a una fiesta de Halloween en Kreuzberg —repuso, chascando ligeramente la lengua—, pero tendría que buscarme un disfraz. Además, me apetece cero ver a Tim. —Se mordió el labio y torció el gesto.

—¿A Tim? ¿Por qué a Tim? —pregunté desconcertada.

Se hizo el silencio. Clavé la vista en la pantalla con cara de interrogación.

—Jo, en realidad no te quería decir nada —contestó, y exhaló un suspiro antes de resoplar.

—Decirme ¿qué? —inquirí con cierta inquietud. Daba la impresión de que Lara se debatía consigo misma—. Decirme ¿qué? —repetí con insistencia.

—Tim... y... Lea. —Se encogió de hombros, como si con eso lo hubiera dicho todo.

Tragué saliva.

—¿Desde cuándo?

—Unas dos semanas. Sé que tendría que habértelo dicho, pero... tampoco es que estuvieras tan mal gracias a Ryan y... —Me miró compungida.

—No pasa nada —farfullé, y sonreí valientemente, aunque supe que con Lara no colaba. Al fin y al cabo estábamos hablando de Tim. Mi Tim. La relación más larga que había mantenido hasta ahora. Sabía que acabaría teniendo otra novia; pese a todo, que fuese precisamente Lea me reconcomía. No solo era una de las mejores amigas de Lara, sino que además estudiaba Derecho y encarnaba todo lo que Tim echaba en falta en mí: perseverancia, ambición, aspiraciones.

—¿Te parece muy mal? —inquirió con tino.

Me tragué el amago de desamor. Ya había derramado bastantes lágrimas por él. Y en el fondo también sabía que la noticia solo me

había descolocado como lo había hecho porque el comportamiento de Ryan me estaba haciendo daño.

—Ni la mitad de mal que a ti. Ahora no te librarás de él.

Mi amiga puso los ojos en blanco.

—Yo es que no sé qué le veis todas.

No tenía una respuesta a aquella pregunta. Ya no. Cuando tuve que despedirme de ella, porque Liam me llamaba, me deseó que me lo pasara bien esa noche y me sugirió que por lo menos cambiara el peto azul por un *hot pant*. Con una sonrisa forzada, cerré el portátil y me preparé para el espectáculo de calabazas que me esperaba.

31

Eché la cabeza atrás, me llevé el vaso a los labios y apuré el contenido rojo sangre. Si mi primer Vampire Kiss me supo a vodka puro, el cuarto (¿o fue el quinto?) me recordó a la pasta de dientes de fresa que utilizaba cuando era pequeña. Dejé el vaso de chupito con demasiada fuerza en la barra y le pedí a Olly a voz en grito «otro», pero en alemán, como me di cuenta yo misma mientras me reía tontamente. Él miró con el ceño ligeramente fruncido a su hermana, que estaba a mi lado y bebía con contención sorbitos de un cóctel azul llamado Ghostbuster. Con su sombrero de pirata, su camisa de lino de color claro y su pantalón bombacho, Izzy parecía una versión rubia de Jack Sparrow y no desentonaba entre todas las calaveras que había distribuidas por el bar.

—¿No será mejor que comamos algo? ¿Unos aros de cebolla? —me propuso Izzy mientras sonaban los primeros compases de *Thriller*.

—Vamos a bailar, anda —repuse alegremente, y señalé los altavoces, de los que colgaban telarañas artificiales.

Sabía que ya iba algo achispada y que con los aros de cebolla Izzy quería evitar que terminase como una cuba, pero me sentía estupendamente, y la llevé hasta la provisional pista de baile, donde enfermeras embadurnadas de sangre se movían al ritmo de la música junto a esqueletos, vampiros, zombis y monstruos. Extendí los brazos relajadamente y disfruté de la agradable sensación que me recorrió, llenando el vacío que sentía. Me olvidé de la nueva

novia de Tim. Me olvidé de Tim. Me olvidé del estúpido comportamiento de Ryan. Me olvidé de Ryan. Bailé y bailé, me bebí un tequila en la pista con un jinete sin cabeza y dejé que Frankenstein me invitara a un cóctel verde cardenillo. Era precisamente lo que necesitaba. Justo eso. Cerré los ojos satisfecha cuando me di cuenta de que había perdido a Izzy.

Habíamos estado bailando un buen rato juntas, pero en algún momento había desaparecido. Fui tambaleándome hacia la barra cuando de repente las piernas me flaquearon. Pero en lugar de acabar en el duro suelo, terminé en los brazos de Frankenstein, que me susurró algo que no entendí. Asentí risueña y dejé que me llevara de vuelta a la pista de baile y me rodeara la cintura con sus brazos. Algo en mí se resistía a aquel gesto, pero no fue lo bastante fuerte para imponerse. El tipo volvió a decirme al oído algo ininteligible. El aliento le olía a cerveza y hamburguesa; me dio asco y arrugué la nariz. ¿Dónde estaba Izzy? Y ¿por qué repente había empezado a girar todo? Solo quería cerrar un momento los ojos cuando alguien me agarró con brusquedad por la parte superior del brazo.

—Quítale las manos de encima, Frank.

Aquella voz la conocía. Abrí de golpe los ojos, pero la imagen era un tanto borrosa. Como si alguien hubiese derramado agua en una acuarela. ¿Era ese Ryan? Pero si no estaba aquí. Ryan odiaba Halloween.

—Eh, ¿a qué viene esto? —balbució Frankenstein—. Está aquí conmigo.

—No, Frank, está *conmigo* —replicó una malhumorada voz de mujer.

—¡Izzy! —exclamé, eufórica—. ¡Vamos a bailar!

Iba a mezclarme con la gente de nuevo, cuando alguien me cogió la muñeca.

—Tú te vienes a casa. Ahora —bramó Ryan con expresión sombría, y comenzó a tirar de mí hacia la salida.

—¡Eh! ¡Suéltame! —protesté con lengua de trapo, pero él me agarró con más fuerza aún.

—Lo siento, Coop —oí que decía Izzy con voz amortiguada—. He llamado a Will, pero hoy...

—¿Y por qué a Will? —espetó rabioso—. Lena es mi... la *au-pair* de Jack.

—De Alemania —farfullé—. No de Suecia.

Ryan resopló con fuerza.

—¿Se puede saber qué ha bebido?

—Vampire Kisses —contesté yo por Izzy, y le tiré un beso.

Las comisuras de la boca de mi amiga se curvaron traicioneramente hacia arriba.

—¿Por qué le has dejado beber esa mierda? —inquirió, cabreado, Ryan cuando salimos fuera.

Un aire gélido me inundó los pulmones. La blanca nieve en polvo crujía bajo mis pies mientras cruzábamos los tres el aparcamiento, yo detrás de ellos dos como un niño malhumorado. ¿Estaban discutiendo? Solo pillaba palabras aisladas.

—Además, hoy lo ha hecho aposta. Por su ex y por... —se hizo una pausa breve—... ti, pedazo de idiota.

Susurros. Cuchicheos. Resoplidos.

—Sube al coche —me dijo al oído Ryan, y me medio ayudó a acomodarme en el asiento del pasajero de su SUV. Para abrocharme el cinturón, se inclinó sobre mí y me rozó la nariz con el cuello.

—Hueles bien —mascullé.

—Mmm. Tú no.

—Gracias de nuevo —repitió Izzy.

—De nada, de nada —respondí yo, y le dije adiós con la mano.

Ryan cerró la puerta de mi lado. Vi por la ventanilla que se despedía de Izzy y acto seguido se sentaba al volante. De vuelta a casa, un trayecto que no llegaba a los cinco minutos, tuvimos que parar dos veces, y en el camino de acceso de los Cooper vomité el último Beso de vampiro entre angustiosas arcadas. Me arrodillé en la nieve, tosiendo, y me llevé las manos al estómago. De pronto la alegría había desaparecido por completo; lo único que sentía era amarga bilis y un frío helador que se metía en cada rincón de mi cuerpo. Dos fuertes brazos me ayudaron a levantarme y a ir hasta la puerta de casa.

—No hagas ruido —me susurró Ryan, llevándose el dedo índice a los labios.

Abrió la puerta. Cuando me disponía a subir por la escalera, me cogió por el brazo y me retuvo.

—Las botas.

Me miré. Mis Ugg no solo estaban llenas de nieve, sino que además tenían manchas parduscas. Al intentar quitármelas, me tambaleé y perdí el equilibrio. De nuevo aquellos brazos fuertes acudieron en mi auxilio, rodeándome la cintura.

—¡Ten cuidado!

Si conseguí llegar arriba fue gracias a Ryan, porque me mareaba constantemente y, aunque resultaba extraño, la barandilla se movía.

—¿Podrás ir sola al cuarto de baño?

Su expresión era tan furiosa que solo fui capaz de afirmar con la cabeza. Mientras avanzaba tocando la pared, oí que detrás de mí la puerta de la habitación de Ryan se cerraba. Tragué saliva y luché contra mis emociones, que amenazaban con sobrepasarme. ¿Por qué de repente me sentía tan tremendamente sola?

En el cuarto de baño vi mi cara completamente blanca en el espejo, los mechones de pelo revueltos y pegados, el rímel corrido, los labios finos, ya sin rastro de color. «Ahora sí que pegas en una fiesta de Halloween», se burló una voz en mi cabeza. Me quité el peto, que olía que apestaba a vómito, y justo cuando iba a hacer otro tanto con la camiseta, la puerta se abrió.

—Oh. Solo quería... —Me ofreció una botella de agua y me miró un segundo de más las piernas desnudas—. ¿Te... apañas?

Asentí con apatía y su cabeza desapareció de la puerta. Mientras me metía debajo de la ducha y veía cómo se escurrían por el desagüe las últimas huellas de la noche, las lágrimas se me saltaron. ¿Qué había pasado? ¿Por qué me había dejado llevar así? Y ¿por qué de repente había aparecido Ryan?

Me sequé, retiré los restos de maquillaje de la cara y me cepillé los dientes. Solo entonces me percaté de que él me había dejado en la cómoda una sudadera y un pantalón de deporte. Sorprendida y un poco conmovida, pasé la mano por el suave algodón. Me puse ambas prendas y aspiré el aroma de la ropa limpia. Con el pelo envuelto en una toalla, me fui a mi habitación, encendí la lámpara de la mesita de noche y me metí bajo el grueso edredón. Una suave llamada a la puerta me hizo aguzar los oídos.

—Eh. —En el umbral, con los brazos cruzados, Ryan me escudriñaba. Llevaba un pantalón de chándal gris y una sudadera con capucha oscura, e intenté recordar si era lo mismo que tenía en Olly's—. Se te ha caído esto. —Sostuvo en alto algo que con la tenue luz de la lamparita parecía mi iPhone—. Es solo por si esta noche quieres flirtear un poco más con Frankenstein. —Noté que la sangre se me agolpaba en las mejillas—. O si aguantas hasta mañana, te puedes pasar por la farmacia. Pregunta por Frank. Frank Keen.

Treinta y muchos, algo rechoncho, canoso en las sienes y con predilección por las camisas de cuadros.

De mis labios salió un gemido atormentado. Frank Keen, de la farmacia. Empecé a entender por qué el tipo no paraba de repetir «Frankeeenstein».

—Menudo numerito subido de tono os habéis marcado en la pista de baile. A ver, sé lo que es bailar contigo, pero...

Sonrió; yo le tiré uno de los cojines. La brusquedad del movimiento hizo que sintiera miles de pinchazos en la cabeza. Me apoyé en la pared, gemebunda.

—Anda, pues seguro que también te regala pastillas para el dolor de cabeza —añadió, risueño, Ryan, intuyendo lo que me pasaba. Acto seguido se acercó a mí y me dio el móvil—. Tienes unos diez o doce mensajes de Izzy.

Decidí no preguntarle por qué sabía eso.

—Siento que te llamara —farfullé, y me incorporé en la cama. Al verme la sudadera, a sus ojos asomó algo. Como si le sorprendiese que de verdad me hubiera puesto su ropa.

—Yo no.

Lo miré con cara de no entender nada.

—Es que nunca había visto vomitar a un Minion.

Puse los ojos en blanco y pegué las rodillas al cuerpo, debido a lo cual la toalla se me escurrió. El pelo, mojado y alborotado, me cayó por los hombros en mechones despeinados.

—¿Por qué no querías que Izzy me llamara?

Fruncí la frente.

—Está firmemente convencida de que mañana le cortarás la cabeza por haberlo hecho —agregó.

No dije nada.

—¿Es porque...?

—¿... te comportas como un capullo desde —carraspeé— el Pumpkin Festival? —Lo miré con expresión de reproche.

—No tiene nada que ver contigo —se limitó a contestar, y fue hacia la puerta.

Resoplé y se detuvo.

—Antes mi padre siempre me despertaba cuando caía la primera nevada —me contó, dándome la espalda—. Era una especie de ritual entre nosotros. Abría las cortinas y mirábamos juntos la nieve. Durante horas.

En la habitación se instaló un silencio tal que oía mi propia respiración.

—La mayoría de las veces después ya no me podía volver a dormir, de lo agitado que estaba. —Profirió una risa suave—. Porque sabía que al día siguiente subiríamos a la montaña, que seríamos los primeros en la pista. Tendríamos la nieve virgen solo para nosotros.

Contemplé callada su silueta.

—La mañana siguiente al festival, cuando vi la nevada que acababa de caer —continuó con voz tomada—, fui consciente de que he perdido esas dos cosas.

32

Aunque, para mi sorpresa, al final me libré de tener una resaca monumental, me entraron náuseas cuando Ryan abrió las cubetas de pintura. Nos habíamos decidido, de común acuerdo con Jack y Amy, por un cálido beis para la entrada, que resultaba claro y agradable y quedaba bien con los paneles de madera y el mostrador de recepción. Mientras Ryan movía la pintura y tarareaba una canción *country* que sonaba por la destartalada radio, yo abrí un poco la puerta para respirar el aire gélido. La noche anterior no había nevado, pero las temperaturas habían seguido bajando, y en los alféizares de las ventanas se habían formado artísticas flores de escarcha. Salí fuera y respiré hondo. Tenía el estómago algo revuelto, lo cual se debía, sin duda, a que por la noche había vomitado y no había desayunado.

Para alivio mío, ni Jack ni Amy al parecer se habían enterado de mi nocturno desastre. Sin embargo, era perfectamente consciente de que únicamente era cuestión de tiempo que se corriese la voz de que Ryan Cooper había aparecido en plena noche en el Olly's para llevar a casa a la *au-pair* de su hermano, que estaba como una cuba. La mera idea me hizo sentir angustia de nuevo. Solo podía confiar en que Jack y Amy se apiadasen de mí y me perdonasen el desliz. Justo cuando iba a entrar, una bola de nieve me pasó rozando la oreja. Me volví asustada mientras la risotada de Will resonaba en el bosque. Llevaba un grueso plumífero negro y el gorro calado hasta los ojos.

—Con mis mejores saludos a la flamante señora Keen —me tomó el pelo y me ofreció una bolsa de papel marrón del *diner* que todavía estaba caliente—. Bien aceitoso, lo cura todo.

Después de sacudirse mínimamente la nieve de las botas, entró en la casa y saludó desenfadadamente a Ryan con la mano.

—Si supierais la que se ha liado donde Moe... Las noticias se amontonan. —Hizo un gesto exageradamente teatral—. Ryan Cooper, nuestro chico de oro, aparece como salido de la nada en la fiesta de Halloween de Olly y tira al suelo de un puñetazo a Frank Keen, que le quería quitar a su nueva novia alemana; sueca, según algunos.

—¿Qué? —exclamé.

—Uy, pues hay una versión todavía mejor —continuó Will, visiblemente encantado—. Lena —me señaló a mí—, la *au-pair* menor de edad de los Cooper...

—Pero ¡si casi tengo veintiún años! —protesté.

—... y enamorada sin ser correspondida del chico de oro, se liga al pobre Frank Keen para...

—¡Ya basta! —me quejé—. Esto no puede ser verdad.

—De la verdad nadie ha dicho nada —comentó él, risueño.

—Cuando se enteren Jack y Amy, voy lista.

—Ya lo saben —afirmó tranquilamente Ryan mientras pasaba el rodillo con uniformidad por la pared.

—¿Cómo?

El pánico había teñido mi voz.

—En primer lugar, por la noche no fuiste lo que se dice silenciosa y, en segundo lugar, bajaste a desayunar con mi sudadera.

—Vale, ahora eso también podría malinterpretarse —aseveró Will entre risas, lo que hizo que yo le lanzase una mirada asesina.

—¿Qué les has contado?

Mi pánico se topó con un muro de impasibilidad.

—Que me llamaste porque no te encontrabas bien y te fui a buscar.

—¿Y se lo han tragado?

—¿Por qué no? —Introdujo el rodillo en el cubo—. De todas formas, nunca se habrían creído el rumor de que estaba celoso.

Contuve un resoplido mientras el rodillo empapado de pintura se deslizaba por la pared, lanzando salpicaduras de color ocre. El olor químico hizo que mi estómago se rebelase.

—Sí, de hecho la mayoría ha apostado por la Lena loca de amor —aseguró jocosamente Will.

—Madre mía. —Suspiré con una tez que presentía verdosa—. No podré volver a dejarme ver por la ciudad.

—Bah, el lunes como muy tarde será historia. Y hasta entonces te puedes venir con Izzy y conmigo a la cabaña de mis padres. A pasar el fin de semana.

Satisfecho consigo mismo, me miró. Por algún motivo yo miré a Ryan.

—Los dos, claro. Tenemos la cabaña entera para nosotros. Con jacuzzi incluido —añadió con una sonrisa.

Ryan frunció el ceño.

—Vamos, Coop. Será divertido. Como en los viejos tiempos. Podemos jugar al billar, ir a la sauna, meternos en el jacuzzi y... desvalijar el mueble bar de mi padre.

Para mi sorpresa, al rostro de Ryan asomó una sonrisa.

—Madre mía, nunca olvidaré el whisky con cola que preparamos con esa botella de doscientos dólares. Tu padre se puso furioso cuando se enteró.

Will se rio mientras yo me ponía mala solo por oírle pronunciar la palabra *whisky*. Todo lo demás, en cambio, avivó agradablemente mi

fantasía. Ya me estaba viendo con una manta suavecita y un chocolate caliente delante de una chimenea en la que crepitaba el fuego mientras Ryan y Will seguían disfrutando con sus recuerdos.

—Pues yo nunca olvidaré que te quedaste fuera sin llaves con aquella canadiense y tuviste que pasarte media noche en el jacuzzi.

—Ya, porque tú tenías que enseñarle a toda costa a tu novia —Ryan trazó comillas con los dedos— la cama de agua.

Volvieron a soltar una risotada.

—Bueno, entonces ¿os apuntáis? —preguntó, expectante, Will.

Yo hice un gesto afirmativo.

—A mí me has convencido cuando has mencionado el jacuzzi.

33

—¡¿A esto le llamas tú «una cabaña»?!

Me salió una risa casi histérica cuando Will subió por el empinado y sinuoso camino de acceso con su SUV y ante nosotros apareció una preciosa casa de madera con frontones y un amplio porche. Pese a los numerosos ventanales, la casa, de dos plantas, se integraba armoniosamente en el nevado paisaje de montaña, que iluminaba el sol vespertino.

—Pues espera a ver cómo es por dentro —me susurró Izzy, tapándose la boca.

No exageraba. Casi se me salieron los ojos de las órbitas cuando unos minutos después me vi en un salón abierto que ofrecía unas vistas espectaculares a escarpadas formaciones rocosas y bosques nevados hasta el infinito. Miré boquiabierta las paredes revestidas de madera, las vigas vistas del techo, las lámparas pendulares bajas y las obras de arte en gran formato. Mis ojos recorrieron como a cámara lenta el suelo de madera oscura, las alfombras con motivos indios y los muebles de madera antiguos, el sofá de piel con forma de medialuna, la chimenea abierta y la enorme mesa de comedor. Una escalera de caracol estrecha subía hasta una galería que daba la vuelta a la estancia y, a mi derecha, el salón daba paso a una cocina completamente equipada de madera decapada y acero. Podía decir desde ya que aquella casa era el epítome del estilo y el buen gusto, la mezcla perfecta entre la idea romántica que uno tenía de una cabaña auténtica y un moderno loft. Quienquiera que hubiese

firmado aquello disponía de un excelente sentido del interiorismo y el diseño.

—Me pido la habitación con la cama de agua. —La voz de Izzy me sacó de mi trance.

—Lo siento mucho, pero ahí voy a dormir yo —le contestó Ryan con un guiño.

Vi que los dos salían corriendo hacia la escalera y subían ruidosamente mientras se reían, y de pronto me sentí extrañamente fuera de lugar en aquel sitio. Nunca había dormido en una cama de agua, y tampoco en una cabaña de montaña. En Berlín los padres de mis amigos no tenían chalés de vacaciones. La mayoría ni siquiera tenía una casa en propiedad.

—La cama de agua pierde —me confesó Will detrás de mí. Sonreía desde el umbral mientras se sacudía la nieve de las botas—. Lo más probable es que esta noche uno de los dos se tenga que pasar al sofá.

—Tampoco pasaría nada —comenté mientras miraba el sofá de ante lleno de mullidos cojines—. La casa es un auténtico sueño —aseguré, todavía profundamente impresionada.

—La construyó mi abuelo. —Will fue a la cocina y abrió la nevera. Segundos después oí el característico chisporroteo de una lata—. Algunos muebles también son suyos. La mesa de centro, por ejemplo. —Volvió al salón con dos refrescos de cola y me ofreció uno —. El resto es obra de mi madre. Tiene buena mano para estas cosas.

—Se ve. —Bebí un sorbo—. ¿Vienes aquí a menudo?

—En invierno todo lo que puedo. No hay más que salir de casa y prácticamente estás en la pista de esquí. Mejor imposible, la verdad.

—¿Nunca te has planteado trabajar de profesor de esquí como profesión principal?

—La temporada va solo de noviembre a abril. El resto del año tendría que buscarme otro trabajo, como Izzy, y no me apetece. —Dándole vueltas a la lata que tenía en la mano, me dirigió una mirada provocativa—. ¿Te hago una pequeña visita guiada?

Como constaté deprisa, el salón no era lo único que parecía haber salido de una revista de decoración. El cuarto de baño tenía una ducha de hidromasaje a ras de suelo y una bañera exenta, y prácticamente era el doble de grande que mi habitación de la casa de los Cooper. En el porche, que daba la vuelta a todo el edificio, no solo había cómodos asientos de piel, brasero y parrilla, sino también un jacuzzi en el que por lo menos cabían cómodamente seis personas.

—Conque este es —comenté, exagerando lo impresionada que estaba.

—Espero que hayas traído bikini —repuso con una media sonrisa.

Lo cierto es que no tenía ninguna intención de corretear en bikini delante de Will y Ryan, pero mis buenos propósitos flaquearon peligrosamente cuando me vi delante de aquella enorme piscina y me imaginé contemplando la puesta de sol desde allí. Por favor, ¡de dónde salían de repente aquellas ideas tan cursis!

—Cuántas mujeres habrán tenido que escuchar esa frase —observé con sorna, y metí la mano en el agua tibia.

—Eso deberías preguntárselo a Coop, que aquí siempre...

—¿Qué debería preguntarme? —inquirió Ryan, apareciendo de repente.

Aunque se esforzó por decirlo como si tal cosa, percibí cierta brusquedad en el tono, y las arrugas de la frente se le marcaron más aún. Llevaba puesto un grueso jersey de lana verde oliva de cuello

alto que hacía juego con el color de sus ojos, que en aquel momento estaban puestos en nosotros.

—Con cuántas mujeres has celebrado aquí *pool parties* —contestó Will.

Ryan hizo como si no se inmutara.

—Algo tenía que hacer mientras tú les enseñabas a tus alumnas —entrecomilló la palabra con los dedos— tu cuarto de juegos.

El *sheriff* sonrió de oreja a oreja.

—¿El cuarto de juegos? —pregunté, enarcando las cejas.

—Vaya, me imagino que te lo habrás saltado cuando le enseñabas la casa —bromeó Ryan, y se dejó caer relajadamente en un banco con cojines de pieles.

—Puede que quisiera reservármelo para más tarde —respondió Will con cierto sonsonete mientras esbozaba una sonrisa insondable.

—No tenéis ni idea de lo que se les pasa por la cabeza a las mujeres que viven en la época de *Cincuenta sombras* cuando oyen «cuarto de juegos» —terció Izzy, que apareció en ese momento y se sentó junto a Ryan. Mirándome a mí, añadió—: Solo es una habitación para niños que no quieren crecer.

Durante un segundo al rostro de Will asomó una mirada de perplejidad de la que al parecer no se percató nadie salvo yo. ¿Sería por el dejo de burla que destilaba la voz de su amiga? ¿El tonillo de desaprobación que había utilizado?

—¿Quién se ha quedado con la cama de agua? —inquirí para salvar la situación.

Ryan miró a Izzy con expresión triunfal y levantó la mano. Will y yo tuvimos que contener una sonrisa. «Que te diviertas en el sofá, Ryan», cantó una voz en mi cabeza.

Nos quedamos sentados en el porche hasta que el sol se puso detrás de las montañas y la luz crepuscular se desvaneció por

completo. A lo lejos, pequeños puntos iluminaban la oscuridad, y sobre el jacuzzi se extendieron densas nubes de vapor. Ryan e Izzy querían ocuparse de la cena, así que Will y yo subimos arriba las maletas. Yo sabía que me había traído demasiadas cosas, pero, a fin de cuentas, no había estado nunca en las montañas. Tenía que admitir que el hecho de que fuese a pasar el fin de semana con dos hombres sumamente atractivos también había influido en ello.

En la habitación que yo ocupé había un canapé oscuro con una colcha de color crema y cojines caramelo y, delante, una alfombra de pelo. En la mesita de noche vi una artística lámpara de forja, y una cómoda de madera decapada daba cabida a toallas y ropa. El olor a madera de pino se mezclaba con el de la ropa de cama limpia. De pronto me asaltó un deseo incontenible de meterme en la cama con una taza de chocolate y un libro y no salir de aquel cuarto hasta la mañana siguiente.

34

—Bueno, entonces ¿qué es lo que pasa con ese dudoso cuarto de juegos? —les pregunté a los tres mientras pinchaba con el tenedor los últimos macarrones. Para deleite mío, Izzy y Ryan habían decidido preparar macarrones con queso en el microondas, un plato que hasta entonces yo solo conocía por películas y series. Después de dar buena cuenta de una generosa cantidad, había llegado a la conclusión de que era mucho mejor que la fama que tenía.

—Te lo puedo enseñar —repuso Will, y bebió un trago de cerveza sin apartar los ojos de mí—. Pero si lo hago —esbozó una sonrisa enorme— tendrás que jugar una partida.

—Vale —afirmé, quizá con demasiada seguridad.

Acto seguido me asaltó un mal presentimiento. Quizá debiera haber preguntado antes a qué. ¿A la Xbox? ¿Al póquer? ¿Al billar? Pensé que un billar pegaría perfectamente con aquel sitio. Seguro que en aquella habitación había una de esas preciosas mesas con las patas torneadas y una ranura para las monedas. Sin embargo, hacía años que no jugaba. La última vez había sido cuando estaba de vacaciones en España con mis padres.

—¿Izzy? —la desafió Will.

—Desde luego que no.

Movió las manos en un gesto de rechazo, y mi mal presentimiento se vio reforzado.

—¿Coop?

Las comisuras de la boca de Ryan se curvaron hacia arriba de un modo sospechoso.

—Me apunto.

Tragué saliva. Allí había gato encerrado. Unos minutos después supe lo que era: una diana de dardos en cuyo tablero de madera alguien había grabado a fuego *STRIP DARTS*. Estaba colgada en la pared de una habitación en la que además había sofás con pinta de cómodos, un televisor de plasma y una mesa de póquer. Adornaban las paredes letreros de chapa y carteles publicitarios antiguos, y en una vitrina se alineaba botella tras botella de whisky. Además de unos punteros altavoces que formaban parte de un ingenioso sistema de sonido, descubrí una vieja gramola en un rincón. No me pudo gustar más lo que vi... hasta que me acordé de la diana.

—¿Me podéis decir que es el... *strip darts*?

—Cada uno tiene tres dardos. El que obtenga la puntuación más baja se tiene que quitar una prenda. Si aciertas en el centro, te puedes poner una. Tú empiezas.

Asustada, abrí mucho los ojos y miré a Izzy para que me ayudara.

—Te lo advertí —repuso, compadeciéndose de mí, y se dejó caer en el sofá mientras yo luchaba contra el pánico.

—¿No podemos... jugar... normal?

—¿Estás cagada? —inquirió Ryan con visible regocijo.

Sentí que las mejillas me ardían.

—No, pero...

Will me puso en la mano tres dardos de latón. Los cogí por la caña y comencé a hacerlos girar entre los dedos. De pequeños mi hermano y yo solíamos jugar a los dardos después de que a Hannes le regalaran una diana electrónica por Navidad, conque no era necesariamente una mala jugadora, pero desde luego había perdido práctica.

—Di que te rajas y listo —me tomó el pelo el *sheriff*.

Me paré a calcular cuántas prendas me separaban de un *peep show*. Siendo realista, el resultado era dos: calcetín derecho, calcetín izquierdo. ¿Por qué me había puesto únicamente el jersey para cenar? No perdería todas las rondas, me aseguré para infundirme valor, y me coloqué tras una línea que había pegada en el suelo. Mi primer dardo acabó en el 18; el segundo, en el 15; el tercero, en el 13. Exhalé un suspiro de alivio. Era un buen resultado inicial.

Le tocaba a Will. Su primer dardo se quedó en el segmento exterior.

—Aún tengo que calentar —me susurró, guiñándome un ojo.

El segundo no se clavó en el centro por poco.

—Mucho mejor —farfulló.

El tercero dio justo en el blanco, y él sonrió satisfecho.

El primer lanzamiento de Ryan hizo diana. Después acertó dos veces al doble 20. Abrí mucho los ojos, sin dar crédito.

—Llevas demasiada ropa, Lena —observó Will.

Con gesto furioso me quité el calcetín derecho y me alegré de haberme pintado las uñas de rojo hacía poco. La segunda ronda perdí más descaradamente aún. Tanto Will como Ryan acertaron exclusivamente en el anillo de dobles, así que empecé a ser consciente de que los dos me la habían jugado. No eran buenos a los dardos: eran tremendamente buenos. Me quité el otro calcetín a regañadientes. Mierda. Como pifiara también la siguiente ronda, tendría que quitarme el jersey. ¿Llevaba al menos un sujetador opaco? Me miré discretamente: negro. Bien.

Cuando me tocó la tercera vez, la mano me temblaba tanto que me salí de la diana. Me puse como un tomate. Al final no obtuve ni la mitad de puntos que Ryan y Will. La cosa pintaba muy mal para mí. Frustrada, me deshice del jersey y se lo lancé a Izzy. Por lo

menos a la vista quedó uno de mis sujetadores más bonitos, que, en mi opinión, no se diferenciaba mucho de la parte de arriba de un bikini. Pese a ello, me sentía fatal entre Will y Ryan, que al menos se ahorraron los silbidos y los comentarios.

La partida tocaba a su fin. Intenté controlar mi tembleque y saqué 75 puntos con tres tiros, mi mejor resultado hasta el momento. Esta vez tenía una oportunidad. Proferí un suspiro de alivio. Will, sin embargo, consiguió 82 sin problema. Después le tocaba a Ryan. Lo observé en tensión. Su primer tiro fue a parar al doble 20; el segundo, al 20. Apreté los ojos. No me lo podía creer. Al rostro de Will asomó una sonrisa triunfal. Ryan lanzó... y dio al lado. Abrí los ojos.

—Se me ha resbalado —musitó, encogiéndose de hombros, y se quitó el jersey, bajo el cual vimos que llevaba una apretada camiseta blanca que acentuaba su musculoso torso.

Lo miré desconcertada. ¿Había fallado a propósito o de verdad había sido sin querer? Aunque era evidente que Will quería seguir jugando, pues tiró los dardos de forma que se quedó a dos puntos, Ryan ganó y acabó con mi humillación.

35

—A ver si se quedan toda la noche ahí abajo —dijo Izzy mientras profería un suspiro de placer, antes de cerrar los ojos y sumergirse en el agua caliente hasta la punta de la nariz. Se había recogido las rastas de cualquier manera en un moño bajo y llevaba un bikini de triángulo rojo coral que brillaba bajo el agua.

Yo eché la cabeza atrás, relajada, y contemplé la estrellada noche. El rítmico burbujeo del jacuzzi era lo único que rompía el apacible silencio que nos envolvía.

—Ha fallado aposta.

Miré a Izzy.

—Ryan. Lo ha hecho a propósito —aseguró, y en el aire se elevaron pequeñas nubes de vaho.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

Quería decirlo como si no le diese importancia, pero me salió demasiado deprisa. Tal vez porque yo había pensado lo mismo. Mi amiga esbozó una sonrisilla de suficiencia y entrelazó los brazos detrás de la cabeza.

—Desde que conozco a Ryan Cooper, nunca le ha dado al lado. Es el que mejor juega a los dardos de los tres.

—Todo el mundo tiene un día malo.

Su mirada escrutadora no me gustó un pelo. Cerré los ojos y metí la cabeza bajo el agua. El runrún de las boquillas resultaba gratamente apacible a mis oídos. Me dejé envolver por el calor hasta que me quedé sin aire en los pulmones.

—Me ha dado la sensación de que quería protegerte —continuó Izzy, como si hubiese estado esperando a que yo emergiera.

—¡Qué va!

—Puede que seas como una hermana pequeña para él —me tomó el pelo—. Al fin y al cabo, vivís bajo el mismo techo.

—No soy su hermana pequeña. —Acerqué la mano a una de las boquillas con gesto pensativo.

—Quizá deberías decírselo.

—Y quizá tú deberías decirle a Will que te gusta.

Izzy pegó un respingo.

—Perdona, no quería... —Suspiré y cerré los ojos—. Es solo que... podrías habérmelo contado. Desde el principio. Si lo hubieras hecho, yo no...

—Da lo mismo —contestó, fingiendo indiferencia—. De todas formas para Will yo nunca seré más que... —No terminó la frase—. Él no me ve de esa manera.

—Tal vez lo haría si...

—No —repuso con resolución—. Somos amigos. Íntimos, pero nada más.

—Seguro que te hace mucho daño verlo constantemente con otras mujeres.

«Conmigo.»

Su silencio fue de lo más elocuente.

—Si le dijeras lo que sientes por él...

—... lo tendría en cuenta y nuestra amistad cambiaría para siempre. Y no quiero que pase eso.

Iba a replicar algo, pero la objeción no llegó a salir de mi boca. Era evidente que Izzy había zanjado aquel tema hacía tiempo y lo había relegado al fondo de su corazón.

36

Para mi sorpresa, vi que había luz en la cocina cuando bajé sin hacer ruido para coger una botella de agua. Oí voces amortiguadas y el sonoro zumbido del microondas. Me miré el reloj y constaté que eran las tres de la mañana. ¿Seguían levantados los chicos? Izzy y yo nos habíamos ido a la cama poco antes de medianoche, mientras Will y Ryan jugaban como posesos a un videojuego de disparar.

Al acercarme vi un movimiento con el rabillo del ojo. De espaldas a mí, Ryan estaba delante del microondas, al parecer esperando a que pitara, mientras en la pantalla del pequeño televisor de la cocina titilaba un canal de deportes sin apenas volumen. Llevaba unos bóxeres y una camiseta blanca e iba descalzo.

—Hola —lo saludé en voz baja.

Él se volvió hacia mí y puso cara de sorpresa.

—Solo he venido un momento a por algo de beber.

Como si esperase la señal, la puerta del microondas se abrió y yo le observé en silencio sacar de él una taza de gran tamaño y mover algo con una cucharilla. Cuando me llegó el olor a chocolate y canela, no pude evitar pensar en Navidad.

—¿No puedes dormir?

—La cama de agua pierde —refunfuñó, y se apoyó en la encimera —. Y ese sofá es demasiado nuevo para ser cómodo. —Bebió un sorbo y se quemó la lengua.

—¿Chocolate caliente?

Ryan hizo un gesto afirmativo.

—Con malvaviscos y canela. Me lo hacía mi madre cuando volvía de entrenar.

Su expresión se volvió ausente, como si buscara un recuerdo.

—¿Cómo era, tu madre?

No tuvo que pararse a pensar.

—Muy cariñosa, siempre se ocupaba de todo, mantenía unida a la familia. —Rodeó la taza con las manos y sopló—. Un poco como Amy.

—¿Y tu padre?

—Mi padre —musitó con gesto pensativo—. Era callado, pasaba bastante desapercibido. Un tipo solitario.

A sus labios afloró una pequeña sonrisa.

—Los echarás mucho de menos.

—Todos los días. —Sus ojos reflejaron un profundo dolor—. Es como si... uno no estuviera completo. Un puzle al que le falta una pieza. Pero te acostumbras a ello.

Asentí en silencio.

—¿Y tus padres?

La pregunta me sorprendió.

—Mi padre tiene una importante correduría de seguros en Berlín y trabaja una barbaridad. Es... ambicioso y sabe lo que quiere, un hombre de acción en toda regla. Mi madre lo apoya en todo. Le hace la vida más fácil, se mantiene más bien en un segundo plano.

—Entonces tú has salido a tu padre.

Pareció una constatación, y lo miré sin dar crédito.

—Yo no soy ambiciosa ni sé lo que quiero.

Ryan me escudriñó.

—De eso nada. Fuiste tú la que me dio la idea de reformar el Leaf. Tú, la que hizo listas y un calendario. Tú, la que me levanta de la cama a las siete todas las mañanas. Sin ti no avanzaría nada.

Me miraba fijamente, y no supe qué decir de lo mucho que me sorprendió lo que acababa de salir de su boca. Y parecía hablar en serio. No había ni una pizca de sorna en su mirada, nada de exageración. Durante una décima de segundo se avivó en mí el infantil deseo de que mi padre oyera todo aquello, de que me viera por primera vez en mi vida como me veía Ryan.

—¿Quieres? —Su voz se coló en mi conciencia. Señaló su taza.

El corazón empezó a latirme con desenfreno, y no sabía por qué. O lo sabía y no podía definirlo. ¿Por qué nunca era capaz de estar segura de nada en su presencia? Solo fui capaz de asentir maquinalmente. ¿Era una sonrisilla lo que tenía en la cara? ¿Se estaba riendo de mí? Observé con perplejidad que cogía una taza de la balda y añadía chocolate en polvo. Se movía con desenvoltura, como si estuviese en su propia cocina. Metió la taza en el microondas e hizo girar un dial.

—Te manejas bien en esta casa —comenté mientras él sacaba del armario un paquete de malvaviscos y canela.

—Antes Izzy, Will y yo pasábamos mucho tiempo aquí. Además, los Albright me dejaban quedarme a dormir cuando tenía entrenamiento. En invierno las carreteras están cerradas a menudo.

—Qué majos.

Ryan asintió.

—Sí, los Albright son estupendos.

Nos sentamos cada uno con nuestra taza en los dos taburetes, y solo entonces me di cuenta de que en la televisión estaban repitiendo un descenso de esquí. Por lo visto él se percató.

—Ayer empezó el Campeonato del Mundo —me explicó como de manera accidental, aunque sus ojos me dijeron que no era así—. Ha quedado segunda. No ha ganado por dos centésimas. Creo que va a ser una buena temporada para ella.

Miré la tele, pensativa. Ryan bebió un poco de chocolate y dejó la taza en la encimera y yo clavé la vista en los malvaviscos blancos, que se derretían en el líquido marrón.

—Will me ha dicho que mañana va a hacer de profesor de esquí contigo.

Sonreí.

—Sí, ese era el plan, pero ahora mismo no sé si quiero.

Enarcó las cejas.

—Seguro que se acaba marcando un *strip slalom*.

Él puso cara de sopesar la información y sonrió.

—Mentiría si dijese que no ha pasado nunca.

—¿Me puedes decir cómo os aguanta a los dos Izzy? —inquirí con un suspiro, y bebí un sorbo de chocolate. Estaba muy dulce y espeso —. ¿Qué? —pregunté cuando Ryan se echó a reír.

—Que tienes aquí —se señaló el labio superior— chocolate.

Me pasé el dorso de la mano por la boca.

—¿Ya?

Negó con la cabeza, risueño. Levantó la mano y me miró un momento antes de deslizarme el pulgar con suavidad por el labio superior. Mi cuerpo reaccionó con piel de gallina, y farfullé un cohibido «gracias» antes de apurar la taza y dejarla un poco deprisa de más en la encimera.

—Bueno, yo me vuelvo a la cama. —Me bajé del taburete—. Gracias por el chocolate.

Asintió en silencio, sin apartar los ojos de mí. Ya casi había llegado a la escalera cuando me volví.

—¿Por qué me dejaste ganar?

Él entornó los ojos.

—¿Cómo?

—Que tiraste mal aposta.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? —se defendió con cierto tono burlón.

—Ni idea. Puede que creas que tienes que cuidar de mí. —Me miró fijamente—. Como... un hermano mayor.

Guardó silencio y no contestó. Yo suspiré con suavidad y me di la vuelta.

—Oye, Curly.

El pulso se me aceleró.

—Fallé a propósito. —Su voz ahora era ronca—. Pero te aseguro que no es porque te vea como una hermana.

37

Aquel encuentro nocturno hizo que el sábado por la mañana no me despertara hasta poco antes de las diez y media y me encontrase con una casa completamente vacía. Izzy y Will me habían dejado una nota: habían salido a primera hora para aprovechar las pistas vírgenes y volverían a eso del mediodía. En cuanto a Ryan, no sabía dónde se había metido. A juzgar por los platos de la mesa de comedor, ya había desayunado. Como había dormido en el sofá, probablemente no le había quedado más remedio. Después de tomarme un bol de muesli y activarme con un café, me fui a mi habitación y me puse la ropa de esquí que me había agenciado. Izzy me había prestado uno de sus pantalones de snowboard, una camiseta técnica y ropa interior térmica, y Amy me había dejado esquís, bastones, casco y gafas. Ligeramente nerviosa, me miré en el espejo. Nunca me había puesto unos esquís y jamás había pisado una pista. ¿Me pondría en ridículo? ¿Me caería como un saco de patatas cada dos metros? ¿Se reirían de mí Izzy y Will? Me saqué una foto con el iPhone y se la mandé a mis padres. Seguro que iban a alucinar.

Me encontré a Ryan en el porche. Con su grueso plumífero de invierno, los vaqueros desgastados y las Timberland, daba la impresión de que iba a ir al bosque a cortar leña de un momento a otro. «Qué sexi», pensé espontáneamente, y acto seguido me cabreó el cacao mental y hormonal que tenía. Vi que se sacaba el móvil del bolsillo del pantalón y se alejaba. ¿Iría a hablar con Jack?

¿Con algún amigo? Me sorprendió lo poco que en realidad sabía de él. Antes de haberse ido a vivir con su hermano tenía una vida completamente distinta. Una vida que se regía por el entrenamiento y la dieta, por un apretado calendario de competiciones y entrevistas con la prensa. Una vida que se desarrollaba en tres continentes. ¿Cuán ajena le resultaría la vida que llevaba aquí?

—Hay un pequeño cambio de planes. —La voz de Ryan me sacó de mis pensamientos—. Acaba de llamar Will. A uno de sus esquís se le ha roto la fijación. Izzy y él tienen que bajar al valle en telesilla para que se lo arreglen. —Debió de darse cuenta de que no lo seguía—. Volverán como pronto dentro de tres horas —resumió, y se pasó el dedo índice por el caballete de la nariz.

—Ya.

Me miré lo que llevaba puesto sin saber qué hacer. Empezaba a tener bastante calor.

—Sí —dijo, inexpresivo, Ryan.

Entre nosotros se hizo el silencio.

—Bueno, pues voy a quitarme esta ropa. —Me tiré de la camiseta técnica, que era rosa. Aunque me esforcé por decirlo como si no me importase, mi voz traslucía una evidente decepción. Tenía ganas de pasar la tarde con Will e Izzy—. Quizá mañana haya suerte.

Él asintió sin decir nada y yo me di la vuelta y eché a andar hacia la escalera.

—Lena.

—¿Mmm?

—Puedo... —Se detuvo un instante y dio la impresión de que le sorprendía su propia inseguridad—. Si quieres, te enseño yo. A esquiar, me refiero. —Parpadeé extrañada—. Solo... si te apetece.

Estaba tan perpleja que no se me ocurrió otra cosa que un titubeante «vale».

—¿Te has traído tus esquís?

—No, pero el sótano de los Albright podría competir con una tienda de alquiler de equipamiento. Seguro que encuentro algo.

—Vale. ¿Y tu... tu rodilla?

Se encogió de hombros.

—Mientras no haga carreras...

—Vale.

¿Es que en mi vocabulario no había más palabras que esa? Y ¿de verdad acababa de consentir que Ryan me enseñara a esquiar? Ya me veía tirada en la pista escupiendo nieve, y me dije que había sido tonta de remate. Iba a ser embarazoso, tremendamente embarazoso.

38

Pensaba que aprender a esquiar sería distinto. Por algún motivo había imaginado que uno de esos enormes telesillas nos llevaría hasta una escarpada montaña y yo esquivaría a paso de tortuga puertas rojas y azules. En lugar de eso, Ryan me atormentó haciéndome subir con los esquís puestos una suave pendiente que se extendía justo detrás de la casa de los Albright. Subir de lado fue tan agotador, y el sol de mediodía tan fuerte, que a los pocos metros me corría el sudor por la espalda. Además, tenía que procurar no perder el equilibrio para no caerme hacia un lado.

—Siempre he creído que se trataba de *bajar* montañas —observé jadeando, con la cara como un tomate.

—Y así es, pero primero tienes que familiarizarte con el esquí —adujo Ryan, que subía con facilidad por la pendiente, aunque, a diferencia de mí, iba en vaqueros.

—Sobre todo me estoy familiarizando con mis muslos —me quejé, y me paré un momento porque me estaba cociendo dentro de aquel casco negro. De repente lo de esquiar desnuda dejó de parecerme tan estúpido. Me bajé un poco la cremallera del plumífero y me abaniqué con la mano.

—Vamos —me azuzó él.

Cuando llegamos arriba, miré sin dar crédito la pendiente, que se extendía ante mí resplandeciente y plana. ¿Cómo era posible que subirla me hubiese cansado tanto?

—Primero tienes que aprender a frenar —me explicó Ryan con voz paciente, mientras se colocaba a mi lado—. Puntas de los esquís juntas, rodillas hacia dentro, talones hacia fuera.

Lo que en él parecía cosa de niños, en cuestión de segundos a mí me hizo resbalar y acabar en la nieve. Me ayudó a levantarme y me enseñó por segunda vez cómo colocar los esquís.

—Tienes que apoyar el peso en las dos piernas y clavar el canto interior en la nieve.

Asentí con las mejillas rojas y probé de nuevo. Esta vez me salió mejor: por lo menos bajé unos metros antes de caerme de espaldas.

Practicamos esa técnica durante casi media hora, hasta que fui capaz de frenar yo sola y controlé un poco más los esquís. Cuando pasamos a describir los primeros giros y curvas, sin embargo, tuve la deprimente sensación de empezar de nuevo. Me veía como una señora mayor mientras iba con las piernas abiertas y encorvada detrás de Ryan, esforzándome por seguir sus indicaciones. En él cada movimiento parecía envidiablemente fácil y ágil. Bajamos la pendiente por lo menos cinco veces. Por suerte, con cada minuto que pasaba subida a los esquís mejoraba un poco. Al cabo de un rato, incluso logré entender el entusiasmo que despertaba en tantas personas. Era un poco como si le crecieran alas a uno, como si durante unos segundos fuese ingrávido y despegase. Disfrutaba al sentir el viento en la cara, me gustaba la nieve reluciente que levantaba al avanzar.

—Basta por hoy —decidió Ryan a media tarde.

—¡Solo una vez más!

Me di cuenta, horrorizada, de que parecía una niña caprichosa en un tobogán.

—Es mejor ir poco a poco. Si no, mañana no podrás moverte.

—No puedo dejarlo ahora que por fin lo hago un pelín mejor.

Se encogió de hombros, capitulando.

—Como quieras. La última.

Esta vez me lancé yo delante, y eso que lo de lanzarse era una exageración, porque más bien me movía a cámara lenta. En los últimos cien metros me envalentoné un poco y abrí la cuña de mis esquís. Aceleré sin querer, iba cada vez más deprisa. Mi cuerpo se puso completamente rígido. Me tambaleé y amenazaba con caerme cuando dos fuertes brazos me rodearon la cintura por detrás.

—Te tengo —me dijo al oído Ryan.

Pegó el vientre a mi espalda y deslizó sus esquís, que eran más largos, por fuera de los míos. Durante unos segundos avanzamos formando esa unidad que hizo que el corazón se me acelerara. Como si flotásemos juntos...

—¡Cuidado! —exclamó él, pero era demasiado tarde. Mi esquí derecho se enganchó con el suyo y empecé a sacudir los brazos como una loca antes de arrastrarlo en mi caída. Mi casco golpeó con fuerza la capa de nieve. Un polvo fino me hizo cosquillas en las mejillas, la nariz, los labios—. ¿Estás bien?

Solo entonces fui consciente de que, del susto, había cerrado los ojos. Cuando los abrí, Ryan estaba arrodillado sobre mí en la nieve, mirándome con cara de preocupación. Estaba tan cerca de mí que nuestra nariz casi se tocaba. Mi cerebro desconectó durante uno o dos segundos.

—¿Lena?

Su cálido aliento me rozó la piel, y el corazón empezó a palpitarme con tanta fuerza que amenazaba con salírseme del pecho en cualquier momento. Ryan me retiró las gafas con cuidado. Durante un instante me cegó la clara, directa luz del sol.

—¿Te encuentras bien? —me volvió a preguntar.

Esta vez asentí, y sus labios dibujaron una sonrisa de alivio.

—Tienes que concentrarte más; si no lo haces pondrás en peligro a otros. —Su voz era suave como el terciopelo, lo que les restó aspereza a sus palabras.

Asentí maquinalmente, mi sobrepasado cerebro no fue capaz de más. Sus ojos descansaron en mí. Madre mía, eran demasiado verdes para poder acostumbrarse a ellos. Mi voz no era más que un susurro cuando las palabras por fin salieron de mi boca:

—Pues entonces vas a tener que dejar de distraerme.

Salvó los últimos centímetros que nos separaban y me besó.

Sus labios, cálidos y suaves, se posaron en los míos. De mi boca salió un leve gemido, un sonido inconsciente rebosante de anhelo. Como si en aquel momento comprendiese cuánto había ansiado ese beso. Le eché los brazos al cuello, extrañamente extasiada, y tiré de él hacia mí. La sorpresa hizo que él también profiriese un gemido, como si aquello fuese lo último que se esperaba. Sin dejar de besarlo, enterré las manos en su pelo, que era mucho más suave de lo que suponía. Cuando su lengua acometió un delicado ataque contra mis labios, un calor abrasador me recorrió el cuerpo. Ya no era capaz de pensar más, tan solo podía reaccionar, contratacar, y él lo notó. Nuestro beso se volvió más exigente, más intenso, y clavé los dedos en su compacto plumífero. Ryan gimió y me pegó contra la nieve mientras su lengua se adentraba en mi boca. Notaba cada movimiento de su cuerpo sobre el mío —su pelvis, que presionaba con fuerza la mía, su pecho, que casi me dejaba sin respiración— y me daba lo mismo lo incómoda que estaba, el frío que sentía en la espalda. Era como si mi cerebro hubiese desconectado, mi sentido común se hubiese retirado, dejando sitio para algo mucho más poderoso. Algo que me electrizaba el cuerpo, me lo incendiaba. Ryan introdujo la rodilla entre mis piernas, nos colocamos de lado y me estrechó contra su cuerpo. Me aferré a él, jadeante, mientras

nuestras lenguas ya no se despegaban. El deseo de sentirlo, de sentir más de él, se volvió tan abrumador que tiré de la cremallera de su plumífero con la mano enguantada y lancé un sonido atormentado al ver que no se movía ni un milímetro. Me quité deprisa el guante y... acto seguido Ryan se separó de mí. Respirando pesadamente, se zafó de mis brazos y rehuyó mi mirada inquisitiva. Durante un instante fue como ir sin frenos y estrellarme contra el cemento. Desconcertada, iba a abrir la boca, pero él se me adelantó.

—Deberíamos volver. Pronto oscurecerá.

39

—Hombre, por fin —nos saludó Izzy alegremente cuando salimos al porche, yo detrás de Ryan—. Llevamos siglos esperándoos.

Estaba metida en el burbujeante jacuzzi y bebía sorbos de una lata de cola, con las mejillas rojas, mientras Will comía patatas fritas de un bol que tenía detrás, en el borde. Esperar nunca me había parecido tan apetecible.

—¿Qué habéis hecho? —inquirió el *sheriff*, arqueando las cejas, mientras se metía un puñado de patatas en la boca.

Me asaltó la imagen de nuestro cuerpo entrelazado en la nieve y me puse roja en el acto.

—Un aterrizaje forzoso —respondió Ryan mientras se sacudía el vaquero.

Solo entonces me di cuenta de que teníamos el plumífero y el pantalón lleno de nieve, lo cual no tenía que ver únicamente con nuestro «aterrizaje forzoso».

—Y bien, ¿cómo ha ido? —pidió jovialmente Izzy.

—Ha sido... divertido —afirmé, y me obligué a sonreír.

Ni siquiera era mentira. Había sido una experiencia increíble subirme por primera vez a unos esquís en las Montañas Rocosas, y estaba segura de que no me cansaría de contarlo, lo que pondría durante años de los nervios a mis amigos. El extraño comportamiento de Ryan, sin embargo, había acabado de un plumazo con mi entusiasmo. Durante el camino de vuelta no había dicho una palabra, poniendo de manifiesto una frialdad que nada

tenía que ver con el fogoso momento que habíamos vivido en la nieve. Con la pasión con la que nos habíamos besado. Y eso que el beso había salido de él. Había sido él quien me había besado. Y de un modo que incluso ahora hacía que la sangre me hirviese.

—¿Qué hacéis ahí plantados? Vestíos para la ocasión y venid de una vez —nos metió prisa Will.

Me salpicó con un dedo y clavé la vista un instante en su pecho desnudo, que asomaba del agua terso y liso. Era la primera vez que lo veía sin camisa y, para mi sorpresa, no me hizo sentir nada.

—Me cambio en un pispás.

—¿Puedes sola o prefieres que antes juguemos una partida a los dardos? —me preguntó, consiguiendo arrancarme una sonrisilla.

Ir hasta mi habitación me supuso un auténtico esfuerzo, lo cual se debió principalmente a la escalera, que me recordó dolorosamente que había sobrecargado todos los músculos que tenía de cintura para abajo. Para colmo, las botas de esquí de Amy me habían hecho rozaduras en los gemelos, y gemía con cada paso que daba. Delante del espejo constaté, además, que tenía la cara completamente roja. Posiblemente me hubiera quedado dormida en el acto con que me hubiese tumbado uno o dos segundos en aquella cama tan acogedora, pero hice un esfuerzo y me puse el bikini color caqui y el esponjoso albornoz que encontré en el armario. Ciertamente la madre de Will había conseguido que en aquella casa uno se sintiera como en un hotel con spa.

Cuando me metí en el jacuzzi, tuve que controlarme para no suspirar. La burbujeante agua caliente alivió mis fatigados músculos al instante. Apoyé la cabeza y disfruté de la suave presión que ejercían las boquillas en mi piel.

—Pues tú también has engordado un poco.

Abrí los ojos y vi que Ryan venía hacia nosotros con un bañador oscuro. Bastaba una ojeada para ver la ironía en el comentario de Will, ya que el cuerpo del susodicho era ridículamente perfecto. Fuerte, nervudo y definido donde tenía que estarlo. Recordé en el acto mi primer día en Green Valley, nuestro encontronazo en la puerta. Deseché la imagen y miré el agua turquesa mientras Ryan se metía en el jacuzzi, profiriendo un suave gemido.

—Lo que yo os diga, esto es mejor que el sexo —opinó Will, que se recostó satisfecho.

—Eso es que nunca has tenido buen sexo.

Tres pares de ojos se centraron en mí. ¿De verdad acababa de decir algo así en voz alta? Me puse como un tomate.

—Puede que me equivocara de chica —adujo Will, y me dedicó una sonrisa lasciva.

Ryan entornó los ojos y, durante una décima de segundo, la máscara de indiferencia que lucía se le cayó del rostro. Algo en mí me animó a seguirle el juego.

—Puede que hoy yo me equivocara de profesor de esquí.

Izzy carraspeó discretamente.

—¿Qué tal la rodilla? —le preguntó a Ryan. El tono cortante de su voz hizo que mi tonteo con Will cesara de repente. Nos miramos un instante mientras mi amiga se volvía, dejando clara su postura.

—Bien —respondió—. Porque casi no nos hemos movido del sitio.

Resopló, y me cabreé en el acto. Que no nos habíamos movido del sitio. Pero si por lo menos habíamos subido cinco veces esa pendiente y yo sentía cada puñetero músculo de mi cuerpo.

—Si te apetece, mañana podemos ir temprano a Arrowhead. Las pistas están en buen estado y hay relativamente poca gente. Sería un buen comienzo para ti.

Ryan hizo un gesto afirmativo.

—Así recuperamos nosotros nuestra clase —me dijo a mí Will, y se metió más patatas fritas en la boca.

—Sí. Tal vez —miré un segundo a Ryan— nos movamos más del sitio.

La mandíbula se le tensó.

—Bueno, por hoy ya he tenido bastante —dijo Izzy, y se salió del jacuzzi.

Ryan clavó la vista en el agua burbujeante mientras yo fruncía la frente al verla envolverse en una toalla y entrar descalza en la casa. Me sentí mal. Quizá mi enfado hubiese ido demasiado lejos.

—Yo también me salgo —farfullé sin más ni más.

40

Justo cuando me estaba quitando el albornoz, la puerta se abrió de golpe.

—¿Se puede saber a qué demonios ha venido eso?

En el umbral, con los pies separados, Ryan me dirigía una mirada asesina. Estaba empapado; del bañador le goteaba agua al suelo de madera.

—¿Y si llamas a la puerta?

Cruzó los brazos.

—Pensaba que a estas alturas ya habías pillado que Izzy siente algo por Will. ¿Por qué le tiras los tejos de esa forma tan cutre?

—¡¿Perdona?!

—Para el caso, podrías haberte sentado encima de él.

—Se te va la olla.

—«Oh, Will, quizá me equivocara de profesor de esquí» —me imitó.

Entorné los ojos, sin dar crédito.

—¿Estás celoso?

Él bufó.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Pues no sé, porque te comportas como si lo estuvieras.

—Conque hoy estoy celoso. —Soltó una risa burlona—. Y ayer me echabas en cara que me comportaba como si fuese tu hermano mayor.

—Porque eso hiciste —repliqué con mordacidad—. De lo contrario no habrías lanzado mal a propósito.

—Otra vez con lo mismo. —De sus labios salió un gemido enervado—. Tiré mal —dijo con énfasis— porque no me apetecía una mierda que te desnudaras delante de Will.

Las últimas palabras casi las había dicho a gritos. Me quedé mirándolo con los ojos como platos mientras el pulso se me disparaba. Durante unos segundos ninguno de los dos habló. En la habitación el silencio era tal que yo solo oía mi respiración acelerada. Ryan me miró de arriba abajo despacio, lo que me recordó que lo único que llevaba encima era el bikini: se me había puesto la piel de gallina y, para entonces, al parecer, dejaba a la vista más de lo que tapaba.

—Lo de esta tarde... —empecé con voz temblorosa—. ¿Qué... qué ha sido?

A sus ojos asomó algo, y me pregunté si tendría en la cabeza las mismas imágenes que yo. Nuestro cuerpo en la nieve, nuestros labios unidos.

—No lo sé —musitó—. Lo único que sé es que me habría gustado follarte en esa puñetera pendiente.

Tragué saliva. Salvamos la distancia que nos separaba en una décima de segundo. Oí que la puerta se cerraba de golpe y acto seguido le eché los brazos al cuello y lo estreché contra mí. Gimió con ganas cuando mis labios tocaron los suyos. Fue un beso más duro, más voraz, que concentraba las emociones de todo un día. Sus manos se deslizaron por mi espalda, se clavaron en mis muslos y me levantaron. Le rodeé la cintura con las piernas sin despegar mis labios de los suyos, pegándome a él. La tela mojada de su bañador me hizo tiritar y, sin embargo, encendió un fuego en mi interior que se extendió por cada centímetro cuadrado de mi cuerpo. Nos

tambaleamos ciegamente en la habitación, hasta que me di con la espalda contra la pared de madera. Ryan arrimó su torso al mío mientras sus labios me recorrían el cuello. Mi cuerpo reaccionó con vehemencia; eché hacia atrás la cabeza con un gemido. Temblaba de deseo y sentí en la pelvis la prueba de que a él le sucedía lo mismo. Cuando se separó de mí, respirando pesadamente, temí durante un instante que hubiésemos llegado al mismo punto que por la tarde en la nieve. Que me soltara y se apartara de mí.

—No pares —pedí con voz rasposa mientras su aliento caliente me acariciaba el cuello.

Nuestras miradas se fundieron.

—Es lo último que se me ocurriría ahora mismo —musitó, y antes de que yo pudiera decir algo, sus labios buscaron de nuevo los míos y una increíble sensación de alivio fluyó por mi cuerpo.

Ryan me llevó a la cama y me tendió encima con sorprendente suavidad. Sus ojos deambularon lentamente y con placer por cada milímetro de mi piel antes de dejar caer todo su peso sobre mí. Un gruñido grave escapó de su boca cuando enganché mis piernas en sus caderas y tiré de él hasta que entre nosotros ya no pasaba ni el aire. Me acarició dolorosamente despacio los gemelos, la cara externa de los muslos, la cintura; arqueé la espalda debajo de él. Dejó una estela de besos desde mi ombligo hasta mi clavícula, y yo clavé la vista en el techo, sin aliento, y reprimí un suspiro. Ryan me levantó con delicadeza la espalda y me quitó la parte de arriba del bikini.

—No estaba dispuesto a permitir que Will viera esto —aseveró mientras sus ojos miraban con deseo mis pechos.

El corazón me dio un vuelco. No recordaba cuándo había sido la última vez que Tim me había mirado así. Ni siquiera si lo había hecho alguna vez. Dejé de pensar cuando los dedos de Ryan

llegaron a la braguita de mi bikini y me bajaron la húmeda prenda por los muslos con insoportable parsimonia. Levanté la pelvis y sentí que me iba fundiendo poco a poco cuando empezó a besarme la cara interna de los muslos mientras avanzaba hacia los puntos más sensibles. El roce de su lengua hizo que me temblara todo el cuerpo; yo enterré las manos en su pelo en busca de asidero. Cuando me miró de nuevo y vi el brillo de triunfo en sus ojos, recorrí con la yema de los dedos su pecho y fui bajando hasta la perfecta uve, que desaparecía en su bañador. La palma de mi mano se deslizó bajo la cinturilla hasta el lugar que me revelaba lo que quería su cuerpo. Lo que quería él. El gemido de placer que profirió hizo que me replanteara el ritmo. Con manos temblorosas, le bajé la prenda mojada. Sentirlo desnudo y duro contra mí casi me hizo enloquecer.

—¿Tienes...? —empezó a preguntar, jadeante, pero yo me adelanté farfullando «bolso» mientras señalaba detrás de mí—. Lo tenías planeado, ¿eh? —añadió, risueño, y se inclinó sobre mí.

Pasé la lengua con fruición por su tersa piel mientras él revolvía en mi bolso de mano. ¿Cómo era posible que supiese tan bien? ¿Tan poco a esa asquerosa agua con cloro, tanto a Ryan?

—Bolsillo lateral —precisé con impaciencia.

No quería esperar más. Ardía de excitación y deseo. Rasgó el envoltorio delante de mí y se puso el condón mientras yo contenía la respiración un momento. Estaba pasando de verdad. Él y yo. En aquella habitación. Mi corazón aleteó.

Cuando se deslizó dentro de mí, le clavé los dedos en la espalda y gemí. Sentirlo así, en mi interior, me pareció tan increíble, tan embriagador, que me quedé como paralizada durante un segundo o dos. Solo cuando sus labios rozaron los míos y su lengua conquistó mi boca con avidez, la tensión dio paso al placer más absoluto. No dejó de mirarme mientras sincronizaba sus movimientos con los

míos, embistiéndome con fuerza y vigor. Sus manos entrelazaron las mías y me las pegó a la cama mientras llegaba cada vez más adentro. Arqueé la pelvis para sentirlo más y él me puso una pierna en su cadera y cambió el ángulo. Un sonido gutural salió de su boca, de la mía. Juntos fuimos alcanzando un ritmo más rápido y luego nos desplomamos, agotados, cuando una oleada de emociones sin filtro nos arrolló.

41

Cuando abrí los ojos, las sábanas revueltas eran lo único que recordaba lo que había pasado en aquella cama, y el nervioso aleteo que sentía en el pecho se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en una punzada de dolor. Ryan se había ido. Se había marchado sin que me diese cuenta. Me incorporé y busqué a tientas el móvil bajo la tenue luz. Casi era medianoche. Debía de haberme quedado dormida en algún momento después de... Las mejillas me ardieron cuando me asaltó la imagen de nuestros cuerpos temblorosos. Cogí la almohada en la que Ryan había apoyado la cabeza y me la llevé al rostro. Todavía olía a él. A su champú, a su perfume, a su piel. Y ahogó el amargo suspiro que lancé cuando fui consciente de la realidad. Frustrada, la lancé contra la puerta... que se abrió en ese momento.

—¡Ehhh! —exclamó, perplejo, Ryan, poniendo las manos delante del pecho para protegerse—. No sabía que había estado tan mal.

Medio sonrió. Iba en bóxeres y se había puesto su querida camiseta de los Broncos. Iba despeinado, como si se hubiera levantado hacia poco.

Clavé la vista en el lado desierto de la cama, la ligera depresión en el colchón. ¿Sería eso? Empecé a darle vueltas a la cabeza.

—Creías que me había ido. —Me escudriñó entornando los ojos, y mis mejillas se tiñeron de un rosa tan sospechoso que no me quedó más remedio que asentir—. Como nos hemos saltado la cena —me

dirigió una mirada de suficiencia—, he ido a ver qué encontraba en la cocina.

Me tiró dos barritas de Butterfinger y una bolsa de M&M's y se dejó caer a mi lado en la cama. Mis emociones eran una montaña rusa. Ya no sabía qué pensar.

—¿Has... Will e Izzy...?

Ryan cabeceó y cogió una chocolatina.

—Ya se han ido a la cama. —Debió de ver el alivio reflejado en mi rostro—. Sabes que es cuestión de tiempo que se enteren, ¿no?

Lo miré con cara de interrogación.

—Me refiero a que mañana por la mañana nos preguntarán qué estuvimos haciendo toda la noche en tu habitación —explicó, y añadió con una sonrisa—: Eso si no lo han oído.

Me puse roja.

—¿Y qué vamos a decir? —pregunté con voz ronca.

Se encogió de hombros con despreocupación.

—La verdad.

«La verdad.» Lo dijo con toda la facilidad y la naturalidad del mundo. Casi como si fuera irrelevante. Quizá lo fuese para él. Yo, en cambio, seguía intentando acostumbrarme al hecho de que me había acostado con Ryan Cooper. En aquella cama. Ryan, que vivía en la misma casa que yo. Con el que compartía cuarto de baño. Cuyo hermano me pagaba por cuidar de su hijo. ¡Madre mía!

—¿De verdad pensabas que iba a preferir un sofá incómodo pudiendo tener eso de ahí? —Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba.

Seguí su mirada y me di cuenta de que tenía la sábana por la cadera. Me la subí instintivamente. Tal vez pareciera absurdo, puesto que ya me había visto desnuda, pero a mí la situación me seguía resultando desconcertante. Sin dejar de mirarme, le dio un mordisco

a su chocolatina. Me sorprendí mirándole la boca. Aquellos labios tan suaves y aterciopelados que habían besado cada milímetro de mi cuerpo. Tragué saliva y bajé la vista.

Ryan me ofreció la mitad de su Butterfinger.

—¿Desde cuándo compartes voluntariamente tu barrita conmigo?

Él sonrió, se colocó de lado y se puso la almohada detrás de la cabeza.

—Sabes que esa es la fórmula perfecta para casi cualquier juego de palabras con doble sentido, ¿no?

No pude evitar reírme y noté que la tensión desaparecía un poco de mi cuerpo. Pensando qué hacer, observé la chocolatina medio mordida que Ryan sostenía en la mano, pero me decidí por los M&M's.

—Chica lista. —Se metió el último trozo en la boca con fruición.

—Esa soy yo —farfullé casi como si hablara sola, y también me tendí de lado.

Durante unos segundos permanecimos así, en silencio, respirando prácticamente al unísono. Solo escasos centímetros y una fina sábana separaban mi cuerpo del suyo. Mi cuerpo desnudo. Un tremendo calor se extendió por él. ¿Por qué sentía otra vez la necesidad de tocarlo? ¿Por qué me costaba tanto no atraerlo hacia mí en ese mismo momento? «Eres la *au-pair* de su hermano», me exhortó una voz en el último rincón de mi cabeza.

—¿Crees que Izzy estará muy cabreada?

—¿Porque le has tirado los tejos al hombre del que está enamorada hasta las trancas? —Arqueó las cejas—. No, seguro que no.

Le lancé un M&M's, que desapareció en algún lugar de la cama.

—No le he tirado los tejos. O por lo menos no era mi intención. Solo estaba... muy picada contigo. —Le dirigí una mirada de

reproche.

—Conque querías ponerme celoso, ¿eh? —Enarcó de nuevo las cejas, sonriendo. Mascullé algo ininteligible y rehuí su mirada—. Pues ha funcionado. Me has puesto celoso. A lo bestia.

—Nada de eso habría pasado si no te hubieras comportado como un capullo —refunfuñé—. Me besaste y después pasaste de mí.

Me miró con expresión pensativa.

—Eres la *au-pair* de Jack.

—Ya —suspiré—. Lo sé.

Ver que tenía las mismas dudas que yo hizo que me sintiese decepcionada y aliviada al mismo tiempo.

—Pero... —empezó de forma prometedora, y enredó en su dedo índice uno de mis mechones de pelo— no hasta mañana.

42

—Y... ¿desde cuándo estáis juntos? —preguntó con nerviosismo Lara cuando el domingo por la tarde le hice un amplio resumen de mi fin de semana.

Me había puesto cómoda en la cama con una magdalena de arándanos mientras mi amiga colocaba su ordenador portátil en la mesa de la cocina y se sentaba delante con una taza de café y una tostada de Nutella. De no estar separadas por la pantalla y no ser casi medianoche en Berlín, prácticamente era como si estuviésemos desayunando juntas.

—No. Solo ha sido... cosa de una vez.

—De dos veces.

La miré mal.

—Perdóname, pero las he contado —repuso con la boca llena y una sonrisa.

Saqué un arándano del *muffin* con aire vacilante.

—¿Te lo ha dicho él? ¿Que era cosa de una vez?

Guardé silencio.

—¿Habéis hablado del tema? ¿O... —enarcó una ceja— quizá no?

—No —rezongué.

Tras un desayuno de lo más embarazoso, durante el cual Izzy y Will no habían parado de mirarnos, habíamos empredido el viaje de vuelta antes de lo previsto. De madrugada había caído una nevada tan fuerte que el *sheriff* tenía miedo de que el coche no pudiera llegar al valle. De hecho, de camino a Green Valley su coche patinó

de tal forma que no hubo más temas de conversación que el mal estado de la carretera y el cambio que había dado el tiempo. Ya en casa de los Cooper, Ryan había hablado un momento de cosas triviales con Jack y Amy y había desaparecido en su habitación, mientras que yo había compensado el haber trasnochado con una cabezadita.

—Y ¿tú ahora quieres hacer como si no hubiera pasado nada?

Me miró con escepticismo.

—No sé —admití, y comí un poco de magdalena.

Lara ladeó la cabeza.

—Te has enamorado de él.

Mi silencio hizo que a su boca asomara una ancha sonrisa.

—Se lo tienes que decir.

—De eso nada —repliqué con determinación—. Empeoraría más las cosas.

—Solo si él no siente lo mismo.

—Aunque sienta lo mismo —afirmé con un suspiro, y añadí apocada—: Que no creo. Soy la *au-pair* de su hermano y, además, me voy dentro de nueve meses.

—Podrían ser los mejores nueve meses de tu vida —contestó, guiñándome un ojo, y le dio un mordisco con ganas a su tostada de Nutella.

Por la noche, mientras estaba acostada dándole vueltas a las palabras de Lara, mi iPhone vibró en la mesita de noche.

¿Estás despierta?

Me incorporé a la velocidad del rayo y me quedé mirando la pantalla.

Sí.

Me temblaban los dedos. Permanecí a la espera. Y a la espera. Nada. Me pregunté si habría sido mejor responder de manera menos escueta. Quizá debiera haberle preguntado algo. Pero ¿qué? Él no contestaba. ¿Por qué ahora no decía nada? Me mordí el labio inferior con nerviosismo. La pantalla se encendió de nuevo.

Mi cama pierde.

No pude evitar reírme.

Y tengo M&M's...

El pulso se me aceleró. Leí su mensaje una segunda vez y miré fijamente los puntos suspensivos. Los analicé, los interpreté. Sin saber qué hacer, clavé la vista en el móvil. En ese mismo instante llamaron a la puerta con suavidad. Pegué un respingo.

—Hola —saludó, y se quedó en el umbral.

—Hola.

Me observó en silencio; su intensa mirada hizo que me acalorase.

—¿Te apetece —cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro— ver una peli?

—¿Una peli? —Casi me atraganté con mis propias palabras.

—Eh, sí. —Visiblemente desconcertado, me ofreció unos cuantos DVD—. Pero si estás muy cansada...

—No —repuse deprisa, gritando un poco.

Ryan esbozó una sonrisilla y me tiró algo a la cama: una bolsa de M&M's. Las imágenes de la noche anterior desfilaron por mi cabeza. Piel desnuda. Mucha piel desnuda.

—¿Hay sitio ahí? —me preguntó, sacándome del trance en el que me hallaba.

Asentí y me hice a un lado mientras él, completamente relajado, se tumbaba y entrelazaba los brazos detrás de la cabeza, como si

aquello fuera lo más normal del mundo. Con el corazón desbocado, lo miré y ya no pude pensar con claridad. «Te has enamorado de él. Tienes que decírselo.» Exhalé un suspiro para mis adentros.

Nos decidimos por un *thriller* con tanto suspense que a los diez minutos se me cerraron los ojos por primera vez. Cuando los abrí, en la pantalla estaban los títulos de crédito y yo tenía la cabeza apoyada cómodamente en el pecho de Ryan. Pegué un bote y balbucí un embarazoso *«sorry»* mientras las mejillas me empezaban a arder.

—¿Que te hayas quedado dormida o que te hayas quedado dormida encima de mí? —quiso saber, risueño.

—Las dos cosas.

Me dirigió una mirada insondable y me sorprendí mirándole la boca de nuevo. De repente deseé con fuerza que me tocara.

—Deberíamos hablar.

Tragué saliva. «Deberíamos hablar», frase en clave que significaba lo mismo en el mundo entero: se acabó. Pero ¿qué se iba a acabar? Solo habíamos pasado una noche juntos. ¿Tenía Ryan miedo de que yo esperase que siguiera? En el estómago se me formó un doloroso nudo.

—Vale —contesté, procurando parecer segura de mí misma. —Él arqueó las cejas—. No hace falta que... O sea, que sé que fue cosa de una vez. Y me parece bien.

Me escudriñó atentamente. Durante un instante dio la impresión de que se iba a incorporar, pero lo que hizo fue inclinarse hacia mí despacio y susurrarme con una voz apenas audible:

—Pues a mí no. —Su cálido aliento me acarició el cuello, y yo sentí un cosquilleo en el bajo vientre. Perpleja, vi que se levantaba de la cama y echaba a andar hacia la puerta—. Ah, y Lena...

Con la mano en el picaporte, se volvió hacia mí y a sus ojos afloró algo.

—De dos. Fue cosa de dos veces.

El corazón me aleteaba, y en el último rincón de mi cabeza alguien que se parecía sospechosamente a Lara se reía.

43

«Pues a mí no.» Las últimas palabras en las que pensé antes de quedarme dormida. Las primeras en las que pensé al despertar. Y seguían siendo un enigma para mí. ¿Qué me había querido decir con aquello? ¿Que estaba interesado en seguir? ¿Que sentía algo por mí? ¿Era eso posible? Me pasé las manos por la cara y, acto seguido, aparté el edredón, me levanté y fui al cuarto de baño. Cuando abrí la puerta, Ryan estaba saliendo de la ducha, y se puso una toalla en la cadera que no era mucho mayor que una manopla.

—No has echado la llave —afirmé con perplejidad mientras mis ojos intentaban seguir la trayectoria de las perlas de agua que se abrían paso por su desnudo torso.

—Llevo puesta una toalla.

—Ya, pero es... pequeña.

Carraspeé y él me dirigió una mirada risueña. Sin previo aviso, se soltó la toalla y la dejó caer al suelo. De una pieza, vi que abría en cueros el cajón superior de la cómoda, sacaba una gran toalla azul y se envolvía en ella con toda la calma del mundo.

—¿Mejor?

Me puse completamente roja mientras Ryan se apoyaba en la empañada cabina de ducha con una sonrisa y empezaba a cepillarse los dientes. Por favor, ¿por qué estaba bueno hasta cuando tenía espuma en la boca? ¿Por qué se movían sus músculos cuando sostenía en la mano un puñetero cepillo de dientes? Y ¿qué demonios hacía yo ahora? ¿Me desnudaba delante de él y me metía

en aquella ducha llena de vapor? ¿Esperaba a que él terminase y me dejara el cuarto de baño?

Saqué del vaso mi cepillo de dientes con rebeldía, apoyé la espalda en el lavabo y me puse también a lavarme los dientes. Sin querer, había algo absurdo en estar frente a frente y no dejar de mirarnos, y poco después no pudimos evitar echarnos a reír a carcajadas y escupir entre toses en el lavabo. Una breve llamada a la puerta, unida a la voz de Amy, terminó de golpe y porrazo con mi ataque de risa. Lo primero que pensé fue que no nos podía ver así en modo alguno, pero Ryan fue más rápido y repuso: «Está abierto», cuando yo solo fui capaz de abrir la boca. Le lancé una mirada de reproche que no vio. La puerta se abrió y Amy entró en el cuarto de baño con un montón de toallas limpias. Puso cara de sorpresa al vernos a los dos allí: a mí con una camiseta que me llegaba justo por la rodilla y a Ryan con nada salvo una toalla en la cadera.

—Abajo hay otro cuarto de baño, cuando tengáis tanta prisa —informó frunciendo el ceño mientras su mirada subía desde mis desnudas piernas hasta su torso.

¿Por qué le había dicho Ryan que pasara? Seguro que sabía lo que parecía aquello y el lugar en el que me ponía.

—Se me ha olvidado echar la llave —adujo con naturalidad, y se encogió de hombros.

—Y yo... quería cepillarme los dientes —añadí, pese a que no era necesario, y cogí el cepillo, que segundos antes había vuelto a meter en el vaso.

Por lo visto, Amy se dio por satisfecha con nuestras respuestas y guardó las toallas en la cómoda.

—¿Os importa si os acompaño luego al Leaf? —Ryan y yo nos miramos—. Tengo una pequeña sorpresa para vosotros.

Darme cuenta de que no sentía ninguna necesidad de hacer de carabina me produjo un auténtico alivio el. Posiblemente la situación no le pareciera tan comprometida como yo temía.

—¿Cuál crees que es esa sorpresa? —me preguntó Ryan cuando íbamos camino del Golden Leaf.

Amy había cogido su coche y nos seguía.

—Ni idea. Puede que hayan llegado los colchones nuevos. O las cortinas.

Lo miré con el rabillo del ojo. En cuanto Amy se hubiera ido, tendría que hablar con él. Debíamos dejar claro lo que había entre nosotros, tanto si para él solo era un flirteo como si era algo más.

Supimos cuál era el misterio en cuanto Ryan abrió la puerta. Los dos nos quedamos boquiabiertos.

—¿Q-q-qué...? —balbució él, con los ojos como platos.

—¡Sorpresa! —exclamó Amy, con una sonrisa de oreja a oreja.

La entrada del Golden Leaf estaba irreconocible. Los cubos de pintura, las herramientas, la escalera y el plástico protector habían desaparecido. En el reluciente mostrador de recepción había un arreglo floral otoñal. Las nuevas luces pendulares arrojaban una luz cálida sobre el suelo de madera, que había recuperado su lustre sin perder el encanto que le confería la pátina del tiempo. Ante la chimenea descubrí una tupida alfombra de pelo, y el olor a pintura se mezclaba con el del abrillantador y con algo cítrico.

—Mientras vosotros pasabais un bonito fin de semana en las montañas, nosotros nos pusimos a trabajar —nos explicó ella con orgullo.

—¿Habéis hecho esto Jack y tú? —preguntó, sin dar crédito, Ryan.

—Bueno, contamos con ayuda. —Sus mejillas resplandecían con un suave tono rosado—. Joe vino con sus máquinas y se ocupó del suelo con Jack.

—¿Joe el que abre puertas y apaga fuegos?

—Ante todo es carpintero —me aclaró un sonriente Ryan.

—Karen, la madre de Izzy, me echó una mano con la limpieza, y Molly colgó las cortinas nuevas.

Al mencionar a Molly, miré el bonito arreglo floral, que seguro que había corrido de su cuenta.

—Y todavía no habéis visto las habitaciones —anunció Amy, rebosante de alegría, y se frotó las manos.

Para nuestra sorpresa, en la planta de arriba también había cambios. Con las nuevas cortinas, la nueva ropa de cama y las modernas lámparas, los cuartos parecían no solo más luminosos, sino también más grandes. El revestimiento de madera de las paredes seguía otorgándoles carácter y autenticidad.

—Los colchones nuevos llegaron el sábado. —Amy se sentó en la cama y, a modo de demostración, comenzó a botar arriba y abajo, algo que, con su abultada barriga, nos regaló una bonita estampa—. Tus copas y las fotografías las hemos metido en cajas y llevado a tu habitación —añadió, mirando a Ryan—. Como tú querías.

Él asintió, un tanto ausente. En cierto modo yo también me sentía sobrepasada y luchaba con mis contradictorias emociones. Una parte de mí se alegraba de que la reforma prácticamente hubiese terminado. Otra mucho mayor sentía un increíble vacío. El tiempo que Ryan y yo pasábamos juntos en el Leaf había terminado antes de lo previsto, y la idea de no pasar mis días con él entre cubetas de pintura y herramientas me cortó la respiración.

—Podríais alegraros un poco más, digo yo.

—Me parece increíble —comentó Ryan, y se sentó a su lado—. O sea, nos habéis ahorrado mucho trabajo.

Tragué saliva. Al parecer yo era la única en aquella habitación que lidiaba con un extraño miedo a perder algo que tenía.

—Jack y yo hemos pensado que podemos inaugurarlo con un día de puertas abiertas el fin de semana previo a Acción de Gracias.

—Pero si eso es dentro de dos semanas —tercié, casi conmocionada. La presión que sentía en el pecho aumentó.

—Mira a tu alrededor. Ya no tenemos nada que hacer —contestó Ryan, y se encogió de hombros—. Queda por colgar algún cuadro que otro y todavía hay que colocar tus apestosas velas, pero por lo demás...

El estómago se me contrajo dolorosamente, pero conseguí sobreponerme y esbozar un gesto afirmativo.

—Voy a ver las demás habitaciones —dije, y me alejé con una sonrisa en la cara tan postiza que no me habría extrañado que se me cayese y se estrellara contra el suelo.

44

—Conque estás aquí.

Cuando lo vi en el umbral, di un leve respingo. Había ido de habitación en habitación, viendo cómo estaban decoradas, y después, autocompadeciéndome, me había sentado en una de las camas y me había puesto a mirar por la ventana.

—Amy ha tenido que irse. Liam está echando las tripas en la guardería.

Mis labios formaron un «oh» apagado y, acto seguido, me levanté de la cama.

—Entonces, puede que sea mejor que me vaya a casa.

Antes de que me diera cuenta, me puso el dedo índice en el esternón y me empujó con suavidad, de manera que no tuve más remedio que sentarme de nuevo.

—¿Qué pasa, Curly?

Ryan estaba justo delante de mí, mirándome.

—Nada.

Ladeó la cabeza con actitud expectante.

—Nada —repetí con vehemencia.

«Aparte de que estoy enamorada de ti y no soporto la idea de no volver a pasar mis tardes contigo. Y aparte de que a ti al parecer no te interesa ni lo uno ni lo otro».

—Nada —repitió, haciendo un gesto afirmativo.

Se me acercó tanto que nuestras rodillas se tocaban, y me estremecí de un modo apenas perceptible. Debajo del jersey se me

puso la carne de gallina en los brazos.

—El problema es —se inclinó sobre mí— que ese «nada» no parece que sea nada.

Su cálido aliento me rozó el cuello, y de pronto solo olía a él. Su perfume, su gel de ducha, su sudadera. Como si la habitación entera fuese únicamente Ryan. Y cuando mi barbilla se movió un milímetro a la derecha, supe que estaba perdida. Sus labios se posaron en los míos y su lengua se adentró en mi boca, exigente y segura de sí misma. Proferí un gemido, le eché los brazos al cuello y tiré de él impetuosamente hacia mí. Ryan se apoyó con los codos en la cama y me miró con ojos voraces antes de seguir besándome. Aspiré el delicioso olor a ropa limpia cuando me dio la vuelta y se colocó debajo de mí, caliente y firme.

—Espera —musité mientras sentía los acelerados latidos de su corazón.

—¿Qué pasa?

—La cama. No podemos...

Se echó a reír.

—No irás a decirme ahora que te preocupa que la ropa de cama sea nueva.

Me puse roja.

—Pero se darán cuenta —protesté mientras sus manos bajaban por mi espalda y desaparecían bajo mis vaqueros. Me envolvió una agradable sensación, y durante uno o dos segundos dejé a un lado mis reparos—. Esto no es buena idea —susurré cuando mi cabeza volvió a imponerse.

—Pues ahora mismo a mí no se me ocurre ninguna mejor —replicó él con una sonrisa, y tras rodearme el rostro con las manos me besó apasionadamente—. Y no está de más —su lengua exploró

mi cuello con una lentitud angustiosa— probar los colchones antes de dejar que duerman en ellos nuestros huéspedes.

No pude evitar sonreír mientras veía que mi sensatez abandonaba la habitación. Sin rechistar, dejé que me quitara el jersey y me llenara de besos el escote antes de que sus dedos pasaran al cierre de mi sujetador, que se abrió en el acto, como si hubiese encontrado su llave maestra. Cuando le estaba quitando a él la sudadera, el estridente sonido del timbre de la puerta nos asustó.

—Ni caso —decidió Ryan, y me dio la vuelta en la cama.

Su mano fue hasta el botón de mi vaquero cuando llamaron otra vez. Refunfuñó, enfadado, pero no hizo ademán de parar.

—¿Y si es Amy?

—Tiene llave.

Me desabrochó el pantalón y me lo quitó con una parsimonia que me resultó una tortura, hasta dejarme únicamente con mi braguita negra. El ruido que emitió fue gutural, grave, pero se tornó un gruñido irritado cuando volvieron a llamar.

—Puede que sea importante.

Exhaló un breve suspiro y farfulló:

—Está bien, iré a ver. —Con visible mala gana, se puso la sudadera y me miró—. No te muevas. Quédate exactamente donde estás.

Aunque había vuelto a emplear su tono autoritario, no pude evitar esbozar una sonrisilla. Desapareció por la puerta, enfiló ruidosamente el pasillo y bajó. Que se diera tanta prisa para volver conmigo me hizo sentir eufórica, despertó en mí la esperanza de que quizá aquello fuera algo más que sexo también para él. Tal vez hubiera algo entre nosotros. Suspiré contra el edredón. No había vuelta de hoja: debía hablar con él. Tenía que decirle lo que sentía, y antes de que mis hormonas se hicieran con el control. Me vestí

resueltamente y entreabrí la puerta. Percibí un murmullo, lo bastante alto para distinguir la voz de Ryan y la de otra persona. ¿Quién lo retenía durante tanto tiempo? Picada por la curiosidad, fui hasta la escalera y asomé la cabeza. Él estaba de espaldas a mí, tapando a la persona que se encontraba en el umbral, que hablaba con una voz aguda y clara. Cuando Ryan dio un paso hacia un lado, me quedé de piedra. Media melena oscura, ojos castaños, sin maquillar. Yo había visto aquella cara.

—Oh —exclamó, sorprendida, al verme. A su boca asomó una sonrisa cordial—. Tú debes de ser Lena.

—Sí —contesté mientras intentaba que no se me notara el desconcierto que sentía. ¿Por qué sabía mi nombre? Miré deprisa a Ryan, que no hizo ademán de volverse.

—Yo soy Madison... Maddie. —Levantó la mano un instante y sonrió de nuevo. Era una sonrisa simpática, que hacía que uno sonriese a su vez, aunque no quisiera. Me quedé mirando en silencio cómo se sacudía la nieve de las Nike y entraba en el Leaf. Llevaba un vaquero ajustado y un anorak verde claro con la cremallera rojo fluorescente. Un gorro de lana blanco se movía en su mano derecha mientras sus ojos recorrían el lugar—. Mira que eres exagerado —le dijo a Ryan, y le lanzó una mirada de fingido reproche—. Esto no es nada pequeño.

Al final, él se dio la vuelta y cerró la puerta, por la que había entrado una ráfaga de aire gélido en el recibidor. Sin embargo, no cabía duda de que aquel no era el motivo por el que yo tiritaba. Algo iba muy mal.

—Vaya, qué acogedor —opinó Maddie, a la que ahora yo no veía —. ¡Con esa chimenea! ¡Y ese sillón!

Ryan seguía a la puerta, con una cara que no podía reflejar más emociones. Vi con claridad la sorpresa en sus ojos, la confusión, la

tensión, el corte. Pero había algo más, que me hirió profundamente. Que solo asomaba de vez en cuando, que subía con suma delicadeza a la superficie: alegría.

—Lo que habéis hecho con este sitio es increíble. —Madison me sacó de mi entumecimiento—. Ryan me mandó fotos de cómo estaba antes. Que diferencia.

Las rodillas me cedieron, y me apoyé en la barandilla. «Me mandó fotos». ¿De verdad acababa de decir eso? ¿Por qué le enviaba a su exnovia fotografías del Leaf? ¿Por qué le enviaba fotografías, las que fuesen?

Busqué la mirada de Ryan, pero sus ojos estaban centrados en Madison, que formulaba toda clase de preguntas sobre el B&B. Yo los oía a los dos como a través de una nebulosa, captando palabras aisladas.

—¿Y quién lo llevará cuando nazca el niño y tú estés en Europa?

—¿Europa? —repetí, con una voz demasiado estridente.

Madison miró a Ryan con cara de sorpresa.

—¿Todavía... no se lo has dicho? —Se mordió el labio inferior como para disculparse. Nadie dijo nada durante lo que se me antojó una eternidad.

—Maddie me ha propuesto que me vaya a Europa con ella durante el resto de la temporada. Uno de los asistentes de su equipo está de baja. Podría sustituirlo.

Abrí la boca y la cerré acto seguido. El resto de la temporada. Europa. Maddie.

—Y... ¿vas a ir? O sea, ¿has aceptado?

Él vaciló y se frotó el caballete de la nariz.

—¿A qué viene ese titubeo? —Maddie le dio un empujoncito—. Pues claro que va a aceptar —afirmó, alegre—. No hay nadie más

indicado. Conoce al equipo, conoce los lugares donde se celebrarán las competiciones. Eres perfecto.

Sentí que la garganta se me estrechaba.

—Vaya —dije maquinalmente, mientras seguía digiriendo lo que acababa de averiguar.

Un silencio opresivo nos envolvió a los tres hasta que Madison dio unas suaves palmadas y miró a Ryan.

—Dime, ¿puedes hacer un descanso? Podríamos ir a desayunar a ese pequeño café de Vail, el que tiene esas torrijas tan ricas.

Él me miró un instante, y a Maddie no se le escapó.

—Bueno, solo si a ti te parece bien, Lena —añadió, sintiéndose culpable—. Espero no haberos pillado haciendo algo importante.

El estómago se me revolvió.

—No —contesté con tono inexpresivo, y me obligué a esbozar una sonrisa que no era tal—. Nada importante.

45

Esperé a que la puerta se cerrase y el coche arrancara y me derrumbé como un castillo de naipes. Me dejé caer en la escalera, sin fuerzas, mientras mi cabeza intentaba desesperadamente procesar lo que acababa de ocurrir. Los pensamientos me daban vueltas, me bombardeaban preguntas y más preguntas, en mis oídos resonaban retazos de palabras y veía una y otra vez las mismas escenas. Hasta que todas las compuertas se rompieron y gruesas lágrimas me rodaron por las mejillas. Clavé la vista en la puerta, sin dar crédito. Ryan se había ido sin más. Con ella. No hacía nada nos estábamos arrancando la ropa, y de repente se había subido al coche con su ex.

Un dolor punzante me atravesó el cuerpo, seguido de una ira incontenible. ¿Por qué no me había dicho nada? ¿Por qué me había ocultado que tenía pensado acompañar a su exnovia a Europa? Y, ya puestos, ¿seguía siendo su exnovia? Los dos se habían ido juntos con toda la naturalidad del mundo, pero no como si fuesen pareja. Por lo menos no se habían tocado ni besado. «Puede que lo estén haciendo ahora», musitó una voz maliciosa en mi cabeza. Tal vez no hubiera ningún café con puñeteras torrijas. Quizá *torrijas* fuese una palabra clave que significaba sexo desenfrenado y sudoroso. Quizá en aquel momento estuvieran el uno encima del otro. Dentro del otro. Luché contra la película que me estaba montando y perdí de mala manera.

Y ahora, ¿qué hacía? ¿Esperarlo? ¿Esperar hasta que Ryan quisiera volver del descanso con una sonrisa de satisfacción en la cara que dijese que acababan de echar un polvo? Volví a sentirme furiosa. No, tenía que irme de allí. A ser posible, en el acto. Una risotada histérica salió de mi boca cuando caí en la cuenta de que las llaves del coche estaban en el bolsillo del plumífero de Ryan. Así que ahora, para colmo, no podía moverme del sitio. Podía llamar a Amy, pero ello suscitaría un montón de preguntas incómodas. Además, tenía en casa a un niño que estaba vomitando. Durante un instante me planteé llamar a Izzy, pero no habíamos hablado desde el fin de semana, desde la cabaña, y no sabía si seguía enfadada conmigo. A pie tardaría siglos en llegar, pero aun así era mejor que quedarme esperando. Cuando salí, con los ojos llorosos, estuve a punto de llevarme por delante a alguien.

—Ehhh, despacio. —Izzy se quedó perpleja—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Quería ser fuerte, pero mi cara me delató antes incluso de que pudiera abrir la boca. Mis ojos se anegaron en lágrimas.

—Ven aquí —me susurró, comprensiva, y me abrazó—. Tranquila. —Me acarició la espalda con suavidad y dejó que diera rienda suelta al llanto—. ¿Por qué no vamos dentro y me cuentas lo que ha pasado?

Sacudí la cabeza con resolución. Aquella casa era el único sitio del mundo en el que no aguantaría ni un minuto más.

—¿Vamos con los Cooper?

—¡No!

Quizá no fuera el único.

—Vale, pues entonces —se paró a pensar— iremos al Olly's. Allí no nos molestará nadie. Mi hermano no abre nunca antes de las cuatro.

Afirmé con la cabeza mientras por las mejillas seguían cayéndome lágrimas calientes. ¿Adónde había ido a parar mi ira? ¿Mi rabia? ¿Por qué de repente solo sentía ese espantoso pinchazo en el pecho?

—No me puedo creer que no nos haya dicho nada —dijo Izzy, sin dar crédito, cuando un cuarto de hora más tarde estábamos en Olly's—. Me refiero a que pasamos juntos el fin de semana entero.

«Y una noche.» Clavé la vista con melancolía en la taza de chocolate caliente que mi amiga me había puesto en la mesa. Pegaba tan poco en un bar deportivo como la canción de Selena Gomez que sonaba en ese momento.

—¿Estás segura de que...?

Mi mirada sombría la hizo callar un instante.

—¿Por qué haría eso?

—¿Irse a Europa con su ex? Es evidente, ¿no? —refunfuñé.

Ella resopló.

—¿Se le ha olvidado que esa idiota lo dejó sin más? ¿Justo cuando su carrera había terminado?

Moví el chocolate en silencio. Por un lado, me alegraba contar con la lealtad incondicional de Izzy; por otro, me costaba tratar a Madison con el mismo rechazo. Aparte de que hubiese aparecido en el momento y lugar equivocados, lo cierto era que no me caía mal. Parecía maja y sencilla, y yo estaba casi segura de que nos habríamos llevado bien si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias. Desde luego, tenía un regusto amargo que lo hubiese dejado justo después de que sufriera el grave accidente. Por otra parte, yo todavía recordaba perfectamente el cambiante estado de ánimo de Ryan, su mal humor y sus quejas, aquella actitud negativa

con todo y con todos. Quizá fuera eso lo que al final había hecho que rompieran.

—No, de verdad que no creo que sea eso —opinó Izzy, y negó con la cabeza—. Si volviera a estar interesado en ella, no se habría...

—¿... acostado conmigo? —terminé, abatida, la frase. Mi amiga me miró con expresión compasiva—. Quizá yo fuese el premio de consolación —dije, y exhalé un suspiro—. El segundo plato. La chica para pasar el rato. El...

—Eso es una chorrada. Casi revienta de celos cuando te pusiste a flirtear con Will en el jacuzzi.

—Ahora que lo dices, en realidad quería disculparme por eso —afirmé, apocada, mientras removía el chocolate—. Estuvo completamente fuera de lugar. No quería hacerte daño.

—No me lo hiciste. No estaba enfadada con Will: ya sabes lo que pienso a ese respecto.

Enarqué las cejas con expresión inquisitiva.

—El que me preocupaba era Ryan. Me he dado cuenta de que entre vosotros hay algo.

Iba a protestar, pero me lo impidió con una mirada terminante.

—Vi cómo bailabais, si es que se puede llamar así. —Sonrió con regocijo—. Y cómo te mira a veces... No sé, creo que me daba más miedo su corazón que el tuyo.

—Pues al parecer te has equivocado —concluí con amargura.

Me miró fijamente.

—Habla con él, Lena. Seguro que hay una explicación.

46

Después de que Izzy me dejara en casa de los Cooper, me pasé el resto de la tarde encerrada en mi habitación, mirando un techo cada vez más oscuro. Amy se había creído sin más el cuento de que no me encontraba bien, lo cual también se debía seguramente a que Liam estaba en el sofá del salón, completamente blanco y vomitando en un cubo cada dos minutos. Solo llamó una vez con suavidad a la puerta de mi cuarto para dejarme en la mesita de noche un té y un plato con galletas. Me sentía fatal mintiéndole, pero difícilmente le podía decir que tenía el corazón roto porque Ryan se había ido a comer torrijas con su exnovia hacía siete horas y once minutos y tenía pensado pasar los próximos meses con ella en Europa.

Intenté distraerme viendo unos capítulos de *Pequeñas mentirosas*, les escribí un email a mis padres y leí las primeras páginas de una novela que me había prestado Amy; pero lo que también hice fue dejar que mis pensamientos volvieran una y otra vez a Ryan. Ryan y Madison. Sonaba bien. Mucho mejor que Ryan y Lena. Repasé mentalmente desde el principio la mañana en el Leaf, analicé cada palabra que se había dicho y calculé cuántos minutos habían pasado desde que me había desabrochado el sujetador y se había ido con ella en el coche: siete.

Eran más de las diez cuando oí pasos cargados en el pasillo. «Torrijas, sí, claro», se burló una voz odiosa en mi cabeza. Ya había apagado la luz y me apetecía pasar unas horas sin dolor de corazón

y caos de pensamientos, pero la pantalla de mi móvil iluminándose hizo trizas el plan.

¿Estás despierta?

Tuve que hacer un esfuerzo supremo para no contestar de inmediato «sí», como deseaba una considerable parte de mí, la misma que seguía confiando en que todo hubiera sido un tremendo malentendido. Alterada, me quedé mirando las dos palabras y me puse a tamborilear con los dedos sobre el edredón, inquieta. Después me sorprendí a mí misma apagando el móvil y dejándolo en la mesita de noche. Con el corazón martilleando en el pecho, me coloqué de lado en posición fetal. Un segundo después, llamaron con suavidad a la puerta. De inmediato, el pulso se me disparó aún más. Cuando se abrió una rendija y una tenue luz entró en la habitación, contuve el aliento.

—Sé que estás despierta —afirmó Ryan con voz empañada.

Me quedé rígida.

—Has leído el mensaje que te he mandado, lo he visto.

Pasaron unos segundos interminables, durante los cuales agradecí que él no me pudiera ver la cara, que no pudiera ver lo apretados que tenía los labios, los ojos.

—Lo siento —se disculpó con voz áspera.

Silencio. La luz se volvió más pequeña, la puerta se cerró y mi habitación volvió a sumirse en la negrura. Clavé la vista en la oscuridad, sin dar crédito. «Lo siento.» ¡¿Lo siento?! ¿Nada de «Deja que te lo explique»? ¿Nada de «Esto no es lo que parece»? ¿Nada de «Tenemos que hablar»? ¿Absolutamente nada a lo que poder agarrarme para no pensar que era el mayor capullo del planeta? El dolor volvió a arremeter contra mí con toda su furia, y la rabia hizo que se me saltaran las lágrimas. ¿Qué se había creído?

Las piernas me temblaban cuando me dirigí a su habitación. No llamé, simplemente abrí de golpe, furiosa, y vi un rostro perplejo. Ryan estaba sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas, y daba la impresión de que ya llevaba así un rato.

—¿Eso es todo? —le espeté—. ¿Lo sientes?

Sus ojos se abrieron como platos. Reflejaban cansancio, agotamiento.

—No... sé qué otra cosa puedo decir.

Parecía tan dolorosamente sincero que la ira que anidaba en mi pecho se redobló.

—A mí se me ocurre alguna que otra cosa.

Fue a abrir la boca, pero yo me adelanté.

—Tendrías que habérmelo dicho, Ryan. Y yo...

No terminé la frase.

—Entre Maddie y yo no había nada cuando tú y yo... —Se calló—. Me llamó hace unas semanas para contarme lo del trabajo. Era la primera vez que hablábamos desde que rompimos. —Noté que me miraba—. Después retomamos el contacto. Como amigos. No sabía que iba a venir a Green Valley. Me ha sorprendido tanto como a ti.

Exhaló un suspiro y se pasó las manos por el pelo mientras en mi cabeza se repetía una y otra vez la misma escena: Ryan me besaba y me tocaba y pocos minutos después se iba con ella. Me dejaba. Y en cuestión de segundos, la ira que tanto me había costado sentir dio paso a una vulnerabilidad que ya conocía.

—Te has largado sin más, Ryan. ¿Qué habrías hecho si me hubiera quedado tumbada en la cama? ¿Si te hubiera esperado? ¿Te habrías ido igualmente con ella a comer —reí con amargura y entrecomillé la palabra en el aire— torrijas?

Él se quedó pasmado.

—¡Pues claro que no! Y para tu información, *comimos* torrijas. ¿Qué otra cosa pensabas? ¿Que iba a coger una habitación y matarla a polvos? ¿Cuando cinco minutos antes pretendía hacerlo contigo?

La mandíbula le temblaba, y a mí empezó a hervirme la sangre. Que ahora quisiera darle la vuelta a la tortilla me cabreaba a más no poder.

—Sinceramente, ¡no sé qué pensar! —Algo en mí se liberó, y de repente ya nada me impedía hablar abierta y francamente—. No hemos hablado de lo que pasó en la cabaña, de lo que ha pasado esta mañana. De lo que hay entre nosotros. No sé... —me mordí el labio— si significa más.

Ryan levantó la vista, sorprendido. Y de pronto me sentí muy vacía por dentro. Porque si algo vi en sus ojos fue que él nunca se había hecho esa pregunta, mientras que yo no había hecho otra cosa en las últimas veinticuatro horas.

47

Resultó que la repentina aparición de la exnovia de Ryan señaló el inicio de una semana de auténtica mierda. Otra fuerte nevada y una ola de frío azotaron Colorado, dejándonos sin luz e internet temporalmente. Liam le contagió la gastroenteritis que tenía a Amy, quien sufría tales espasmos que, para ayudarla, lo único que pude hacer fue pedirle a su médico que viniera a visitarla y llamar a Jack a Boulder, que prometió volver a casa el jueves. Hasta entonces estuve bastante liada, pues había que cuidar de dos inválidos y llevar la casa de los Cooper, lo cual al menos me impidió pensar en lo cabreada que estaba con Ryan. Después de que aquella noche me despachara con otro pueril «Lo siento», lo evitaba por completo. Tras pasarme unas noches llorando, supe que necesitaba urgentemente poner distancia de por medio entre mi herido corazón y él si quería volver a un punto en el que no fuera más que el hermano de Jack, una parte de aquella familia, alguien que vivía en el mismo sitio que yo. Que él se volcase en los planes de la fiesta de reapertura y rara vez estuviese en casa me vino de perlas, aunque la idea de que pudiera pasar las tardes con Maddie me resultaba dolorosa.

El fin de semana fui testigo involuntario de cómo Ryan les contaba sus planes a Jack y Amy. Yo había pasado la tarde del sábado con

Izzy y Will en Denver, y prácticamente había dejado atrás la cocina cuando oí algunas frases que me hicieron aguzar el oído.

—¿Has dicho que sí sin hablar con nosotros? —inquirió Jack, con la voz teñida de ligero reproche, mientras de fondo se oía un ruido de platos.

—Tengo veintitrés años: no necesito tu permiso para aceptar una oferta de trabajo.

Odiaba que Ryan adoptara aquel tono, que hacía que pareciese un adolescente rebelde.

—¿Es eso? ¿Una oferta de trabajo? Porque a mí más bien me parece un intento de volver con Maddie.

—Jack... —terció, profiriendo un suspiro, Amy, que por lo visto había vuelto a asumir el ingrato papel de mediadora—. Al menos alégrate por él.

—Pues claro que me alegro. Es solo que me... sorprende, y mucho. No sabía que era eso lo que querías. Que te... ves... ahí.

—Me veo en cualquier otra parte más que aquí.

Aquellas palabras me produjeron una punzada de dolor, y en la cocina también se hizo un repentino silencio. Ya había oído bastante; decidí irme a mi habitación. Por desgracia, en aquel momento crujió la madera que tenía bajo los pies, y la cabeza de Amy apareció en el umbral.

—Lena, ¡ya has vuelto! —Su voz rezumaba un gran alivio—. Ven, anda.

Busqué febrilmente una excusa creíble, pero su mirada suplicante habría ablandado incluso a una piedra. Ryan levantó un instante la vista cuando entré en la cocina, pero acto seguido la centró en la pizza que tenía en el plato mientras Jack bebía sorbos de un botellín de Budweiser con gesto rabioso. Percibí con claridad las vibraciones

negativas que flotaban en el ambiente y deseé instintivamente poder refugiarme en mi habitación.

—Siéntate. ¿Te apetece un trozo?

Esbocé una sonrisa forzada y asentí, aunque en Denver me había zampado una porción enorme de nachos con guacamole.

—Bueno, Lena, pues al parecer dentro de poco vas a tener el cuarto de baño para ti sola —me dijo Amy mientras me dirigía una mirada elocuente. En el estómago se me formó un nudo—. Ryan se marcha. —Le dedicó una sonrisa de ánimo que él no le devolvió—. Acompañará a su... Acompañará a Madison Goldman durante el resto del Campeonato del Mundo.

—Sí, lo sé —repuse, para mi propia sorpresa.

Durante uno o dos segundos pensé en hacerme la tonta, pero no tenía ningún sentido mentir.

—Vaya, conque somos los últimos en enterarnos de tus planes —le espetó Jack, ligeramente malhumorado.

—Yo me enteré por casualidad —precisé, para quitarle importancia —. Cuando... Madison se pasó por el Leaf.

El matrimonio se miró.

—¿Maddie estuvo en el Leaf? —inquirió Amy—. No nos lo has dicho, Ryan.

Como tantas otras cosas.

—Mañana es el descenso de Beaver Creek, por eso está por aquí.

Lo observaron con expresión expectante, pero no dijo más; siguió comiendo su pizza.

—Y ¿cuándo se supone que te vas? —quiso saber Jack.

Dio la impresión de que quería levantar un poco los ánimos.

—Dentro de dos semanas.

Dos semanas. Esperé encarecidamente que nadie viera lo mucho que me descolocó la noticia.

—Me quedaré hasta que reabramos. Al día siguiente, por la mañana, sale mi avión a Suiza. La primera competición es en St. Moritz.

El nombre despertó un recuerdo en el fondo de mi cabeza. Si no me equivocaba, allí era donde Ryan había sufrido el accidente. *«It starts where it ends.»* Qué irónica podía ser la vida a veces.

48

El domingo por la noche, cuando quedamos en Olly's para comer una hamburguesa, los televisores de las paredes me dijeron que Madison Goldman había ganado el Campeonato del Mundo de Descenso en Beaver Creek, batiendo su propio récord. Su sonrisa radiante en la ceremonia de entrega de premios apareció repetidas veces en las pantallas y me asestó pequeñas puñaladas en el corazón.

—Me alegro de que esa idiota se vaya dentro de nada —gruñó Izzy mientras miraba los aparatos.

Will frunció el ceño.

—¿Qué tienes en contra de ella?

Mi amiga cogió aire con fuerza, indignada, y me señaló claramente con la mano.

—Pero no es culpa de Madison. —Will le dio un mordisco a su hamburguesa sin inmutarse.

—¡¿Perdona?! Dejó a Coop sin más justo cuando supo que no podría volver a competir. Eso lo dice todo.

—No es verdad —replicó él, masticando, y se limpió con la servilleta un poco de kétchup que tenía en la barbilla.

Hasta ese momento yo pinchaba con poca gana la ensalada de acompañamiento, pero ahora era toda oídos.

—Madison no lo dejó. Fue él quien cortó.

—Menuda chorrada —resopló ella.

—Me lo contó él.

Izzy entornó los ojos.

—¿Cuándo?

—El lunes por la noche.

—¿Dónde?

—Vimos juntos el partido —contestó Will, y se encogió de hombros.

—¿Aquí?

Él suspiró.

—No, en mi casa.

—¿Ryan estuvo en tu casa?

Los engranajes de mi cabeza comenzaron a girar. Había dado por sentado que había pasado el lunes por la noche con Madison y por eso no había llegado a casa hasta tarde.

—¿Es un interrogatorio? —Will parecía enervado.

—No, es solo que me sorprende. —Visiblemente picada, Izzy cogió su hamburguesa con las dos manos y le dio un mordisco.

—Aparte de la norma de «no-hablamos-de-Coop», ¿hay alguna norma de «no-le-abrimos-la-puerta-a-Coop» que desconozca?

—No, es solo que no sabía que últimamente tenéis noches de chicos —repuso ella con aspereza.

—A ver, con alguien tenía que hablar.

—¿De que últimamente se tira a dos mujeres a la vez?

Casi me atraganté con la Coca-Cola, e Izzy me miró y musitó un *«sorry»*.

—No se está tirando a dos mujeres a la vez —repuso Will, bajando la voz.

—Eh... chicos, ¿os importa...?

Indignada, Izzy me cortó.

—Se acostó con Lena aunque está otra vez con esa.

Sin dejar de mirar a su amigo, apuntó con el dedo índice una pantalla de la pared.

—Pero si no está con ella. —Will parecía cada vez más enervado, pero Izzy no aflojó.

—Claro, porque ella lo dejó sin más.

—Que no lo dejó, cuántas veces te lo tengo que decir. El que quiso cortar fue Ryan.

—Eso no tiene ningún sentido —soltó ella.

—No quería interponerse en su camino. En su carrera. —Señaló el televisor—. Está haciendo la mejor temporada hasta el momento, lidera el Campeonato del Mundo. ¿Crees que también sería así si se hubiera pasado el verano sentada junto a una cama en lugar de entrenar ocho horas al día?

—Eso es una gilipollez —escupió Izzy, mientas yo intentaba asimilar lo que acababa de saber—. Como si fuera necesariamente una cosa u otra.

—Ryan estuvo más de dos meses en rehabilitación en Florida. Madison entrena en Utah. ¿Te calculo cuántas millas hay entre esos dos sitios o esa cabecita tuya lo puede hacer sola?

Ella le lanzó una mirada desdeñosa.

—Cuando hay amor, uno encuentra una solución.

Will arqueó las cejas.

—Pues yo creo que eso precisamente es amor.

49

La noche previa a la reapertura del Golden Leaf una fuerte llamada a la puerta me despertó. Me incorporé asustada y busqué a tientas el interruptor de la luz. Del pasillo me llegaron voces alteradas. Miré el reloj, soñolienta: ni siquiera eran las cinco, y de un sábado. Dejé el calor de la cama y fui descalza a la puerta. Al abrirla un poco, oí pasos pesados en la escalera antes de ver a Ryan, que estaba delante de su habitación con una camiseta y unos bóxeres y parecía tan adormilado como me sentía yo.

—¿Qué pasa?

Reprimí un bostezo.

—Amy se ha puesto de parto.

—¡¿Qué?! —solté, asustada. De repente estaba completamente despierta—. Pero si todavía faltan...

—... siete semanas, ya —musitó él, visiblemente intranquilo, y se pasó las manos por el pelo—. Jack ha ido a llevarla al hospital. Tenemos que ocuparnos de Liam.

—¿Está despierto?

Ryan negó con la cabeza. La preocupación hizo que frunciera la frente. Quise ponerle la mano el brazo instintivamente, pero volví a ser consciente del muro que nos separaba desde hacía algún tiempo.

—Seguro que todo sale bien.

Hizo un gesto afirmativo apenas perceptible y se me quedó mirando un poco más de lo necesario. Casi se me había olvidado lo verdes que eran sus ojos. Y lo deprisa que podían desconcertarme.

—¿Qué pasa con la inauguración? —inquirí, rompiendo el silencio.

—Mierda, se me había olvidado por completo. —Apoyó la cabeza en el marco de la puerta y me sorprendí contemplándolo unos segundos. ¿Por qué incluso a las cinco de la mañana, despeinado y con los ojos adormilados, me seguía pareciendo tan sumamente atractivo? Suspiré para mis adentros—. Y ahora ¿qué hacemos? —me preguntó, indeciso—. ¿Lo suspendemos todo?

«Lo suspendemos. Plural.» El corazón me dio un vuelco; lo odié por ello.

—Lo haremos de todas formas —respondí, sorprendiéndome por lo resueltas que sonaron mis palabras.

—¿Sin Amy y Jack? —Resopló—. Y también tenemos que cuidar de Liam.

Me puse a pensar frenéticamente. Habíamos trabajado tanto para acabar a tiempo que renunciar ahora sencillamente no era una opción.

—Liam se puede quedar con Will. Me ha ofrecido su ayuda algunas veces. Del catering se encargarán Izzy y Olly. Y nosotros dos podemos responder perfectamente a las preguntas que nos hagan sobre el Leaf. —«Nosotros dos.» Lo miré con seguridad—. Saldrá bien.

Las comisuras de su boca se elevaron y yo me mordí el labio para que no fuera demasiado evidente que me alegraba de ver aquella sonrisa. Y eso que en aquel momento fui consciente de lo mucho que la había echado de menos. Esa sonrisilla insinuada.

—Deberíamos dormir un poco más —musité—. Va a ser un día largo.

Hizo un gesto afirmativo y dijo un «sí» apenas audible.

—Buenas noches, Ryan.

—Buenas noches, Curly.

50

La reapertura fue un éxito absoluto, algo que teníamos que agradecer, entre otras cosas, a la cantidad de gente que nos ayudó, que se mostró dispuesta a sustituir a Jack y Amy en lo que hiciese falta. A lo largo de toda la tarde un reguero de personas visitó el Golden Leaf, entre ellas muchas caras conocidas, pero también algunas que no se solían ver por las Montañas Rocosas. Se había corrido la voz de la reapertura, y alguno que otro también había acudido por Ryan, que respondió relajadamente las preguntas que le hicieron sobre la historia de la casa y de la familia Cooper e incluso accedió de buena gana a firmar un autógrafo a una niña pequeña. El catering del Olly's —minihamburguesas y burritos— tuvo una buena acogida entre los visitantes y, con su legendario pastel de calabaza, Molly se ocupó de que el postre fuera delicioso.

Mientras Ryan y yo enseñábamos las habitaciones, Will y su madre, a la que conocí aquella tarde, cuidaron de Liam de un modo conmovedor. Allison Albright era una mujer simpática de cincuenta y tantos que, con su piel de porcelana y un pelo corto que no podía sentarle mejor, parecía cinco o diez años más joven. Su traje de chaqueta y pantalón color crema acentuaba su esbelta figura y, sin duda, pegaba más en el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas que en un rancho de caballos. Al verla junto a su hijo, que llevaba a hombros a Liam, me llamó la atención lo mucho que se parecían. Will y su madre tenían la misma mirada radiante, la misma sonrisa alegre y un porte que rebosaba seguridad.

Cogí un burrito de atún y eché un vistazo al recibidor, satisfecha. Me llenaba de auténtica dicha que nuestro trabajo ahora recibiese el aprecio que merecía, que el Leaf volviera a brillar y resplandecer por fin y estuviese lleno de risas y de vida.

—Así que hoy ya no piensas besar a nadie —me dijo al oído la risueña voz de Will.

A modo de respuesta, mordí mi burrito y le sonreí.

—Todo va como la seda —afirmó en señal de reconocimiento.

—Gracias a vosotros. Nos habéis salvado el culo, de veras.

Oímos reír a Liam y vimos que la madre de Will, pese a los zapatos de tacón de aguja que llevaba, se ponía en cuclillas y chocaba los cinco con él.

—Tu madre es genial.

Él asintió.

—Sí que lo es. Y, dicho sea de paso, me ha dicho eso mismo de ti. —Me miró—. Que me case contigo si Izzy y yo no acabamos juntos.

Abrí mucho los ojos. Antes de que pudiera responder a su alusión, Ryan apareció en la escalera y me indicó que fuera con él.

—¿Vuelve a haber paz en el reino? —me preguntó Will, arqueando una ceja.

—Armisticio.

Me abrí paso entre los invitados y subí la escalera.

—¿Qué pasa?

Antes de poder protestar, me metió en una de las habitaciones y cerró la puerta. El silencio que se instaló en el acto fue un alivio para mis oídos.

—He vuelto a ser tío hace un cuarto de hora —me contó, radiante de alegría.

—¿Cómo? Madre mía, es... —le sonreí, abrumada— genial. Enhorabuena.

Sin pensar en lo que hacía, le eché los brazos al cuello. Para mi sorpresa, él me devolvió el abrazo y me hizo girar en el aire, riendo. El corazón me dio un vuelco.

—¿Cómo se llama? —pregunté cuando mis pies volvieron a tocar el suelo.

—Noah, como nuestro padre. —La emoción asomó a sus ojos.

—Qué bonito.

Ryan cogió aire con fuerza y se apoyó en la pared.

—Es un alivio que todo haya salido bien.

—Te dije que iría bien.

Me miró fijamente.

—Es verdad.

Nos observamos durante unos segundos. Una llamada a la puerta hizo que pegáramos un respingo. La cabeza de Will asomó por ella.

—Abajo hay un periodista del *Denver Post* que pregunta por ti, Ryan.

—Voy.

Sus ojos me buscaron un instante antes de que pasara por delante del *sheriff*, quien me regaló una sonrisa.

—Armisticio. Mmm...

51

A última hora de la tarde, cuando los últimos visitantes se hubieron marchado del Golden Leaf, Ryan y yo nos pusimos a recoger. Bostezábamos alternativamente mientras platos de papel, vasos y servilletas iban a parar a bolsas de basura que sacábamos al porche. El montón nos volvió a poner de manifiesto la gran afluencia que habíamos tenido. Lanzando un gemido, me dejé caer en el chafado sofá de piel y cerré un momento los ojos. Tenía los hombros agarrotados y los gemelos cargados. ¿Cuántas veces había subido y bajado la escalera? Me masajeé las sienes y clavé la vista en la chimenea, donde troncos perfectamente apilados esperaban a que alguien los encendiese. Qué a gusto se estaría aquí cuando un fuego crepitase y bañara la habitación en una cálida luz, cuando los huéspedes estuviesen sentados juntos y terminaran el día con una copa de vino.

—¿Quieres que la encienda?

La voz de Ryan hizo que me volviera. Me pregunté cuánto tiempo llevaría detrás de mí y cómo no me había dado cuenta.

—¿La chimenea? No sé. ¿Te quieres... quedar un rato? —inquirí con voz rasposa.

Se encogió de hombros.

—¿Tú tienes alguna otra cosa que hacer?

Negué con la cabeza y, como si aquella fuera la señal que necesitaba, se sacó un mechero del bolsillo del pantalón y se arrodilló delante del hogar. Su ancha espalda se marcó con claridad

bajo la camiseta negra, y me sorprendí clavando la mirada en ella, observando el juego de sus músculos. Suspirando para mis adentros, me centré en la botella de espumoso vacía que descansaba en la repisa. Habíamos brindado con Jack por el nacimiento de su segundo hijo cuando se había pasado por la tarde para recoger a Liam, visiblemente agotado pero radiante de alegría. Nos había enseñado rebosante de orgullo cientos de fotografías, en todas las cuales se veía una criatura diminuta, ligeramente arrugada, en una incubadora. Ryan hizo un selfi de nosotros cuatro y se lo envió a Amy al hospital. Una instantánea que no se volvería a dar en aquella constelación; en ese sentido no me engañaba. Mañana mismo Ryan se subiría a un avión que lo llevaría a Europa, y aunque la temporada de esquí solo duraba hasta abril, resultaba muy poco probable que volviera a Green Valley. La relación que tenía con aquel sitio era tan complicada como la que mantenía con su hermano. «Y contigo.» Además, los próximos meses estaría volcado de lleno en la vida que tenía antes, en todos los sentidos.

—Ha sido un día largo.

Lanzando un ay, se sentó a mi lado en el sofá y estiró las piernas. Parecía agotado, pero de un modo feliz, satisfecho. Durante un rato contemplamos el fuego sin pensar en nada más, mientras las llamas dibujaban sombras en las paredes. En un abrir y cerrar de ojos el agradable calor de la chimenea inundó la habitación.

—Sin ti no habría conseguido esto. —Lo soltó con una voz tan baja que durante un instante me pregunté si de verdad lo había dicho.

—Ha arrimado el hombro mucha gente —repuse, contenida.

—Ya, pero sin ti ni siquiera se me habría ocurrido.

Noté que me miraba, y mi instinto me aconsejó que me concentrase mejor en el crepitar del fuego.

—Voy a echarlo de menos —afirmó quedamente—. Al Leaf... y... —pasó lo que me pareció una eternidad— a ti.

Tragué saliva. Mientras el pulso se me disparaba intenté recordar, despavorida, por qué no había sido buena idea sentarme allí con él. Tenerlo tan cerca que me daba la sensación de que notaba el calor que desprendía su cuerpo; su brazo, que descansaba detrás de mí, en el respaldo. Constaté casi con alivio que el humor me cambiaba. Los nerviosos latidos de mi corazón se tranquilizaron y la ira se apoderó de mí. Me levanté de un salto del sofá.

—¡No puedes hacer esto!

Me miró con cara de sorpresa.

—No puedes decir algo así y quedarte tan ancho, Ryan. No ahora. No cuando no me has hecho ni caso durante casi una semana. No cuando mañana...

—¡¿Que yo no te he hecho ni caso?! Pero si me has estado evitando. Ni siquiera eras capaz de mirarme cuando hablaba contigo.

—¡Porque me hacía daño! —grité, furibunda—. Me ha dolido mucho que me mintieras. Que no me dijeses que te ibas. Que la elegías a ella.

Tragué saliva cuando fui consciente del significado de mis palabras. De repente se hizo un silencio tal que solo oía mi propia respiración y el crepitar del fuego.

—No la he elegido a ella —sentenció en voz baja—. He elegido el trabajo. Un futuro.

«Y ese futuro no soy yo.» Una sonrisa amarga asomó a mi cara.

—Es lo mismo, Ryan, y lo sabes. —Me di media vuelta, resoplando, cuando sus dedos me rodearon la muñeca.

—No te vayas.

Solo fue un susurro bronco. Lo miré desconcertada, pero no me soltó. A mi memoria afloró con toda su fuerza un recuerdo cuando

su pulgar me acarició la cara interna de la muñeca. Ese gesto ya lo había hecho una vez. Aquí, en aquella casa. Y después me había dejado plantada. La ira me arrolló de nuevo. No estaba dispuesta a permitir que me pasara una segunda vez. Iba a zafarme de él, irritada, pero sus dedos me rodearon la piel como unas esposas. Nuestras miradas coincidieron, se batieron en duelo. En sus ojos había resolución, y habría jurado que algo más. ¿Anhelo? ¿Dolor? Antes de que terminara de pensar en ello, me pegó a él de un tirón. Me tambaleé y conseguí a duras penas agarrarme a sus hombros, que noté duros y calientes bajo mis dedos. Durante uno o dos segundos permanecimos así. Después me rodeó la cintura con sus brazos y me colocó entre sus piernas. Durante una décima de segundo quise protestar, ponerle las manos en el pecho para apartarlo de mí, pero una parte considerable de mi cuerpo quería algo completamente distinto. Un gemido hondo salió de su boca cuando me senté en su regazo. Mis rodillas apretaron con fuerza la cara exterior de sus muslos, y sentí que todo él se tensaba, que cada una de sus fibras empezaba a temblar cuando le rodeé el cuello con los brazos, lo acerqué a mí y lo besé. Entre nosotros ya no había ni un milímetro de espacio. Sentí los latidos de su corazón, los latidos del mío. Como si se contestaran el uno al otro. Sus dedos se clavaron de tal modo en mi espalda que me hizo daño, pero el dolor quedó olvidado cuando su lengua recorrió suavemente mi labio inferior. La poca resistencia que aún pudiera tener se esfumó. Dejé que me quitara el jersey y cubriese de besos mi sensible piel mientras sus dedos buscaban el cierre de mi sujetador. Una sonrisa de satisfacción asomó a su rostro cuando ganó la lucha y lanzó la prenda hacia la chimenea. Cuando miré hacia atrás deprisa para asegurarme de que la fina tela no se prendía en el chisporroteante fuego, él se rio un instante y me volvió a besar. Su lengua exploró mi

boca con anhelo, con voracidad. Me levantó con delicadeza, me tendió bocarriba en el sofá y se inclinó sobre mí. La mirada que me regaló, como si yo fuese un festín sobre el que se iba a abalanzar de un momento a otro, hizo que me recorriera un escalofrío. Bajó la cabeza y me besó con avidez antes de echárseme encima y hundirme en el blando diván con su peso. Noté el deseo entre sus piernas, la dureza, cuyo solo roce me hizo gemir. Le quité deprisa la sudadera y observé las sombras que proyectaba el fuego en su cuerpo. Era un cuerpo perfecto; no era la primera vez que lo constataba. Musculoso, ejercitado, atlético, con una fina línea de vello que desaparecía prometedoramente bajo sus vaqueros. Le acaricié la columna arriba y abajo, lo rodeé con una pierna y lo apreté más contra mí. Cuando quisimos colocarnos de lado, estuve a punto de resbalar del sofá, que claramente era demasiado pequeño para lo que iba a pasar.

—Te tengo —me dijo al oído.

«Te tengo.» Igual que la vez que me caí de la escalera. Exactamente igual que cuando di un traspié mientras esquiaba. «Te tengo.»

—Vamos a otro sitio —susurró.

Con una sonrisa muda, me levanté y me puse a buscar mi jersey. Para asombro mío, Ryan cogió mientras tanto unos cojines y los dejó en la suave alfombra que había ante la chimenea. Tragué saliva. Por algún motivo, yo había pensado que quería evitar meterse en una de las habitaciones. No se le escapó la cara de sorpresa que puse.

—¿Demasiado romántico para ti, Curly? —me tomó el pelo.

El corazón me alteaba con nerviosismo. La única noche que habíamos pasado juntos había sido intensa y apasionada, llena de placer y deseo. De sexo. Pero aquello parecía distinto. Sin dejar de mirarme, vino hacia mí. Una excitación trémula se extendió en el

centro de mi cuerpo. Las comisuras de su boca se elevaron de un modo apenas perceptible cuando se plantó delante de mí y me cogió en brazos cual pluma. Proferí un grito ahogado, le rodeé la cadera con las piernas y me apreté tanto a él que jadeó. Me llevó hasta la chimenea y me dejó con suavidad en los cojines, que me refrescaron gratamente la desnuda piel. Se inclinó sobre mí y me besó con parsimonia, explorando mi boca con su lengua, mientras me bajaba la cremallera del pantalón vaquero con una lentitud que rozaba la tortura. Respirando pesadamente, lo miré a los ojos. El crujido de la leña me asustó. Mi cabeza se disparó hacia un lado, pero él me puso las manos en las mejillas y me obligó a mirarlo de nuevo. Aquellos ojos verdes rebosantes de anhelo. Sus dedos se deslizaron en mis vaqueros y dibujaron líneas en mis puntos más sensibles. Mi corazón estaba a punto de estallar. Me quitó el pantalón y se quitó el suyo, quedándose únicamente en unos bóxeres que no podían ocultar lo que su cuerpo deseaba de mí. De nuevo oí crujir la leña y no pude evitar sonreír.

—¿Qué pasa?

—Esto... Nunca he...

Me encogí de hombros, aún sonriendo, mientras él apoyaba los brazos a derecha e izquierda de mí, hasta situar su rostro justo delante del mío.

—¿Nunca lo has hecho delante de una chimenea?

Hice un gesto negativo.

—Estas chicas de ciudad —lanzó un suspiro y negó con la cabeza.

52

Aquella vez fue distinto. Más lento, más intenso, más significativo. Investigó cada centímetro de mi cuerpo, lo reconoció con sus labios, sus dientes, su boca. Y se tomó su tiempo. Mucho tiempo. Ver sus anchos hombros entre mis rodillas aceleró los latidos de mi corazón. Deslizó la lengua con una lentitud atroz por la cara interna de mis muslos, hasta llegar a la goma de mi braguita. Se me cortó la respiración cuando retiró el último pedazo de tela que nos separaba e introdujo su lengua en mí. Enterré las manos en su pelo, gimiendo cuando aumentó la presión. Eché la cabeza hacia atrás y me contraje por dentro. Solo cuando me desplomé, pugnando por respirar, Ryan me miró de nuevo y sonrió satisfecho. Me susurró al oído cosas, cosas increíbles, y el fuego proyectaba sombras en nuestros cuerpos acalorados, que se rozaban expectantes. Cuando no aguantamos más, se puso un condón que no supe de dónde había salido tan de repente y se deslizó dentro de mí. Lenta y tiernamente. Durante unos segundos, permanecimos mirándonos, boquiabiertos.

—Eh —musitó. Su mirada rebosaba calidez, afecto.

—Eh —repetí yo, nerviosa.

¿Por qué me encontraba tan nerviosa? No era la primera vez que estábamos tan cerca. Y, sin embargo, era distinto. Me besó, moviéndose al ritmo de los besos.

—Dios, Lena —jadeó, y entrelazó su mano con la mía.

Me encantaba que pronunciase mi nombre, y en aquel momento me gustó todavía más. Aquel sonido rebosante de placer que salió de su boca pareció un ruego. Arqueé la espalda y me aferré a él, intercepté su gemido con mi boca. También esta vez encontramos el ritmo perfecto, la armonía óptima. Nuestra respiración se aceleró y, sin dejar de mirarnos, la conexión entre nosotros fue más intensa que nunca. Parpadeaba, pero resistí el impulso de cerrar los ojos. Quería verlo, verlo todo de él. Llegamos al clímax casi a la vez. Fue una sensación arrolladora; nuestros cuerpos temblaron y se estremecieron, se encorvaron y, al cabo, se relajaron. Sus brazos dejaron de sostenerlo y él se tendió sobre mí respirando pesadamente.

Después de que nuestro pulso se normalizara, Ryan cogió una manta de lana y nos tapamos con ella. Permanecimos tendidos juntos con indolencia, en silencio, frente contra frente, mirándonos a los ojos. Vi que los párpados le pesaban cada vez más, su respiración se volvió más tranquila. Cuando la leña se consumió y solo quedó una capa de carbón al rojo, me incliné sobre él.

—Quédate —musité.

Pero ya se había quedado dormido.

53

Cuando abrí los ojos, el fuego de la chimenea se había extinguido y los primeros rayos de sol entraban por la ventana. Un airecillo fresco me recorrió la piel desnuda. Busqué a tientas a Ryan, pero en su sitio no había nadie. Me incorporé adormilada e intenté ordenar mis pensamientos. Me inundaron recuerdos de aquella noche que me hicieron sonreír, ruborizarme. Con el rabillo del ojo percibí un movimiento. Ryan estaba sentado en el borde del sofá, completamente vestido, poniéndose los zapatos. El cuerpo se me tensó. Se me puso la piel de gallina en los brazos cuando nuestras miradas coincidieron. Cuando vi el vacío que reflejaban sus ojos.

—No me mires así, Lena —pidió con voz inexpresiva.

—Así ¿cómo? —inquirí con voz rasposa.

—Como si me estuviese escabullendo.

—Es que es lo que parece.

Su silencio me hizo tiritar, y me cubrí el desnudo cuerpo con la manta de lana. La temperatura en la habitación se había desplomado. Porque ya no ardía ningún fuego. Porque entre nosotros se había interpuesto una distancia fría que no era capaz de explicarme.

—Mi vuelo sale dentro de unas horas, y antes quiero ir a ver a Amy al hospital.

No me miró, y sentí en el pecho un dolor intenso.

—¿Eso es todo? ¿Te vas sin más? —Las preguntas me salieron con amargura.

Ryan suspiró.

—¿Qué esperabas? —Su penetrante mirada me pilló desprevenida —. ¿Que echara por la borda mis planes? ¿Que lo dejase todo? —Sus palabras me hicieron daño—. ¿Que tirara a la basura el billete y deshiciese la maleta solo porque...?

—¿... tenías ganas de echar un último polvo?

Se estremeció, y durante un segundo incluso a mí me sorprendió mi dureza.

—Eso no es así —repuso con asombrosa suavidad.

Solté una risa amarga.

—¿No? Entonces ¿cómo es? Explícamelo.

—No lo entiendes. —Cerró los ojos.

—¿Qué no entiendo? ¿Que te vas corriendo detrás de tu pasado? ¿Que huyes del presente? —le espeté, enfadada. Su silencio avivó mi ira—. No te hará feliz, Ryan. No te parecerá suficiente.

—No sabes lo que se siente —repuso—. No sabes lo que es trabajar toda la vida para conseguir algo. Tú no tienes nada que ames por encima de todas las cosas. Que te apasione.

Tragué saliva y noté que las lágrimas se acumulaban tras mis párpados. Para el caso, me podría haber clavado un cuchillo en el estómago. Aturdida, cogí el sujetador, que seguía junto a la chimenea. Tenía que salir de allí cuando antes. Sin decir nada, Ryan me miró mientras me ponía el pantalón y el jersey. Fue consciente de que el silencio gélido que se había instaurado entre nosotros era más insoportable con cada segundo que pasaba.

—Lena —musitó, intentando romper aquel mutismo, buscando mis ojos. Triste. Pesaroso. Con un asomo de calidez.

Cogí mi plumífero y mi bolso sin pronunciar palabra alguna y fui hacia la puerta. Durante una décima de segundo reduje el paso, porque esperaba que él me detuviera. Pero no lo hizo. Cegada por

las lágrimas, salí dando traspiés. Teniendo en cuenta cómo me temblaban las manos, no supe cómo logré introducir la llave del coche en la cerradura, cómo conseguí llegar a casa y desaparecer en mi habitación sin que nadie se diera cuenta. Solo sabía una cosa: que no podía haber sido más ingenua. Que lo nuestro nunca había sido posible. Que me odiaba por haber dejado que se acercase tanto a mí como para partirme el corazón. Porque eso precisamente era lo que había hecho.

54

—¿Texas o Nueva Jersey?

Con las cejas enarcadas, apoyada en el mostrador de recepción, vi por encima de la taza de café que Will bajaba de puntillas por la escalera. Llevaba los zapatos en la mano derecha y con la izquierda intentaba abrocharse el último botón de la camisa.

—Ni lo uno ni lo otro —repuso con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Me puedo tomar uno?

Sin esperar a que le contestara, me cogió la taza y bebió un sorbo.

—¿Italia? —pregunté sin dar crédito—. Pero si tiene por lo menos treinta años.

Su expresión pícara me hizo poner los ojos en blanco.

—¿Aquí también dais desayuno? —inquirió mientras dejaba la taza ya sin café en el bruñido mostrador.

—Solo a los que pagan.

Se estiró con ganas.

—He pagado, créeme. Incluso tres veces.

Gemí y le di unas palmaditas en la espalda.

—El desayuno lo traerán del *diner* dentro de —miré el reloj— veinte minutos. Así que si quieres desayunar tortitas con tu *principessa*, deberás tener un poco de paciencia.

—Giulia.

Alargó el nombre, complacido.

—Bueno, al menos sabes cómo se llama. Y dime, ¿dónde la pescaste?

—Estaba ayer en Olly’s con una amiga.

Abrí los ojos como platos.

—¿Os habéis... —enarqué una ceja y no supe si quería oír la respuesta— enrollado los tres ahí arriba?

Soltó una risita y negó con la cabeza.

—Su amiga se fue a casa con el entrenador de hockey de Liam. Estas italianas son bastante... abiertas.

«Green Valley, menudo antro de vicio», pensé risueña.

—Por cierto, ¿qué haces tú aquí tan temprano? —me preguntó, consultando el reloj: solo eran poco más de las siete, y en el Golden Leaf todo el mundo estaba durmiendo aún.

—Hannah tiene que ir al médico y vendrá un poco más tarde. Me ha pedido que me ocupase de la llegada de los nuevos huéspedes. —Hannah Davis trabajaba en el Golden Leaf desde principios de diciembre: era una especie de chica para todo. Nos la había recomendado la madre de Will y me había convencido no solo su dilatada experiencia en el sector hotelero, sino también lo amable y tranquila que era—. Solo hombres, por desgracia —añadí, exagerando mi pesar.

Will fingió sentir una gran decepción.

—Pero no te preocupes —continué—. Algo me dice que, pese a todo, no pasarás la Nochevieja solo.

—Cierto, porque la pasaré contigo. —Me puso el dedo índice en la frente—. Y con Izzy.

Era verdad.

—No sé... Mi última fiesta en el Olly’s terminó fatal.

—Frank Keen sigue viviendo del recuerdo.

Fui a pellizcarlo, pero Will me esquivó mientras se reía.

—Mujer, si de eso hace siglos. Ya nadie se acuerda.

Dos meses. Prácticamente. Los recuerdos me asaltaron, haciendo que a la superficie aflorasen sentimientos que había relegado al último rincón de mi corazón.

—Ayer estuve hablando con Coop por Skype —me contó el *sheriff*, como si me hubiera leído el pensamiento. Oír mencionar su nombre seguía haciéndome estremecer—. Ahora está en Italia, en Cortino algo.

Yo ya sabía que Ryan estaba en Italia. También sabía que «Cortino algo» era Cortina d'Ampezzo. Que antes había estado en Val d'Isère y dentro de unos días se iría a Eslovenia. Sabía que Madison había ganado tres pruebas seguidas y había quedado dos veces segunda, que lideraba el Campeonato del Mundo con una gran ventaja y que había sufrido una distensión mientras entrenaba. Pero no dije nada. Era mi secretillo, que guardaba en la caja fuerte de mi corazón.

—No sé, pero no me pareció muy feliz —observó Will.

Sentí el peso de su afirmación y me alegré de que en aquel preciso instante llamaran a la puerta. Y es que, si había algo que no quería, era hablar de Ryan y su felicidad. No después de que saliera de mi vida de la manera más brutal posible, después de que no se hubiera puesto en contacto conmigo ni una sola vez en cuatro semanas. Ni un mensaje, ni una llamada. Nada. Tuve que hacer un gran esfuerzo para apartar de mí las imágenes de nuestro último encuentro, reprimir el recuerdo de sus caricias y sus besos. Agradecí que llamaran de nuevo.

—Ha llegado el desayuno —me limité a decir.

55

—¡Pues claro que vas a ir!

Aunque Lara había utilizado su tono de ordeno y mando, no pude evitar sonreír. Tenía la cabeza llena de enormes rulos y en la cara restos de una mascarilla de aguacate, gran parte de la cual había quedado inmortalizada en los hombros de su albornoz blanco.

—Es que no me apetece salir de fiesta —objeté.

—¡Es Nochevieja, Lena!

—No estoy en Berlín —refunfuñé—. Aquí no hay mil fiestas a las que ir.

—Con una basta.

De pronto me arrepentí de haber mencionado la fiesta de Nochevieja que se iba a celebrar en Olly's.

—De todas formas, la mía se ha ido a la porra, porque tendré que pasarla con tu puñetero exnovio. Como ahora me digas que te vas a quedar en casa de bajón por culpa de Ryan, no tendré ni un segundo de diversión.

—No estoy de bajón.

—Claro que lo estás. Y por eso te vas a poner de punta en blanco ahora mismo y vas a buscarte a alguien que te distraiga.

Malhumorada, farfullé para mis adentros:

—Pero no tengo nada que ponerme.

Lara resopló.

—Venga ya, la excusa más vieja del mundo. Enséñame tu armario, yo te elijo algo.

Llevé de mala gana el portátil hasta el armario y abrí las puertas. Fuimos percha por percha hasta que llegué a un vestido con la falda de vuelo que me había comprado en Denver en rebajas, consciente de que posiblemente no me lo pusiera nunca porque era bastante corto y escotado.

—Ese es perfecto —exclamó Lara con tal euforia que los rulos se le movieron.

—La fiesta es en un bar deportivo.

Observé el vestido sin terminar de decidirme.

—Es Nochevieja. Si no te lo puedes poner hoy, ¿cuándo?

En eso tenía razón, aunque no le dejaría pasar por tercera vez el argumento «es Nochevieja».

—¿Tienes ahí los botines negros? ¿Los de ante?

Asentí.

—Le irían genial.

Una vez más tenía que darle la razón. Aquellos botines de ante le darían un toque informal al elegante vestido; además, pegaban con la época del año.

—Y déjate el pelo rizado. Te sienta mucho mejor.

Entorné los ojos.

—Eso no me lo habías dicho nunca.

—Claro que sí.

Era imposible que supiera lo que desencadenaron en mí esas palabras. Que me catapultaron a un recuerdo muy lejano. «Creo que a partir de ahora te llamaré Curly.»

—Bueno, ¿qué me dices? —La pregunta me arrancó del trance—. ¿Fiesta?

Resoplé.

—Está bien.

Seguí el consejo de Lara y me mimé con un programa de belleza completo. Después de aplicarme una mascarilla en el pelo y rasurarme en condiciones, me embadurné de mi nueva loción corporal preferida, la de Bath & Body Works, y me puse el vestido negro, medias y los botines. Me hice la raya en los ojos, añadí un poco de sombra y me pinté los labios de rojo fresa. Dejé que el pelo se me secara al aire, con lo que me caía por los hombros en ondas naturales. Me miré en el espejo y asentí satisfecha antes de bajar, de bastante mejor humor.

Los Cooper habían planeado una gran cena de Nochevieja con dos familias de amigos, y la casa olía a enchiladas y quesadillas. Del salón salían risas animadas y en la cocina oía hablar a Jack y Amy.

—Me voy con Izzy a...

No pude terminar la frase, pues clavé la vista en el portátil que estaba en la mesa de la cocina. El rostro que me miraba parecía tan sorprendido y desconcertado como yo. Incapaz de pronunciar palabra, me quedé congelada en el umbral e intenté controlar mi acelerada respiración.

—Oh, Lena —me saludó alegremente Jack, que estaba junto a Amy delante del ordenador—. Estamos hablando con Ryan por Skype. Donde está él ya es 2019. —Me miró con expresión expectante—. ¿No opinas que debería darle vergüenza estar tan moreno? A mí no me parece que esté trabajando mucho...

La voz de Jack me llegó como amortiguada. Veía aturdida cómo se movían sus labios y dibujaban una sonrisa. Miré la pantalla de nuevo, sin poder hablar, sin poder moverme. Empecé a absorber cada detalle como si estuviese en trance. La expresión de sorpresa de sus ojos, la ligera quemadura de sol en la nariz, la barba de tres días, la lámpara de la mesita de noche detrás, a su derecha la silla

con su plumífero. Solo el sonido de mi móvil logró devolverme al ahora. Lo saqué del bolso y vi en la pantalla que era Izzy.

Ya estoy aquí. ¿Sales?

—Me... tengo que ir —balbucí—. Ya está Izzy.

Sin esperar a que me contestaran, me di la vuelta y fui a buen paso hacia la puerta. Antes de que se cerrara oí un «pásatelo bien».

56

El Olly's estaba lleno hasta los topes, como si medio Green Valley se hubiese decidido a empezar el nuevo año en el bar. Sin embargo, aquel día los deportes no eran los protagonistas. En las pantallas de las paredes había transmisiones en directo del espectáculo del descenso de la bola en Times Square y por los altavoces salían sonidos festivos. Una guirnalda brillante en la que ponía *HAPPY NEW YEAR* cruzaba en diagonal el espacio y del techo colgaban espumillones y brillantes globos plateados. La gente se apiñaba en la provisional pista de baile con sombreritos de papel en la cabeza y serpentinas en el cuello.

—Vaya —dije espontáneamente mientras Izzy se quitaba el abrigo y buscaba una percha libre en el guardarropa lleno a reborsar.

Llevaba una minifalda y un top ajustado con botas recias. Se había recogido las largas rastas en un refinado moño bajo que dejaba a la vista su esbelto cuello. Una raya perfecta resaltaba sus luminosos ojos azules. Estaba fantástica.

—Y espero que tú —me miró de arriba abajo— tengas licencia de armas para ese vestido.

—¿Alguien ha dicho «armas»? —preguntó Will detrás de nosotras.

Vino a nuestro encuentro abriéndose paso entre el gentío con dificultad, levantando el botellín de cerveza para no derramar nada. Llevaba unas gafas de fiesta doradas con el número 2019 y por encima del cuello de la camisa vi restos corridos de pintalabios en

dos colores. Todo un logro, teniendo en cuenta que ni siquiera eran las once.

—Vale —musitó despacio, mientras me miraba—. Esto explica algunas cosas.

Iba a contestar algo, pero sus ojos ya no me escudriñaban a mí. Observaba a Izzy con una mezcla de asombro y curiosidad, y se quedó unos segundos de más mirándole el escote.

—Estás... —empezó, pero no dijo más. Se apresuró a beber un sorbo de cerveza—. Hola.

—Hola —repuso ella, imperturbable, y saludó con la mano a su hermano, que en aquel momento estaba deslizando unos vasos por la barra. ¿Acaso no había visto la reacción de Will? Miré varias veces a ambos con aire pensativo—. Vamos a beber algo. —Tiró de mí hacia la barra y desapareció tras ella—. ¿Moscow Mule? —me preguntó con una sonrisa cómplice.

—¿Desde cuándo...?

—Solo hoy y solo para ti. He convencido a mi hermano de que comprara unos botellines de cerveza de jengibre.

En aquel momento me habría gustado abrazarla. Mis labios formaron un «gracias» conmovido. Nos quedamos un rato con Olly en la barra y comimos cacahuetes y patatas fritas. Después nos fuimos a la pista y, en un abrir y cerrar de ojos, volvimos a vernos en medio de una alegre multitud. Izzy se puso a bailar con un tipo de pelo oscuro con piercings al que yo no había visto nunca y, cuando sonó *Despacito*, unas manos calientes y fuertes me rodearon la cintura. Los recuerdos me asaltaron, y durante unos segundos me imaginé que Ryan estaba detrás de mí y pegaba su cuerpo al mío. Cuando me volví, el que me sonrió, como era de esperar, fue un rostro desconocido. Un chico rubio con una sonrisa dulce. Justo

cuando iba a abrir la boca, Will apareció a nuestro lado y le dio a entender con un gesto inequívoco que se largara, y deprisa.

—¡Oye! —protesté.

—Ese tío casi se te cae en el escote.

Le lancé una mirada asesina.

—Eso a ti no te incumbe.

—A mí no, pero le he prometido a Coop que no te perdería de vista.

—¡¿Qué?! —exclamé, subiendo tanto la voz que Izzy me miró.

Will se encogió de hombros por toda respuesta y se bebió lo que le quedaba de cerveza de un trago.

—Me llamó antes expresamente para eso.

Me quedé mirándolo sin dar crédito. Sus palabras revolotearon en mi cabeza, y de pronto todo me daba vueltas. Sacudiendo la cabeza, dejé la pista de baile para salir fuera. Un aire gélido me recorrió la piel desnuda. Pugnaba por respirar. Aquella desagradable sensación en el estómago había vuelto. La rabia, el anhelo, el vacío. Aunque todo en mí se oponía a ello, saqué el móvil del bolsillo y busqué un número que no marcaba desde lo que me parecía una eternidad. Lo cogió después de que sonara por segunda vez.

—¿Lena?

Tuve que coger aire con fuerza.

—Lena, ¿va todo bien?

Se me saltaron las lágrimas, y al mismo tiempo una dicha absoluta me recorrió el cuerpo. Cuánto echaba de menos aquella voz. Y a la vez sentía una rabia inmensa en el estómago.

—¿Se puede saber a qué demonios viene esto? —le espeté.

No dijo nada.

—¡No le puedes pedir a Will que me haga de niñera!

—Pues haberte puesto otro vestido.

Cerré los ojos, luchando contra las lágrimas. Durante unos segundos ninguno de los dos habló.

—Eso no es asunto tuyo, Ryan. No es de tu incumbencia.

Las palabras me salieron con una voz quebradiza. Y profundamente triste. Colgué y me quedé mirando la pantalla. De pronto me arrolló una ira indescriptible. ¿Cómo se atrevía? No había sabido nada de él durante semanas. Ni un mensaje, ni un correo electrónico, ni una llamada. Nada. Sencillamente había desaparecido de mi vida, se había largado. Y ahora ¿esto? Y ¿por qué demonios ya no había teléfonos que pudieran colgarse haciendo ruido, cuyo cable se pudiese arrancar si a uno le apetecía? En un intento ridículo de calmar el cabreo que tenía, lancé el iPhone con furia a la nieve.

Escasos segundos después una mano apareció en mi campo visual, velado por las lágrimas. Izzy limpió mi teléfono con la manga y me dio mi plumífero.

—Toma. O mañana tendrás pulmonía aparte de la resaca.

—¿Por qué hace esto? —inquirí enfadada, mientras me ponía el abrigo y tiraba nerviosamente de la cremallera.

—Porque te ha visto con ese vestido y de repente no ha podido soportar la idea de que pueda haber alguien que te lo quite esta noche —contestó, y exhaló un suspiro.

—Pero no tiene ningún derecho —gruñí—. Cuando por fin consigo no pensar en él las veinticuatro horas del día, va y se lo carga todo con una puñetera llamada.

—En realidad lo has llamado tú.

La miré mal.

—Y estoy bastante segura —miró un momento el reloj y sonrió— de que lo has despertado.

Cierto, la diferencia horaria. Si todavía estaba en Italia, debían ser las siete y media de la mañana, más o menos. Así que mucho no

había dormido, teniendo en cuenta que hacía escasas horas había estado hablando por Skype con los Cooper. ¿Habría celebrado la Nochevieja con Madison?

—Will tendría que habérselo callado. Estaba claro que te ibas a subir por las paredes si te enterabas.

—Hablando de Will, ¿dónde está? Dentro de diez minutos darán las doce.

—A saber. Con alguien —repuso ella, y exhaló otro suspiro a la noche estrellada.

—Dime, ¿cómo lo consigues? —le pregunté, resignada—. Yo me vuelvo loca solo de pensar que Ryan podría estar con ella... —Cabeceé—. Y tú lo tienes todo siempre delante de las narices. Los polvos de una noche y ese tonteo continuo.

—¿Qué quieres que haga? —bufó—. Él es así, siempre lo ha sido.

—Amargarle la vida. Decirle lo que se pierde.

Detrás de nosotras la puerta se abrió. Salieron música alta y voces.

—Hombre, conque aquí estáis —dijo Will, y vino hacia nosotras haciendo alguna que otra ese. En su vaso tintineaban cubitos de hielo—. ¿Habéis visto a Giulia?

Clavé la vista en Izzy, que hizo como si se parara a pensar. Y entonces pasó algo que me dejó con la boca completamente abierta. Fue hacia Will, le quitó el vaso y se bebió de un trago lo que quedaba. Luego lo agarró con las dos manos por el cuello de la camisa, tiró de él y lo besó. Larga, intensamente. Casi se me salieron los ojos de las órbitas.

—No —contestó a su pregunta cuando se separó de él.

Completamente perplejos, Will y yo vimos que Izzy desaparecía por la puerta cuando dentro daba comienzo la cuenta atrás.

57

Ya había amanecido cuando entré en casa de los Cooper y, para mi sorpresa, todavía —o ya— había luz en el salón. Olly me había dicho que podía dormir en el sofá de su casa, pero quería despertarme en mi cama el día de Año Nuevo. Además, pensé que el aire fresco me vendría bien para el dolor de cabeza que tenía. No había sido así. Lo que pasó fue que se me congelaron los pies y me cargué los botines de ante.

Cuando cerré la puerta, oí un llanto suave de bebé. Amy estaba en el sofá, en pijama, dándole el pecho a Noah. Me desagradó un poco irrumpir en un momento tan íntimo, tanto más cuanto que en aquel momento yo era justo el polo opuesto a un bebé y su delicado olor. Después de haberme pasado media noche bailando en el Olly's, tenía que apestar por fuerza a una desagradable mezcla de alcohol, humo, fritura y sudor.

—Feliz año nuevo —me felicitó Amy mientras el pequeño mamaba como si estuviese muerto de hambre. A su sonrisa cansada siguió un gran bostezo—. Perdona, ha sido una noche corta. ¿Qué tal ha estado la fiesta? ¿Te lo has pasado bien?

«He llamado a Ryan e Izzy ha besado a Will.»

—Sí —afirmé risueña, y me senté frente a ella en el sillón.

Amy miró a Noah, acariciándole con amor la rosada mejilla. Una manita salió disparada hacia arriba y se aferró ciegamente a sus dedos. Atribuí al alcohol y al sentimentalismo propio de Año Nuevo que de repente los ojos se me humedecieran.

—Jack se preocupó un poco cuando ayer te fuiste tan precipitadamente. Cree que echas de menos tu casa. —Me observó con expresión expectante—. Pero eso es una bobada. —Esbozó una sonrisa empática cuando nuestras miradas coincidieron—. Tengo ojos en la cara, Lena. Los he tenido todo este tiempo, dicho sea de paso.

No. No. No estaba preparada para mantener esta conversación. Ni ahora ni quizá nunca. Reproches y palabras de decepción me darían el golpe de gracia. En un momento teatral me vi sentada en un avión rumbo a casa.

—No sé qué ha pasado exactamente entre Ryan y tú, pero creo que es una pena que hayáis llegado a esto.

La miré con cara de desconcierto. ¿Había entendido bien lo que me acababa de decir? ¿O me estaban jugando una mala pasada mis trasnochadas entendederas y lo había traducido mal todo? A un idioma que solo entendía mi corazón.

—Le has hecho bien. Desde que empezasteis a trabajar juntos en el Leaf, ha cambiado por completo. Estaba tan relajado y tan distendido..., tan satisfecho...

Bajé la mirada.

—Con Madison nunca estuvo así.

La contemplé con expresión de sorpresa.

—No me malinterpretes. Madison me caía bien, los dos hacían muy buena pareja. Pero —hizo un gesto negativo con la cabeza apenas perceptible— lo que los unía era única y exclusivamente el esquí. La competición. Se motivaban e impulsaban mutuamente. —Hizo una pausa y miró risueña a Noah, que hacía ruiditos—. Seguro que también había amor, pero... Era el deporte lo que los mantenía juntos. Y cuando este dejó de existir... —No terminó la frase.

—Pese a todo ahora está con ella —aduje con sobriedad.

Ella profirió un suspiro.

—Se acabará dando cuenta de que persigue a un fantasma.

Durante un segundo me pregunté si se refería a Madison o al esquí. Permanecimos un rato en silencio. Para entonces Noah se había quedado dormido en brazos de Amy y dormitaba apaciblemente.

—Vámonos a la cama, anda —musitó.

Asentí y me levanté pesadamente del sillón.

—Feliz año, Lena.

—Feliz año, Amy.

Cuando me acosté, el sol ya estaba saliendo. En Alemania ahora era mediodía. ¿Estaría comiendo ya mi familia? ¿Habría dormido la mona Lara? Le envié un audio corto antes de apagar la luz. Me contestó escasos segundos después con una instantánea en la que se veía a nuestra pandilla, incluido Tim, comiendo *raclette* en su piso. Para mi sorpresa, no sentí ninguna nostalgia de la vida que tenía en Berlín. Echaba de menos a Lara, pero en Green Valley no estaba sola. Aquí tenía una familia, tenía amigos que —aunque últimamente se besaran— me acompañaban. Que se encargarían de que los ocho meses que me quedaban fueran estupendos aunque Ryan no estuviese. Y gracias al trabajo que desempeñaba en el Leaf, por primera vez empezaba un año con la grata sensación de haber encontrado algo que me divertía de verdad, que me llenaba. Por fin tenía una idea de lo que quería hacer con mi vida, y haría todo lo que estuviese en mi mano para que no acabara siendo un punto carente de importancia en una lista de propósitos de Año Nuevo.

58

Las semanas que siguieron a Nochevieja pasaron volando. Llevé a la práctica mis buenos propósitos y, puesto que debía ser consecuente, dejé de seguir en internet el recorrido de Ryan por Europa. La fulminante serie de victorias de Madison —ganaba una competición tras otra y era la líder indiscutida del Campeonato del Mundo— resultaba algo que me costaba obviar, pero cambiaba de canal cuando aparecía su cara y ya no analizaba cada una de sus publicaciones en Instagram. En lugar de ello, me concentré por completo en Liam y en el pequeño Noah, que era una auténtica monada. Con sus bonitos mofletes y sus piernecitas regordetas, no se parecía en nada a su delicada madre, y a veces me fascinaba la facilidad con que Amy lo llevaba incesantemente acomodado en la cadera. Siempre que podía echaba una mano en el Golden Leaf, ayudando a Hannah con las consultas relativas a las reservas, ocupándome de los huéspedes que llegaban y optimizando la página web con ayuda de mi hermano. Este también se encargaba desde hacía algún tiempo de la web de nuestra correduría de seguros y me daba útiles consejos a distancia, cosa que no se le escapaba a mi padre, que mostraba un sorprendente interés en nuestras conversaciones telefónicas. Parecía alegrarse de verdad de que hubiese encontrado algo que me motivara tanto, hasta el punto de que sacrificase gran parte de mi tiempo libre, aunque no se cansara de repetir que el sector hotelero era muy competitivo y estaba muy mal pagado. Pese a ello, me atuve a mis planes y me informé sobre

carreras y ciclos formativos en hostelería. Además, le pregunté a la madre de Will cuáles eran los requisitos para hacer prácticas en el Sebastian. Por mucho que le tuviera cariño al Golden Leaf, sabía que trabajar en un hotel de cinco estrellas me permitiría adquirir experiencias y conocimientos completamente nuevos.

Los fines de semana cada vez me llamaban más las pistas de esquí. En diciembre había hecho un curso con una compañera de Izzy, y ahora ya me mantenía con relativa seguridad sobre los esquís. Aunque Will se había ofrecido a darme clases, había aprendido la lección del pasado y había rehusado. Los tres pasábamos mucho tiempo en la cabaña de los Albright, que para mí casi era un segundo hogar en Colorado. Me encantaban aquellos findes en los que hacíamos caminatas por la nieve o snowrafting o incordiábamos en la pista de trineos. En los que engullíamos un montón de comida basura y celebrábamos tardes de juegos y una maratón de series tras otra.

Para mi sorpresa, después del beso de Nochevieja, la relación entre Izzy y Will no había cambiado ni lo más mínimo, lo cual se debía, con toda seguridad, a que no habían hablado de ello. Una pequeña parte de mí sentía alivio de que todo siguiera como antes, ya que no sabía si habría soportado otro cambio de esa magnitud.

A finales de enero, Lara recibió la confirmación por parte de Burberry para hacer unas prácticas en marketing en Londres, con lo cual, por un lado, se cumplió su mayor deseo, pero, por otro, nuestros planes de viaje se vieron repentinamente truncados. Y es que, en realidad, tenía pensado venir a verme dos semanas en primavera. Ya habíamos mirado vuelos baratos y habíamos planeado ir a parques nacionales. Después a Lara se le ocurrió que podíamos pasar cinco días en Nueva York antes de que empezara las prácticas para celebrar juntas mi vigesimoprimer cumpleaños. Puesto que de

todas formas yo todavía no había cogido vacaciones, Amy y Jack se mostraron de acuerdo de inmediato. A lo largo de aquellos últimos meses, además, había ahorrado bastante dinero: la vida en las Montañas Rocosas no incitaba precisamente a consumir.

—No me puedo creer que vayas a ir a Nueva York —refunfuñó Izzy mientras estaba tirada en mi cama, mirándome mientras yo metía jerséis y pantalones vaqueros en la maleta.

—Y yo no me puedo creer que tú no hayas ido nunca. A ver, que son menos de cuatro horas de vuelo desde Denver.

—Bah. —Torció el gesto—. Demasiadas personas y demasiadas pocas montañas.

Me reí. Ciertamente Izzy pegaba tan poco en la Gran Manzana como Lara en Green Valley. «Aunque habría sido de lo más interesante dejar que chocaran», pensé con una sonrisilla.

—¿Estás segura de que no quieres que te lleve al aeropuerto?

—No me importa coger el autobús. La última vez dormí casi durante todo el trayecto.

De pronto me asaltaron recuerdos. Mi iPhone que no funcionaba, el Mountain Express, Ted, la casa de los Cooper, Ryan. Ryan, Ryan, Ryan. Sacudí la cabeza hasta que las imágenes se desvanecieron.

—Espero que no te roben.

Puse los ojos en blanco.

—Nueva York es peligroso —objetó ella, y se tumbó bocabajo.

—En comparación con Green Valley todo es peligroso —le tomé el pelo mientras echaba a la maleta calcetines y ropa interior—. Al fin y al cabo, nadie puede medirse con nuestro *sheriff*.

Mi amiga me lanzó un cojín.

—Hablando de...: ¿no crees que el fin de semana sería un buen momento para sacar por fin el tema del beso que os disteis? Os vais

a ir solos a las montañas. —Esbocé una sonrisa exageradamente almibarada—. Chimenea, jacuzzi...

—Antes de que aparecieses tú, siempre estábamos los dos solos —me interrumpió—. No es nada del otro mundo. Además, ya te he dicho que ese beso no significó nada. —Por lo visto me notó que no la creía, y añadió—: Ni para él ni para mí.

Exhalé un suspiro de decepción.

—Y hablando de... —me imitó—, ¿has vuelto a saber algo de nuestro rompecorazones?

Sacudí la cabeza con excesiva indiferencia. Desde Nochevieja no había vuelto a saber nada de Ryan, y lo entendía, teniendo en cuenta cómo lo había increpado. Lo entendía «la mayor parte del tiempo», me corregí para mis adentros. El resto soñaba con que me bombardease a mensajes y llamadas. Con que quisiera saber cómo me iba, qué hacía y cómo pasaba mis noches. Con tener la oportunidad de contarle que era capaz de bajar por una pista de esquí sin caerme cada cinco metros, que no utilizaba la plancha del pelo desde hacía meses, que había ido a ver un partido de los Broncos y que me había comido sus Froot Loops. Que cada vez pensaba más a menudo en cómo sería trabajar en un hotel, e incluso había hablado del tema con mis padres.

—Ya verás cómo da señales de vida en tu cumpleaños, como muy tarde.

Me encogí de hombros. Esta vez fue una reacción sincera. No tenía ni idea de si Ryan sabía tan siquiera que dentro de unos pocos días cumplía veintiún años. Absorta en mis pensamientos, cerré la maleta y pasé por alto la advertencia de Izzy de que comprara espray de pimienta.

59

Cuando abracé a Lara en el aeropuerto JFK, fue como si en lugar de seis meses hiciera solo seis días que no la veía. No había cambiado nada. Seguía teniendo el pelo castaño y seguía oliendo a Lady Million, de Paco Rabanne. Nuestros días en Nueva York pasaron volando, y nada pudo enturbiar la alegría que nos produjo volver a vernos, ni el intenso frío ni el hostal venido a menos, que hizo que me arrepintiese de no haber seguido el consejo de Izzy del espray de pimienta. Redujimos el programa turístico al mínimo y pasamos mucho tiempo visitando modernos cafés neoyorquinos, buscando la mejor tarta de queso y recuperando conversaciones que se nos habían escapado a lo largo de aquellos últimos meses. Me habló de los planes que tenía para Londres, las prácticas en Burberry y su nuevo compañero de piso, con el que no compartía únicamente el cuarto de baño, y yo le hablé de mis planes de futuro, con los que se mostró entusiasmada. Aunque para entonces Izzy y Will eran grandes amigos, sentía que a Lara me unía una confianza de décadas.

Celebramos mi cumpleaños en un bar de Midtown. Según no sé qué instagramer era uno de los *rooftop bars* más de moda de Nueva York. Que tuviésemos que abrirnos paso hasta la barra y tuviéramos que apretujarnos las dos en un taburete decía que no le faltaba razón. El sitio estaba hasta los topes. Camareros que parecían estresados agitaban en el aire cocteleras en un abrir y cerrar de ojos antes neoyorquinos que parecían igual de estresados, que estiraban

el cuello entre el gentío o hacían señales con la mano para llamar la atención. Era un bar ruidoso, febril, sofocante.

—¿Hay algo más genial que celebrar un cumpleaños en Nueva York? —exclamó alegremente Lara, y acentuó tanto «Nueva York» que el tipo que teníamos al lado puso los ojos en blanco.

Extasiada, bebía sorbitos de su daiquiri de mango amarillo chillón y contemplaba con fascinación las centelleantes luces del *skyline* neoyorquino, que se perfilaba imponente tras las ventanas panorámicas y —por lo menos durante unos segundos— permitía olvidar que allí un cóctel del tamaño de un tubo de ensayo valía lo mismo que un menú de tres platos en Green Valley.

—No —respondí.

Pero la música engulló mi voz. Que me salió demasiado baja. Y —tuve que admitir— demasiado poco entusiasta. Y es que, aunque Nueva York sencillamente era impresionante y Lara había hecho todo lo posible por regalarme un cumpleaños único, tenía la sensación de que me faltaba algo esencial. De que me faltaban personas de las que me había encariñado a lo largo de aquellos últimos seis meses. Echaba de menos a los Cooper, echaba de menos a Izzy y a Will, echaba de menos incluso el Olly's. No era la primera vez que me sentía así desde que había puesto un pie en Nueva York. Aunque me fascinaba aquella ciudad increíble y sus excelencias, aunque era muy feliz por tener a mi lado a mi mejor amiga, me había sorprendido echando de menos el apacible silencio de las Rocosas. Aquí todo me parecía demasiado ruidoso: el zumbido de las barredoras, los cláxones de los coches, los taxistas que charlaban entre sí bajando la ventanilla, las permanentes sirenas. Además, el lugar estaba lleno a más no poder. Había gente por todas partes. En las calles, en los coches, tras las ventanas, en andamios, en carteles publicitarios. ¿Cómo era posible que todo me pareciese limitado y restringido en

una metrópoli que tenía millones de habitantes? ¿Que tuviese la sensación de ver hormigón cada dos metros y echase en falta la vastedad de Colorado? Observaba con melancolía a Lara, que movía la cabeza al ritmo de la música con una sonrisa de satisfacción en los labios. Aunque sabía que podíamos hablar de todo y siempre éramos sinceras la una con la otra, en aquel momento supe que no me entendería. Que no entendería por qué deseaba estar en un pueblucho de mala muerte perdido en el quinto pino en lugar de en la ciudad más emocionante del mundo.

Me vibró el móvil. Miré el reloj, sorprendida. Había recibido felicitaciones, audios y vídeos de familiares y amigos de Berlín durante todo el día, pero ahora en Alemania eran las seis de la mañana. Mi cumpleaños había terminado hacía tiempo. Me saqué el teléfono del bolsillo y durante un instante dejé de respirar.

Happy birthday...

Mis ojos recorrieron la pantalla, buscaron, analizaron, parpadearon. *«Happy birthday...»* Dos palabras, trece letras, puntos suspensivos. Nada más. El mensaje más corto que había recibido. Y, a pesar de todo, el corazón casi me dio un vuelco. ¿Le habrían dicho los Cooper que era mi cumpleaños? ¿O Will? No recordaba habérselo mencionado yo misma. Clavé de nuevo la vista en la pantalla. Larga, minuciosamente.

—Contéstale, anda.

Levanté la vista. Lara me había pillado.

—Porque es de él, ¿no?

Hice un gesto afirmativo.

—No hace ninguna pregunta. —Mi amiga entornó los ojos y le planté el móvil delante de las narices—. Si quisiera una respuesta, habría hecho una pregunta.

—Cierto, podría haber puesto un signo de interrogación detrás del *«Happy birthday»* —se mofó.

—Al menos podría haber preguntado cómo estoy. Algo.

Lara bebió un sorbo de su cóctel.

—Podría, sí. Pero lo más probable es que te hubieras cabreado a lo bestia. Como en Nochevieja.

Abrí la boca, pero la volví a cerrar.

—Vale, no quieres escribirle, lo entiendo. Entonces dejémosle claro de otra manera que ahora mismo te lo estás pasando en grande. Sin él.

Esbozó una sonrisa cómplice y, antes de que me diera cuenta, me había quitado el móvil.

—¡Eh! —protesté.

—A ver —farfulló, deslizando el dedo por la pantalla—. Mmm, sí, esta está bien... O no, quizá mejor...

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Quise recuperar el teléfono, en vano.

—¡Esta! —exclamó, por fin satisfecha.

Cogí mi teléfono.

—¿Le has enviado una foto? ¿Te has vuelto loca?

Sonrió con socarronería.

—Una en la que estás cañón.

Antes de que me inclinara sobre la mesa para estrangularla, miré otra vez la pantalla. Parte de la tensión que sentía se borró un tanto de mi cara al constatar que el selfi ciertamente no era malo. Lo había hecho mientras esperábamos a que nos sirvieran las bebidas. Era una instantánea en la que ponía morritos con mi boca rojo fresa, el pelo me caía en brillantes ondas por los hombros y, de fondo, se veía el inconfundible *skyline* de Nueva York. El móvil me vibró.

¿Y? ¿Puede competir?

En mis labios se dibujó una sonrisa pequeña, apenas perceptible. De pronto recordé la caminata que hicimos juntos. Me vi boquiabierta en la cima; a mis pies un mundo desconocido, nuevo. Entonces le dije que posiblemente ningún *rooftop bar* del mundo pudiera competir con aquellas vistas.

—Parece que la foto le ha gustado —comentó Lara, visiblemente encantada.

Escribí «No» y añadí una carita sonriente. Después de enviar el mensaje, me dio rabia no haber hecho yo tampoco una pregunta. Miré descontenta el teléfono, que ahora permanecía en silencio.

—No me digas que tú tampoco has hecho una pregunta —me tomó el pelo mi amiga, y bebió un poco más.

La fulminé con la mirada y mascullé algo ininteligible. Los siguientes minutos se me hicieron largos y pesados. Ryan no contestó. Apesadumbrada, me metí el móvil en el bolsillo y me obligué a sonreír como si no pasara nada.

—Bueno, ¿adónde vamos ahora?

Disfrutamos de la vida nocturna neoyorquina hasta las tres de la mañana, dejándonos una pequeña fortuna en cócteles y copas. No logré dejar de pensar en Ryan. Ni cuando estábamos bailando en aquel bar cubano ni cuando comíamos crónuts grasientos en un *diner* del SoHo ni cuando cogimos un taxi para volver al hostal ni cuando estaba en la cama y oía la respiración profunda y regular de Lara. Por más que lo intentaba, no podía dejar de pensar en él, en su mensaje, en sus palabras. A las 3.35 cogí por última vez el móvil de la mesita de noche y miré la pantalla. Al final acabé durmiéndome.

60

La semana que siguió a Nueva York eché una mano prácticamente todos los días en el Golden Leaf porque Hannah se había torcido una rodilla esquiando y con la férula le costaba subir la escalera. La gran demanda que había tenido el B&B había disminuido un tanto. Apenas nevaba ya, y la temporada de esquí poco a poco tendía a su fin. Según Amy, a pescadores, senderistas y ciclistas de montaña no se los esperaba hasta abril. Después de que el jueves por la mañana se quedaran libres tres habitaciones, un escritor de novelas policiacas de Boston que prácticamente solo se dejaba ver a la hora del desayuno era el único huésped que teníamos.

—La Oak se ha quedado libre. ¿Te importa quitar las sábanas y coger las toallas? —Hannah dio la vuelta al mostrador de recepción cojeando y se dejó caer en la silla de despacho de piel gimiendo de dolor.

—Claro que no.

Había sido idea mía dar a las habitaciones nombres de árboles autóctonos de las Montañas Rocosas. Amy y Jack se mostraron conformes en el acto e incluso me dejaron elegir los nombres a mí. En lugar de números de latón, ahora de las puertas colgaban bonitos letreros de madera tallados con los nombres Maple, Willow, Aspen y Oak.

La habitación Oak era la primera de la izquierda. Entré sin llamar y lancé un grito estridente. En la cama había un hombre desnudo que, gracias a Dios, se hallaba bastante enredado en las sábanas. Cuando

se asustó, pero poco a poco levantó la cabeza de la almohada, no di crédito a lo que estaba viendo.

—Will —dije enfadada, y proferí un bufido.

Una sonrisa adormilada asomó a su rostro.

—Buenos días.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo aquí?

Se restregó los ojos y miró un instante hacia el otro lado de la cama.

—Dejó la habitación hace más de una hora —refunfuñé.

—Mmm —farfulló.

—Joder, Will. —Sacudí la cabeza—. Te comportas como un adolescente.

Hizo ademán de incorporarse.

—¡No! —lo paré, tapándome la cara con la mano.

—No seas tan mojigata, Lena.

—No tiene nada que ver con la mojigatería que me enfade que cada día te líes con una tía distinta desde... —me detuve y entorné los ojos— Nochevieja.

Lo miré con cara de sorpresa, pero él guardó silencio y clavó la vista en algún punto de la pared.

—Desde que Izzy te besó.

—Menuda chorrada —gruñó.

—Es algo que te supera —constaté, casi complacida.

Will resopló.

—Solo fue un... beso de Año Nuevo. Entre... amigos.

—Con lengua.

Su expresión ya desabrida se volvió sombría.

—No significó nada.

—No te creo, *sheriff* Albright —dije con una sonrisa—. En absoluto.

La mandíbula se le tensó.

—¿No tienes nada que hacer?

—Sí —contesté, y me acerqué a la cama—. Tengo que quitar las sábanas.

Le tiré del edredón con visible regocijo. En ese mismo instante Hannah me llamó.

—Vete, ya lo hago yo —se ofreció él—. Mi ropa debe de estar por aquí.

—También las toallas del cuarto de baño, por favor —pedí con zalamería, y me fui.

—Si a cambio me das de desayunar.

Risueña, empecé a bajar la escalera, pero no llegué muy lejos, ya que en el segundo en el que vi la mochila que estaba junto al mostrador de recepción supe por qué me había llamado Hannah.

61

—Hola —me saludó con una sonrisa apenas insinuada.

Volver a verlo tan inesperadamente me descolocó por completo. Durante un instante me olvidé de respirar; me quedé mirándolo, absorbiendo cada detalle. Su pelo, que llevaba algo más largo de como lo recordaba; la piel morena; la barba de tres días; los ojos verdes, que me atravesaron.

—Hola —repuse con torpeza.

Algo en mí seguía negándose a creer que de verdad estaba ahí. Que no era una broma que estuviera gastándome mi cerebro. Durante uno o dos segundos reinó un silencio opresivo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

No contestó en el acto, y a mí me costó sostenerle la penetrante mirada.

—No...

De pronto oí pasos detrás de mí.

—He quitado las sábanas. ¿Me vas a dar un premio por ser un niño aplicado?

Cuando me quise dar cuenta tenía una sábana blanca en la cabeza que me impedía ver. La risa de Will me llegó amortiguada. Me liberé sacudiendo las manos y me volví en redondo hacia él. Su torso desnudo desapareció en ese momento bajo una camisa de rayas de manga larga. Quería soltarle una fresca cuando recordé por qué no me había movido del sitio en los minutos que habían transcurrido. Él, no obstante, se me adelantó.

—¡Coop! —exclamó, sorprendido, y abrió mucho los ojos—. ¿Se puede saber qué haces tú aquí?

La sonrisa de Ryan se esfumó.

—Quería —empezó de nuevo, observando primero a Will y después a mí— una habitación.

—¿Una habitación? —repetimos nosotros al unísono.

—Sí, ahora la mía está llena de pósteres de los Minions.

Sonrió, pero su mirada era inexpresiva.

—¿Por qué no me has avisado? Podría haber ido a buscarte al aeropuerto. Y podrías haberte quedado a dormir en mi casa. O en la cabaña.

—Ha sido algo repentino.

Fruncí el ceño, desconcertada. Ryan no había pasado ni Acción de Gracias ni Navidad con su familia, y ahora ¿surgía «algo repentino»?

—¿Cuánto te vas a quedar? ¿Solo el fin de semana? Porque la temporada sigue a tope, ¿no? ¿Lo puedes hacer sin más? —siguió preguntándole Will, embalado, mientras yo intentaba digerir lo que suponía ver a Ryan, oír su voz, su mera presencia.

No lo veía desde hacía tres meses. Tres largos meses. A mis oídos llegaba la voz de ambos como a través de una nebulosa mientras miraba al frente con apatía, hasta que el sonido de un móvil me devolvió al presente.

—Mierda, me tengo que ir. El deber me llama —dijo Will—. Por desgracia, tendremos que aplazar nuestro desayuno.

Me guiñó un ojo; yo me obligué a sonreír. Mis ojos volvieron a Ryan y captaron su mirada de recelo.

—Yo también me tengo que ir —dijo con un tono de voz inexpresivo.

—P-pero... la habitación.

—Tu... compañera me ha dicho que... —nos volvió a mirar a Will y a mí— la cama todavía no está hecha.

Tragué saliva y rebusqué en el último rincón de mi cabeza una respuesta que no fuese un balbuceo o un barboteo.

—Volveré por la tarde.

«¿Por qué? ¿Adónde vas? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cuánto vas a quedarte?»

—¿Me acercas? —inquirió Will mientras bajaba la escalera—. Dejé el coche en Olly's. He venido aquí un poco por... casualidad.

Me miró un instante y sonrió, y el semblante de Ryan cambió de nuevo. De pronto fui consciente de lo mal que se podía interpretar toda la situación. Will corriendo detrás de mí medio desnudo, aplazando el desayuno que pensábamos tomar juntos y hablando con ambigüedad de la última noche. Una parte considerable de mí quiso gritar a voz en cuello «¡Esto no es lo que parece!», pero ¿acaso importaba? O ¿me pondría en ridículo?

—Bueno, pues eso... —contestó Ryan, y cogió su mochila y fue hacia la puerta con Will. Acto seguido habían desaparecido.

62

—¿Tú sabías que iba a venir? —le pregunté a Amy durante la cena.

Poco antes había ido a buscar a Liam, que estaba en su entrenamiento de hockey sobre hielo, y ahora al pequeño casi se le caían los ojos mientras se comía los fideos.

—No, me llevé una gran sorpresa cuando llamó desde el aeropuerto. Si lo hubiera sabido antes, seguro que Jack habría vuelto de Boulder. Y habría instalado a Liam en mi habitación.

—¿Me tengo que volver a mi cuarto de antes? —preguntó él con la boca llena, levantando un instante la vista del plato.

Su madre negó con la cabeza y sonrió.

—El tito solo ha venido de visita.

Satisfecho, Liam se centró de nuevo en comer.

—De todas formas, me dio la impresión de que prefería quedarse en el Leaf —comentó Amy.

Procuré pasar por alto el pinchazo que sentí en el pecho.

—¿Ha dicho cuánto se va a quedar?

—Solo hablamos por teléfono un momento. Lo invité a cenar, pero creo que había quedado para algo en Vail y no sabía cuánto iba a tardar. Mañana vendrá a desayunar.

Emití un «mmm» pensativo.

—¿No... habéis hablado cuando os habéis visto? —me preguntó ella con cautela.

—Eh, sí. Poco. Bueno, fue... algo estresante.

Y desconcertante. Sorprendente. Raro. Distante.

—Mañana sabremos más —zanjó el tema Amy.

Después de cenar preparé a Liam para acostarse y le leí su cuento preferido mientras su madre intentaba apaciguar a Noah, que berreaba con ganas. A lo largo de aquellos últimos días el pequeño había tenido a menudo gases, y Amy se pasaba horas paseándolo por los alrededores mientras tarareaba. Fui a la cocina, metí los platos en el lavavajillas y raspé los restos del molde del horno mientras pensaba constantemente en Ryan. Sin querer me invadió de nuevo la expresión de su cara cuando nos había visto a Will y a mí en la escalera. Había parecido sorprendido, pero en cierto modo también hecho polvo. ¿Era posible? Me mordisqueé el labio, ensimismada. En realidad no tenía ningún derecho a nada de aquello. No estábamos juntos, nunca lo habíamos estado. En rigor, ni siquiera éramos amigos. Los amigos no dejaban de hablarse durante meses. Los amigos se escribían, se llamaban por teléfono, se mantenían en contacto. De nuevo sentí bullir esa ira ya familiar en mi estómago. No, desde luego que no me remordería la conciencia. Ryan no podía aparecer sin más ni más y esperar que nada hubiese cambiado. No podía pretender que todo girase en torno a él. Me pasé el resto de la tarde convenciéndome de que era la manera correcta de pensar. A eso de las diez capitulé. Me quité el pantalón de chándal y la camiseta, me puse un vaquero y un jersey y bajé la escalera. La casa estaba en silencio. Desde que había nacido Noah, Amy se iba a la cama todavía más pronto. Por si acaso, le dejé una nota en un papel, cogí las llaves del coche y me fui al Golden Leaf.

63

El camino por el bosque, que durante el día parecía tan idílico, por la noche estaba mal iluminado y más bien daba miedo. A derecha e izquierda los árboles se mecían con el viento como gigantes oscuros, y cuando me bajé del coche oí que un pájaro emitía sonidos lastimeros en alguna parte.

En el porche y en dos de las habitaciones había luz. Conque Ryan debía de estar allí. Esperé hasta que mi corazón se hubo calmado un tanto y pude volver a pensar con claridad. De repente me asaltaron de nuevo las dudas. ¿A qué había venido? Había sido una idea descabellada correr a verlo en plena noche. Me metí de nuevo en el coche sin vacilar y clavé la vista en el nocturno cielo, que estaba lleno de estrellas. Cuando me cansé de contemplar su fulgor, abrí la puerta otra vez. Me recibió un aire nocturno gélido. Las noches en las Rocosas aún eran sumamente frías en marzo. Cuando iba hacia el porche, la puerta se abrió. Hannah se estaba enrollando una gruesa bufanda de lana en el cuello cuando me vio.

—Lena, ¿qué haces aquí?

—Se me... olvidó una cosa.

Ni siquiera era mentira.

—¿A ti también? —Se llevó el dedo índice a la frente para dar a entender que estaba fatal y se rio—. Hoy es un día raro. Yo me dejé la cartera.

Cuando no iban a llegar huéspedes, Hannah solía irse a casa a las siete o las ocho. Por la noche el B&B se quedaba sin personal.

Nuestros huéspedes tenían una llave y también un número de teléfono por si lo necesitaban. Aquí, en las montañas, al parecer era normal. O al menos nadie se había quejado de aquella disposición.

—¿Cierras tú, entonces?

Asentí, y ella echó a andar hacia su coche con el paso ligero de los que habían terminado la jornada laboral y ansiaban su merecido descanso. Cuando entré en el recibidor, percibí el aroma de un fuego que acababa de extinguirse en la chimenea. En el desierto mostrador de recepción había una única luz, tenue. Miré un instante el ordenador para saber qué habitación le había dado Hannah. La Maple, la individual sin televisor, en cuyo cuarto de baño me había quedado encerrada. Aparté a un lado los recuerdos y fui a la escalera. De pronto sentí inquietud y nerviosismo. Durante unos segundos miré la puerta antes de atreverme a llamar. Nada. ¿Me habría equivocado? Quizá se hubiese dejado la luz encendida sin querer. Entonces unos pasos pesados se acercaron por el otro lado y la puerta se abrió. Ryan llevaba únicamente un pantalón de chándal, y verlo hizo que se me secara la boca en el acto. Pese a la escasa iluminación, distinguí los exquisitos músculos de su torso, que me parecieron más definidos aún de como los recordaba. Estaba guapo, con aquel pelo alborotado, y tenía ojeras.

—¿Estabas... te he despertado?

Frunció el entrecejo.

—Mal.

—¿Mal? —repetí con nerviosismo.

Las comisuras de su boca se elevaron de un modo sospechoso.

—Ahora es cuando dices: quiero ir a casa de los Cooper.

Tardé unos segundos en caer.

—Y dime, Lena Lena, ¿qué haces esta vez a mi puerta?

Su tono jocoso tendría que haberme tranquilizado, pero por algún motivo me puso más de los nervios aún. Sin dejar de mirarme, se apoyó en el marco, que crujió levemente. Ver su piel desnuda me desconcertó de nuevo.

—Pues... —En algún punto entre la clavícula y el ombligo había perdido el hilo—. Entre Will y yo no hay nada —solté al cabo, con absoluta incoherencia.

Entornó los ojos.

—Sí, lo sé —repuso con absoluta tranquilidad.

—Que tú... Vale. —Me puse roja. Aquello era humillante. A más no poder—. Vale —farfullé por segunda vez, y proferí una risotada histérica. Me di media vuelta para marcharme, con las mejillas ardiendo. Quizá mientras bajaba se abriese un agujero en la tierra en el que pudiera meterme.

—Se lo pregunté a Will.

Su voz hizo que me detuviera.

—Esta mañana, en el coche.

Me quedé inmóvil en el pasillo y apreté los labios.

—Me acusó de estar mal de la cabeza. —A su voz asomó una sonrisilla irónica que logró que la embarazosa sensación se disipara. Me volví hacia él con aire vacilante. Sus ojos estaban clavados en mí. Se me había olvidado lo verdes que eran. Lo tremendamente bonitos —. ¿Quieres pasar? —Dio un paso hacia un lado e hizo un gesto inequívoco con la mano—. El tipo de enfrente es escritor. A saber lo que utilizará en sus novelas —añadió risueño. Era un intento poco entusiasta de distender el ambiente, y me devané los sesos decidiendo si debía hacer caso a mi corazón y entrar en la habitación o hacérselo a mi cabeza y despedirme.

—Vale... un momento.

Punzada en el corazón. Su habitación estaba ordenada, casi intacta, a excepción de las sábanas ligeramente arrugadas. No era de extrañar, solo llevaba en ella desde... eso, ¿desde cuándo exactamente? Junto a la cama vi una maleta y su mochila, y en la mesita de noche estaba su tableta, en la que había puesto una película.

—Habitación sin televisor —adujo, y se encogió de hombros, como si me hubiese leído el pensamiento.

Yo cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro, indecisa. ¿Qué estaba haciendo allí?

—He oído que ahora echas una mano en el Leaf a menudo.

Ryan se acercó al armario, sacó una sudadera negra y se la puso. Conque había deshecho la maleta. ¿Significaba eso que se quedaría más tiempo?

—Sí —fue mi lacónica respuesta.

Asintió y me observó sin saber qué hacer.

—¿Te apetece beber algo? Aunque solo tengo Dr. Pepper. Y unas bolsas de patatas fritas, por si...

—Ryan —dije con un hilo de voz—. ¿Qué... significa esto?

—No sé, dímelo tú. Te has plantado delante de mi puerta en plena noche.

Me entraron ganas de protestar. Y en mí despertó el orgullo.

—Solo quería decirte que entre Will y yo no hay nada.

—¿Por qué?

Sus ojos me atravesaban, y yo clavé los míos en un punto del suelo.

—Porque... porque quizá diera esa impresión.

—Eso también podrías habérmelo dicho por la mañana.

Dio un paso hacia mí. La punta de nuestros pies casi se tocaba.

—¿Cómo iba a saber si aún estarías aquí? —repliqué, ronca—. Si ni siquiera sé por qué has venido.

Antes de que hubiese terminado la frase, tiró de mí hacia él. Nos miramos a los ojos y su cercanía, su olor, su mirada me hicieron sentir vértigo.

—Por esto —respondió con una voz apenas audible—. Solo por esto.

Rodeó mi rostro con ambas manos y me besó. Fue el beso más dulce y más tierno que nos habíamos dado, y lo sentí en cada milímetro cuadrado de mi cuerpo. De la coronilla a la planta de los pies. Y casi duró una eternidad.

—Dios, cuánto te echaba de menos —musitó contra mi pelo, y pegó su mejilla a la mía.

Su incipiente barba me rozó la sensible piel, y el vello de los antebrazos se me erizó. Qué bien me sentía así. Qué bien olía Ryan. Quería perderme en aquella caricia, pero al mismo tiempo sus palabras me recordaron por qué estábamos aquí. Por qué seguía sintiendo aquella punzada en el corazón. Retrocedí en el acto.

—Te fuiste.

—Sí —musitó—. Y no ha habido un puñetero día que no me haya arrepentido.

Durante un momento me quedé mirándolo con cara de perplejidad.

—Pensé de verdad que era la decisión adecuada. Pensé... que podía volver a formar parte de ese mundo que tanto extrañaba. Retomar mi vida de antes. —Su voz adquirió un tono amargo—. Y al principio tuve la sensación de que era así. Los viajes, los hoteles, la gente, el ambiente. —Bajó la vista—. Pero la sensación no duró mucho. Y... no fue suficiente.

—¿Para empezar de nuevo con Madison? —pregunté, titubeando.

Ryan ladeó la cabeza y buscó mis ojos.

—No. No fue suficiente para olvidarme de ti.

Antes de que yo pudiera ser consciente de lo que había dicho, me besó nuevamente en los labios. En mi cabeza se desató el caos más absoluto. No quería que dejara de besarme, y al mismo tiempo mi sentido común me decía a gritos que prestara atención.

—No has dado señales de vida —dije con voz ahogada. Él respiraba pesadamente—. Tres meses, Ryan. Podrías haberme llamado, haberme mandado un mensaje. Aunque hubiese sido escribirme una puñetera postal. —Luchaba contra las lágrimas, pero perdería si él seguía mirándome así.

—¿Acaso lo has hecho tú? ¿Aparte de esa —esbozó una sonrisilla — llamada en Nochevieja?

—No me lo recuerdes —contesté ceñuda.

Para mi sorpresa, se rio.

—Estaba muerto de celos.

—¿De quién? —inquirí, y lancé un suspiro.

—De... todo el que pudiera verte con el vestidazo que llevabas. Me refiero a que estabas... —Resopló y me señaló con la mano—. Bueno, pues como estás siempre.

El corazón se me paró un segundo.

—Si te hace sentir mejor, nunca he pasado una Nochevieja peor, créeme.

—Me hace sentir mejor, sí —le espeté.

Durante unos instantes nos miramos en silencio.

—Tenías razón. Cuando dijiste que me había caído y no había vuelto a levantarme.

Apreté los labios.

—Pero entonces... llegaste tú. Con ese absurdo abrigo de esquimal y esa plancha del pelo horrible.

Sonreí mientras se me saltaban las lágrimas. Ryan me acarició las mejillas.

—Siento haber tardado tanto, Lena. Siento no haber entendido antes que lo que buscaba en Europa lo tenía aquí, delante de mis narices. Todo este tiempo. —Me cogió la mano—. Que cuando más feliz he sido fue cuando pintaba paredes y barnizaba ventanas contigo en el Leaf.

Una lágrima me rodó por la mejilla. ¿Cómo podían unas palabras ponerme tan triste y hacerme tan feliz a la vez?

—Y... ¿qué significa esto ahora? —inquirí con voz rasposa.

Entrelazó sus dedos con los míos.

—Que no voy a volver.

Abrí los ojos como platos.

—Que me quedo aquí, en Colorado.

—Pero ¿qué vas...? O sea, ¿cómo...?

Mi cabeza era una montaña rusa.

—Esta tarde he ido a Vail para ver a unas personas que conocía de antes. La federación de esquí está construyendo allí un nuevo centro para jóvenes talentos. Me han preguntado si me veía de entrenador.

—Vale —musité despacio—. Y... ¿qué has dicho?

—Que me lo pensaré. A ver, primero tendría que sacarme el título. Y necesitaría un piso. Y además... está esta chica increíble a la que tengo que pedir que me dé otra oportunidad. —Me miró esperanzado—. Bueno, Lena, ¿qué me dices?

—Me... —La sangre se me agolpaba en los oídos—. Solo estaré aquí hasta septiembre, lo sabes, ¿no?

—Sí, pero esos son cinco largos meses. Y podrías alargarlo. A medio año.

Puse cara de sorpresa.

—Vaya, te has informado.

Sonrió y me apretó con más fuerza la mano.

—La cosa no es tan fácil. Jack y Amy... A saber si me seguirán necesitando. Y... mi padre... Tenemos un acuerdo...

—Mi fuente me ha revelado que te estás pensando hacer unas prácticas en el hotel de la madre de Will.

—¿Tu fuente? —repetí sonriendo. Él me miró expectante—. Has estado pensando mucho, ¿eh?

Ryan asintió, risueño.

—Han sido muchas noches solitarias. —Me estrechó contra él y apoyó el mentón en mi cabeza mientras mi mejilla descansaba en su pecho. Me perdí en los acelerados latidos de su corazón. Me sentía tan bien entre sus brazos que casi me parecía irreal—. Pero tengo la pequeña esperanza de que eso termine a partir de ahora.

—Y por eso has reservado una habitación individual —le tomé el pelo.

—He reservado *nuestra* habitación.

Me separé ligeramente de él y levanté la vista.

—¿Nuestra habitación?

—Nuestra habitación —musitó, y me miró a los ojos durante largo rato—. La habitación en la que pensé por primera vez que no hay nadie más con quien quiera pasarme media noche hablando a través de una puerta. —Sus manos me rodearon con suavidad la cadera—. La habitación en la que me di cuenta de que no me basta con despertarme una única vez a tu lado, aunque ello implique vivir con una plancha del pelo. —Sonrió—. La habitación en la que comprendí que eres lo mejor que me podía pasar.

Se inclinó hacia mí y me besó con ternura. El roce de sus labios me encendió el cuerpo entero. Quería más de aquel beso. Más de él. Quería todo lo que nos habíamos perdido. Ryan entrelazó de nuevo sus dedos con los míos y me pegó a él. Su cálido aliento me acarició

el cuello, y de repente solo lo olía a él. Su aroma, su gel de ducha, su sudadera. Dios, ¡cuánto había echado aquello de menos! Cuánto lo había echado de menos a él. A nosotros. Nos desplazamos hacia la cama y las escasas reservas que aún teníamos desaparecieron poco a poco. Temblando ligeramente le quité la sudadera y le puse las manos en la desnuda piel, tersa y caliente. La punta de mis dedos bajó con tanta lentitud hasta el botón de sus pantalones que él profirió un gemido.

—Como lo hagas más despacio aún, el tiempo empezará a ir hacia atrás —aseveró.

Solté una risa ronca.

—Vaya, conque de pronto tienes prisa.

Sus cejas se enarcaron, a sus ojos asomó una luz.

—Te voy a demostrar ahora mismo la prisa que tengo.

Antes de que me diera cuenta, me tumbó en la cama y me hizo cosquillas hasta que acabé riendo y dando gritos debajo de él.

—Así es como más me gustas.

—¿Sumisa? —bromeé.

Ryan se inclinó hacia mí y me susurró «riendo» antes de que sus labios se unieran a los míos. Le eché los brazos al cuello y tiré de él hacia mí mientras sus dedos se deslizaban bajo mi jersey, recorriendo mi sensible piel. Proferí un sonido gutural que se perdió en un beso.

—Puede que mejor sumisa —aseguró, sonriendo.

Le di la vuelta fingiendo estar indignada y me coloqué encima de él.

—Vaya, Curly. Para ser alguien que hace tan poco deporte, tienes mucha energía. —Su mirada era risueña.

—Y para ser alguien que tiene prisa, estás perdiendo bastante tiempo...

Me hizo callar con un beso. Un beso que empezó delicada y tiernamente y que en una décima de segundo se volvió algo salvaje y voraz. Algo que compensaba todos los días y las semanas que había pasado sin él. El dolor y la soledad, el anhelo y el amor. Me quitó con impaciencia el jersey y el sujetador y me apretó con tanta fuerza que tuve la sensación de notar cada una de sus costillas, el palpitar de su corazón, su respiración entrecortada. Sus dedos encontraron con naturalidad el camino al botón de mi vaquero, a mi braguita. Y, con la misma naturalidad, Lena y Ryan pasaron a ser dos piezas que encajaban perfectamente. Un nosotros.

64

—Creo que... Italia. Sí, seguro: si tuviera que elegir, Italia.

Estaba entre sus brazos con una sonrisa de satisfacción en el rostro, trazando círculos en su vientre desnudo, que notaba duro y caliente.

—La gente es superamable y abierta, la comida está increíble y la nieve es como azúcar glas —continuó, mirando al techo.

—Para mí, en Italia siempre es verano —musité contra su cuello, que olía a un perfume masculino seco—. No sé por qué me cuesta imaginar que de verdad nieva en ese país.

Me cogió la mano y me la besó. Una sensación de felicidad absoluta me recorrió el cuerpo.

—Pues entonces deberíamos ir juntos.

—¿Los dos? ¿A Italia?

—¿Qué hay de raro en eso?

—Pues que has vuelto a mi vida hace una hora y ya estás hablando de ir conmigo a Italia.

Una hora. Decirlo en voz alta hizo que pareciera más surrealista aún. Hacía una hora había llamado a la puerta y ahora estaba aquí, con las mejillas rojas y los labios hinchados, respirando el olor de su piel. ¿De verdad era posible que la vida pudiera cambiar por completo en tan pocos minutos? ¿Que todo quedara olvidado? ¿Perdonado? Sentí que el cuerpo se me tensaba, y al parecer él lo notó.

—Porque estos últimos meses no he hecho otra cosa —afirmó, mirándome fijamente—. No he parado de pensar en lo maravilloso que sería que estuvieras a mi lado, que pudiera contarte lo que hago, a lo que me dedico.

—Yo tampoco —susurré, y lo besé con suavidad en la boca.

Ryan se puso de lado y apoyó la cabeza en el brazo, de manera que quedamos frente a frente.

—Cuéntame algo. Cuéntamelo todo.

Puse cara de sorpresa.

—Dónde has estado, qué has hecho, qué te ha gustado.

—¿Tan mal te ha informado tu fuente? —le tomé el pelo.

—Mi fuente tiene un absurdo código de honor.

A mis labios asomó una sonrisa. Después empecé a hablar. Se lo conté todo. Mi primer Acción de Gracias, el curso de esquí, las excursiones con Izzy y Will, Navidad, Nochevieja, el beso, mi primer partido de fútbol, Nueva York, Lara, las nueces pecanas, que eran mi nueva predilección, mi idea de estudiar gestión hotelera y las conversaciones que había mantenido con mi padre a ese respecto. Ryan me escuchó con atención y solo dejó de mirarme cuando quiso besarme en la comisura de la boca.

—Will no mencionó eso.

—¿Que Izzy lo besó? No sé, tengo la sensación de que no sabe cómo enfrentarse a ello —repuse con una sonrisilla.

—¿Tú crees que en el fondo siente algo por ella? —Parecía escéptico.

—No lo sé. De alguna manera, no veo a Will capaz de tal cosa.

Ryan se rio.

—Bueno, después de todo yo pensaba que te gustaba.

—¿Will? —inquirí con una sonrisa.

—Sí. Siempre lo mirabas de un modo especial cuando hablabas con él.

Le acaricié la mejilla con un dedo.

—¿Te has parado a pensar que quizá ello se debía a la persona de la que hablábamos?

Una sonrisa afloró a su boca.

—Además, yo jamás me fijaría en alguien que no tenga un letrero de HOGAR DE. Una mujer tiene sus estándares.

Ryan empezó a hacerme cosquillas por debajo de las costillas, y yo me puse a chillar y nuestros brazos y nuestras piernas acabaron enredados.

—Chsss —advirtió, y me hizo callar con un beso—. El escritor.

—Me da lo mismo, que escriba sobre nosotros si quiere.

Nosotros. Sonaba raro. Y estupendo.

—¿Y qué escribiría, Curly? —quiso saber él, enrollándose uno de mis rizos en un dedo.

—Todavía no lo sé. —Mis ojos bajaron hasta su boca y sonreí—. Lo que sí te puedo decir es cómo empieza esa historia.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es la niña de mis ojos. Desde el primer minuto hasta el último todo fue como debía ser. Ello se lo debo a muchas personas estupendas, la primera de todas mi maravillosa agente, Franziska Hoffmann. Creíste en esta novela y te volcaste de lleno en ella (además de darme tantos buenos consejos sobre series). Y hablando de series: solo puede ser cosa del destino que tú, mi querida Anika Beer, te convirtieses en mi revisora después de que ya en nuestro segundo correo electrónico constatáramos que en su día ambas fuimos grandes fans de la serie *Everwood*, que se desarrolla en las Montañas Rocosas. También me gustaría dar las gracias a Sabine Ley y al equipo de Knaur. Gracias por la acogida que me habéis dispensado y a que, por vosotros, en la Feria del Libro de Fráncfort pasara cinco minutos junto a *«the one and only»* Sebastian Fitzek (él no reparó en mí, pero aun así fue estupendo).

Mientras me planteaba a quién quería dedicar esta novela, tuve muy claro que esa persona debía ser mi increíble colega Kyra Groh. Ella y yo hablamos de este libro cuando todavía no lo era (sería osado hablar de *brainstorming*, ya que mencionamos a los unicornios) y nos reímos mucho. Eres única, y me alegro de que aquella vez, en Berlín, estuviésemos en la misma mesa. Llegados a este punto, también me gustaría darles las gracias a mis apreciadas colegas Angela Kirchner, Mila Summers, Kristina Moninger y Anne Sanders. Por el intercambio de opiniones, por escuchar, por las risas.

Gracias también a mis padres, que me enseñaron a una edad temprana lo importante y valioso que es conocer mundo y descubrir cosas nuevas. Mi pasión por viajar me llevó en un momento dado a Colorado, y fue amor a primera vista. En cada rincón hay un motivo kitsch para salvapantallas y postales. Green Valley es un lugar ficticio, pero se asemeja un poco al encantador pueblo de Telluride (y, naturalmente, a Everwood). Dicho sea de paso, que Lena acabe de *au-pair* en Colorado tampoco es casualidad. Nina, mi hermana, pasó allí un año maravilloso con personas maravillosas; sin embargo, encontró a su Ryan en Alemania.

Por último, pero no menos importante, gracias de corazón a mis lectores. De la ingente cantidad de libros os habéis decidido por este, y eso me llena de orgullo y felicidad. Espero que nos volvamos a leer pronto. Y es que Green Valley todavía tiene cosas que ofrecer... y será dentro de poco.

Nuevos comienzos (Serie Green Valley 1)
Lilly Lucas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *New Beginnings (Green Valley 1)*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en una idea original de Franzi Bucher
© de la imagen de la portada, Forhadx5

© 2019, Knaur. Un sello de Verlagsgruppe Droemer Knaur GmbH & Co. KG, Múnich
Derechos negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent

© de la traducción, María José Díez Pérez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-08-30504-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
AGRADECIMIENTOS
Créditos